

APORTES
DE LA DEMOCRACIA
CRISTIANA AL
PROCESO POLÍTICO
URUGUAYO
1962-1984

EL PDC PROTAGONISTA EN LA CREACIÓN DEL FRENTE AMPLIO

Julio R. Ilha López

EL PDC
PROTAGONISTA
EN LA CREACIÓN
DEL FRENTE AMPLIO

EL PDC PROTAGONISTA EN LA CREACIÓN DEL FRENTE AMPLIO

Julio R. Ilha López

(C) 2014 Instituto Humanista Cristiano Juan Pablo Terra

Instituto Humanista Cristiano Juan Pablo Terra

José E. Rodó 1836, primer piso, Montevideo

Tel: (598) 24008992

Email: ihcterra@gmail.com

Web: institutojuanpabloterra.org.uy

Diseño y armado: Taller de Comunicación

Impresión: Mastergraf

ISBN: 978-9974-8473-3-0

Depósito Legal:

Esta edición ha sido posible gracias al apoyo de:



Contenido

Presentación	7
El PDC protagonista en la creación del Frente Amplio	9
Introducción	9
El autoritarismo pachequista	9
La propuesta de crear un frente amplio sin exclusiones: respuesta democrática al autoritarismo pachequista.....	12
La fundación del Frente Amplio.....	15
Algunas claves para entender el proceso	20
Bibliografía	31
Anexo documental	33
1. Documentos del Partido Demócrata Cristiano	35
1.1. Mensaje del Partido Demócrata Cristiano	35
1.2. Consignas políticas y de acción	41
1.3. Una salida hacia el Uruguay del futuro	42
1.4. Comisión Nacional del PDC reclama la reforma electoral	49
1.5. Declaración de la Comisión Nacional del PDC	52
1.6. Declaración de la Comisión Nacional del PDC	53
1.7. La Junta Nacional del PDC a los militantes	54
1.8. PDC autoriza la apertura de su lema para la coalición en construcción.....	57
1.9. El PDC autoriza a usar su lema.....	58
1.10. ¿Por qué el Frente Amplio?.....	59
2. Documentos de la Juventud Demócrata Cristiana	66
2.1. Bases para un opción revolucionaria	66
2.2. 5.º Congreso de la Juventud Demócrata Cristiana.....	89
2.3. La JDC define posiciones.....	92
2.4. Frente Amplio para unir al pueblo	93
3. Juan Pablo Terra. Presidente de la Junta Nacional del PDC. Editoriales, artículos y entrevistas	110
3.1. Hace un año y cinco meses.....	110
3.2. El segundo llamado frentista. Cuatro preguntas a Juan Pablo Terra.....	112
3.3. Genio y figura	115

3.4. Una verdad de a puño	117
3.5. El diputado Terra responde al emplazamiento del Dr. Bruschera.....	118
3.6. Nuevas políticas o nuevas vergüenzas	119
3.7. Los lemas sirven para ganar, no para gobernar En respuesta a Alberto Heber	121
3.8. Mientras cabalgemos que nos ladren	123
3.9. Esta verdad del Frente Amplio	125
3.10. Nuestro desafío	127
3.11. Dos trincheras, dos proyectos.....	129
3.12. «En los comienzos del Frente»	131
3.13. El PDC y las raíces del frente	137
3.14. De la humillación al triunfo	145
3.15. Discurso del 26 de marzo de 1971.....	147
3.16. ¡Si hubieran podido ocultarlo!	148
3.17. Esas acusaciones no las hemos oído	150
3.18. Por qué impulsamos el Frente	152
4. Tomás Brena: «Una gran esperanza».....	156
5. Oscar H. Bruschera. Artículos y entrevistas.....	160
5.1. ¿Qué hacer?	160
5.2. Qué hacer? (II).....	162
5.3. Qué hacer? (III).....	165
5.4. «Ya hay acuerdo en lo más especial»	168
5.5. El programa del Frente	171
6. Documentos del Frente del pueblo.....	176
6.1. Por un Frente sin exclusiones.....	176
6.2. Manifiesto del Frente del Pueblo	177
7. Documentos del Frente Amplio.....	182
7.1. Declaración constitutiva del Frente Amplio	182
7.2. Las Bases Programáticas de la Unidad	185
7.3. Reglamento de Organización.....	192
7.4. Treinta Primeras Medidas de Gobierno.....	200
8. Otros documentos	211
8.1. Un frente nacional.....	211
8.2. Declaración del 7 de octubre	213
8.3. Se aprobó llamado para amplio frente	215

Presentación

Este libro forma parte de la colección «Aportes de la democracia cristiana al proceso político uruguayo 1962-1984», dedicada a recoger, analizar y poner en valor los aportes de la democracia cristiana uruguaya durante su período de mayor desarrollo e implantación social.

Estos aportes se ubican en diferentes planos, cada uno de los cuales ha dado lugar a una labor de investigación específica. Ellos son: el papel protagónico en la creación del Frente Amplio; el enfrentamiento al autoritarismo predictatorial encabezado por los presidentes Jorge Pacheco Areco y Juan María Bordaberry; la lucha contra la dictadura, dentro y fuera del país; la interpretación de la situación nacional y los aportes programáticos; la elaboración ideológica; la construcción del Partido.

Por encargo de nuestro Instituto, diversos investigadores asumieron, con rigor académico y compromiso intelectual, el abordaje de los diferentes aspectos.

El profesor de Historia Julio Ilha López nos presenta aquí los resultados de su investigación sobre el proceso fundacional del Frente Amplio en el contexto social y político de la época, desde el inicio de la presidencia de Jorge Pacheco Areco hasta la firma de la declaración constitutiva del Frente Amplio el 5 de febrero de 1971. Ilha identifica hitos y actores clave en la construcción de la unidad de las fuerzas democráticas y progresistas en la búsqueda de una salida a la grave crisis económica, social y política por la que atravesaba el país, poniendo especial atención al rol desempeñado por el Partido Demócrata Cristiano.

El análisis se sustenta en una exhaustiva recopilación documental que se incluye en este libro, y que comprende materiales hasta ahora inéditos.

Pablo Martínez Bengochea
Director del Instituto Humanista Cristiano Juan Pablo Terra

EL PDC PROTAGONISTA EN LA CREACIÓN DEL FRENTE AMPLIO

JULIO R. ILHA LÓPEZ

Introducción

El presente trabajo indaga sobre el proceso fundacional del Frente Amplio: contexto en el que nació, razones que lo impulsaron y protagonistas que lo llevaron a cabo, con especial énfasis en el rol desempeñado por el Partido Demócrata Cristiano (PDC) uruguayo. Desde la presidencia de Jorge Pacheco Areco, pasando por el llamado por radio y televisión realizado por Juan Pablo Terra (diputado y presidente del PDC) el 23 de junio de 1968 hasta la firma de la Declaración Constitutiva del Frente Amplio el 5 de febrero de 1971 se rastrean hitos y actores en la construcción de la unidad de las fuerzas democráticas y progresistas del Uruguay en la búsqueda de una salida a la grave crisis económica, social y política en los duros años del pachequismo.

El autoritarismo pachequista

Corría el mes de diciembre de 1967 en Uruguay, cuando inesperadamente falleció el presidente Gral. (r) Oscar Gestido. Tomó posesión del cargo su vice, Jorge Pacheco Areco, un «oscuro político de tercera categoría, que completó la fórmula por descarte, al haber renunciado antes a integrarla varios de los más connotados dirigentes del elenco» (Bruscher, 1986: 21). A la semana de asumir la presidencia, firmó el decreto n.º 1788/967, del 12 de diciembre de 1967, por el cual ilegalizó a diversas organizaciones de izquierda esgrimiendo, como justificativo, que adherían a los postulados de la OLAS (entre los que estaba la lucha armada como forma de acceder al poder): el Partido Socialista, el MRO (Movimiento Revolucionario Oriental), el MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria), la FAU (Federación Anarquista Uruguaya), el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria). Asimismo clausuró el diario *Época* y el semanario *El Sol* (Frega, 2010: 170). Reorganizó los ministerios desplazando a políticos por empresarios, latifundistas o grandes banqueros, hombres a los que no les im-

portaba el costo electoral y el descontento social por aplicar el programa estabilizador y profundamente antipopular del FMI.

Se implementó una política de congelación de precios y salarios, y se verificó un descenso del salario real, la contención del consumo, el aumento del endeudamiento externo y el auge de la especulación financiera.¹ Los enfrentamientos entre grupos sociales y económicos se hacían cada vez más frecuentes en la lucha por mantener o aumentar la participación en un producto bruto estancado. Había enormes transferencias de los sectores asalariados a los capitalistas, al mismo tiempo que los sectores perjudicados intentaban organizarse para defender sus salarios y puestos de trabajo. Dejando de lado la tradición conciliadora del Estado batllista, Jorge Pacheco Areco defendió desembozadamente los intereses de la oligarquía (ampliamente representada en los cargos de gobierno), haciendo de la represión sindical una de sus banderas más importantes, queriendo hacerla aparecer como defensa del régimen democrático, de las libertades, de la paz social frente a la violencia; del orden frente a la subversión.

Gobernó a través del uso sistemático de las medidas prontas de seguridad,² en la decidida pretensión de reprimir toda protesta social, así como responder a las medidas de lucha tomadas por los trabajadores organizados en defensa de sus intereses amenazados por una política regresiva y antipopular. La intervención de la enseñanza, la militarización de los funcionarios públicos, la censura, la ilegalización de partidos y grupos políticos marcaron claramente el rumbo de un gobierno indudablemente autoritario. Eran entonces el pueblo organizado y los sindicatos los verdaderos enemigos del gobierno, y no, como se pretendió, la guerrilla tupamara (pequeño grupo armado que no era ni por asomo lo suficientemente fuerte como para derribar al gobierno, aunque sí lo suficientemente ingenioso para exponer ante la opinión pública las ilegalidades e inmoralidades del régimen pachequista). Esto no impidió que guerrilla y gobierno se retroalimentaran, aumentando cada vez más la espiral de violencia en la sociedad y haciendo cada vez más difícil la posición de quienes, creyendo en las instituciones republicanas y en el ideal democrático (muy bastardeado en la época),³ buscaban cambios profundos a través de métodos pacíficos.

1 Para un análisis pormenorizado de la política económica durante el pachequismo véanse Bruscherá (1986), Cancela y Melgar (1988), Finch (2005) y Nahum, Frega, Maronna, Trochón (1994; 2001).

2 «En la época se denunció el recurso reiterado del artículo 168, inciso 17 de la Constitución (medidas prontas de seguridad) en circunstancias que no habilitaban para ello. La disposición refería a los casos graves e imprevistos de ataque exterior o conmoción interior, dando cuenta dentro de las 24 horas a la Asamblea General [...] o en su caso a la Comisión Permanente, de lo ejecutado y sus motivos, estándose a lo que estas últimas resuelvan. Según el ensayista Carlos Martínez Moreno, entre el 13 de junio de 1968 y el año 1971 se vivió bajo el régimen de medidas prontas de seguridad con excepción de solo tres meses (entre el 15 de marzo y el 24 de junio de 1969)». Nahum, Frega, Maronna, Trochón (1994: 60).

3 Para una defensa del ideal democrático en una década tan convulsionada como los años sesenta, véase especialmente el capítulo II de Terra (1969).

La violencia en las calles, producto de la represión desembozada de la policía a las demostraciones populares obreroestudiantiles, dejó saldos trágicos. A los asesinatos de Líber Arce, Hugo de los Santos y Susana Pintos (los tres de la UJC) en 1968, siguieron otros en los años posteriores, entre ellos los de Heber Nieto (en ese momento militante de la Resistencia Obrero Estudiantil, ROE) y Julio Spósito (joven católico y militante del Frente Estudiantil Revolucionario, FER) en 1971, todos ellos jóvenes comprometidos políticamente.⁴ Esas víctimas, como otras, fueron el símbolo de una ruptura definitiva con un pasado de convivencia pacífica y democrática. El conflicto crónico con la Universidad, la clausura de sedes sindicales, la censura y clausura de los medios de prensa, así como la instauración de la tortura en los interrogatorios marcaron el período. El clima de inseguridad, signado por los conflictos sociales y económicos, la agitación estudiantil, el incremento de la acción guerrillera y la represión estatal resultaron ingredientes fundamentales en el estilo gubernativo de Pacheco, mezcla de dureza con intransigencia y amenazas a los órganos constitucionales. A su vez, el Parlamento controlado mayoritariamente por las fracciones coloradas y blancas afines a Pacheco demostró no estar a la altura de las graves circunstancias históricas por las que atravesaba el país. Su inacción fue, por diversos motivos,⁵ factor clave en el debilitamiento de la institucionalidad, y demostró una reacción demasiado parcial, vacilante y tardía ante los atropellos del Ejecutivo. En este estado de situación, sin reconocer más frenos que los de su propia voluntad, no habría resultado necesario finalmente para el presidente la ruptura directa con el orden democrático, al decir de Gonzalo Varela «[...] Pacheco podía tener las ventajas de un golpe de Estado sin sus desventajas» (Varela, 1988: 53).

Frente a la escalada autoritaria del pachequismo, el PDC no se mantuvo indiferente. Al mismo tiempo que criticaba duramente al régimen, elaborando propuestas para la superación de la crisis económico-social y político-institucional, bregaba incansablemente por la unidad de los grupos antipachequistas. Con ese sentido integró el Movimiento de Defensa de las Libertades y de la Soberanía,⁶ instancia había surgido por iniciativa de la CNT que el 20 de febrero de

4 La diversidad político ideológica de la resistencia popular al creciente autoritarismo pachequista queda en evidencia por ejemplo en el testimonio del entonces dirigente de la JDC y estudiante de veterinaria Hector Lescano, quien se encontraba a pocos metros de distancia de Líber Arce cuando este fue abatido por la policía el 14 de agosto de 1968, <<http://www.chasque.net/vecinet/1968HLes.pdf>>.

5 Según el historiador Benjamín Nahum algunas de las razones por las que se puede explicar el debacle del poder Legislativo durante la presidencia de Pacheco Arco podrían ser: la fragmentación de los partidos que dificultaba enormemente una actividad opositora coherente, la coincidencia en la defensa de un modelo de sociedad que impusiera de forma autoritaria el orden necesario para su desarrollo, el debilitamiento de los valores democráticos, el temor a una disolución de las Cámaras (como lo preveía la Constitución) y una posible no reelección de los representantes a sus bancas, la posible asociación de los críticos al gobierno con la actividad de la guerrilla urbana (tanto como apoyo implícito como por omisión culposa en la lucha por su desbaratamiento) (Nahum, 1994: 62-66).

6 Este movimiento tuvo una corta duración en su integración original a partir de la invasión de

1968 realizó un «Llamamiento a la ciudadanía».⁷ Se trataba, en definitiva, de la conjunción de partidos opositores a la línea del gobierno, personalidades, sindicatos, organizaciones estudiantiles y la Universidad. Allí comulgaban marxistas y no marxistas, cristianos y ateos. Era una extensión a su vez de la resistencia que en el Parlamento llevaban adelante los elementos más democráticos de los partidos tradicionales, así como el PDC y el FIDEL-PCU,⁸ siempre minoría ante los representantes del oficialismo y sus aliados.⁹ Cabe destacar también que es en esta época que comienza a funcionar el llamado Grupo de los Cinco, integrado por las direcciones del FIDEL, Partido Comunista, Partido Demócrata Cristiano, Movimiento por el Gobierno del Pueblo (lista 99, Partido Colorado) y Movimiento Blanco, Popular y Progresista (Partido Nacional). En la opinión del historiador Aguirre Bayley (2005), «su diálogo permanente sobre el tema de la unidad será decisivo para la concreción del Frente Amplio».¹⁰

La propuesta de crear un frente amplio sin exclusiones: respuesta democrática al autoritarismo pachequista

El 23 de junio de 1968, exactamente diez días después del decreto del Poder Ejecutivo que implantaba las medidas prontas de seguridad, el PDC, a través de su presidente, el diputado Juan Pablo Terra, emitía un mensaje por radio y televisión (Teledoce). Allí se realizaba un diagnóstico de la situación nacional y se formulaban dos propuestas. Juan Pablo Terra afirmaba que, lejos de tratarse de una situación transitoria, de excepción, se estaba frente a una profunda crisis económica y política, estrechamente vinculada al vaciamiento e incapacidad de los partidos políticos tradicionales para encontrar soluciones a dicha crisis. Proponía, para superarla, primero la convocatoria a elecciones anticipadas, en las que la ciudadanía resolviera sobre el dilema autoritarismo-democracia, entre una fórmula regresiva o progresista para enfrentar la crisis socioeconómica. La segunda propuesta refería a la necesidad de organizar un frente de partidos y sectores que se opusieran al desborde del autoritarismo pachequista. Un frente opositor, sin exclusiones, no solo con los grupos de la izquierda clásica, sino

Checoslovaquia por tropas del Pacto de Varsovia (Unión Soviética y aliados), hecho condenado por la FEUU, el PDC, la 99, entre otros.

7 Este documento puede encontrarse en <www.chasque.net/vecinet/1968mpls.pdf>.

8 Los únicos legisladores no pertenecientes a los partidos tradicionales (Colorado y Nacional) electos para la legislatura 1967-1972 fueron un senador y cinco diputados de Montevideo por el FIDEL y tres diputados (Montevideo, San José y Paysandú) por el PDC.

9 Una buena recopilación de las intervenciones del líder del PDC en el Parlamento durante ese período puede encontrarse en Terra (1971).

10 De manera simultánea al desarrollo de redes de comunicación y alianzas entre sectores y partidos antipachequistas para la superación de la crisis, se vieron claras demostraciones de una voluntad popular tendiente a la unidad en las diversas movilizaciones de trabajadores y estudiantes que marcaron la época.

necesaria y fundamentalmente con los sectores progresistas de los partidos tradicionales. En ese sentido se preguntaba Juan Pablo Terra:

¿Es o no posible en esta grave emergencia nacional unirse en torno a un programa mínimo común, sumar los esfuerzos para proponer y sostener una alternativa distinta de política? Es decir, los que discrepamos con la línea actual, ¿somos capaces de formular un programa mínimo común y unir nuestros esfuerzos para defender y sostener la sustitución de la actual política por una distinta? Porque si nos siguen viendo totalmente dispersos, ineficaces para sostener una política diferente, el público puede creer que no hay salida ninguna, y que seguiremos de elección en elección rotando los grandes partidos en el gobierno hasta la destrucción total. Y el país no soporta mucho tiempo más este camino.¹¹

Luego de realizado este llamamiento, entre el invierno de 1968 y el invierno de 1970, el PDC llevó adelante distintos contactos a nivel político¹², así como llamados desde la prensa,¹³ para la concreción del frente opositor. Con muy poco éxito en un principio, sin mayores apoyos,¹⁴ va a ser tanta la insistencia del Partido Demócrata Cristiano a lo largo de esos tres años,¹⁵ así como el agravamiento de la crisis institucional por el gobierno autoritario de Pacheco, que hacia 1970 se fue tornando viable el desprendimiento de sectores progresistas de los partidos tradicionales, con el apoyo decidido de grupos intelectuales de izquierda como los que rodeaban al semanario *Marcha* y la participación de la izquierda marxista. En ese proceso resultó de fundamental importancia la posición de los

-
- 11 «Mensaje del PDC» emitido por cadena de radio y televisión, 23 de junio de 1968. Véase Anexo, documento 1.1, p. 35.
 - 12 En un reportaje en *Marcha* del 16 de octubre de 1970, titulado «Crisis, dictadura y respuesta popular» (pp. 13 y 24), Juan Pablo Terra dejaba constancia de los grupos con los cuales contactó para la formación de un frente opositor: «Con el orientado por el senador Vasconcellos, con la Lista 99, la 51, el sector del senador Rodríguez Camusso, Pregón (cuyo representante en el Senado es la doctora Alba Roballo), con algunos dirigentes políticos sin representación parlamentaria, con el FIDEL, con el Socialismo que se agrupa en torno a *El Oriental* (hablamos con los doctores José Pedro Cardozo y José Díaz), con el Movimiento Socialista (Eduardo Jaurena, Angel Valdez, etc.), con el Movimiento de Rocha, es decir, tratamos de conversar con todos los sectores que se han definido en una actitud contraria a la línea del gobierno Pacheco. También conversamos con personalidades (como el general Seregni, el doctor Quijano, etc.). Y aunque las entrevistas no estén concluidas tenemos un panorama bastante completo de la situación». (Reportaje transcripto en *Cuadernos de Marcha*, n.º 46, «Frente Amplio», febrero de 1971, pp. 45-49, con el título «En los comienzos del Frente». Véase Anexo, documento 3.12, p. 131.
 - 13 Como ejemplo de estos llamados a través de la prensa: Juan Pablo Terra, «Hace un año y cinco meses», [noviembre de 1969], en Terra (1971: 69). Véase Anexo, documento 3.1, p. 110.
 - 14 «Nos trataron de ingenuos en 1968, cuando lanzamos la propuesta frentista en el mensaje del 23 de junio. Casi no hubo diálogo cuando lo intentamos. La mayor parte de la gente pensó que podía salvar el pasado». Juan Pablo Terra, «Mientras cabalgemos que nos ladren», [13 de octubre de 1970], en Terra (1971, 136). Véase Anexo, documento 3.7, p. 123.
 - 15 Cabe destacar, muy especialmente, la militancia constante que a favor de la unidad de las fuerzas progresistas llevó adelante la Juventud Demócrata Cristiana (JDC), tanto a nivel práctico como teórico (Véase «Frente Amplio para unir al pueblo», en Anexo, documento 2.4, p. 93). No se trató entonces meramente de la postura de un dirigente o conjunto de dirigentes, sino de una línea política a la que adhería la amplia mayoría del partido.

dirigentes de la Lista 99 de comenzar a tratar la desvinculación del Partido Colorado en el invierno de 1970.

La Comisión Nacional del PDC reunida el 22 de febrero de 1970 emitió una declaración reiterando el llamado de 1968 que convocaba a la formación de un *frente amplio opositor*.¹⁶ La Juventud Demócrata Cristiana, por su parte,



Legisladores Juan Pablo Terra, Zelmar Michelini y Enrique Rodríguez en la cafetería del Palacio Legislativo

en su 5.º Congreso cerrado el 14 de marzo del mismo año hizo lo propio. Un día antes, desde las páginas de *Marcha* se elevaba la pregunta: «¿Por qué no se unen las fuerzas opositoras?». En una nueva reunión de la Comisión Nacional del PDC, el 28 de junio de 1970, se insistió en el llamado a una coalición. La Convención de julio lo ratificó y dejó vacante la candidatura a la presidencia, con el objetivo de concretar el frente opositor. En setiembre, tras un intenso proceso de discusión en sus bases, la JDC publicó *Frente Amplio para unir al pueblo*.¹⁷

En setiembre, tras un intenso proceso de discusión en sus bases, la JDC publicó *Frente Amplio para unir al pueblo*. Allí la JDC se expresaba claramente por la unidad de las fuerzas populares y la organización de una alianza política con todos los sectores nacionales, populares, antioligárquicos y antiimperialistas:

Es en la base social misma donde se conjugan las diversas posiciones ideológicas en pos del objetivo común: esa es la auténtica unidad popular de un pueblo que va adquiriendo la noción de su situación pero también de sus posibilidades [...] Ese es el camino: incorporar a la lucha a todos los asalariados de la ciudad y del campo, obreros y empleados, pequeños productores e industriales, amas de casa y jubilados; también a los cesantes y destituidos y los miles de jóvenes que deambulan en busca de trabajo [...] Conformar y organizar un gran frente de masas que a través de una auténtica unidad popular forje el instrumento de lucha necesario para tomar el poder, desplazando a las minorías privilegiadas y sustituyéndolas por las grandes mayorías populares del Uruguay. [...] [los partidos de izquierda] FIDEL, PS y PDC, carecen de la posibilidad aisladamente, de representar [a las masas] en un futuro inmediato [...] Esa unidad popular que propone la democracia cristiana y que surge de la base misma, debe expresarse también en un

16 Véase Anexo, documento 1.4, p. 49.

17 En dicho documento aparecía claramente el nombre *Frente Amplio* en un momento en que otros sectores preferían emplear otros términos, que expresaban a su vez estrategias distintas. «El nombre final de la alianza tardaría hasta el 3 de enero (de 1971) en afirmarse. Hasta esa fecha *El Popular* la refería como *Frente Unido* o *Frente de Unidad*. Los comunistas preferían un nombre y una estructura que se acercaran más al formato de un *frente popular*, posición que resistían particularmente los demócratacristianos, que preferían la concepción implícita tras el título de *Frente Amplio*» (Caetano, Neves, 2012: 77).

frente político si se desea verdaderamente desplazar a la oligarquía del poder. Por eso, el frente no es el fruto de una mera abstracción teórica, sino una necesidad primordial; por eso no es una proposición circunstancial sino una tarea permanente de los grupos y personas que desean realmente un proceso revolucionario para la conquista de una nueva sociedad. [...] La unión del pueblo hay que construirla día a día, solo ella derribará la oligarquía, abriendo los caminos de un nuevo Uruguay. [...] Nadie debe rehuir las responsabilidades y el riesgo de construir la gran fuerza política que el Uruguay reclama [...] Un Frente Amplio nacional, popular y democrático, en torno a un programa de soluciones con características antioligárquicas y antiimperialista.

A partir de ese momento terminó la etapa de propuesta frenteamplista para comenzar la de su fundación.

La fundación del Frente Amplio

En la Comisión Nacional del PDC del 3 y 4 de octubre de 1970 se autoriza a la dirección del Partido a profundizar los contactos con los dirigentes del Movimiento por el Gobierno del Pueblo, Lista 99, y de otros grupos políticos para establecer un primer agrupamiento a partir del cual seguir negociando en vistas al objetivo de un frente amplio sin exclusiones, abriendo el lema. La respuesta del FIDEL fue positiva, la de los otros grupos un tanto dubitativa.¹⁸

Este proceso de negociaciones y acuerdos se vio fortalecido por la declaración de un conjunto de personalidades independientes publicada el 7 de octubre en *Marcha*, firmada entre otros por intelectuales como Oscar Bruschera,¹⁹ militares retirados progresistas como el general Arturo Baliñas, y representantes del mundo sindical como Héctor Rodríguez. Allí reafirmaban la necesidad de un acuerdo sin exclusiones (como ya lo venía planteando el PDC) entre todas las fuerzas populares, estableciendo un programa común para superar la crisis estructural y el restablecimiento de las libertades individuales y sindicales. También se hacía hincapié en la construcción de instancias de coordinación y disciplina indispensables para la efectiva unidad de acción de los grupos que formaran el frente, ya que solo respetando y haciendo respetar lo pactado —el programa— se podía pensar en la viabilidad del proyecto. Al mismo tiempo brindaba su apoyo a las gestiones que ya se venían haciendo para lograr una coali-

18 Véase entrevista a Juan Pablo Terra en *Cuadernos de Marcha*, n.º 47, «Frente Amplio. Cristianos y marxistas», marzo de 1971. Véase Anexo, documento 3.13, p. 137.

19 La prédica de Bruschera desde las columnas de *Marcha* a favor de la formación de un Frente Amplio opositor es prácticamente simultánea a la de Juan Pablo Terra. Desde el año 1968 con sus artículos «¿Qué hacer?» (I, II y III) marcaba esa línea. Esta y otras coincidencias importantes que se fueron sucediendo en esos años entre el historiador y periodista (de origen y carácter independiente) y el Partido Demócrata Cristiano lo llevarán a formar parte de la Coalición 808 de cara a las elecciones de 1971.

ción de partidos y manifestaba su deseo de colaborar para esos fines. Evocando dicha declaración, afirmaba Bruschera:

No fue solo un manifiesto, sino el alumbramiento de un movimiento que, por medio de mesas redondas, en Montevideo y en el Interior, donde todos los grupos frentistas volcaron su apoyo y su militancia, obtuvo una ancha participación popular, y además coadyuvó, y a veces trabajó (sin quererlo) las gestiones desarrolladas a nivel de los partidos políticos (Bruschera, 1986: 72).

A fines de octubre se llevó a cabo un acto de la lista 99 en el club Ateneo que significó todo un pronunciamiento a favor de la integración a un frente opositor.

Las negociaciones continuaron tanto desde el PDC como desde el comité de independientes y el proceso se abrió a toda la ciudadanía con mesas redondas por todo el país, con una adhesión popular considerable y la información, opiniones y declaraciones que se vertían a través de la prensa, especialmente en *Marcha* y también en *Ya* y *El Popular*.

Desde la prensa, el 17 de noviembre de 1970,²⁰ Juan Pablo Terra marcaba el rumbo que pretendía seguir el PDC: ante la inminencia del desprendimiento oficial de la Lista 99 del Partido Colorado, así como del grupo de Rodríguez Camusso del Partido Nacional, y otros, la idea era formar con ellos en primera instancia una fuerza política nueva, al decir de Oscar Bruschera un *polo no marxista*, estrategia que a la hora de pensar el diseño del Frente Amplio no era nada menor. Al respecto, realizaba dos precisiones: primero, no se trataba de disolver al Partido en la nueva fuerza, sino de lograr una unión política, electoral y programática coherente, manteniendo siempre la identidad demócrata cristiana. Segundo, esto no podía ser el fin de los esfuerzos frenteamplistas. A partir de la constitución de este primer agrupamiento se debía apelar a la integración de un espacio mayor con otras fuerzas de distintas ideologías.²¹

20 «Esta verdad del Frente Amplio», en *Flecha*, n.º 39, p. 3. Véase Anexo, documento 3.9, p. 125.

21 No se trataba de excluir al Partido Comunista ni a cualquier otro grupo de izquierda clásica (no armada, obviamente); era una cuestión de qué tipo de frente se quería, ¿bastaba con aspirar a otra agrupación de fuerzas de izquierda y organizaciones populares girando alrededor del PCU como lo era FIDEL, o se quería una coalición mucho más amplia, con los grupos escindidos de los partidos tradicionales, un verdadero frente amplio popular, progresista, nacionalista y democrático, en el que estuviera presente también el Partido Comunista pero sin llegar a ser fuerza hegemónica? Esa era la búsqueda del PDC y de Juan Pablo Terra. Por ello en una entrevista del 12 de diciembre de 1969, en *Marcha*, rechazaba la posibilidad de un acuerdo bilateral PDC-FIDEL o PDC-PCU (en caso de que no se produjeran los desprendimientos de los partidos tradicionales), argumentando que «las diferencias son demasiado profundas para olvidarlas por una combinación oportunista que a nada llevaría. Esto no incluye que coincidamos en ciertos casos, por ejemplo, al resistir la dictadura de derecha, o al defender los sindicatos o los salarios. No somos frentistas de cualquier frente. Si la idea ambiciosa no marcha, lo que nosotros haremos será, como ya lo he dicho, abrir nuestro lema a los que puedan ver en él un cauce para sus ideales y esperanzas». Véase Anexo, documento 3.2, p. 112.

Esa sería la segunda etapa, la del Frente Amplio propiamente dicho. Aclaraba en ese sentido:

[...] un frente es una coalición de fuerzas políticas que muchas veces mantienen diferencias importantes, a veces en su filosofía, a veces en su visión de lo que ha de ser la sociedad futura. Pero el frente es posible cuando esas fuerzas son capaces de coincidir en una serie de soluciones en un período concreto de la vida del país; cuando son capaces de articular su actuación en distintos terrenos al servicio de esos objetivos; cuando son capaces de acordar en común un programa de puntos y el respaldo a ciertas candidaturas nacionales, aunque mantengan su propia identidad, sus propagandas y sus propias representaciones parlamentarias (Terra, 1971: 140).

A esto agregaba el 30 de noviembre, a pocos días de los desprendimientos decisivos de los partidos tradicionales:

No se trata de una unidad popular a la chilena ni de un frente de izquierda. Es un frente amplio en función de los objetivos primarios: derrotar a la dictadura y la oligarquía, concretar un nuevo camino de salida para el país. Se propone unir a todos aquellos que coincidan ante todo con un programa de soluciones nacionales, populares y democráticas para el Uruguay de hoy. A ningún sector se le pide que renuncie a su ideología y a su vocación de realizar en el futuro su propia concepción de la sociedad nacional. Se trata de concretar las coincidencias y la voluntad política para ascender al poder en la década y realizar los cambios indispensables que sean punto de encuentro para la mayoría de los uruguayos.

Insistía en la necesidad de incluir a todo grupo político comprometido en dichos preceptos, sabiendo que al mayor número de voluntades sería mayor la eficacia y la viabilidad de la herramienta política que estaba por nacer. A su vez, afirmaba que «el PDC no llegará al Frente Amplio con las manos vacías, sino aportando su Plan de Soluciones aprobado por su última Convención Nacional, su organización, sus hombres, su lema y más allá de todo esto la decisión de realizarlo» (Terra, 1971: 140).

Los días 4 y 5 de diciembre de 1970, el Congreso Nacional de delegados de la Lista 99 decidió finalmente la desvinculación oficial del Partido Colorado, y la voluntad de integrarse al frente. Al mismo tiempo, el PDC confirmaba sus posiciones, en particular que el frente sería sin exclusiones. Se pensaba en definir unas bases programáticas mínimas, pero fundamentales, a partir de las cuales hacer un llamado abierto para la incorporación de todos aquellos grupos políticos que adhirieran a ese rumbo. El día 7 de diciembre el Movimiento Blanco Popular y Progresista abandonaba el lema Partido Nacional. El día 15 se emitía la declaración conjunta «Por un frente sin exclusiones» firmada por el PDC, el



Firma de la Declaración Constitutiva del Frente Amplio en la antesala de la Cámara de Senadores el día 5 de febrero de 1971

Movimiento por el Gobierno del Pueblo (Lista 99) y el MBPP.²² El 18 y 19 de diciembre, en la asamblea llevada adelante en el Club Platense, la Convención Nacional del PDC confirmó la posición definitiva del Partido. A partir de allí la acción fue conjunta con la 99. Se acordó la constitución del Frente del Pueblo el 8 de enero de 1971, con su declaración de principios, y un llamado para la reunión del 5 de febrero en el Palacio Legislativo, fecha de nacimiento del Frente Amplio como tal.²³ En esa declaración, con sus doce puntos programáticos, se definió qué tipo de frente se quería. Y cada grupo o sector estuvo en total libertad, concordando con dichos puntos, de integrarlo.

El 5 de febrero de 1971, a las 11 horas, en la antesala de la Cámara de Senadores, se firmaba el acta fundacional del Frente Amplio compuesto por las siguientes agrupaciones políticas: Partido Demócrata Cristiano, Movimiento por el Gobierno del Pueblo, Movimiento Blanco Popular y Progresista, FIDEL, Partido Comunista (el Grupo de los Cinco, protagonista fundamental del proceso de negociación que dio nacimiento al Frente Amplio), Partido Socialista, Movimiento Socialista, Grupos de Acción Unificadora (GAU), Movimiento Herrerista (lista 58), Partido Obrero Revolucionario, Movimiento Revolucionario Oriental y el Comité Ejecutivo Provisorio de los independientes (autores del comunicado del 7 de octubre de 1970). Más adelante se sumaron el Movimiento Pregón «Julio César Grauert», Doctrina Batllista, Movimiento Integración (desprendimientos del Partido Colorado); Acción Popular Nacionalista, Patria y Pueblo (despre-

²² Véase Anexo, documento 6.1. p. 176.

²³ Véase Anexo, documento 6.2, p. 177.



El Plenario Nacional del Frente Amplio en una de sus primeras sesiones

mientos del Partido Nacional); la Unión Popular, el Partido Revolucionario de los Trabajadores, la Organización Nacional de Independientes y el Movimiento 26 de Marzo (Zubillaga, 1991: 78-79). En el acto del 5 de febrero participaron como invitados distintas personalidades; entre ellas, el doctor Carlos Martínez Moreno, el maestro Julio Castro, el presidente de la CNT José D'Elía, y los generales Víctor Licandro y Líber Seregni. En horas de la tarde sesionó el plenario del Frente Amplio en la sede del PDC, en Plaza Cagancha, y designó una mesa ejecutiva provisoria integrada por el *grupo de los cinco*, personalidades independientes (Baliñas y Bruschera) y dirigentes de otros grupos políticos (José Cardoso, por el Partido Socialista; Eduardo Jaurena, por el Movimiento Socialista; Héctor Rodríguez, por los GAU; y Jorge Durán Matos, por el Movimiento Herrerista) (Caetano, Neves, 2012: 80).

Nacía entonces una alternativa política. Una expresión profundamente democrática, progresista, nacional y pluralista, capaz de aglutinar tradiciones políticas de las más distintas procedencias, fenómeno sin parangón en la historia del país, por intermedio de acuerdos y medidas básicas e impostergables.

A la Declaración Constitutiva del 5 de febrero de 1971 siguieron las Bases Programáticas de la Unidad el 17 de febrero, el Reglamento de Organización el 16 de marzo y las 30 Primeras Medidas de Gobierno el 25 de agosto.²⁴ Todos estos documentos representan la síntesis de grandes discusiones entre los distintos partidos

24 Véase Anexo, documentos 7.1 (p. 182), 7.2 (p. 185), 7.3 (p. 192), 7.4 (p. 200).

y grupos políticos que formaban la coalición, como no podía ser de otra manera, al tratarse del diálogo entre fuerzas políticas con matrices ideológicas tan diversas.²⁵

Algunas claves para entender el proceso

¿Qué factores hicieron posible el diálogo inter partidario? En primer término, coincidencias fundamentales en el diagnóstico de la situación del país: de la crisis estructural de la economía y sus efectos sociales; del caos institucional; de la pérdida de libertades civiles y garantías legales; de las decisiones gubernamentales profundamente antipopulares. Y junto con los diagnósticos, la acción. Los años de la resistencia y enfrentamiento al gobierno de Pacheco fueron fértiles en puntos de encuentro, en experiencias compartidas de colaboración y lucha en diversos ámbitos de la sociedad, en particular de los trabajadores y estudiantes, en posicionamientos comunes en el Parlamento, etcétera. El enfrentamiento al pachequismo operó como un catalizador para la unidad de las fuerzas progresistas del país, proceso del cual, si bien se pueden historiar antecedentes,²⁶ no se puede afirmar que siguiera una línea directa previa al año 1968.

Hasta la concreción del Frente Amplio las fuerzas progresistas del país estaban disgregadas; ni siquiera la izquierda marxista histórica había logrado establecer un frente común. El Partido Comunista por un lado, más algunos grupos minoritarios escindidos de los partidos tradicionales, como el MRO liderado por Ariel Collazo, formaron el FIDEL en 1962; mismo año en que los socialistas organizaron junto a grupos nacionalistas como el de Enrique Erro la Unión Popular. Dentro de la vieja Unión Cívica del Uruguay, por su parte, se había operado una transformación en sentido progresista bajo el liderazgo del Dr. Américo Plá Rodríguez, que se tradujo, también en el año 1962, en el nacimiento del PDC. Sin duda, el rol de la Juventud del Partido, por un lado, y de una nueva generación de líderes que salieron victoriosos en la puja de poder dentro de la vieja Unión Cívica del Uruguay, por otro, hicieron posible la renovación ideológica y estratégica del Partido. Uno de los más destacados fue sin duda Juan Pablo Terra, orientador del grupo de Economía y Humanismo, inspirado en el pensamiento del padre Joseph Louis Lebret.

Con todas estas innovaciones estos grupos no alcanzaron a superar el diez por ciento del electorado en las elecciones de 1962 y 1966. Este fenómeno fue

25 Las organizaciones políticas que lideraron el debate en torno a las ideas y principios programáticos que debía llevar adelante el Frente Amplio fueron el PDC y el PCU. Figuras democristianas como Juan Pablo Terra, Daniel Sosa Días y Juan Pablo Corlazzoli; y sus contrapartes comunistas Rodney Arismendi, José Luis Massera, Enrique Rodríguez y Jaime Pérez llevaron adelante las negociaciones que hicieron posible el acuerdo programático antes del 5 de febrero de 1971, fecha oficial del nacimiento del Frente Amplio.

26 Resulta muy ilustrativa en ese sentido la obra de Miguel Aguirre Bayley (1985).

denominado por Solari (1965) en su momento como el *canibalismo* de las fuerzas de izquierda. Si un grupo crecía era a expensas de otro. Separadas u organizadas en pequeñas coaliciones (tales como el FIDEL y la UP) jamás podían aspirar a lograr un verdadero cambio político. Esto lo entendieron muy bien Juan Pablo Terra y el PDC, cuando a la hora de la convocatoria frenteamplista se dirigieron no solo a ellos sino muy especialmente a los sectores democráticos y progresistas de los partidos tradicionales. Si no se lograba romper con la unidad electoral artificial de estos, que incluían en su interior expresiones verdaderamente progresistas pero funcionales (por las normas electorales) a grupos conservadores y autoritarios, no habría frente posible. No como el que se necesitaba, amplio y sin exclusiones, para enfrentar al pachequismo y transformar el país.

Se trataba de reunir sectores políticos con fuertes liderazgos nacionales y base popular. Un claro ejemplo era la Lista 99 de Zelmar Michelini. Tan es así, que se constata perfectamente un punto de inflexión en el proceso frenteamplista en el invierno de 1970, con la resolución y posterior salida del Movimiento Por el Gobierno del Pueblo del lema Partido Colorado. Este hecho funcionó sin dudas de acelerador y confirmó la primera ruptura significativa en un partido tradicional, bajo el liderazgo de uno de los arquitectos directos de la alternativa frenteamplista.

Pero no puede ignorarse que tal acontecimiento no nace súbitamente, sino que responde a una serie de factores. En primer término, el desgaste político del partido de gobierno y el indisimulable malestar de un sector y una corriente ideológica que, sintiéndose defraudada, cuando no estafada, por una política claramente oligárquica y represiva de la que se mostraba francamente opositora, comenzaba a avizorar la necesidad de una alternativa. Que esa alternativa discurriera por los carriles que terminó tomando, la concreción del Frente Amplio solo puede ser explicada por la iniciativa, estrategia y trabajo democristiano, conector fundamental entre los sectores provenientes de los partidos tradicionales y la izquierda de inspiración marxista. Es en la visión de un frente amplio y sin exclusiones estructurado por etapas, siendo la primera de estas la concreción de una coalición de sectores democráticos y progresistas de los partidos tradicionales, ciudadanos independientes y el PDC, para luego ampliar la convocatoria a los partidos de la izquierda marxista histórica (fundamentalmente el PCU, FIDEL y ambas corrientes del Partido Socialista) que pudo en definitiva plasmarse el objetivo.

No puede entenderse realmente la formación del Frente Amplio sin tener en cuenta el 23 de junio de 1968, el primer llamado de los muchísimos que realizó Juan Pablo Terra por la unidad de las fuerzas progresistas para superar la crisis política, económica y social. Resulta claro que la unidad comienza a gestarse en ese año tan clave en el mundo, como para la historia de nuestro país. Sin embargo, suele ser pasada por alto a la hora de las reseñas o los relatos sobre la

historia de la coalición. En contrapartida, se ha destacado las más de las veces como inicio del proceso fundacional la declaración de los independientes del 7 de octubre de 1970. Indudablemente se trató de un hecho relevante pero por sí solo no puede explicar el proceso ni sus resultados. Aunque sí puede proporcionar un mayor carácter neutral al relato en la medida en que la propuesta inicial de creación de un frente amplio queda desvinculada de las estrategias partidarias. Muchas veces versiones sesgadas por el sectarismo o el oportunismo han desconocido, cuando no ignorado, sistemáticamente el aporte demócrata cristiano en la creación del Frente Amplio y han elevado en su lugar a figuras y grupos que poco tuvieron que ver con la proposición y formación inicial de la coalición, incluso proponiendo en la época estrategias antagónicas. Ello hace indispensable la tarea de rescatar del olvido un relato más ajustado a los hechos históricos. Ignorar el papel que jugaron la Democracia Cristiana y los sectores escindidos de los partidos tradicionales es desconocer que la riqueza original y presente del Frente Amplio está en la unidad en la diversidad. Lo característico del Frente Amplio es haber sabido sintetizar el aporte de diversas corrientes y partidos políticos en una expresión única por el cambio y la transformación del país. La opinión rigurosa y comprometida al mismo tiempo del historiador e intelectual Oscar H. Bruschera nos puede asistir en este punto:

En resumidas cuentas, la idea, y su impulso inicial, fue del PDC. El apoyo de los independientes (grupo de *Marcha*, que además contaba con la influencia del semanario más prestigioso del país), los desprendimientos de la 99 (del Partido Colorado) y del Movimiento Blanco Popular y Progresista (del Partido Nacional), y la participación de los sectores de la izquierda tradicional (sobre todo el FIDEL) hicieron posible, por el esfuerzo que de consuno todos realizaron, que pudiera plasmar un pensamiento y un plan que, nadie puede dudarlo, tiene muy grandes perspectivas de futuro (Bruschera, 1986: 73).

Cabe destacar que Bruschera tuvo una actuación política activa a favor del Frente Amplio desde las páginas de *Marcha*, a través del Grupo de Independientes responsables de la declaración del 7 de octubre. Por otra parte, José Díaz, histórico dirigente del Partido Socialista afirmaba, en una entrevista del año 2009: «Si ponemos en la balanza, creo que hay un gran equilibrio en lo que aportó la izquierda histórica por un lado, el PDC por otro y los desprendimientos de los partidos tradicionales. Esa triple conjunción fue fundamental».²⁷

Otro elemento clave en la cristalización del Frente Amplio como realidad política puede encontrarse en la estatura intelectual, peso político, madurez y visión de sus líderes fundacionales. Dificilmente una época pueda dar políticos

27 <<http://www.vaduenuevo.com.uy/index.php/the-news/398-05vaduenuev005>>.

e ideólogos de la dimensión de Rodney Arismendi y Juan Pablo Terra,²⁸ o líderes con el carisma, el *fuego sagrado* de Zelmar Michelini. Sin duda, configuraron ellos tres y sus organizaciones el trípode fundamental sobre el que se levantó el Frente Amplio como estructura política. Cabe a su vez destacar la importancia de contar luego con un candidato de las características del general Líber Seregni,²⁹ un hombre con profundas convicciones democráticas y un liderazgo en construcción con una indudable proyección de futuro.³⁰ Figuras todas ellas consagradas en sus espacios, referentes en sus corrientes de pensamiento, que, ante la gravedad de la crisis nacional (política, económica, social y moral), actuaron decididamente sobre la realidad para transformarla. El riesgo era enorme, y el éxito estaba lejos de encontrarse asegurado. Se trataba en muchos sentidos de un salto al vacío. Un acto de fe.³¹

¿No era acaso un peligro para los sectores procedentes de los partidos tradicionales abandonar el lema, espacio cargado de mística, de símbolos vinculados estrechamente con las divisas de antaño y con las corrientes históricas que modelaron esos partidos y al país? ¿Se podía ser batllista fuera del Partido Colorado? ¿Se podía ser nacionalista fuera del Partido Nacional? Para aquellos que se sumaron al proyecto frenteamplista la respuesta fue afirmativa. Pero no fue unánime. En el Partido Colorado permanecieron políticos de gran valía, mientras

28 Juan Pablo Terra era una figura de referencia para la corriente demócrata cristiana no solo a nivel nacional, sino también internacional. Una de sus obras más importantes a nivel doctrinario fue *Mística, desarrollo y revolución*, escrita en el verano de 1969. «De ese libro podían derivarse radicalismos (tanto como el que refería a la revolución), pero no solo eso: también la reafirmación de la institucionalidad democrática. [...] Terra se encerró en 1969... para escribir un libro que circulaba densamente dentro del campo de significaciones de la política en aquella década. No escapaba, pues, de la obligación de hablar de la revolución y del partido, pero formulaba un planteo radical (construido desde una raíz). Recorría grupos, ideologías, conflictos, profundizaba en el ideal democrático, la participación, el pluralismo (¿quién escribiría de eso en los sesenta!), el pacto democrático, el ideal comunitario, el desarrollo económico (en la línea de François Perroux y el padre Lebret) y los diversos sentidos de la palabra revolución. En referencia al partido político había en el libro afirmaciones inequívocas, tanto críticas de los partidos históricos uruguayos como, más en general, a favor del carácter necesario de los partidos en el ordenamiento democrático». (Rilla, 2008: 470).

29 El mérito de proponer a Seregni como candidato frenteamplista corresponde a Zelmar Michelini, quien lo conocía muy bien desde su militancia dentro del Partido Colorado. Lo había levantado como candidato en un posible acuerdo entre los líderes batllistas opositores al gobierno, pero Vasconcellos lo vetó. Una vez encaminadas las tratativas para la formación del Frente Amplio la candidatura del general Seregni volvía a ser tema esencial para Michelini y su sector. Esta vez secundado por Juan Pablo Terra y el PDC, la candidatura se concretó.

30 Visto en perspectiva, puede sin duda afirmarse que el rol de Seregni como líder de la coalición resultó esencial como moderador y carta de unidad, así como para la propia supervivencia de la fuerza política que tuvo que resistir los años aciagos de la represión dictatorial, cárcel mediante. Fue referente emocional de la coalición, *preso político* símbolo de la resistencia a nivel nacional e internacional y, una vez liberado, hizo del Frente Amplio un protagonista en la salida de la dictadura y el proceso democrático posterior.

31 Se trató de una opción estratégica no siempre entendida o compartida. «En su momento, sin embargo, la iniciativa demócrata cristiana fue objeto de cuestionamiento periodístico, marcando Carlos María Gutiérrez desde las columnas de *Marcha* sus discrepancias con aquella bajo el sugestivo título de “La ilusión frentista” [*Marcha*, 28 de junio de 1968, pp. 8, 9]», en Zubillaga (1991: 78).

que en el Partido Nacional la opción de gobierno encabezada por Wilson Ferreira Aldunate de cara a las elecciones de 1971 marcaba un rumbo progresista dentro de las estructuras partidarias tradicionales.³² El historiador Oscar Bruschera insistía en que el Frente Amplio jamás llegó a ser una simple unión de las izquierdas, sino algo mucho más complejo, un conglomerado de fuerzas nacionalistas y populares, democráticas y avanzadas compuestas por la Democracia Cristiana, los partidos marxistas y las agrupaciones progresistas de nuestros partidos históricos, que podían volcar lo mejor de sus tradiciones al esfuerzo unitario:

Así, la propuesta no pretende que los batllistas olviden o renieguen de Batlle, antes, al contrario, sugiere rescatarlo, depurarlo. Tiene actualidad su actitud democratizante y popular, su espíritu reformista, su afán modernizador muy creativo, su propósito de redimensionar el papel del Estado en la estructura económica. Ello no quiere decir que deba insistirse en la óptica de este con un papel paternalista, ni persistir en la falacia de una inviable superación del antagonismo de clases, ni en la permanencia de una estructura de tipo capitalista y dependiente, ni en la obsoleta irreligiosidad que él tomó del radicalismo francés, ni su proclividad yankee. Si tomamos a Herrera, en el otro bando, es actual su prevención y lucha contra la sujeción a los dictados de los *rubios del Norte*, que armoniza con el mensaje americanista del Cerrito y del gobierno de Berro, y en el conjunto de la tradición partidaria, la postura nacionalista frente a todas las injerencias extranjeras, sean las anglofrancesas de la Guerra Grande, o las del Brasil, en la etapa posterior a la Segunda Cisplatina; su comprensión y defensa del país telúrico, de esencia campesina, que tan bien ejemplificó Saravia en sus protestas armadas (y antes el mismo Timoteo Aparicio). Ello no quiere decir que debe persistirse en la resistencia a todas las novedades modernizadoras, ni que se siga confinando el *agrarismo* al punto de vista de la alta burguesía latifundista, ni que se pretenda congelar al Estado en el mero papel de juez y gendarme (Bruschera, 1986: 62).

Desde la izquierda marxista tampoco resultaría sencilla la formación de una coalición con partidos con los que se tenía tan poco en común desde el punto de vista ideológico, organizativo, estratégico. El problema del diálogo entre cristianos y marxistas resultó central en aquella época.³³ La superación de la incom-

32 Puede encontrarse un análisis muy interesante y pormenorizado de este tema en Demasi (s. f.).

33 Un claro ejemplo de la relevancia del diálogo entre cristianos y marxistas en el Uruguay de aquella época se vio reflejada en la edición de un número dedicado especialmente a la temática en *Cuadernos de Marcha* (n.º 47 «Frente Amplio II: Cristianos y marxistas», marzo de 1971). Al mismo tiempo se llevaban adelante reuniones políticas en ese sentido. El entonces militante de la JDC Luis Udaquiola recordaba así una reunión entre cristianos y marxistas en la ciudad de Juan Lacaze en septiembre de 1970, para discutir sobre el proceso chileno hacia la Unidad Popular: «La juventud comunista local nos invitó [a la Juventud Demócrata Cristiana] a organizar conjuntamente una mesa redonda con la presencia del presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile y dirigente de la Juventud Comunista chilena Alejandro Rojas» <<http://www.chasque.net/vecinet/famplioo2.htm>>.

prensión y el prejuicio históricos del pensamiento marxista hacia el fenómeno religioso y sus manifestaciones sociales y políticas; al mismo tiempo que la apertura de los cristianos tras el Concilio Vaticano II (1962-1965), bajo los papados de Juan XXIII y Pablo VI, hacia el diálogo primero y la aceptación de la posibilidad de la acción concertada con grupos no cristianos para la transformación de la realidad; el ejemplo revolucionario de Camilo Torres en Colombia (muerto en 1966); las conclusiones profundamente renovadoras de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) en Medellín (1968); la acción de innumerables obispos y sacerdotes que tomaron la opción por los pobres y reclamaban profundos cambios socioeconómicos, como Monseñor Hélder Câmara en Brasil o el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez, padre de la teología de la liberación; así como la actitud de la Iglesia uruguaya y montevideana conducida por monseñor Carlos Parteli, en consonancia con las olas renovadoras de la Iglesia continental; fueron todos factores que allanaron el camino al entendimiento.

Otro elemento a considerar fue la postura del PCU. Partidario de los frentes de izquierda (categoría en la que cae el FIDEL), proponía dicha modalidad para la coalición antipachequista. Al terminar aceptando la visión frenteamplista (propuesta por el PDC) tuvo que enfrentarse al desafío de integrar un frente político al que no pudiera controlar como fuerza hegemónica. Remarcaba en su análisis Bruschera:

En cuanto a la izquierda tradicional (promarxista), protagonista de una lucha muy tenaz y muy valiosa pero estéril, había que llamarla a participar en un esfuerzo de transformación nacional, en lugar de seguir fatigándonos con su reiterativo discurso sobre la revolución universal. No es malo que los pueblos o los partidos sueñen: lo malo es confundir deseos con realidades, sueño con vigilia. Dicho de otra manera acaso más directa y menos agresiva: había que sacarla de la utopía y meterla en la incidencia. Con la esperanza de que renunciara a una vanguardia retórica o un protagonismo siempre desmentido en los hechos, para que jugara su papel, humilde y muy eficaz, en la tarea común (Bruschera, 1986: 62).

Otro problema que debió enfrentar la izquierda tradicional consistió en la existencia de partidos que venían de ser rehabilitados poco antes de las elecciones de 1971, mostrando muchísimas dificultades en su organización, así como claras diferencias internas, como el Partido Socialista que estaba dividido en dos corrientes. El vínculo entre los diferentes núcleos de la izquierda seguía siendo conflictivo. Ninguno de ellos, salvo el PCU, estaba en condiciones de impulsar un proyecto político tan ambicioso y desafiante como lo era el Frente Amplio.³⁴

34 «Nosotros estábamos fuera de la ley y ¿cuál era nuestro contacto? ¿Quién nos iba a buscar con preocupación y con deseo de que el partido, aunque estuviera fuera de la ley, participara en la gestación de una nueva unidad política? Fueron el Partido Demócrata Cristiano y el arquitecto

Para el PDC, impulsor de la idea de un Frente Amplio sin exclusiones, tampoco se trató de un camino de rosas. Resultaba todo un desafío para un partido de ideas el salir de la comodidad de sus estructuras para dialogar con otros grupos políticos de las más diferentes tradiciones político-ideológicas de cara a la concreción de un espacio político mayor. Nacido de un partido católico confesional (Unión Cívica del Uruguay) no podía dejar atrás tan fácilmente ciertas opiniones y prejuicios arraigados por tanto tiempo, y todavía presentes en sus miembros más veteranos. A medida que el Partido fue avanzando en sus propuestas, e insistiendo en la estrategia frenteamplista, se fueron retirando del mismo algunos miembros provenientes de la vieja Unión Cívica del Uruguay que seguían defendiendo la estrategia del «camino propio». Fueron innumerables las campañas de desprestigio al PDC orquestadas, a través de la prensa, por la derecha, que acusaban a los dirigentes de *marxistas, comunistas, traidores*, entre otros términos, por el rumbo tomado.³⁵ El estar dispuesto a salir al cruce de todas esas acusaciones sin claudicar en lo más mínimo en el camino trazado expone a las claras un grado de convencimiento y valentía fundamentales para el desarrollo del objetivo político trazado. En aquellos turbulentos y fermentales años la Juventud Demócrata Cristiana hizo de la prédica a favor de la concreción de un Frente Amplio sin exclusiones para la transformación de la sociedad uruguaya su bandera fundamental, así como fue crítica de las estrategias foquistas y de la lucha armada como vía revolucionaria en Uruguay. Ello puede constatare en sus documentos, especialmente *Bases para una opción revolucionaria* de 1969 y *Frente Amplio para unir al pueblo* de 1970.³⁶

Juan Pablo Terra, los que permanentemente se conectaban con nosotros para tenernos informados de cómo avanzaban las conversaciones. Para el PDC era una condición que en la unidad que se quería forjar estuvieran también los socialistas, porque evidentemente no querían formar una unidad en la que pudieran quedar enfrentados con el Partido Comunista; querían que la unidad fuera lo más amplia posible. Fue una actitud del PDC de amplitud unitaria, de comprensión y de reconocimiento a un partido que estaba muy malherido como era el Partido Socialista» («La amplitud y la generosidad que hicieron que el FA fuera posible» (entrevista a José Díaz, 2009) <<http://www.vaduenuevo.com.uy/index.php/the-news/398-05vaduenuevo05>>.

35 Abundó la propaganda difamatoria a través de los grandes medios de comunicación. Comunicados y afiches advertían a la ciudadanía sobre la que sería una desviación político-ideológica del Partido en su opción frenteamplista, utilizando su sigla para formar acrónimos como «Peón Del Comunismo». Diatribas como las del Dr. Miguel Saralegui, exmiembro del PDC, contra sus otrora compañeros, así como los comentarios sarcásticos del ministro de Pacheco, Dr. Julio María Sanguinetti, desde las páginas de *Acción* fueron un claro ejemplo de ello. De todos los libelos y misivas propagandísticas difamatorias del PDC por la formación del Frente Amplio destacó especialmente la del famoso periodista y productor agropecuario Dr. Eduardo J. Corso, católico de conocida raigambre conservadora. En su obra *El cristiano y el Frente Amplio*, de 1971, sentenciaba reiteradamente: «[...] el que vota por el Partido Demócrata Cristiano en su versión de Frente Amplio, vota con el marxismo; vota por el marxismo; vota al marxismo y vota para el marxismo».

36 La JDC uruguaya mantenía en esos años un intenso intercambio con la JDC chilena y con buena parte de los ideólogos y pensadores demócratas cristianos chilenos, Radomiro Tomic en particular.

El compromiso político del PDC puede vislumbrarse también en la apertura generosa del lema a todas las fuerzas políticas que integraron el Frente Amplio,³⁷ lo que hizo posible la comparecencia de la coalición en las elecciones de noviembre de 1971 bajo las leyes electorales vigentes en la época. Otro ejemplo del compromiso frenteamplista del PDC fue la cesión de los colores partidarios para que fuesen utilizados por la coalición.³⁸ Desde los tiempos de la Unión Cívica del Uruguay los colores que identificaban al Partido eran los artiguistas: rojo, azul y blanco. Es en el año 1971, a raíz de la formación del Frente Amplio, que el partido modificó sus símbolos. Adoptó el color naranja³⁹ como el principal, acompañado de un círculo blanco en el que estaba inscrita una flecha de color violeta⁴⁰ (el símbolo de la flecha ya era utilizado anteriormente por el PDC uruguayo, así como también por otros partidos de la misma tendencia ideológica en otros países).

Resulta también importante remarcar que el Frente Amplio no nació exclusivamente del acuerdo político de los partidos y sectores que lo integraron; se sustentó fundamentalmente en el arraigo popular de esa voluntad unitaria que llevó a la movilización de importantes contingentes humanos, militantes de base, sindicales, estudiantes, trabajadores, ciudadanos de a pie, que respondieron al llamado y al desafío de la construcción de una patria nueva sin sectarismos, con la esperanza de que un futuro distinto era posible. Sin todos ellos, sus sacrificios, su militancia, sus ideales, el sueño de una alternativa política que salvara

37 La ley de lemas vigente (desde la época del terrismo) dificultaba la posibilidad de crear un frente. Reconocía lemas accidentales y permanentes, y solo a estos últimos se les otorgaba el derecho a acumular votos a través de sublemas y distintivos. Como el Frente Amplio se trataba de una coalición pluripartidaria y pluriideológica, los partidos y sectores que la integraban no podían jamás fundirse en un mismo lema accidental abandonando así sus tradiciones, ideologías e identidades partidarias. Debían articularse alrededor de un lema permanente, es decir, ya existente (que hubiera obtenido previamente representación parlamentaria), que pudiera habilitar múltiples sublemas que expresaran la rica diversidad del conglomerado frenteamplista. Para las elecciones de 1971 solo habían dos posibilidades en ese sentido. Una opción era el lema FIDEL, al que los sectores provenientes de los partidos tradicionales difícilmente se hubieran plegado, ya que se trataba de una estructura dominada por el Partido Comunista. Otra opción era el lema Partido Demócrata Cristiano. A su favor contaba que era un partido de reciente creación (1962), al mismo tiempo que mucho más aceptable, por su funcionamiento y sus concepciones, para los sectores progresistas y democráticos de los partidos tradicionales. La apertura del lema PDC generó a su vez en ese momento rumores malintencionados sobre la posibilidad de que los demócratas cristianos pudieran perder el derecho a su lema en caso de resultar minoría en la coalición luego de las elecciones.

38 Puede consultarse en la página web de la Corte Electoral del Uruguay <www.corteelectoral.gub.uy> las listas de las elecciones de 1971 y anteriores.

39 Dicho color fue recomendado por Jean Zume, analista en marketing y asesor político venezolano, contratado por el PDC para las elecciones de 1971. A pesar de algunas primeras resistencias pronto se transformó en una insignia del partido, en el color de la bandera, así como el de las camisas de una juventud movilizada para la transformación de la sociedad.

40 La adopción de los nuevos colores trajo ciertos inconvenientes de orden práctico. Como recuerda el militante Guillermo Font: «Al Arq. Sotuyo, responsable de Propaganda, le costaba conseguirlo en plaza en esos tiempos y, además, el violeta se desteñía y quedaba celeste; entonces, por razones prácticas, se transformaron en naranja y negro» <<http://www.chasque.net/vecinet/famplio02.htm#Setiembre>>.

al país de la debacle a la que había sido sumergido, no hubieran sido más que compromisos firmados en un papel.

En ese sentido es más que destacable el proceso de maduración política y unificación de los trabajadores organizados en la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) de 1964. Convención que un año después, en el Congreso del Pueblo, presentó un programa de soluciones a la crisis, y ya para 1966 se había transformado en la central única de los trabajadores del país. Dicho proceso aportó la experiencia del trabajo mancomunado de representantes de organizaciones sindicales de las más diversas ideas y tendencias con un objetivo común, la solución de la crisis por la que atravesaba el país y que recaía fuertemente sobre las espaldas de los trabajadores, haciendo del análisis serio de la realidad nacional la base para proponer una plataforma que fuera más allá de las reivindicaciones sectoriales o corporativas inmediatas para terminar aspirando en cambio a transformaciones de mayor alcance y aliento.

La nueva central surgía —según decía su Declaración de Principios— para impulsar un plano superior la lucha por las reivindicaciones económicas y sociales de los trabajadores de la ciudad y el campo; por el mejoramiento de las condiciones materiales y culturales del conjunto de nuestro pueblo; por la liberación nacional y el progreso de nuestra Patria, en el camino hacia una sociedad sin explotados ni explotadores (Nahum, 2001: 164).

En estas coordenadas resultaba lógico que los trabajadores organizados fueran aliados naturales del proyecto frenteamplista, a cuenta de que la unidad de los partidos políticos democráticos, nacionalistas y populares lograda en 1971 resultaría, desde su óptica, una nueva etapa en el proceso de unidad de las fuerzas populares que habían iniciado con la CNT, y con los cuales compartían plataformas políticas fundamentales en torno a la necesidad imperiosa de cambios estructurales que librarán al país de la crisis, el subdesarrollo, la dependencia y la falta de libertades.⁴¹

Otro sector importante en la lucha por la defensa de los intereses populares fue la juventud, fundamentalmente aquella nucleada en las organizaciones estudiantiles, especialmente a nivel universitario a través de la FEUU, y que pronto

41 Algunas de estas plataformas eran: la «Reforma agraria que erradique latifundios y minifundios, reforma industrial que nacionalice monopolios, empresas de capital extranjero y sectores claves, buscando la reactivación industrial y el pleno empleo; reforma del comercio exterior para orientar el comercio de acuerdo al interés nacional, comerciando con todos los países y evitando la especulación con divisas; reforma tributaria que establezca el impuesto a la renta personal y al patrimonio como bases para el sistema (eliminando el anonimato de las sociedades de capital y reaforando las propiedades inmuebles) y reduzca los impuestos al consumo; reforma crediticia y bancaria, estableciendo la nacionalización de la banca, creando bancos de fomento y un Banco Central que controle la política monetaria y crediticia; reforma urbana, que promueva la construcción de viviendas y su adquisición por inquilinos modestos; reforma y coordinación del transporte, marina mercante nacional, planificación vial, etc.» (Alonso Eloy, Demasi, 1986: 58).

había comprendido la necesidad de estrechar lazos con los trabajadores organizados haciendo de la consigna «¡Obreros y estudiantes, unidos y adelante!» una de las más significativas de los años sesenta. Época en que los jóvenes ofrecieron lo mejor de sí a la construcción del sueño colectivo, del mañana mejor que requería de la acción decidida en el presente para lograr los cambios necesarios y profundos. El atractivo del mensaje frenteamplista para los jóvenes los convocó a la participación activa, lo que significó para la coalición «un dinamismo, una presencia, una capacidad para ganar la calle, que alcanzó parámetros desconocidos en el pasado reciente» (Bruscher, 1986: 74).

A su vez, buena parte de la intelectualidad, cada vez más ajena a los partidos tradicionales y sus lógicas, vivió el nacimiento y desarrollo del Frente Amplio con gran expectativa y entusiasmo en tanto construcción política profundamente democrática y democratizadora, a la que podían aportar un gran caudal de análisis y reflexión, esfuerzo creativo y nuevos sueños y utopías.

La estructura organizativa del Frente Amplio promovió la participación y la horizontalidad, en clave unitaria, a partir de los comités de base. Allí dialogaron adherentes y militantes de todos sus partidos y sectores, y ciudadanos independientes. De lo micro a lo macro, estas organizaciones territoriales —que retomaban tradiciones políticas de antaño en el país, como los clubes políticos de Batlle y Ordóñez a principios del siglo xx— sirvieron para procesar las discusiones más importantes en torno a las realidades locales y nacionales, al programa de la coalición, la estrategia y objetivos por delante. Colaboraron en el reforzamiento del pluralismo y la fraternidad como principios pero fundamentalmente como prácticas cotidianas entre los frenteamplistas.⁴²

El Frente Amplio, tal y como lo propuso el PDC, nació como fuerza pacífica y pacificadora en un país convulsionado por la violencia de estructuras opresivas, así como por la violencia de los hombres. La teoría del foco guerrillero desarrollada por Regis Debray y la OLAS, y encarnada en la figura mítica de Ernesto *Che* Guevara, generó seguidores en todo el continente. Nuestro país no fue la excepción.

Distintos movimientos armados de izquierda proponían el camino de la acción directa en clave revolucionaria, del choque violento contra las fuerzas del Estado como la forma superior de lucha. El principal de todos ellos era sin duda el MLN-T, grupo surgido a principios de los años sesenta, que tenía a Raúl Sendic como uno de sus fundadores y máximos referentes. Con el pachequismo, la

42 «También es cierto que esta composición mixta y la ignorancia que se daba entre muchos de los participantes respecto de las reglas de disciplina que pautan el comportamiento de los militantes de los partidos de cuadros constituyó un campo fértil para que se introdujeran quienes, en el fondo, no eran frentistas (me refiero a los simpatizantes tupamaros, o más bien a los bocamaros) haciendo derivar la temática de las discusiones y polémicas a un campo indebido como era el de asumir actitudes maximalistas respecto de la estrategia y el programa, que eran, sin embargo, los presupuestos de la unidad frentista misma y cuya aceptación “a priori” por todos no debía haber sido puesta en tela de juicio» (Bruscher, 1986: 74).

actividad de este grupo se intensificó. La alternativa armada resultaba sin duda muy seductora para la izquierda radical (y no tan radical), y en particular para los jóvenes. Si bien fue criticada por prácticamente todos los partidos y sectores, ninguno fue tan tajante como el PDC en este punto.⁴³ Desde la postura de Juan Pablo Terra,⁴⁴ a los documentos oficiales del Partido, principalmente los de la Juventud,⁴⁵ se notaba una línea clara que marcaba la diferencia entre dos tácticas irreconciliables: por un lado la táctica de elites, y por otro, la de masas. A la primera corresponde la acción política de la guerrilla, a la última la de los partidos políticos que apuestan a la concientización y movilización de las masas, caminando junto a ellas a cada paso del camino, como en el caso del PDC.⁴⁶ La idea del MLN-T como opción armada favorable al Frente Amplio o complementaria no tendría correlación con los hechos.⁴⁷ Si bien habría existido indudablemente una mayor identificación con algunos de los grupos de izquierda integrantes del Frente Amplio que con otros partidos, a la vez que contaba con un sector afín en el Movimiento 26 de Marzo (brazo político del MLN-T), en la práctica sus actividades contradecían los objetivos y principios básicos y fundantes del Frente Amplio, así como debilitaba su estrategia electoral.⁴⁸ Ni que hablar, a su vez, que el rechazo que para 1970 generaba el MLN-T en un sector importante de la población podía perjudicar también al Frente Amplio como opción política que la derecha vinculaba con la guerrilla.

Por su rol en el génesis de la propuesta frenteamplista, por la militancia a favor de la realización de esta, por el papel que jugó como nexo fundamental entre sectores democráticos y progresistas de los partidos tradicionales (con los que organizó un primer núcleo, el Frente del Pueblo) y las fuerzas de izquierda marxistas, en una visión de Frente Amplio sin exclusiones; por sus aportes programáticos, en la línea de las transformaciones estructurales que necesitaba el país; así como por la defensa de principios fundamentales e ineludibles como el ideal democrático y su postura crítica a la guerrilla, vinculada a una visión del Frente Amplio como una fuerza pacífica y pacificadora, es que entendemos al PDC como protagonista ineludible del proceso fundacional frenteamplista.

43 Véase Pérez Antón (1987: 34, 35).

44 Acerca de las intervenciones de Terra en el Parlamento y en la prensa con respecto a las actividades del MLN-T, véase *Del pachequismo al Frente Amplio* (Terra, 1971). Para una crítica más teórica del foquismo véase *Mística, desarrollo y revolución* (Terra, 1969).

45 Postura presente en *Bases para una opción revolucionaria* (1969) (véase Anexo, documento 2.1, p. 66), *Frente Amplio para unir al pueblo* (1970) (véase Anexo, documento 2.4, p. 93) y *Bases ideológicas* (1971).

46 Para un análisis especialmente incisivo y desmitificador de la estrategia tupamara y sus resultados en el Uruguay de la época, véase *Frente Amplio para unir al pueblo* (1970), en Anexo, documento 2.4, p. 93.

47 A pesar del apoyo crítico del MLN-T al Frente Amplio en diciembre de 1970, en ningún momento abandonó su estrategia guerrillera, a la que siguió considerando la «forma superior de lucha». Esta contradicción insalvable de estrategias entre el MLN-T y el Frente Amplio generó muchos más perjuicios que beneficios a la novel coalición.

48 Bruschera (1986: 47); testimonio de Juan Pablo Terra en Harnecker (1991).

Bibliografía

- AGUIRRE BAYLEY, Miguel (1985), *El Frente Amplio. Historia y documentos*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- ALONSO ELOY, Rosa, y Carlos DEMASI (1986), *Uruguay 1958-1968. Crisis y estancamiento*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- BARRÁN, José Pedro, Gerardo CAETANO, Teresa PORZECANSKI (orgs.) (1997), *Historias de la vida privada en el Uruguay*, tomo III «Individuo y soledades. 1920-1990», Santillana, Montevideo.
- BRUSCHERA, Oscar (1986), *Las décadas infames. Análisis político 1967-1985*, Linardi y Risso, Montevideo.
- CAETANO, Gerardo, José RILLA, Pablo MIERES, Carlos ZUBILLAGA (1991), *De la tradición a la crisis. Pasado y presente de nuestro sistema de partidos*, CLAEH-Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- CAETANO, Gerardo, Salvador NEVES (2012), *Líber Seregni. La unidad de las izquierdas*, tomo 11 de *Historia Uruguaya*, colección Los Caudillos, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- CANCELA, Walter, y Alicia MELGAR (1986), *El desarrollo frustrado. 30 años de economía uruguaya 1955-1985*, CLAEH-Ediciones de la Banda Oriental, colección Argumentos, Montevideo.
- CHAGAS, Jorge, Gustavo TRULLEN (1998), *José D'Elía: Memorias de la esperanza*, tomo II «Los años turbulentos (1965-1984)», Trilce, Montevideo.
- (2005), *Pacheco. La trama oculta del poder*, Rumbo Editorial, Montevideo.
- CORES, Hugo (1997), *El 68 uruguayo*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Cuadernos de Marcha*, n.º 46, «Frente Amplio», Montevideo, febrero de 1971.
- Cuadernos de Marcha*, n.º 47, «Frente Amplio. Cristianos y marxistas», Montevideo, marzo de 1971.
- DEMASI, Carlos (s. f.), *Blancos y colorados en la formación del Frente Amplio*, *Cuaderno*, n.º 33, Fundación Vivían Trías <<http://fundacionviviantrias.org/sites/default/files/Cuaderno-33.pdf>>.
- FINCH, Henry (2005), *La economía política del Uruguay contemporáneo 1870-2000*, Banda Oriental, Montevideo.
- FREGA, Ana (coord.) (1991), *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- HARNECKER, Marta (1991), *Frente Amplio. Los desafíos de una izquierda legal*, La República, Montevideo.
- NAHUM, Benjamín (dir.) (2001), *El Uruguay del siglo XX*, vol. 1 «La economía», Ediciones de la Banda Oriental-Instituto de Economía, Montevideo.
- NAHUM, Benjamín, Ana FREGA, Mónica MARONNA, Ivette TROCHÓN (1994), «El fin del Uruguay liberal (1959-1973)», tomo 8 de *Historia Uruguaya*, Banda Oriental, Montevideo.
- PÉREZ ANTÓN, Romeo (1987), *Los cristianos y la política en el Uruguay*, Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo.
- RILLA, José (2008), *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*, Sudamericana, Montevideo.
- SOLARI, Aldo (1965), «Réquiem para la izquierda», en *Estudios sobre la sociedad uruguaya*, tomo II, Montevideo.
- TERRA, Juan Pablo (1969), *Mística, desarrollo y revolución*, Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo.
- (1971), *Del pachequismo al Frente Amplio*, Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo.
- (1995), *Obras. Doctrina y política*, tomo 3, CLAEH, Montevideo.
- VARELA, Gonzalo (1988), *De la república liberal al Estado militar. Uruguay 1968-1973*, Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo.
- ZUBILLAGA, Carlos (1991), «Los partidos políticos ante la crisis (1958-1983)», en Gerardo CAETANO, José RILLA, Pablo MIERES, Carlos ZUBILLAGA, *De la tradición a la crisis. Pasado y presente de nuestro sistema de partidos*, CLAEH-Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.

ANEXO DOCUMENTAL

1. DOCUMENTOS DEL PARTIDO DEMÓCRATA CRISTIANO

1.1. Mensaje del Partido Demócrata Cristiano

[Emitido por canal 12 de televisión, en Montevideo, el 23 de junio de 1968.]

En este momento oscuro de la República el PDC cree indispensable señalar soluciones. No solo nuestras soluciones económicas, que hemos reiterado en los documentos del Partido y en los debates públicos, sino soluciones políticas para la encrucijada política actual.

I. ANCAP

Pero permítasenos primero, en un paréntesis, reafirmar desde esta tribuna lo que reclamamos en el Parlamento hace diez días: *la derogación de los convenios petroleros* de ANCAP con las compañías extranjeras y *la terminación del monopolio de Acodike* en distribución del supergás. Nuestro compañero el diputado Humberto Ciganda interpeló en esa ocasión al ministro de Industria y Comercio sobre estos temas ante el silencio de ANCAP que se negó a enviar un representante a defender su política.

El diputado Ciganda demostró que *los convenios* han entregado a compañías extranjeras facultades y derechos que son del país, y riquezas que podían haber quedado en el país, haciendo un tristísimo negocio, y que pueden y deben denunciarse. Y también demostró que el *monopolio de Acodike* da a esta compañía un privilegio exorbitante; contrario al interés del público y contrario al mismo texto del contrato. Y que puede y debe quedar terminado, abriendo campo a la competencia de otros y a la distribución por la propia ANCAP.

La interpelación, a pesar de los intentos iniciales de hacerla derivar al escándalo, y del recurso final de dejarla sin número cuando debía pronunciarse el ministro, puso a las claras dos hechos muy importantes:

1. Diputados de todos los partidos coincidieron con la exactitud de las críticas y la necesidad urgente de ponerle pronto final a la situación.
2. No hubo una sola voz de defensa.

El martes 18, el diputado Ciganda presentó un proyecto de minuta de comunicación, requiriendo del Poder Ejecutivo que obtenga la denuncia de los convenios y la terminación del monopolio de Acodike.

El Poder Ejecutivo se ha sumado ahora enviando un mensaje pidiendo a la Cámara que autorice la denuncia de los convenios. Pero esto no requiere ley. ANCAP por sí puede terminarlos. La emplazamos públicamente a que lo haga. Tiene la palabra.

II. La situación del país

Más allá de este problema particular queremos hablar sobre los caminos de salida a esta gran crisis nacional que nos angustia.

1. *La situación económica*

La situación económica cada año más opresiva ha carcomido la conciencia pública hasta las fibras más íntimas.

El campo estancado no nos proporciona bastantes productos para exportar y no muestra el menor repunte.

La industria paralizada no contiene la ola de una desocupación que desanima a muchos hasta empujarlos a la emigración.

La inflación enloquecida destruye el poder adquisitivo de los salarios que quedan cada vez más retrasados. El país mendiga ayuda al extranjero, se endeuda cada vez más, firma nuevos compromisos y pierde su misma libertad de decidir.

Campea la especulación y la riqueza se nos va al extranjero.

2. *La crisis de confianza*

La confianza ha sido carcomida, tan golpeada que se corre el riesgo de que los ojos no se fijen más en soluciones, sino en la pura manifestación anárquica de la disconformidad, o que se refugie en el egoísmo y en la apatía.

No vamos a repetir aquí, para no comprometer al canal y a las radios que nos han reservado su espacio a pesar de las circunstancias imperantes, nuestras opiniones referentes a otras manifestaciones y a otras exteriorizaciones de la crisis que todos conocemos.

Pero sí nos vamos a referir a que, entre las cosas que han perdido la confianza pública, y tal vez antes que cualquier cosa, está la política económica del gobierno, que todavía hace pocos meses despertó ilusiones injustificadas.

Política económica que confía a los dólares prestados la recuperación del país; que confía en la libertad de cambio; que trata sobre todo de contener los sala-

rios como si fueran la causa de la inflación a pesar de estar continuamente en pérdida; que posterga para un futuro de palabras suntuosas, siempre en futuro, las grandes reformas estructurales sin las cuales el país no se salva. Una política entregada a los grupos poderosos, preocupada por dar a estos la confianza y las ganancias, que deberían tal vez llevarlos a realizar ellos el impulso del desarrollo del país. Confianza que nunca se logra, y recuperación que nunca comienza.

Esta política que el FMI impone al menos a los que no saben darse otra, ha perdido la confianza pública. Severamente la hemos condenado y hemos propuesto contra ella otras soluciones que están en nuestro plan de gobierno. Pero reaparece, regresa con variantes desde hace nueve años, sembrando el descrédito y la oposición, y está más firme que nunca.

El hecho de que se mantenga esta política económica, y al modo y las condiciones en que se mantienen, nos obligan a reconocer que detrás de la crisis económica hay una crisis política. Y que no superaremos la crisis económica si no superamos la crisis política. Crisis de la democracia uruguaya, crisis del Parlamento, crisis del sistema electoral. Pero sustancialmente crisis de los partidos políticos.

3. *La crisis política*

Hoy todos la admiten. Basta recordar algunos hechos para comprender que esta crisis de los partidos es particularmente profunda.

Primer hecho. El Partido Colorado había criticado acerbamente ocho años esa política económica. La gente creyó votar contra ella cuando votó a los colorados. Vio con asombro todos los tanteos, las contradicciones, las marchas y las contramarchas del año pasado. Y ahora, desde noviembre, ve instalarse de nuevo con decisión y firmeza la misma política que estaba antes.

Esto provoca un tremendo desconcierto y una tremenda frustración. Algún diputado colorado ha llegado a gritar dolorido que era una estafa a la ciudadanía.

Segundo hecho. El Partido Colorado sostiene al gobierno, salva sus ministros en las Cámaras, vota las leyes más esenciales, pero no defiende la política.

El diputado Cigliutti, el senador Vasconcellos, el senador Michelini afirman posiciones diametralmente opuestas a la política del gobierno. El vicepresidente de la República hubo de encabezar hace pocos días una manifestación contra la política económica del gobierno, y ayer mismo ha hecho declaraciones a la prensa que significan la crítica más dura, más acerba, a esta política. Del otro lado, si hay quienes, fuera del Partido Colorado, están acordes con los grandes lineamientos de esa política, evidentemente los votos en la Cámara no lo reflejan.

Se pierden entre las oposiciones políticas de menor tamaño. Nosotros pensábamos, y todo el mundo piensa, que el respaldo parlamentario del gobierno debe arrancar de la convicción de los parlamentarios. Hoy vemos divorciadas convicciones y voto.

Tercer hecho. El Poder Ejecutivo, cada vez más separado de las bases políticas, forma sus gabinetes con hombres de la banca, del gran comercio, y se muestra cada vez más fiel a su línea económica, atornillado a los organismos internacionales, que son mucho más consultados y mucho más informados y mucho más oídos que el Parlamento.

El presidente, porque está en desacuerdo radical con personajes y dirigentes de volumen en su propio partido, o porque cree que estos no le pueden dar una base para gobernar, flota sin respaldo ni apoyo parlamentario en un ambiente de inestabilidad que hace grave daño al país.

Los grandes partidos han perdido la capacidad de representar la voluntad del votante sobre los problemas reales que se debaten, y han dejado de ser instrumentos útiles de gobierno. Y esto no es por casualidad, esto es porque desde hace años se convirtieron, al amparo de la legislación electoral, de la Ley de Lemas, en grandes cooperativas de votación sin autoridades comunes, sin programa común, sin ningún elemento aglutinador de fondo. Y eso ya es irreversible. La agrupación de gobierno no funciona, no por casualidad, sino porque no puede dar marcha atrás en el proceso de varios años.

Ante eso debemos afirmar que es posible, sin embargo, hacer una política distinta. Pero ¿qué pasa con los políticos que hablamos de esa política? ¿Qué ve el público de quienes sostenemos que hay que gobernar sobre bases radicalmente distintas?

De los que hablamos de emprender sin demora la reforma agraria, de los que hablamos en poner en manos del Estado renglones fundamentales del comercio exterior, de los que hablamos en hacer un manejo dirigido del cambio, por lo menos para los artículos fundamentales, de los que hablamos de sostener a toda costa el poder adquisitivo del salario; de los que hablamos de tantos temas coincidiendo en las expresiones, ¿qué ve el público? Nos ve atomizados, pulverizados, repartidos entre distintos partidos, paralizados muchas veces por disciplinas partidarias, y entiende que eso no conforma una alternativa de gobierno. No forma una posibilidad real distinta.

Para nosotros es imperioso hacer esa política distinta. Incluso decimos: hay más de una política diferente, diametralmente opuesta a esta que practica el gobierno. Proponemos la nuestra, pero coincidimos parcialmente con muchos otros, y es en razón de ese hecho que hoy venimos acá a preguntar públicamente esto, que es una de las ideas centrales de este mensaje: ¿es o no posible, en esta grave emergencia nacional, en torno a un programa mínimo común, sumar los esfuerzos para proponer y sostener una alternativa distinta de política?

Es decir, los que discrepamos en la línea actual, ¿somos capaces de formar un programa mínimo común y unir nuestros esfuerzos para defender y sostener la sustitución de la actual política por una distinta?

Porque si nos siguen viendo totalmente dispersos, ineficaces para sostener

una política diferente, el público puede creer que no hay salida ninguna, y que seguiremos de elección en elección renovando grandes partidos en el gobierno hasta la destrucción total. Y el país no soporta mucho tiempo más por este camino.

4. La consulta popular

En este momento, en esta encrucijada de la vida nacional, después del fracaso de las soluciones que debieron salir y no salieron de la elección de 1966, creemos que se hace imperioso consultar al pueblo. Esta es otra de las ideas centrales que queremos colocar aquí: es necesario ir a una nueva elección de diputados y senadores. No estamos de ningún modo ni apoyando ni insinuando ninguna especie de desviación de los caminos constitucionales; y que no se confunda lo que decimos con las aventuradas sugerencias de algunos dirigentes políticos de línea golpista. Proponemos lo que hoy en este momento mismo en Francia se está haciendo: llamar al pueblo para que sea el árbitro de las soluciones. No nos parece que nos podamos dar el lujo de esperar cuatro años más deteriorándonos, para consultar al pueblo.

Insistimos, lo que proponemos está previsto en la Constitución y es un camino perfectamente democrático, esencialmente democrático. La Constitución en sus artículos 147 y 148 prevé la disolución de las Cámaras en el caso de que la Asamblea General censure a uno o varios ministros por la discrepancia radical con el Poder Ejecutivo y sostenga esa censura. En el caso de que el presidente, también afirmado en sus posiciones, se oponga y mantenga al ministro se puede llegar a la disolución de la Cámara y a una nueva elección de Parlamento.

Esa elección de Parlamento tiene en la Constitución un sentido muy claro: es un arbitraje. Opuesto el Poder Ejecutivo al Parlamento, se llama al pueblo a que decida y fije su posición. No es fácil; no se llega a eso por accidente. Se llega cuando deliberada y conscientemente, Parlamento por un lado y Ejecutivo por otro, se afirman en sus posiciones con el deseo de llegar al llamado popular.

Sabemos que hay dificultades de todo tipo, sabemos que hay incluso muchos intereses pendientes, de los parlamentarios que tal vez después de la elección no vuelvan. Y del presidente que tal vez pierda el apoyo que tenga. Pero por encima de esos inconvenientes sabemos que es recurriendo al pueblo, recurriendo a la decisión popular que se le podrá dar fundamento sólido a un gobierno que ha perdido en estos momentos el respaldo político mínimo indispensable.

5. Verdad política

Reafirmamos la fe en esa política democrática que hace del pueblo el juez.

Pero para que este fallo tenga sentido, se requiere verdad política. Y ese es otro punto fundamental. A eso llamamos, más allá de antiguas disciplinas partidarias, el que concuerde con las grandes líneas de la política actual es imperioso que sos-

tenga al gobierno, que lo apoye en las Cámaras, que se juegue y se gaste con él, y dé la cara ante el pueblo. Y que el Gobierno sepa con quién cuenta, y el pueblo sepa quién lo respalda. *Y que los que propongan una política distinta se pongan de acuerdo en un programa mínimo común y se jueguen a fondo contra el gobierno para cambiar la política. Para dar otra solución distinta.* Sin pasar por esta verdad política no tiene sentido la consulta popular y no hay salida democrática.

Se dirá: ¿qué pasa entonces con los grandes partidos? Muchas grandes decisiones en el país se han tomado al margen de los cuadros de los grandes partidos. En cierto modo, dividiéndolos transversalmente. En el año 33, el golpe de Estado enfrentó blancos a blancos, y colorados a colorados. La reforma del 42 también. El establecimiento del Colegiado del mismo modo. Y la última reforma constitucional, al alcance de la memoria de todos, fue hecha por acuerdo de grupos colorados y blancos, contra blancos, colorados y otros grupos políticos. No es nuevo que hombres de distintos partidos se agrupen en torno a un problema real para darle una solución real que requiere el país, cuando el partido entero no puede dar esas soluciones.

Pero aquellas eran soluciones transitorias y este es un problema mucho más durable. Estamos convencidos de que las soluciones a la crisis uruguaya dividirán necesariamente en forma transversal los grandes partidos porque ya no representan soluciones. Este problema es muy durable y de gran dimensión. Hace años que giramos en torno a este perno de la crisis económica, sin poder liberarnos de él, y durante mucho tiempo no nos liberaremos de él de ninguno modo.

Llamamos pues a la consulta popular con un cambio previo de prácticas políticas. Y ¿qué puede suceder? Hay algunos que se asustan frente a fantasmas, que piensan que una elección ahora podría reafirmar la línea económica contraria a la del presidente, y que podría oponerse entonces un nuevo Parlamento afirmado en la consulta popular a un Poder Ejecutivo que está orientado por otra línea distinta. No creemos que se deba retroceder frente a fantasmas. Esto constitucionalmente tiene una sola solución muy clara. Sabemos que en el momento en que una consulta popular elija un rumbo distinto y ponga un Parlamento capaz de respaldar ese rumbo distinto en forma coherente, el presidente de la República, como es la norma democrática, adaptará su conducta a estos nuevos lineamientos. Protestamos contra los temores de ruptura constitucional. De ningún modo creemos que se pueda de antemano inferir semejante agravio.

Este es un camino democrático para superar la crisis. Porque la crisis económica está fundada en una crisis política, y la crisis política solo se puede superar apoyando de nuevo en el pueblo las respuestas reales a los problemas reales. Un Poder Ejecutivo, en un país democrático, debe tener respaldo democrático en un nuevo Parlamento reelegido, rearmado para el momento actual.

Las viejas rutinas no pueden encadenar al país. Los momentos históricos grandes son los que cambian las organizaciones, las estructuras y las prácticas.

Diez años de crisis, de dificultades y de vacilaciones nos llevan al momento de las grandes decisiones y el de los grandes cambios *de conducta*. No se olvide que la esencia del sistema democrático es la consulta popular. Nada más.

1.2. Consignas políticas y de acción

[Carta de la Junta Nacional del PDC a los militantes demócrata cristianos, 7 de noviembre de 1968.]

1. Los esfuerzos de *todos* los militantes y organismos del Partido deben volcarse a la movilización nacional que culminará el 29 de noviembre. Ya se han difundido adecuadamente sus objetivos políticos y las grandes líneas de su organización. Basta señalar, por lo tanto:
 - Que la movilización se programó sobre la base de un análisis en profundidad de la coyuntura política presente; se entiende que en estos momentos una concentración final que impacte por lo numerosa y entusiasta sería de enorme provecho para el Partido.
 - Que las actividades se han planificado de tal modo que se ejecutarán, y generarán los resultados perseguidos si se mantienen las medidas de seguridad o si se levantan;
 - Que no se trata de una movilización *electoralista*, sino que tiende a consolidar en la opinión pública la imagen de un PDC dinámico, poderoso, con ideas claras, capaz de respaldar en grandes masas sus planteamientos;
 - Que lo hecho hasta ahora, en el Interior y Montevideo, revela la existencia de un ambiente muy propicio para la movilización dentro y fuera del Partido.
2. La movilización de noviembre tiene por finalidad precisar las características que singularizan al PDC, pero esta labor no debe excluir la persistencia de la militancia en la propaganda de la línea *frentista* adoptada desde el mensaje del 23 de junio, en torno a la cual es preciso crear conciencia, in-fatigablemente.

En este sentido, se aprovechará el auge que viene tomando la idea, manejada últimamente por Rodríguez Camusso, Vasconcellos (que propone la modificación de la Ley de Lemas), Michelini y otros, aunque sea parcialmente o en círculos restringidos. Debe destacarse el hecho de que nuestro Partido fue el primero en exponer la iniciativa demostrando visión y valentía.

José Luis Cogorno, secretario general

1.3. Una salida hacia el Uruguay del futuro

[Documento editado por la Junta Nacional del PDC, segundo semestre de 1968]

I.

El gobierno contra el pueblo. El 2 de mayo de este año, el presidente Pacheco Areco constituye el cuarto gabinete del período de gobierno colorado, primero designado después de su acceso a la primera magistratura. La crisis económica, social y política que sufre el país se había agravado notoriamente en esos días. El ministro Acosta y Lara acababa de ser censurado por estafador; el peso uruguayo —infidencia mediante— había sido devaluado una vez más dos días antes, de \$200 a \$250; el costo de la vida aumentaba vertiginosamente. Los cargos ministeriales abandonados por dirigentes políticos del Partido Colorado pasaron a manos de integrantes de grupos económicos extremadamente poderosos: el banquero Peirano Facio, el latifundista Frick Davie, Venancio Flores (ligado al grupo Ferrés), los grandes contratistas Serrato y Pintos Risso. Frente al deterioro de la situación, la oligarquía decidió asumir directamente el gobierno. Frente a la protesta popular, Pacheco Areco resolvió apoyarse en los privilegiados.

Los nuevos ministros cayeron en los mismos vicios que los *politiqueros*. El Poder Ejecutivo continuó improvisando sobre las materias más importantes, carente del menor esbozo de programa. Las causas profundas de los problemas que vive la nación siguieron desarrollándose mientras el gobierno, completamente desorientado, atendía sus consecuencias secundarias. Pero las escasas iniciativas adoptadas revelaron muy pronto hacia qué rumbo apuntaba. Se pretendía descargar sobre el pueblo el peso de la crisis.

El gobierno represor. El 13 de junio el Ejecutivo corta repentinamente el diálogo con los trabajadores, implantando el régimen de medidas prontas de seguridad. Utilizando como pretexto las manifestaciones estudiantiles, se sometió al país a una dictadura disfrazada, en la que los derechos individuales están a merced del capricho del ministro del Interior y los jerarcas policiales. Se reprime con dureza cada vez mayor a los obreros, a los estudiantes, al pueblo en general. Con esto se busca atemorizar a la opinión pública a fin de que esta no resista a las pésimas condiciones de vida impuestas, no exija soluciones, no denuncie los privilegios y la corrupción. Los uruguayos soportamos hoy un verdadero régimen policial, en el que incluso la prensa, radio y televisión deben informar del modo que prefieran Jiménez de Aréchaga y los jefes de policía.

El gobierno congelador. ¿Cuál fue el motivo real que determinó el establecimiento de las medidas prontas de seguridad? A los quince días de su implantación, el 28 de junio, se conoció, fuera de toda duda. En esta fecha Pacheco

Areco y Peirano Facio firmaron un decreto por el que se congelaron los salarios de todos los trabajadores del país, junto, según se dijo, con los precios de casi todos los artículos y servicios. Durante los días siguientes, Subsistencias montó un *show* a nivel nacional, cerrando comercios infractores del decreto; esta severidad duró, sin embargo, lo que dura un lirio: a los quince días ya no se sancionaba a ningún comerciante. Inmediatamente comenzaron, en cambio, los llamados *ajustes* en las listas de precio y se especificó que los alquileres no estaban comprendidos en la congelación decretada. A esta altura ya resulta claro que lo único que quedará congelado serán los salarios.

Esta medida responde a exigencias del Fondo Monetario Internacional, organismo que custodia los intereses del capitalismo mundial. En una carta de intención firmada en el mes de febrero, el gobierno uruguayo se comprometió a adoptarla. Ya el exministro Acosta y Lara había hecho un esfuerzo por congelar los salarios a principios de año, esfuerzo que chocó contra una unánime repulsa. Seis meses después, habiendo aumentado el costo de la vida en un 40%, cuando estaban a punto de aplicarse en muchos gremios los reajustes semestrales, se aprueba el decreto mencionado, al amparo de las medidas prontas de seguridad. Solo en estas condiciones se pudo cometer lo que significa un despojo a la inmensa mayoría de la población. El gabinete de los banqueros, latifundistas, grandes comerciantes y grandes industriales ponía de manifiesto a qué se reduce toda su política económica.

El gobierno atropella la Constitución. Solamente violando las normas básicas de la nación podía llevarse adelante este programa antipopular y este desborde de fuerza. El Poder Ejecutivo se ha burlado y se burla de la Constitución. Todos los catedráticos y especialistas en derecho constitucional coinciden en calificar de absolutamente contrarias a aquella la militarización de funcionarios públicos, la intervención del Banco de la República, Banco Hipotecario, UTE, AFE y ANCAP, la congelación de salarios por decreto, el allanamiento de la Universidad y la censura a los órganos de prensa.

Una oposición creciente. Nuestro pueblo no toleraría impasible la transformación de nuestra democracia en un régimen de mandones y prepotentes. Las libertades uruguayas fueron logradas por las masas y no por la oligarquía, por los trabajadores y no por los explotadores.

Se trata de una historia larga y llena de sacrificios. Fue el pueblo quien siguió a Artigas y los jefes de la patria vieja; quien apoyó a las figuras más limpias de los partidos tradicionales, cuando estos constituían fuerzas de progreso y justicia; quien formó el movimiento sindical que, poco a poco, arrancó a las patronales los derechos del trabajo. Es el pueblo quien siente, por lo tanto, como suyas esas libertades; hoy como siempre, la minoría de privilegiados se mueve según sus intereses económicos, dispuesta a entregar el país y destruir la democracia para salvar sus bancos, estancias, fábricas y comercios.

La oposición al gobierno de Pacheco Areco se viene ampliando continuamente. No es ya la contienda entre blancos y colorados. Una clase social y no un partido político está en el poder, y en la oposición, por consiguiente, se hallan las demás clases a las que se pretende someter. Respaldan al gobierno sectores blancos y colorados, mientras otras fracciones de ambos partidos se le enfrentan vigorosamente. Estas últimas coinciden así con los partidos no tradicionales, con los sindicatos, con la Universidad, etcétera. Une a todos el afán de defender los derechos populares, el nivel de vida de la población y la independencia del Uruguay.

Se mantiene, de tal modo, una lucha equilibrada, al menos hasta el presente. Por un lado, Pacheco y sus ministros, las corrientes más retrógradas del Partido Nacional y Partido Colorado, las organizaciones y medios de difusión de la clase explotadora, la policía utilizada como medio de represión. Por otro, el movimiento sindical, los sectores con mayor arraigo popular en los partidos tradicionales, los partidos no tradicionales, la ciudadanía independiente, la Universidad, etcétera. En el campo de la oposición existen, desde luego, discrepancias muy profundas: el punto de convergencia se encuentra simplemente en la necesidad de detener las intentonas gubernamentales para establecer una dictadura. Se han obtenido, en ese aspecto, éxitos considerables. A pesar de que las bancadas oficialistas se esfuerzan por paralizar al Parlamento, a fin de que el Ejecutivo actúe sin control, algunas de las iniciativas más groseramente reaccionarias que este pretendiera convertir en leyes han sido rechazadas o discretamente archivadas. Es el caso de la congelación de salarios, la reglamentación sindical, la destitución de las autoridades universitarias, la militarización de funcionarios públicos, etcétera.

Urgencia de un programa popular. A medida que transcurre el tiempo se advierte, no obstante, una falla importante en el vasto movimiento opositor. Carece de un programa en el cual se pueda basar una política que por vías muy distintas de aquellas que transita el oficialismo conduzca a la recuperación del país. Si bien es cierto que el gobierno no desarrolla una política que merezca el nombre de tal sino solo iniciativas aisladas, a menudo contradictorias entre sí, también es indiscutible que la crisis nacional exige planificar a mediano y largo plazo. Los grupos opositores no han respondido aún a esta necesidad y, en tal sentido, no conforman todavía la alternativa progresista que la ciudadanía espera para oponer a la acción de la oligarquía en el poder.

Parece claro que el programa común que la oposición debe conseguir —y la unidad que el programa hará posible— no se podrá elaborar si no es por encima de los límites partidarios conocidos. A los explotadores unidos tiene que responder el pueblo unido. El pueblo blanco, colorado, fidelista, democristiano, independiente; el pueblo de los sindicatos, del campo, de la Universidad. No se trata de abolir los partidos existentes para fundar uno nuevo, único; se trata de que las distintas tendencias, conservando su identidad, sepan unificar su

acción en la defensa de objetivos que comparten entre todas y que la propia supervivencia del Uruguay reclama.

La patria en peligro. No exageramos al hablar de supervivencia del Uruguay. El deterioro de nuestra economía y los conflictos sociales que de él se generan, junto con la corrupción de quienes tienen el poder económico y político, ha llevado a la nación a una encrucijada y en estos momentos de incertidumbre hay muchos que se preguntan si el país puede superar solo sus dificultades y desarrollarse independientemente de Estados extranjeros. Otros han optado ya por el pesimismo: los que abandonan el país y se marchan al extranjero. Hay incluso quienes, con mentalidad egoísta, invierten en otras naciones el dinero que ganan en el Uruguay.

Se hace preciso, por lo tanto, que quienes confían en el porvenir de la nacionalidad fundada por Artigas reafirmen su convicción y den testimonio de ella. También este aspecto ofrece un punto de convergencia para las fuerzas sanas y dinámicas.

II.

» Hacia el cambio

Las propuestas del 23 de junio. En esta fecha, el Partido Demócrata Cristiano difundió un mensaje en el que se analizaba a fondo la crisis nacional y se sugerían concretamente vías de solución. Diez días antes se habían implantado las medidas prontas de seguridad; se comenzaba a ejecutar la represión que poco después ocasionaría tres muertos y gran número de heridos graves; el Parlamento rehuía —como ha rehuido hasta el presente— sus responsabilidades, dejaba hacer al Ejecutivo, sin pronunciarse a favor ni en contra de las medidas mencionadas. La confusión era enorme, tanto a nivel popular como a nivel de los dirigentes políticos. Existía —como existe actualmente, porque la coyuntura no se ha alterado, en lo sustancial— conciencia clara de que todo un régimen se había desmoronado. Hechos posteriores crearon en los uruguayos la convicción de que los derechos y las garantías, tan arraigados en nosotros, se hundían irremisiblemente en un pasado más feliz; que, por lo tanto, era preciso rescatarlos, *reconstruirlos*. Pero, ¿cómo?

Algunos grupos pensaban en la *desescalada*: por medio de concesiones mutuas de parte del gobierno, los sindicatos y el movimiento estudiantil podría volverse a la situación anterior al establecimiento de las medidas de seguridad. Otros manejaban la posibilidad de sustituir a Pacheco Areco por Abdala en la Presidencia de la República, presionando la renuncia del primero, en la esperanza de que el segundo orientaría su gestión en el sentido de las aspiraciones populares y admitiendo el diálogo con el movimiento obrero y los estudiantes.

Otros creían conveniente responder con la violencia a la violencia del gobierno. Una a una, estas salidas se demostraron ineficaces mientras el Ejecutivo, copado por la oligarquía, congelaba salarios, detenía por centenares a dirigentes sindicales, invadía la Universidad, utilizaba armas de fuego contra manifestantes, acusaba de *subversivas* a las autoridades eclesiásticas, amenazaba al Parlamento para evitar la censura de un ministro, dejaba de un día para otro caprichosamente sin trabajo a miles de obreros y empleados del Frigorífico Nacional, rechazaba la mediación ofrecida por destacados jueces, profesores, religiosos, sometía a la prensa y la radio a censura previa, militarizaba a funcionarios públicos y destituía a directores de entes autónomos, desconocía la Constitución, etcétera, etcétera.

El PDC propuso, en cambio, soluciones realistas y que apuntaban a una verdadera superación de las causas que condujeron a la situación dramática en que nos encontramos. Ni *desescaladas* imposibles, ni sustitución de personas en la Presidencia, alternativas estas que olvidan el origen profundo de la crisis, ni tampoco una apelación a la violencia que deja de lado a las mayorías populares, que en nuestro país deben ser protagonistas del acontecer político. Nuestro Partido:

- llamó a los núcleos opositores de raíz popular a la coordinación de esfuerzos para constituir una alternativa frente a la oligarquía entronizada en el poder;
- sostuvo la necesidad de consultar al pueblo como único camino para alcanzar una definición de los conflictos planteados.

Unidad contra el gobierno antipopular. Mientras Pacheco, sus ministros y las clases que están detrás de ellos saben bien qué es lo que quieren, la oposición parece desconcertada. Los primeros congelan salarios, endeudan al país, devalúan y especulan: son todos arbitrios para descargar la crisis sobre las clases trabajadoras, sin tocar los privilegios, rentas y dividendos de los dueños de las grandes empresas, de los banqueros y de los latifundistas. Los batllistas que advierten cómo hombres que se afilian a esa corriente disipan las conquistas sociales que Batlle, Arena, Brum, Grauert, Luis Batlle implantaron; los nacionalistas auténticos que se inspiran en Herrera, Carnelli, Fernández Crespo, Barrios Amorín; los militantes de izquierda, responsables de su gloriosa tradición de luchas populares y sindicales, marcada con sacrificio y sangre; los cristianos impulsados a la acción social y política por la Iglesia posconciliar, todos ellos han expresado su voluntad de detener el deslizamiento hacia la dictadura de los millonarios, pero lo han hecho separadamente y en ámbitos distintos: unos en el Parlamento, otros en la calle, otros en la prensa, otros en los sindicatos, la Universidad, los liceos; en la Capital y el Interior. De tal modo que la protesta ha quedado en eso solamente, en protesta; el pueblo espera algo más, una fuerza

amplia y representativa, con un programa explícito para optar por ella rechazando la orientación gubernamental.

Son numerosos los puntos en los que diversas tendencias opositoras coinciden. Entre otros:

- la adopción de medidas destinadas a frenar la inflación sin asfixiar la economía (aumento de la producción, disminución de los déficits presupuestales, incremento de las exportaciones, regulación de la importación de acuerdo a las necesidades del país, utilización racional del crédito en la obtención de objetivos determinados, estímulo a los productores más eficaces, etc.);
- la adecuación de los salarios al costo de la vida;
- la reforma de la previsión social, que impida una inminente bancarrota que sumiría en la miseria a cientos de miles de pasivos;
- la reestructuración de la banca para poner al servicio de la nación los recursos financieros que se mueven a través de ella y evitar la especulación que favorece a pocos y perjudica a casi todos;
- la reforma agraria que permita a los que trabajan la tierra poseerla en propiedad, que impida la explotación de los pequeños productores por parte de los grandes, que asegure precios remuneradores a la actividad agropecuaria, que incremente la inversión y la utilización de técnicas avanzadas en el agro, etc.;
- la organización de una Administración pública eficiente, económica, moral;
- la apertura de horizontes a la juventud, en el estudio, la investigación y la vida económica, de forma tal que se detenga el creciente éxodo de técnicos y trabajadores que buscan en el exterior su realización personal y los medios de mantener a su familia.

Estas coincidencias pueden servir de base a una eventual plataforma de gobierno; una política que se ajustara a tales directrices sacaría al país del empanamiento en que ha caído y del cual la oligarquía no quiere ni puede salvarlo. Con una perspectiva así, el Partido Demócrata Cristiano llamó el 23 de junio a los núcleos de la oposición progresista a una deliberación en común, a un examen conjunto de la situación y las soluciones viables en un futuro inmediato. Anunció que iniciaría una serie de contactos para exponer sus sugerencias y recibir otras; señaló que avanzaba sus propuestas sin rigidez, como un modo de estimular un debate constructivo del que pudiera surgir la fórmula política que aglutinara la reacción popular contra la regresión y la represión.

La coordinación de los esfuerzos opositores, precisó en la referida oportunidad el PDC, se lograría gradualmente; a una experiencia exitosa seguiría otra

de mayor alcance; en el curso de la acción se corregirían deficiencias y se elaborarían nuevas bases de entendimiento. El Parlamento podría servir para dar los primeros pasos; luego vendrían los mitines conjuntos, la difusión de documentos, las giras por todo el territorio nacional; finalmente, se llegaría, de ser posible, a la formación de un frente electoral con un programa único.

Que decida el pueblo. La segunda proposición que el PDC hizo pública en el mensaje citado consistía en apelar a la consulta ciudadana como medio de dirimir el enfrentamiento planteado: gobierno contra fuerzas populares.

La coyuntura política uruguaya se asemeja a una guerra de trincheras. Los contendores han ganado posiciones estratégicas y desde allí hacen fuego sobre el adversario. La clase de los privilegiados tiene el Ejecutivo, la policía y sus propios centros tradicionales de poder (Asociación y Federación Rural, Cámaras de Industria y Comercio, Asociación de Bancos, casi toda la prensa, la radio y la televisión, etc.). Cuenta como aliados, además, a Onganía, Costa e Silva y el Fondo Monetario Internacional. Aglutinan los intereses del pueblo la Convención Nacional de Trabajadores, los estudiantes secundarios y universitarios, el Movimiento de Defensa de las Libertades y la Soberanía; las masas participan también por medio de movilizaciones espontáneas, como las que en todo el país se produjeron con motivo de la muerte del estudiante Liber Arce (300.000 personas en el cortejo fúnebre en Montevideo, homenajes en las ciudades del Interior) o la manifestación de mujeres del 27 de setiembre que culminó con un acto de desagravio a Artigas frente a su monumento en la Plaza Independencia.

Como toda guerra de trincheras, esta lucha política que se desarrolla en el Uruguay supone un equilibrio de fuerzas; ninguna de las dos partes conseguirá a corto plazo una victoria decisiva y la brega podrá, por lo tanto, prolongarse indefinidamente. Pero mientras tanto, la nación misma se desintegra aceleradamente, por lo cual se hace imperioso hallar lo antes posible remedio a la parálisis. El remedio que posibilite la reactivación de las energías sociales, marque el comienzo del vigoroso esfuerzo del país en la búsqueda de su futuro, garantice una conducción firme y lúcida. El trámite para encontrarlo debe incluir el pronunciamiento de la ciudadanía en su totalidad. Hay que llamar a esta a elegir entre la tesitura gubernamental y una alternativa progresista, encarnada una y otra en grupos y candidatos; hay que reconstituir los equipos de gobierno a través de elecciones parlamentarias generales, como está previsto en la Constitución.

Con ello, en primer término, se pondrá fin a la índole casi ilegítima del actual gobierno, constituido al margen de las opciones de la ciudadanía. En noviembre de 1966 se votó —mayoritariamente— a un hombre, Gestido, un lema, Partido Colorado Batllismo y una orientación de algún modo renovadora. Hoy en día ejercen el poder un presidente sin prestigio, ministros de la oligarquía que poco o nada tienen que ver con el batllismo y que, entre todos, no juntarían veinte

mil votos si se presentaran como candidatos; se mantiene una política retrógrada que no osaría tampoco someterse a plebiscito porque sufriría un rechazo definitivo.

Pero podría, además, formularse la consulta popular en términos reales, eliminando los factores de distorsión de la voluntad del elector que vienen jugando desde tanto tiempo atrás. Por encima de los lemas que cubren las sustanciales discrepancias entre los sectores que acumulan sus sufragios, el pueblo debería elegir sobre la base de las plataformas que las distintas tendencias presentaran y, de tal manera, los progresistas votarían con los progresistas y los reaccionarios con los reaccionarios. El frente opositor adquiriría, en una instancia electoral con dichas características, su sentido más fecundo.

Resulta quizás innecesario pero conveniente reiterar que el PDC promueve una salida a la crisis política perfectamente ajustada a las normas constitucionales. Prevén estas, en los artículos 147 y siguientes, los mecanismos para la disolución de las Cámaras y la convocatoria a elecciones extraordinarias.

Una favorable acogida. Desde el 23 de junio, el Partido Demócrata Cristiano ha tomado contactos con numerosos dirigentes políticos y sindicales, con autoridades universitarias y con personalidades destacadas en otro tipo de actividades, a fin de exponer la visión de la situación nacional y las sugerencias que constan en el presente documento. Las reacciones fueron, casi unánimemente, alentadoras: los entrevistados apreciaron la seriedad y fundamento de nuestra posición. Igual cosa puede decirse de la opinión pública, en la medida en que los escasos recursos al alcance del PDC nos permitieron difundir adecuadamente el mensaje.

Hechos posteriores al 23 de junio han venido a reafirmar lo expresado entonces y a disipar algún escepticismo o reticencia con que chocó la iniciativa. De allí que hayamos creído necesario reiterar ahora el llamado a la unidad; aspirando esta vez a agrupar vastos sectores populares en respaldo de lo que nos parece la única solución verdadera para los problemas que sufre la nación, que no desaparecerán sino cuando surja un nuevo Uruguay.

1.4. Comisión Nacional del PDC reclama la reforma electoral

[*Flecha*, n.º 25, 9 de marzo de 1970, p. 4.]

Uno de los máximos órganos resolutivos de la Democracia Cristiana, la Comisión Nacional, se reunió los días 21 y 22 de febrero con asistencia de la mayoría de los dirigentes departamentales y de los organismos especializados del Partido.

La comisión consideró y formó resoluciones sobre temas trascendentales, que regirán la acción partidaria del futuro. Entre ellos se deben destacar: 1) el

análisis político de la situación nacional, 2) la aprobación de la línea política a seguir por el PDC, y 3) la elaboración y aprobación del plan de trabajo.

El análisis político fue realizado por el presidente de la Junta Nacional del PDC, el diputado Juan Pablo Terra, quien efectuó un detenido y profundo análisis de la política dictatorial seguida por el pachequismo, las posiciones asumidas por los demás sectores políticos y la posible evolución del cuadro político. El tema central de estudio y debate fue la línea política que deberá seguir el PDC en el futuro inmediato, tanto en el enfrentamiento al pachequismo como en el acrecentamiento de la presencia del Partido en los centros de poder de la sociedad y las medidas a llevar a cabo relacionadas con las próximas elecciones nacionales.

» **Resoluciones**

De los documentos presentados, de la extensa discusión y de las resoluciones tomadas cabe consignar:

1) Que el PDC insistirá enérgicamente ante la opinión pública en la necesidad de la creación de una gran fuerza política reafirmando su posición de constituir con otros sectores políticos un frente amplio, popular y democrático. Que sea el instrumento político que el país requiere para su liberación y construcción del nuevo Uruguay. El PDC no descuidará otras posibles fórmulas, si las razones de menor valor y los intereses más estrechos dificultaran la construcción del frente.

Entre ellos se consideraron y quedaron a estudio de la Junta Nacional, el ofrecimiento del lema por la vía de admitir el uso de sublemas o la apertura de sus cuadros para dar acogida a todos los que deseen propiciar un cambio profundo en la estructura partidaria uruguaya.

También quedó consignada la prioridad interna que se le deberá dar al esfuerzo para lograr la modificación del régimen constitucional, para obtener la separación de lista en la elección de presidente de la República y de los intendentes.

2) El PDC continuará en la denuncia de los grandes intereses involucrados en el gobierno de Pacheco, manifestando además su firme voluntad de cambio, dándose para ello un programa de contenido nacional y popular, que contemplará los siguientes aspectos:

a) la necesidad de desarticular el sistema de dominación integrado por el triángulo latifundio, banca, gran industria, y cortar definitivamente los lazos de dependencia externa, proponiendo para ello un conjunto de medidas de fondo.

- b) las pautas generales de un plan de desarrollo que fije prioridades acorde con el interés nacional, que permita emplear los recursos disponibles en el fomento de nuestra producción básica y que busque ante todo superar la situación de estancamiento poniendo de manifiesto que, en tanto esta subsista, resultará efímero todo intento de estabilización concebido en términos puramente financieros y monetarios.
- c) una fuerte entonación social previendo diversas medidas en lo que respecta a una política de empleo, salario, vivienda, salud, educación, etc., con el propósito de elevar el nivel de vida de las capas populares.

A juicio del PDC, conjuntamente con las medidas anteriores deberá promover la convicción democrática. Para ello, paralelamente a la denuncia de las carencias y limitaciones de la democracia liberal transmitirá su peculiar concepción de la democracia integral en lo político, en lo económico, en lo social y en lo cultural.

A lo anterior se agregará el empeño por lograr el máximo de participación popular en el esfuerzo de transformación a través de la organización del pueblo en los distintos niveles de la sociedad. Con relación a las elecciones nacionales, el PDC entiende que las mismas no se deberán centrar en la presidencia, sino que también se deberá realizar un esclarecimiento en torno al Parlamento.

En primer término, se deberá destacar que el Parlamento ha sido uno de los grandes desertores, denunciándose la complicidad de la mayoría de los sectores del actual Parlamento con el régimen pachequista.

El PDC entiende que se deberá rescatar y demostrar a la opinión pública la importancia y el dinamismo del Parlamento dentro de la vida democrática, siempre que en él estén representados verdaderos partidos, capaces de transmitir los intereses, las convicciones y las aspiraciones de los grandes sectores del pueblo, volcándolos en auténticos programas políticos comprometidos y creadores.

Complementariamente al esfuerzo por constituir el frente popular, el PDC, acorde a los objetivos de largo plazo, o sea la sustitución de la sociedad capitalista por la sociedad comunitaria, deberá incrementar su presencia concientizadora y organizativa en aquellos sectores capaces de robustecer y consolidar su fuerza revolucionaria.

También fue aprobado un plan de trabajo que abarca tanto los aspectos internos como los externos tendientes a la fortificación del PDC. Es de señalar que paralelamente a la Comisión Nacional se reunió con delegados de todo el país el Segundo Seminario sobre Organización Político-Partidaria y que durante los días 28 de febrero y 1º de marzo se efectuó el Primer Evento de instrumentación de las resoluciones aprobadas en la Comisión Nacional.

Al término de la reunión fue librada la siguiente declaración pública:

» **Declaración**

El Partido Demócrata Cristiano denuncia la gravedad de la crisis social y política en que la anarquía de los partidos políticos tradicionales, y la incautación del poder por los grupos oligárquicos, ha sumido a la nación.

El país está estancado en su desarrollo; las desigualdades sociales y la opresión económica han alcanzado un nivel nunca visto; las riquezas y el poder de decisión se extranjerizan aceleradamente; las libertades tradicionales, que fueron nuestro orgullo, la ley, la Constitución, el Parlamento y ahora la enseñanza han sido avasallados, llevándonos de hecho a una dictadura que pone en peligro todo el futuro del país.

Ante esa situación el Partido Demócrata Cristiano llama a la reflexión al pueblo y a los dirigentes políticos sobre la necesidad impostergable de poner un dique al desborde, levantando las medidas de seguridad y encaminando al gobierno en cauces institucionales.

Más allá, señala el peligro de que como consecuencia de la aplicación de la Ley de Lemas, una próxima elección resulte tan solo una nueva frustración y reclama aunar esfuerzos para modificar sin más tardanza el sistema electoral.

Llama además a los grupos políticos partidarios del cambio profundo y democrático a constituir un frente amplio para disputar, a los responsables de la actual situación, la conducción del país y convocar finalmente, a todos los que quieren esa transformación urgente ofreciéndoles el instrumento abierto del Partido que en el octavo aniversario de su fundación reafirma su compromiso inicial de luchar sin descanso por un nuevo Uruguay.

En Montevideo, 22 de febrero de 1970.
Octavo aniversario de la fundación del PDC.

1.5. Declaración de la Comisión Nacional del PDC

[*Flecha*, n.º 33, 13 de julio de 1970.]

La Comisión Nacional del Partido Demócrata Cristiano, al considerar la situación de extrema gravedad existente en el país, declara:

1. Su más enérgica condena al régimen de Pacheco Areco por la clausura de diarios; en este caso *El Debate* y *El Popular*, nuevo intento de acallar arbitrariamente las opiniones discrepantes.
2. Su repudio a la escalada dictatorial oligárquica, caracterizada por las medidas de seguridad permanentes, la supresión de derechos y libertades, la per-

secución sindical y política, la reducción de los salarios y las pasividades, el fracaso de una estabilización que se ha convertido en depresión, la entrega al extranjero, las torturas y las corrupciones; proceso que amenaza culminar en la caída total de garantías electorales, en el intento de legalizar la dictadura por una ley represiva, y en descabellados propósitos continuistas, que conducen al país al borde de la anarquía.

Ante esa situación, el PDC decide:

- Exigir al gobierno el inmediato restablecimiento de las libertades; el imperio de la Constitución y la ley; y la iniciación de una política de pacificación que abra la salida democrática que hoy parece cerrada.
- Invitar a todos los grupos políticos a unir fuerzas para poner dique a la avalancha dictatorial, y para construir una solución democrática, nacional y popular.
- Llamar a los militantes del Partido y al pueblo a mantenerse alertas y a cerrar filas en una lucha política, hoy más imperiosa que nunca.

1.6. Declaración de la Comisión Nacional del PDC

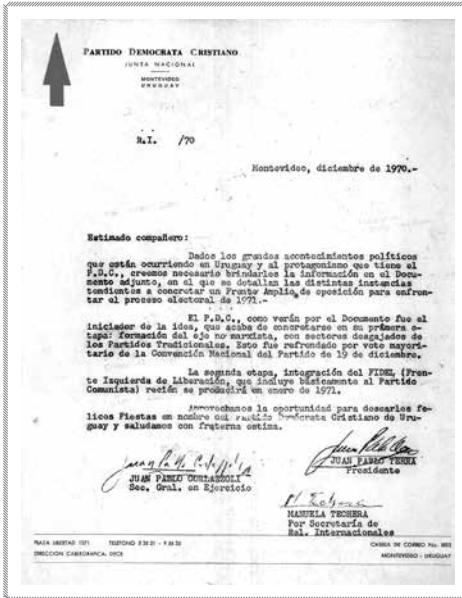
[Resolución de la Comisión Nacional del PDC, 6 de diciembre de 1970.]

La Comisión Nacional del PDC comprueba la positiva maduración de la iniciativa que en 1968 lanzara para la constitución de un Frente Amplio, capaz de abrir una alternativa popular frente a la escalada dictatorial, oligárquica y extranjerizante.

Convencida de que este vasto agrupamiento de fuerzas está llamado a ser protagonista de trascendentales victorias populares,

- 1.º Respalda plenamente lo actuado por la Junta Nacional.
- 2.º Resuelve que se aceleren las gestiones en curso para recorrer las etapas que lleven a su constitución como fuerza comprometida con un programa de soluciones valientes y renovadoras, abierta a las incorporaciones con toda la amplitud que permita el acuerdo sobre la tarea a cumplir.
- 3.º Ofrece su propio plan de soluciones como contribución a la elaboración del programa común.
- 4.º Compromete para este fin el esfuerzo militante de sus integrantes y
- 5.º Saluda el paso trascendental dado por el sector de la 99 que abre el camino por el que los sectores y personas realmente democráticas y progresistas de los partidos tradicionales habrán de incorporarse al Frente Amplio para construir un Uruguay distinto, humano, libre, justo, solidario y emancipado.

1.7. La Junta Nacional del PDC a los militantes



[Carta y documento de la Junta Nacional del PDC a los militantes demócratas cristianos sobre los acuerdos políticos del segundo semestre de 1970.]

Estimado compañero:

Dados los grandes acontecimientos políticos que están ocurriendo en Uruguay y el protagonismo que tiene el PDC, creemos necesario brindarles la información en el documento adjunto, en el que se detallan las distintas instancias tendientes a concretar un Frente Amplio de oposición para enfrentar el proceso electoral de 1971.

El PDC, como verán por el documento, fue el iniciador de la idea, que acaba de concretarse en su primera etapa: formación del eje no marxista, con sectores desgajados de los partidos tradicionales. Esto fue refrendado por voto mayoritario de la Convención Nacional del Partido de 19 de diciembre.

La segunda etapa, integración del FIDEL (Frente Izquierda de Liberación, que incluye básicamente al Partido Comunista) recién se producirá en enero de 1971.

Aprovechamos la oportunidad para desearles felices Fiestas en nombre del Partido Demócrata Cristiano de Uruguay y saludamos con fraterna estima.

Montevideo, diciembre de 1970.

Juan Pablo Terra, presidente

Juan Pablo Corlazzoli, secretario general en ejercicio

Manuela Techera, por Secretaría de Relaciones Internacionales

Partido Demócrata Cristiano
Junta Nacional
Montevideo, diciembre de 1970

El Uruguay ha sido prácticamente bipartidista, los dos partidos tradicionales —Partido Nacional y Partido Colorado— se alternan en el poder (predominando el Partido Colorado). Para asegurar su permanencia han introducido la llamada Ley de Lemas, que les permite asegurar su predominancia en el juego político. Frente a ellos los partidos de oposición —ideológicos— Partido Demócrata Cristiano, Partido Socialista y Partido Comunista, no alcanzan a través de los años más que un diez por ciento del electorado.

La agudización de la crisis que vive el país y la imposición de medidas casi dictatoriales —fundadas en el régimen de medidas prontas de seguridad— por el gobierno de Pacheco Areco, sumado a un quietismo del Parlamento y a la aparición de grupos que optan por la vía violenta como única solución, hace que el pueblo descreído del proceso electoral no encuentre una salida.

Así surge la necesidad de aunar fuerzas en torno a la creación de un gran movimiento político que aglutine e interprete a todos los sectores sociales promovidos.

Es así que el PDC, haciéndose eco de esa necesidad, difunde un mensaje el 23 de junio de 1968 (ver documento n.º 1 «Una salida hacia el Uruguay del futuro»).

Comienzan así en el plano extrapartidario los primeros contactos con grupos políticos opositores, que continúan durante el año 1969. En junio de este año se intensifican esos contactos tendientes a la concreción definitiva de dicho frente.

En el plano interno del Partido, el 3 y 4 de octubre de este año la Comisión Nacional vota la siguiente declaración:

- 1) Aprobar lo actuado por la Junta Nacional, en todo lo relativo a la concreción del Frente Amplio y expresarle su voto de confianza.
- 2) Reiterar su disposición a transitar los caminos necesarios, para hacer realidad un amplio frente nacional, popular y democrático, abierto a grupos de todos los sectores sin excepciones, como alternativa de lucha y de poder para la transformación del país.
- 3) Señalar la necesidad de la participación popular, en la búsqueda de esta salida real, frente al caos de violencia y dictadura, instaurado por el gobierno y los grupos oligárquicos que lo sustentan.
- 4) Facultar a la Junta Nacional para el estudio y proposición de fórmulas de acuerdos, orientados al procesamiento del Frente Amplio.
- 5) Declarar a esta Comisión Nacional en sesión permanente, para seguir actuando en esta materia cuando las circunstancias lo requieran.

Durante la segunda quincena de noviembre y la primera de diciembre los distintos congresos departamentales se manifiestan mayoritariamente —salvo dos excepciones— por el Frente Amplio sin exclusiones.

El 5 y 6 de diciembre la Comisión Nacional aprueba la siguiente declaración:

La Comisión Nacional del PDC, comprueba la positiva maduración de la iniciativa que en 1968 lanzara para la constitución de un Frente Amplio, capaz de abrir una alternativa popular frente a la escalada dictatorial, oligárquica y extranjerizante.

Convencida de que este vasto agrupamiento de fuerzas está llamado a ser protagonista de trascendentales victorias populares:

- 1) Respalda plenamente lo actuado por la Junta Nacional.
- 2) Resuelve que se aceleren las gestiones en curso para recorrer las etapas que lleven a su constitución como fuerza comprometida con un programa de soluciones valientes y renovadoras, abierta a las incorporaciones con toda la amplitud que permita el acuerdo sobre la tarea a cumplir.
- 3) Ofrece su propio plan de soluciones como contribución a la elaboración del programa común.
- 4) Compromete para este fin el esfuerzo militante de sus integrantes; y
- 5) Saluda el paso trascendental dado por el sector de la 99 que abre el camino por el que los sectores y personas realmente democráticas y progresistas de los partidos tradicionales habrán de incorporarse al Frente Amplio para construir un Uruguay distinto, humano, libre, justo, solidario y democrático.

A nivel extrapartidario:

- El 5 y 6 de diciembre el grupo de la Lista 99 del Partido Colorado «Por un Gobierno del Pueblo», se separa del Lema Partido Colorado.
- El 7 de diciembre se produce la escisión del Lema Partido Nacional del grupo «Movimiento Blanco Popular y Progresista».

Ambos grupos manifiestan su voluntad de integrar un Frente Amplio opositor.

El 15 de diciembre se emite la declaración conjunta del Partido Demócrata Cristiano, del grupo «Por un Gobierno del Pueblo» y del «Movimiento Blanco Popular y Progresista» (leer documento n.º 2).

Paralelamente a esto hay un pronunciamiento del Partido Comunista donde reafirma su voluntad frentista.

El 15 de diciembre el Partido Socialista, vuelto a la legalidad, también manifiesta su voluntad de integrarse al Frente.

A nivel partidario, el 19 de diciembre la Convención Nacional del Partido Demócrata Cristiano refrenda la posición frentista por voto mayoritario, con la siguiente declaración:

Atento a lo informado por la Junta Nacional y lo resuelto por la Comisión el día 5 y 6 de diciembre pasado, la Convención aprueba calurosamente dicho informe y resolu-

ciones ratificando el compromiso del pdc de trabajar por la consolidación y triunfo del Frente Amplio sin exclusiones.

Hay que resaltar que el eje frentista no marxista está constituido por la participación, como hemos visto, del Partido Demócrata Cristiano y grupos escindidos de los partidos tradicionales, según se refleja en el documento n.º 2.

La segunda etapa de la formación del Frente Amplio, con incorporación de grupos marxistas (concretamente el FIDEL, Frente Izquierda de Liberación, cuyo núcleo es el Partido Comunista), tendrá lugar en enero de 1971.

Por imposición de la citada Ley de Lemas solamente podrían aglutinarse electoralmente en un frente con la denominación de partidos que ya tengan representación parlamentaria. De estos —sacando los partidos tradicionales— hay solo dos alternativas: el Partido Demócrata Cristiano y FIDEL (Frente Izquierda de Liberación).

Como el Partido Demócrata Cristiano fue el iniciador con la concreción del eje frentista que lo incluye, y dado el sentimiento de oposición que habría respecto al lema FIDEL (demasiado identificado con el Partido Comunista), la *única denominación viable para el Frente Amplio sería la de Partido Demócrata Cristiano*.

Juan Pablo Terra, presidente

Juan Pablo Corlazzoli, secretario general en ejercicio

Manuela Techera, por Secretaría de Relaciones Internacionales

1.8. PDC autoriza la apertura de su lema para la coalición en construcción

[Resolución de la Convención Nacional del PDC, diciembre de 1970]

La Convención Nacional del PDC resuelve:

1. Autorizar el uso del lema por sectores ajenos al Partido que acepten el programa y la disciplina del Frente Amplio. Esa autorización comprende también la posibilidad de conceder el uso de sublemas. La Junta Nacional deberá tomar todas las medidas destinadas a asegurar que la administración del lema del Partido sea siempre efectuada por sus autoridades regulares.
2. Autorizar, de conformidad a lo establecido en el artículo 32 de la Carta Orgánica, a las Comisiones Departamentales a celebrar acuerdos para la concertación de listas comunes con las otras fuerzas políticas integrantes del Frente Amplio; debiendo requerirse en todos los casos la conformidad de la Junta Nacional.
3. Siempre que así lo decida la Junta Nacional, no se aplicarán para la próxima elección nacional los plazos, procedimientos y condiciones establecidas por la Carta Orgánica para la designación de candidatos del Partido.

4. Autorizar a la Junta Nacional a concertar la participación electoral del Partido en la forma que considere más conveniente dentro del esquema político desarrollado en las gestiones destinadas a estructurar el Frente Amplio.
5. Esta resolución tendrá carácter de disposición transitoria de la Carta Orgánica en cuanto corresponda.

1.9. El PDC autoriza a usar su lema



[Diario Ya, 21 de diciembre de 1970.]

El Partido Demócrata Cristiano en su Convención Nacional reunida este fin de semana resolvió «autorizar el uso del lema por sectores ajenos al Partido que acepten el programa y la disciplina del Frente Amplio. Esa autorización —agregan— comprende también la posibilidad de conceder el uso de sublemas». El órgano máximo del PDC aprobó por 230 votos contra 22 su participación en el Frente Amplio.

El presidente del PDC, diputado Juan Pablo Terra, realizó un pormenorizado informe de las gestiones realizadas hasta el momento para la concreción del Frente y luego de un breve debate fue votada en forma abrumadora una moción que dice:

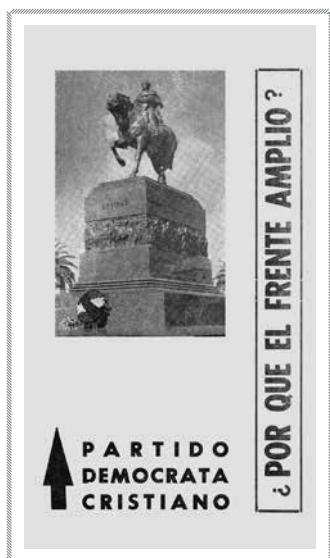
Atento a lo informado por la Junta Nacional y lo resuelto por la Comisión los días 5 y 6 de diciembre pasado, la Convención aprueba calurosamente dicho informe y resolución, ratificando el compromiso del pdc de trabajar por la consolidación y triunfo del Frente Amplio sin exclusiones.

Posteriormente, la Convención aprobó una moción de fundamental importancia, cuyo texto es el siguiente:

1. Autorizar el uso del lema por sectores ajenos al Partido que acepten el programa y la disciplina del Frente Amplio. Esa autorización comprende también la posibilidad de conceder el uso de sublemas. La Junta Nacional deberá tomar todas las medidas destinadas a asegurar que la administración del lema del Partido sea siempre efectuada por sus autoridades regulares.

2. Autorizar, de conformidad a lo establecido en el artículo 32 de la Carta Orgánica, a las Comisiones Departamentales a celebrar acuerdos para la concertación de listas comunes con las otras fuerzas políticas integrantes del Frente Amplio; debiendo requerirse en todos los casos la conformidad de la Junta Nacional.
3. Siempre que así lo decida la Junta Nacional, no se aplicarán para la próxima elección nacional los plazos, procedimientos y condiciones establecidas por la Carta Orgánica para la designación de candidatos del Partido.
4. Autorizar a la Junta Nacional a concertar la participación electoral del Partido en la forma que considere más conveniente dentro del esquema político desarrollado en las gestiones destinadas a estructurar el Frente Amplio.

1.10. ¿Por qué el Frente Amplio?



[Folleto editado por la Secretaría Nacional de Propaganda del PDC, *circa* febrero de 1970]

El Frente Amplio, promovido desde junio de 1968 por el Partido Demócrata Cristiano, constituye un esfuerzo para salvar al Uruguay de un triste destino de república oligárquica, privada de la libertad e independencia que, hasta poco tiempo atrás, nos caracterizaron. La crisis que vivimos actualmente afecta a todos los aspectos de la convivencia nacional: la economía y los abastecimientos, el salario y la seguridad social, la educación, la libre expresión del pensamiento, las relaciones entre las distintas generaciones, la paz interna y la dignidad de los uruguayos, la soberanía y el prestigio del país, etcétera. Todo intento de volver a la situación de las décadas anteriores fracasará, porque han desaparecido las condiciones que en lo internacional, lo económico, lo cultural, la hicieron posible. No hay otra alternativa sino echar las bases de un Uruguay nuevo. Pero este podrá configurarse según los intereses de pequeños grupos dominantes o según los intereses del pueblo. En esta segunda evolución se halla la única posibilidad de recuperar las mejores tradiciones de nuestra patria: la búsqueda permanente de una mayor justicia social, el estímulo al trabajo productivo y la celosa defensa de la soberanía.

El pachequismo nos encamina hacia la salida oligárquica; el Frente Amplio ofrecerá una oportunidad concreta de luchar exitosamente a todos aquellos que no se resignan a ver su país gobernado por banqueros y latifundistas; el Frente

Amplio tiende a organizar políticamente a los que confían en el futuro contra los que procuran congelar la realidad existente.

» **La verdad política**

Pero la promoción de esta iniciativa tiene otra finalidad, no menos importante, que consiste en la clarificación del cuadro de fuerzas de nuestra política, dicho de otro modo, en la superación de una legislación, particularmente electoral, que trampa la decisión popular y quita al voto gran parte de su significado. Quienes se dicen demócratas fervorosos han ido montando un complejo sistema —conocido como *ley de lemas* y parcialmente incorporado a la Constitución— que convierte a los partidos tradicionales en una incoherente federación de grupos contradictorios, que solo se unen a la hora de contar los votos. Con eso, los partidos tradicionales se aseguran las mayorías pero impiden cualquier gestión de gobierno ordenada y eficiente. Se frustra, así, el pronunciamiento del electorado, viciado ya por el hecho de que el voto emitido por un candidato con determinadas características puede favorecer a otro candidato de características opuestas perteneciente al mismo lema.

Un régimen democrático auténtico —que no sea mera apariencia— exige la más plena libertad del ciudadano para optar por una alternativa de gobierno entre varias. Los que constriñen al votante y encierran su decisión en los estrechos marcos de nombres y colores que esconden la confusión conspiran contra la democracia. QUITAN a este régimen la aptitud para encauzar pacíficamente los cambios políticos y sociales, que constituye su principal virtud. A esta situación lamentablemente, nos han llevado los dirigentes de las principales fracciones blancas y coloradas y la falta de verdad política con que choca el hombre común obstruye decisivamente el camino de la recuperación nacional.

Como indicábamos, gran parte de esta verdadera estafa electoral estriba en normas constitucionales amañadas para beneficio de un grupo de dirigentes aferrados a sus privilegiadas posiciones. Algún día, habrá que depurar la carta fundamental de favoritismos, de modo que sirva como fundamento de una convivencia realmente democrática. Pero actualmente, un nuevo intento de reforma constitucional haría el juego a los que ya preparan una instancia comicial planteada sobre alternativas falsas, escamoteados los problemas de fondo. El Frente Amplio se constituirá dentro del ordenamiento vigente, desafiando las trampas de este; pero será una conjunción de fuerzas unidas en torno a un programa de gobierno, por lo que apelará a una adhesión adulta sobre la base de un compromiso que la ciudadanía podrá controlar, en el curso de su ejecución. La política frentista supone confianza en la lucidez del electorado uruguayo y se atreve a someter al mismo la decisión más trascendente, en la hora, que consiste en el mantenimiento o la sustitución de los viejos equipos gobernantes.

» **Cuentos para dormir a los niños**

Superando un desborde propagandístico excepcional —pocos gobiernos en la historia de la República han sido publicitados como el actual—, el país ha formado ya opinión contra Pacheco Areco y su régimen. Las declaraciones engañosas de los personeros oficiales y las limitaciones impuestas a la prensa, radio y televisión no han conseguido ocultar una verdad que su propia experiencia dicta al hombre del campo y la ciudad: la crisis se agrava, el Uruguay sigue barranca abajo. Las resoluciones drásticas prometidas, las innovaciones y la apertura de rumbos distintos quedaron en agua de borrajas. Pacheco Areco gasta una energía postiza, que se ejerce contra los débiles y se diluye frente a los poderosos. Se persigue al agiotista de barrio pero no a los que actúan a gran nivel; se procura erradicar la usura del prestamista individual pero ni se menciona la usura mucho más dañosa que cometen los bancos privados. Y así en los demás sectores de la vida nacional. No habrá sanciones para los banqueros que defraudaron a miles de acreedores, y el señor Berenbau recuperará las empresas que le fueron intervenidas el año pasado. Cerca del término del mandato pachequista, todo se mantiene como antes; con mayor precisión, todo ha empeorado. Los banqueros continúan esquilmando la economía de esta empobrecida nación, el productor mediano y pequeño está asfixiado, son cada día más numerosos los uruguayos que deben emigrar porque no encuentran aquí medios de subsistencia.

Dos mitos ha manejado con particular insistencia la propaganda oficialista. La *estabilización* y el *despegue* hacia el desarrollo. Dos palabras vacías. La economía nacional no se encuentra estabilizada porque la producción oscila pero no aumenta, el crédito permanece cerrado, la desocupación no disminuye, las exportaciones no se han diversificado, el endeudamiento con el exterior crece sin cesar, los déficits presupuéstales alcanzan cifras pavorosas, los abastecimientos de artículos de primera necesidad sufren las deficiencias ya conocidas, etc. Se ha producido, en cambio, al amparo de las medidas económicas gubernamentales, la concentración del poder financiero; el Estado abdicó gran parte de sus más elementales responsabilidades de contralor y orientación. La oligarquía —de banqueros, comerciantes, latifundistas— afianzó su posición dominante. Tal es el futuro que ofrece la alternativa conservadora: una economía constreñida, un descenso del nivel de vida de las mayorías y la expulsión al extranjero de una considerable porción de la población uruguaya económicamente activa.

» **El juego de siempre**

Los grupos políticos que se benefician de la situación existente saben de esa conciencia generalizada acerca del fracaso de las fórmulas del pachequismo, que son las fórmulas de los sectores sociales privilegiados. Y temen la inclina-

ción de vastos contingentes electorales hacia las opciones de auténtico cambio. En especial, temen al Frente Amplio, a su dinamismo y a la solidez programática de su prédica, porque no solo vuelca votos hacia los cambios, sino que además organizará la fuerza social con el vigor para lograrlos.

Para impedir un vuelco de esas características, insinúan ya una maniobra que muchas veces ha utilizado, lamentablemente con éxito. Junto a las candidaturas que encarnan crudamente las orientaciones oligárquicas, levantarán otras revestidas de un falso progresismo, para atraer la simpatía de las masas que buscan la renovación de las estructuras vigentes. En el marco de la Ley de Lemas, los votos de todos los candidatos pertenecientes a los partidos tradicionales se sumarán, perdiendo significación. Dichos partidos obtendrán una victoria comicial que garantizará el perfecto congelamiento del estado de cosas. A esta altura resulta evidente que los lemas históricos —cuya función positiva en épocas anteriores de la evolución nacional nadie niega— son absolutamente inadecuadas en cuanto instrumentos para la creación de un Uruguay nuevo.

La conformación del Frente desbarata la vieja artimaña porque ofrece a las fuerzas y dirigentes auténticamente renovadores la oportunidad de dejar las filas de los partidos tradicionales para incorporarse a un fuerte agrupamiento popular, de notoria raigambre nacional. Quienes permanezcan en aquellas filas proclamándose sin embargo partidarios de los cambios se pondrán en evidencia —sin excusas admisibles— como elementos al servicio, conscientemente o no, de las rígidas diligencias aliadas a las clases dominantes.

» La lucha planteada

De lo dicho anteriormente se desprende una conclusión de capital importancia: la oligarquía ha asaltado ilegalmente el poder, se ha encaramado en él y desde él pretende hacer un país a su imagen y semejanza; la tarea absolutamente prioritaria para todos los que se sientan comprometidos con el pueblo consiste en desalojar a la oligarquía del poder. No caben, en este momento en el que se juega el futuro del Uruguay, vacilaciones o ambigüedades. La trascendencia de la lucha entablada obliga a postergar otros enfrentamientos políticos —aunque no a cancelarlos— a fin de unir las fuerzas democráticas contra las de la reacción.

La ilegal instalación de los privilegiados en el gobierno — para el que no fueron ni serían nunca elegidos— incluye el desborde del Poder Ejecutivo más allá de sus facultades, avasallando algunas de las que corresponden al Parlamento y la Justicia, la implantación de un régimen —las medidas prontas de seguridad— que ya lleva más de dos años, cuando la Constitución lo prevé como esencialmente provisorio; la lesión de casi todas las garantías y los derechos fundamentales que definen la democracia; la persecución del movimiento sindical; la catastrófica intervención de la enseñanza media, etc.

El Frente Amplio propone métodos de lucha democráticos a fin de cumplir la tarea de referencia. Se trata de promover una gran movilización de productores, trabajadores, estudiantes, profesionales, amas de casa, jubilados; de todos los sectores que sufren la crisis, en la ciudad y el campo. Por encima de filiaciones partidarias que nadie traicionará, la unificación se justifica por la urgencia de derrotar un experimento regresivo, cuyo primer capítulo es el pachequismo. La movilización popular culminará con un categórico pronunciamiento en las elecciones de noviembre de 1971. Pero para hacerlo posible, resulta imprescindible defender desde ya la pureza de esos comicios y la libertad dentro de la cual se debe desarrollar la campaña previa.

» **Reglas y objetivos**

El Uruguay tiene muy escasa experiencia en materia de coaliciones políticas. En otros países, ellas constituyen un mecanismo absolutamente normal de gobierno democrático. Y se comprende fácilmente que así sea: sin perjuicio de las discrepancias que separan a los partidos, estos coinciden a menudo, en circunstancias determinadas, respecto de ciertos problemas y propósitos. No hay por qué excluir, tampoco, la conveniencia de que las fracciones que alguna vez se enfrentaron en torno a ciertas cuestiones puedan posteriormente aliarse en torno a otros puntos sobre los que concuerden, en lugar de perpetuar disensiones más allá de lo razonable; el transcurso del tiempo, notoriamente, modifica los términos de toda la problemática política.

Precisando lo afirmado, es necesario decir que nuestro país posee escasa experiencia en cuanto a coaliciones electorales, las que se someten a la adhesión o rechazo de la ciudadanía. Existe, en cambio, en la historia nacional todo un largo capítulo de entendimientos entre dirigentes, a espaldas y a menudo en contra de las preferencias mayoritarias. Un nombre designa en conjunto a tales componendas: el pacto. Ciertamente, se torna progresivamente dificultoso el concluir pactos porque la resistencia de la opinión pública a los mismos aumenta; tanto que los últimos intentos realizados por la Alianza echegoyenista y el oficialismo con esa finalidad fracasaron en virtud de la repulsa generalizada, claramente perceptible.

Con las gestiones frentistas se inaugura un estilo político fecundo para la convivencia nacional. En el Frente Amplio, los grupos que lo componen, lejos de renunciar a su acervo ideológico, su programa y la visión que profesan de nuestra historia, buscan, a partir de estos, convergencias que permitan una acción común, en la oposición o en el gobierno. Tales convergencias son formuladas explícita y precisamente porque no operan como acuerdo de dirigentes sino como plataforma en base a la cual se solicitará el respaldo popular.

Las relaciones entre las fracciones integrantes del Frente deben regularse según normas convenidas entre todas ellas, asegurando una participación iguali-

taria en la adopción de las resoluciones relevantes. Se logra, de tal manera, un agrupamiento político orgánico y disciplinado, en condiciones de cumplir coherentemente los objetivos planteados en el momento de consultar a la ciudadanía.

» **Una alternativa de poder**

Los conservadores temen al Frente Amplio en cuanto representa una alternativa popular en condiciones de llegar al poder. Hasta el presente —desde mucho tiempo atrás— los votos por la renovación de las estructuras se dispersaban entre distintos movimientos políticos; como ya explicamos, el apoyo a los sectores que votaban dentro de los lemas tradicionales se canalizaban, en definitiva, hacia las candidaturas y corrientes derechistas. No obstante una legislación que distorsiona la instancia comicial, el Frente ofrece la posibilidad de sumar aquellos votos progresistas; y esta novedad configura indudablemente un acontecimiento histórico a partir del cual la democracia uruguaya puede adquirir la capacidad —que hasta ahora no tuvo— de efectuar los cambios profundos que la nación requiere perentoriamente.

Porque responde a aspiraciones largamente defraudadas, el Frente Amplio maduró rápidamente, sorprendiendo a muchos. La velocidad de su crecimiento puede, asimismo, deparar alternativas insólitas en la vida política uruguaya. Antes de su efectiva constitución, se dijo certeramente que «el Frente está en la calle»; en la calle y los caminos todos de un país que no se resigna a un destino subalterno, en contradicción con su historia de dignidad y empuje.

» **Un compromiso responsable**

A su debido tiempo, el Frente Amplio dará amplia difusión a su programa de gobierno. Conviene, sin embargo, adelantar algunos lineamientos obligados del mismo, a fin de orientar las expectativas que la iniciativa ha despertado.

En primer lugar, se tratará de un conjunto de medidas factibles, en consonancia con las posibilidades que el Uruguay tiene. Apelará a la madurez de un electorado al que, una vez más, se tratará de captar con promesas demagógicas.

Pero será igualmente un programa que ataque los problemas del país en el nivel donde residen las causas de esos problemas. Con valentía, con audacia cuando resulte necesaria, sin compromisos con otra cosa que no sea el futuro de una patria justa y soberana. De allí su carácter inequívocamente renovador y la coincidencia de sus soluciones con los intereses populares.

No creará una sociedad radicalmente distinta; no es una revolución. Pero abrirá el camino hacia transformaciones más drásticas, en la medida en que, suscitando un vasto apoyo popular, permitirá derrotar al poder oligárquico y sustituirlo por el gobierno de fuerzas arraigadas en la nación y en el pueblo.

Más arriba, se indicaba el alcance de la lucha planteada actualmente; esa es la batalla que debe ganarse; su dureza y trascendencia exigen comprometer en ella todos los recursos disponibles. Después vendrán otras, pero en la coyuntura que vivimos una excesiva ambición en los objetivos propuestos constituye una manera de favorecer al enemigo.

El programa del Frente Amplio se formulará, por otra parte, en términos tales que la base de los movimientos que lo integran, los votantes que le acompañen y la ciudadanía en general puedan controlar su puesta en práctica, en caso de obtenerse el poder, y el ajuste a sus directrices en el desarrollo de una actividad opositora, en caso contrario.

» **América Latina en la hora de los pueblos**

El continente latinoamericano atraviesa un período excepcionalmente favorable, desde el punto de vista de su liberación. Las experiencias de gobiernos autoritarios, frecuentemente militares, inspirados en la defensa de los intereses del imperialismo y las clases dominantes han fracasado. Algunos de ellos ya han sido derrocados, como el de Onganía en la Argentina. Surge, en cambio, en uno y otro de los estados de América Latina, un impetuoso avance de las corrientes renovadoras, a las que se suman los sectores más lúcidos de la Iglesia y las Fuerzas Armadas. Perú, Bolivia, Chile buscan estructuras que posibiliten su desarrollo económico y la satisfacción de las necesidades de sus masas populares. En cada uno de esos casos, el proceso de cambio se ajusta a las condiciones, tradiciones y posibilidades de la nación que lo cumple.

En este marco continental, la política de Frente Amplio cobra toda su significación. Constituye la respuesta auténticamente uruguaya —en algún sentido se podría decir artiguista— a los desafíos que nuestro país comparte con las naciones hermanas. El desarrollo independiente del Uruguay, al igual que el de todos los demás estados latinoamericanos, supone la progresiva integración de estos, fragmentos de la Patria Grande que algún día se reconstruirá. Pero a su vez, la integración descansa en la posibilidad de que fuerzas populares asuman el gobierno en los distintos países.

Por todo esto es que el Frente Amplio no es fruto de oportunismos electorales ni de ambiciones personales. Es una necesidad que el Uruguay tiene que satisfacer.

Las soluciones populares no las dará la oligarquía, sino el pueblo mismo organizado, y el Frente Amplio es un instrumento más para que el pueblo pueda expresarse y actuar políticamente, tanto en el acto electoral como en las luchas populares de todos los días.

2. DOCUMENTOS DE LA JUVENTUD DEMÓCRATA CRISTIANA

2.1. Bases para un opción revolucionaria



[Documento político de la JDC, 1969]

» Introducción

1. En estos difíciles pero pre anunciadores momentos que estamos viviendo en nuestra convulsionada América Latina, en la cual nuestro país vive con perfiles peculiares su cuota parte del proceso de liberación y construcción de una sociedad más humana, parecería ocioso dedicar tiempo a escribir documentos de análisis, propuestas para una estrategia de cambio y aportes a los linchamientos de la nueva sociedad.

Pero entendemos que tal tarea es indispensable, conjuntamente con la militancia activa y permanente, no solo para ampliar y profundizar la concientización sino también porque ante la responsabilidad que todos tenemos en esta histórica instancia, deseamos dirigirnos a la *juventud uruguaya*, que aún no está incorporada a la actividad política, para que asumiendo los compromisos propios de las nuevas generaciones, se incorpore a los puestos de

trabajo y de lucha que a cada uno nos cabe en forma singular e intransferible en la construcción de un nuevo orden.

2. Queremos el cambio, un cambio drástico y radical, una transformación total. Pero no por el cambio en sí. Lo queremos porque no nos resignamos a heredar una sociedad que rechazamos por ser injusta en sí misma, una estructura que no funciona, sumiendo al país en el caos y sin perspectivas de futuro, con valores que no nos sirven por sus estrecheces y limitaciones.

Lo queremos porque no nos resignamos a vivir en una situación de violencia y explotación, esclavizados por nuestro propio trabajo y dominados por las cosas y las circunstancias; y queremos el cambio de ciertas coordenadas. Un cambio que libere al hombre, que convierta al individuo en persona, que le haga gestor de su propia historia, que lo sitúe por encima de las cosas que lo rodean, que lo haga el centro y el fin de la economía, de la política, de la sociedad toda. Queremos en resumen una revolución personalista que restaure el valor fundamental de la persona humana y nos conduzca hacia una nueva sociedad orientada hacia la justicia y la libertad de todos.

3. Evidentemente, nuestra búsqueda no puede ser satisfecha por ninguna sociedad de tipo capitalista, en sus variados y sutiles aspectos, ya que aquella está impregnada de valores individualistas y materialistas, que hacen al hombre prisionero de sí mismo. Creemos que nuestro concepto de persona como valor social fundamental, solo puede darse en una nueva sociedad donde el hombre, integrado en la comunidad es el auténtico creador de su destino, donde el poder creador del hombre se manifieste en el trabajo, en la realidad económica, en la historia misma. Se trata, pues, de forjar una nueva sociedad, que no se limite a reemplazar a la vieja clase dominante capitalista, por una reducida elite burocrática, verdadera nueva clase: que no se agote en la sustitución del capitalismo privado por un tipo de capitalismo estatal, que también niega al hombre la posibilidad de participar en la gestión de su colectividad, sino que ponga la totalidad del poder político y económico en manos del pueblo, de un pueblo que intervenga activamente en las decisiones de la comunidad. El logro, en definitiva, de una sociedad que permita la realización de todo el *hombre* y de todos los hombres.

» **Parte I: Objetivos de nuestra militancia**

1. La revolución: una exigencia

1. *La razón de ser de la Democracia Cristiana* como movimiento político es la construcción de una nueva sociedad. Existe para ser aporte en la orientación

e instrumento en la superación de la caduca e injusta sociedad actual y en la gestación y desarrollo de la sociedad comunitaria.

Acorde con su razón de ser, la Democracia Cristiana sostiene una *postura revolucionaria*, o sea de profundo y rápido cambio en las estructuras políticas, económicas, sociales, jurídicas y culturales.

Ese profundo cambio o proceso revolucionario se fundamenta en dos tipos de causas:

- a. En el agotamiento e inviabilidad del modelo actual, conclusión que se desprende de un análisis objetivo de nuestra realidad.
 - b. En causas ideológicas que explican la necesidad de remover el obstáculo que esto supone para el logro de la liberación del hombre, sobre bases distintas de convivencia.
2. En las sociedades subdesarrolladas en general, pero en el Uruguay en particular, por sus causas propias, se han ido generando contradicciones de tal naturaleza y magnitud, que agotan las posibilidades del modelo, excluyen cualquier posibilidad seria de mejora sustancial y permiten predecir objetivamente los grados o porcentajes de retraso o deterioro o sea su inviabilidad.

En nuestra sociedad, por las causas señaladas, objetivamente se impone un cambio, un cambio radical. Surge, además, de estas causas el agotamiento y esterilización del pensamiento e ideologías de las dos colectividades tradicionales, lo que las ha llevado a:

- La incapacidad para la normal conducción de la sociedad.
 - El estrangulamiento irreversible del sistema económico, por su propia configuración estructural.
 - La incapacidad de las clases económicas dirigentes de cumplir con sus propios roles en materia de crecimientos y la falacia de sus cuadros técnicos al limitarse a formular respuestas desarrollistas.
 - Por las frustraciones que se producen en el choque entre las expectativas cada vez más amplias y la realidad más empobrecida.
 - Por el incremento de las tensiones entre los sectores concientizados, cada vez más numerosos, y las elites dirigentes de la sociedad burguesa en cuanto a los objetivos y fines de la sociedad y los procedimientos para el logro de los mismos.
3. La gran paradoja de nuestra estancada sociedad es que el inmenso desarrollo logrado en la ciencia y en la técnica permite esbozar con mayor grado de realismo los anhelos de asegurar las bases materiales que posibiliten una sociedad más humana.

Por ello los objetivos de la revolución no se agotan en el logro de condiciones que permitan la satisfacción de las necesidades (primarias) del ser humano, sino que apuntan a transformaciones más profundas que tiendan fundamentalmente a liberar al hombre de los estrechos y egoístas valores de la sociedad actual, a lograr que las nuevas estructuras encarnen de tal forma los valores de la solidaridad, que posibiliten realmente el surgimiento del hombre nuevo.

Es por ello que la revolución debe ser entendida como una aceleración de la historia, como una ruptura con aquella parte del pasado que retarda la obtención de las metas sociales y capaz de adoptar aquellas medidas que permitan la realización plena del hombre, de todos los hombres, por vía de la instauración y desarrollo de una sociedad personalista y comunitaria.

4. La revolución no es sin signo. Evidentemente muchas etapas y elementos de la nueva sociedad serán comunes entre distintos movimientos políticos de vanguardia, pero es igualmente verdadero que otras definiciones estarán distanciadas si los valores que las determinan son diferentes.

A nuestro juicio la *revolución* sin contenido ideológico no existe. No es, pues, un fenómeno neutro, que pueda involucrar, sin perjuicio de su eficacia e incluso de su viabilidad, estrategia y metas contradictorias. Toda formulación de cambio lleva dentro de sí, en última instancia, determinados valores, determinada apreciación de lo objetivo y determinadas respuestas.

II. Principales supuestos ideológicos

5. Entre los conceptos teóricos básicos de la doctrina demócrata cristiana, el *personalismo* y el *comunitarismo* son los ejes de dicha doctrina y adquieren aquí especial significación por la impronta que van a determinar al proceso revolucionario y a la nueva sociedad, haciéndolos desarrollar en torno a estos dos polos.

Lo anterior determinará que la persona, al ser la medida suprema del orden social, sea realmente el centro y meta de la sociedad, lo que no significa ir en desmedro de ella, sino que, por el contrario, al partir del concepto de que el hombre es un ser social por naturaleza, la persona solo podrá ser comprendida dentro de la sociedad, siendo elemento esencial la solidaridad que une a los hombres en vista del bien común.

La vida humana es vida en común, y para que en una sociedad exista justicia social, sus integrantes deben subordinar su interés personal al interés y bienestar de la comunidad.

Lo medular del comunitarismo, es la idea de vivir compartiendo, por una consciente aceptación fraternal. Ese vivir y compartir supone poner en común los derechos sobre muchas cosas, manejar, administrar, usar y gozar

diversidad de cosas fraternalmente, sin tuyo y mío, y más que una relación de propiedad es una convivencia personal sin dominación ni explotación.

Al comunitarismo le será inherente una vida social organizada para el bien común, y en las diversas estructuras políticas, económicas y sociales se requerirá una activa participación comunitaria de quienes las integren.

6. En nuestra época histórica se han plasmado diversas experiencias de sociedades socialistas pero además de ellas y por encima de las ideologías y los sistemas políticos diversas causas psicológicas, sociológicas, culturales y económicas, llevan a la socialización.

El *socialismo comunitario* es la solución económico social que deberá impulsar la Democracia Cristiana como base de la sociedad comunitaria y estará delineada por una organización fundada en la propiedad social de los bienes de producción, una democracia de trabajadores que implica participación popular a todos los niveles de la gestión política, económica y social, una cultura fraternal crítica y creadora de un destino singular como pueblo liberado y solidario de los demás pueblos.

Es socialista en cuanto reconoce el desarrollo consciente deliberado de la tendencia a la socialización del mundo contemporáneo, y porque pretende, en lo que refiere al aspecto económico, poner la riqueza y los medios de producción al servicio de todos los hombres, dignificando al trabajador y poniendo la propiedad al servicio del interés colectivo.

Por las exigencias que se desprenden del personalismo, este socialismo comporta desde el ángulo humano, dos requerimientos:

- a) no debe reemplazar la opresión del interés privado por la tiranía de los poderes colectivos;
- b) debe plasmar una estructura democrática, sin debilitar el rigor de las medidas que deberá adoptar inicialmente para defender sus conquistas.

III. La vía no capitalista de desarrollo

7. Indudablemente la nueva sociedad no se logra por decreto y es muy poco adelanto el esbozo en el papel. La sociedad comunitaria será fruto del proceso revolucionario y en el tránsito para su logro se deberán ir forjando las nuevas estructuras y encarnando los nuevos valores.

Como ya hemos indicado, una transformación revolucionaria es la única salida real para nuestro país y para América Latina. El gestor y protagonista de ese acto político deberá ser el pueblo explotado, marginado, postergado.

La primera meta es la obtención del poder, la eliminación del estado burgués, instrumento fundamental y garantía última del sistema de domi-

nación. El principal objetivo de la Revolución será la creación y consolidación del *Estado popular*, estructurado sobre la base de una presencia activa y participación de las más variadas organizaciones de nuestro pueblo que impidan la parálisis de las masas y los peligros totalitarios.

Estado popular que acometerá con urgencia la tarea de sustituir el poder y la propiedad de los capitalistas por el poder y la propiedad de los trabajadores, a través de una vía no capitalista de desarrollo que conduzca a la nueva sociedad. La eliminación del poder capitalista, o sea del poder de los grandes capitalistas, es la condición ineludible para que la economía en su conjunto no siga siendo gobernada por ellos y en su provecho. El gobierno de la economía por los grandes capitalistas no solo genera un régimen de injusticia y explotación que el pueblo ya no tolera, sino que además, recalamos una vez más, es ineficaz desde el punto de vista del desarrollo económico y de la creación de las condiciones políticas y sociales indispensables a tal desarrollo.

Por eso es que el poder del capitalismo es un obstáculo que debe ser removido y no hay otra forma de hacerlo que expropiando la base económica sobre la que este poder se asienta.

8. Al adoptarse la vía no capitalista comienzan a forjarse las estructuras y los valores propios de una sociedad de trabajadores. ¿Cuáles son estos?

El control de los trabajadores conjuntamente con el Estado (ahora en manos no del poder burgués sino del poder popular) sobre los principales medios de producción.

- La planificación del desarrollo económico y social, sobre la base de producir, no lo que conviene más al lucro del capital (como sucede en la producción capitalista), sino lo que se requiere para satisfacer las necesidades del pueblo y del desarrollo racional y sano del país.
- La eliminación del poder capitalista, con la cual se crean las bases para el desarrollo de una comunidad solidaria y de la participación activa de todos los sectores populares en la gestión económica y política, liberando así las energías sociales que el capitalismo anula, pero que son las más dinámicas y poderosas de que dispone la sociedad de hoy,
- La más alta tasa de crecimiento económico que se logra en las condiciones expuestas al hacer factible: el mayor rendimiento que se logra del trabajo; el mejor uso de los recursos económicos y humanos mediante la planificación; la distribución más justa y racional; la liberación de las necesidades artificiales creadas por la «sociedad de consumo» y su aparato publicitario masificador; la disciplina del consumo a fin de destinar el excedente a la inversión.

- El fin de la primacía del capital sobre el trabajo y de la servidumbre del trabajador. El gran capital pasa a ser propiedad de los trabajadores y de esta suerte el fruto del trabajo pasa también a manos de los trabajadores.

Solo de este modo el poder del capitalismo puede ser sustituido por el poder popular, creándose las condiciones para la unidad, movilización, organización y participación de todo el pueblo, de las clases trabajadoras y de todos los sectores del país no comprometidos con el poder capitalista. Solo sobre tales bases se podrán acometer las demás tareas del desarrollo, apoyadas en soluciones políticas y sociales estables y sólidas.

» **Parte II: Aproximación a la realidad**

1. Nuestro país, que en las primeras décadas del siglo que corre realizó determinados esfuerzos en materia de desarrollo y experiencia de interés social en cuanto a la redistribución de la riqueza y al logro de la seguridad, complementados con un progresivo incremento de las libertades y democratización de la sociedad, vive hoy una de las crisis más profundas de su historia.

La misma se origina en el agotamiento e inviabilidad del modelo seguido hasta el presente, fundamentalmente en lo económico con inexorable proyección en lo social. Crisis agravada por la atrofia y esterilización de las colectividades políticas tradicionales.

1. La situación económica y sus causas

2. Los distintos estudios, informes e investigaciones de los institutos técnicos, tanto oficiales como privados, coinciden en detectar que la crisis que vive el Uruguay no es de tipo coyuntural (pasajera) sino por el contrario de un profundo origen estructural.

Distintos índices, diversas cifras, como ser las tasas de crecimiento, de incremento de la inflación, el monto de la deuda externa, aparte de indicarnos su propio contenido, nos van confirmando que el origen y las causas de la crisis en lo económico están en la forma como está organizada la estructura económica, estando muy vinculado a ello la forma de propiedad que rige la misma.

En los últimos años, según informes de la CEPAL, Uruguay ha ocupado conjuntamente con Haití, entre los países de América Latina, el último lugar en el crecimiento del producto bruto anual, siendo un signo negativo, habiendo descendido el producto bruto per cápita, un 12 % en lo que va de la década.

Este retroceso en la generación de bienes y servicios se debe al estancamiento de la producción agropecuaria y los límites del desarrollo industrial. El sector agropecuario ofrece un ejemplo significativo al respecto: mientras

que nuestra población se duplicó, entre los años 1908 y 1961, al stock ganadero del país y su rendimiento permaneció estacionario y muy por debajo de los índices alcanzados por otras naciones. Es el caso de la lana: Nueva Zelandia obtiene 5,7 kg por ovino; el Uruguay solo 3,9 kg.

Como una de las principales causas de lo anterior se encuentra el problema del tamaño y la tenencia de la tierra, ya que el 80% de la tierra explotable está afectada por los problemas del minifundio, del latifundio y el arrendamiento.

El censo de 1961 demostró que el 45% de los predios dispone del 1,88% del total de la tierra, y en el otro extremo, el 1,33% de los predios dispone del 33% del total de la tierra.

A nivel industrial se asiste a graves dificultades, generadas en el agotamiento del proceso de sustitución de importaciones, en las limitaciones propias de un mercado reducido, cuyo poder adquisitivo disminuye aceleradamente por la pauperización de los sectores populares, generándose así progresivas reducciones en las jornadas laborales. Agravan este panorama los obstáculos que enfrenta para competir en el área latinoamericana, donde el mecanismo ALALC lejos de ser una herramienta positiva, ha resultado para Uruguay un nuevo factor de estrangulamiento.

3. Este modelo agotado, que cierra toda expectativa, es mantenido por los sectores políticos tradicionales, responsables por igual en su gestación, en beneficio y defensa de los intereses de la clase dominante, la única que se beneficia con tal estado de cosas. El Fondo Monetario Internacional, al que cada día estamos más enajenados por el endeudamiento, la impone desembozadamente.

Haciendo un nuevo intento para lograr que sobreviviera, el año pasado el gobierno impuso una serie de medidas económicas, con claro sentido antipopular, que iba desde la draconiana congelación salarial, a la traslación de ingresos a los grandes especuladores de la lana y de la carne, una férrea y asfixiante política crediticia, la creación de la Coprin y demás medidas establecidas en las cartas de intención del FMI.

Al cabo de un año comprobamos que la política económica seguida, no ha logrado reactivar la economía, que muestra signos alarmantes de paralización, con la inversión pública casi inmovilizada, con una grave asfixia en los pequeños y medianos productores, así como, en las empresas industriales menores, produciéndose un rápido proceso de concentración de capitales, de extranjerización de sectores industriales y de la banca. Por contrapartida, la desocupación y las condiciones son cada día más duras.

II. Consecuencias sociales de la política del Gobierno

4. Ante el evidente deterioro de nuestra economía, al Gobierno se le planteaban dos alternativas: o proceder a profundas reformas estructurales aún a riesgo

de lesionar poderosos intereses, o congelar la actual situación, recurriendo para ello a la fuerza, agravando las condiciones de vida de las capas populares con tal de conservar e incluso aumentar los beneficios de una reducida minoría de privilegiados. Es obvio que escogió el segundo camino.

A esta altura de los acontecimientos, a nadie puede caber dudas de que han sido los sectores oligárquicos, en particular los latifundistas y banqueros, los que han resultado abiertamente favorecidos por la política económica impuesta por el Poder Ejecutivo.

En lo que respecta a la agropecuaria, las medidas adoptadas por el Gobierno han conducido a favorecer a aquellos sectores que producen rubros de exportación, es decir, carne y lana. Un ejemplo puede ser muy ilustrativo: el kilogramo de carne en pie, a fines de 1967, se pagaba en Tablada a \$20, con el dólar a \$200; en estos momentos con el dólar a \$250 está llegando a \$50. Con la lana sucedió un hecho similar, aunque en menor escala.

Ahora bien, la explotación de carne, es la que mejor se adapta al régimen de explotación extensiva que se practica en nuestro país, y el rubro principal de ingreso de los dueños de grandes extensiones.

La política del gobierno favorece a la gran banca en dos aspectos: 1) obligando a los bancos chicos a la absorción; 2) en el momento actual, mediante el despido masivo le soluciona el problema de exceso de personal.

5. A nivel de clase media se acentúa cada vez más un proceso de pauperización. A nivel industrial, la política de congelación de salarios ha disminuido en forma muy importante el poder adquisitivo de vastos sectores de la población determinando una disminución muy importante de la demanda, lo que llevó inexorablemente al cierre y la desocupación en el comercio y la industria. Es así como en estos momentos en Montevideo hay más de 200.000 desocupados.

A nivel rural, la situación permanece incambiada en sus características: 1) escasa demanda de mano de obra en el latifundio; 2) imposibilidad de creación de núcleos familiares estables para el trabajador rural, pues el latifundio no lo permite, con su secuela, los llamados *pueblos de ratas*; 3) situación cada vez más desesperada en el minifundio y en lo que respecta al pequeño productor agrícola.

III. El agravamiento de la crisis política

6. Las dos colectividades tradicionales, que han hecho en el pasado aportes indudables a la construcción del país, están hoy descalificadas por su cómplice defensa del régimen actual, sin principios ni respuestas claras ante la nueva realidad, divididos y fraccionados por la carencia de una ideología

común y por las apetencias de poder, incrementadas con la desaparición de los caudillos.

Sin autoridades comunes, sin planes de gobierno, carentes de mecanismos disciplinarios, sin vigencia de democracia interna, sin ninguna participación de sus bases electorales, dichas colectividades han quedado sujetas al manejo de pequeños grupos que, en su mayoría, están estrechamente ligados al poder económico.

7. Como fruto de esta realidad político partidaria, accede al poder Jorge Pacheco Areco, el que ha impuesto un gobierno dictatorial, prepotente, dando una vuelta más a la tuerca en la entrega de poder a los sectores oligárquico económicos.

En la integración de los últimos gabinetes se produce un importante cambio; dado que los *personajes* políticos no aseguran la eficacia requerida, los integrantes del poder económico, asumen personalmente las tareas ministeriales.

Es así como un gabinete de banqueros, de latifundistas, grandes comerciante e industriales elaboró y desarrolla un programa crudamente clasista.

Para aplicar esta política económica y las directivas emanadas del FMI Pacheco *impone* las medidas de seguridad, gobernando al margen de la Constitución, violando los derechos y garantías democráticas, atentando, tratando de destruir los cuadros sindicales y queriendo limitar la resistencia juvenil, particularmente en el medio estudiantil, mediante una dura represión.

Esta política tenía y tiene una sola respuesta: la oposición de todos los sectores populares. Es por ello que hoy, más que en el pasado, al estar enfrentados con mayor agudeza los intereses de clases, el cuadro político del país es de agitación, *cada vez más próximo a situaciones de arbitrariedad, dictadura y tiranía*, como fruto de una derecha económica que se aferra a sus privilegios y no titubea en alejarse de esquemas políticos que hoy ya no le aseguran las riendas del poder.

» Parte III: Elementos para una estrategia

1. Factores que inciden en el proceso

1. Antes de analizar las estrategias para el cambio, por la importancia y el peso que poseen, creemos indispensables evaluar distintos factores sociales y culturales que condicionan el hacer político.

Carácter demográfico de la población uruguaya. Las condiciones sanitarias logradas y el nivel de vida promedio de la población han conseguido reducir a mínimos considerables los índices de mortalidad; sumado al hecho

de que tenemos una tasa de natalidad muy baja, ha determinado una población envejecida con un porcentaje comparativamente bajo de juventud; es en principio una población con tendencia y mentalidad conservadora, resistente al cambio.

Predominancia de los sectores medios. Distintos sectores de las clases medias de nuestra población, más que por sus ingresos económicos, por sus valores culturales, constituyen las clases medias. Hasta el presente han sido sectores cautelosos, con apreciables tendencias conservadoras y recelosos de lo que pudiera ser un riesgo. Este sector social numeroso y decisivo es renuente a los cambios que pudieran alterar las pausas de su mundo y confort. Hoy en día, dada la fuerza con que lo golpea la crisis económica y el fenómeno de proletarización que está sufriendo, es muy factible que se produzcan cambios en su comportamiento, pudiendo adherir a planteos revolucionarios como a esquemas fascitoides.

La mentalidad uruguaya. El uruguayo tradicionalmente se despreocupa de la política, la deja en manos de gobernantes alejados de él; se aproxima cada tantos años a votar por un color y depositar la lista. No está integrado ni se siente solidario en la concepción del bien común. Por el contrario han sido resaltantes su sentido individualista y su cercano horizonte de valores aburguesados. Acorde con lo anterior, seguro de su situación económica o temeroso de perderla, prefiere callarse la boca frente a problemas graves, aun cuando lo toquen personalmente.

Situación geopolítica. Nuestro país, situado entre las naciones más importantes del continente, que se encuentra además dominadas por férreas dictaduras, se encuentra en una difícil situación, pues dichos regímenes han proclamado la caducidad de las fronteras políticas y la vigencia de las fronteras ideológicas, llegando a concertar el pacto de las espadas para intervenirlos en caso de un incremento del poder de los sectores *izquierdizantes*.

Lo anterior constituye un elemento limitante para una alternativa que busque concretarse aisladamente en nuestro país. Somos un país pequeño, dependiente, sin posibilidades de autoabastecerse, por lo cual nuestro futuro está estrechamente ligado a la integración latinoamericana. La posibilidad de dicha integración dependerá en gran medida de lo que suceda con nuestros vecinos y con los movimientos populares que proponen un cambio en ambos países. Esto no significa, en manera alguna, que caigamos en una postura quietista. Creemos, por el contrario, que el Uruguay tiene posibilidades de forjar su propio destino.

2. Hasta el presente, una serie de elementos habían sido instrumentalizados en distintas políticas como respuestas paliativas a problemas cada vez más profundos.

Incremento del funcionariado público. Fue la respuesta artificial de las incapaces administraciones de los últimos quince años al problema de la creciente desocupación, en la medida en que se iba produciendo el estancamiento y el retroceso en la industria, el agro y el comercio.

Seguridad social. Nuestro país llegó a desarrollar un amplio sistema de seguridad social que en líneas generales permitió durante cierto tiempo ir capeando los amargos efectos de la crisis.

Demagogia de las devaluaciones y de la inflación. Ante aumentos salariales conquistados por los sectores trabajadores luego de intensas movilizaciones el gobierno recurría para cumplir con ellos y pagar presupuestos no financiados, a emisiones reiteradas, quitándoles por un lado lo que les concedía por otro, por las pérdidas del poder adquisitivo y las traslaciones intersectoriales, que en el largo plazo han favorecido en forma abrumadora a los sectores económicos más poderosos.

Agotamiento de las reservas y endeudamientos. Para compensar los déficits generados por nuestras bajas exportaciones los distintos gobiernos agotaron primero las reservas de divisas y debilitaron las reservas de oro, luego endeudaron al país en un monto que triplica sus exportaciones anuales con la consiguiente enajenación de nuestra soberanía.

Todos estos factores que hasta hoy habían actuado como elementos amortiguadores, difiriendo, postergando la búsqueda de salidas reales, hoy no solo no pueden operar por estar agotados, sino que además algunos de ellos han resultado ser aceleradores, y otros, por su fuerza, se asemejan a detonadores que lo han hecho saltar varias etapas a la crisis.

II. Las condiciones para la revolución

3. La polémica en torno a la forma en que debe llevarse a cabo la revolución en el país se ha congelado frecuentemente en dos posiciones encontradas. En un extremo, los que rinden culto a la espontaneidad. En el otro, los que insisten en condiciones *objetivas* que consideran necesarias pero que nunca ven concretarse.

Los primeros se dejan impresionar fácilmente por lo que tienen de llamativos, ciertos actos revolucionarios de corte espectacular. Olvidan que estos no podrán ser eficaces si no responden a una estrategia que los discipline. Esta posición de *violencia por la violencia* es la que podríamos definir como acción sin orientación. Todo consiste en actuar ya, sin mayores dilaciones. Solo a partir de la acción es que se logrará un estado de cosas que haga factible la revolución.

Para los segundos, nunca hay condiciones favorables para iniciar la lucha. Fieles a un riguroso determinismo, siempre eluden dar el primer paso.

Pecan de una cautela extremada. Buscan asegurarlo todo de antemano, como si esto fuese realmente posible. Tienen claros los objetivos, pero nunca les llega el momento de intentar alcanzarlos. Cuentan con una orientación, pero sin acción.

El error común de estas teorías es su fatalismo. Creen que la Revolución, o surge de un movimiento de masas irracional, impulsado, por ejemplo, por la pasión de venganza o de revancha, o bien es un hecho impuesto meramente por una circunstancia objetiva. Ambas ponen la solución fuera del hombre. Dejan de lado su papel como principal gestor del proceso. No creen que la responsabilidad del cambio esté, en definitiva, en sus manos.

No negamos la importancia de tomar en cuenta la realidad y las posibilidades que ella puede ofrecernos. Afirmamos, simplemente, la necesidad de un esfuerzo deliberado por incidir en ella. No podemos justificar nuestra quietud a la espera de que aquella sea totalmente propicia. Es preciso ir seleccionando las vías a través de las cuales habrá de darse el cambio. Definir una estrategia que nos permita aproximar la meta que procuramos conquistar. Y, sobre todo, ir forjando el instrumento adecuado como para capitalizar los logros que se puedan obtener en esta materia.

III. La lucha armada y sus posibilidades

4. El problema de las vías del cambio es, sin duda, uno de los puntos más debatidos dentro de la izquierda. En torno a él se han ido estructurando posiciones muchas veces inconciliables. Este hecho ha tenido, indiscutiblemente, gran influencia en el proceso de creciente atomización que la viene caracterizando en los últimos tiempos. Quizás explique, también, las dificultades con que ha tropezado para plantear una alternativa que resultase viable de acuerdo a la actual situación uruguaya.

¿La revolución será pacífica o tendrá que ser violenta? Esta es quizás la primera interrogante que se nos presenta al entrar al análisis del tema. En esta materia no pretendemos formular pronósticos infalibles, ni creemos que sea acertado hacerlo. Lo que sí podemos afirmar es que nunca la violencia tiene su origen en el pueblo. Son los sectores dominantes los que recurren a ella cuando ven peligrar sus intereses. Con esta aclaración previa, podemos señalar que, de acuerdo a cómo ha ido evolucionando la realidad nacional y a la agresividad que ha tomado la oligarquía, resulta sumamente improbable que un verdadero cambio pueda darse en el país en el marco de la «legalidad» imperante.

Esto no significa que en estos momentos la estrategia a adoptar sea la lucha armada. Es más, creemos que en la actualidad, en nuestro país, está contraindicada. La experiencia ha demostrado que un enfrentamiento violento

solo puede prosperar y resultar finalmente exitoso cuando cuenta con el aval y el apoyo decidido de amplios sectores populares. Esta no es, por cierto, la situación que ofrece el Uruguay hoy en día. En esta materia, conviene hacer hincapié en las características de los distintos sectores que integran o que eventualmente integrarían el movimiento popular. Ya hemos aludido a las peculiaridades que tiene todo país que, como el nuestro, posee un alto porcentaje de clases medias. Hemos insistido, también, sobre cuál es la psicología que caracteriza a estos sectores, en principio, predispuestos en contra de alternativas de tipo violento.

No negamos que a medida que la crisis se vaya agravando y las clases medias proletarizándose, estas vayan adoptando una actitud más combativa y proclive al cambio. Pero este es un proceso difícil, que exige su tiempo y un gran esfuerzo de esclarecimiento. Y esto es aún más necesario en la población del interior urbano y en los sectores rurales.

Tal es nuestra posición respecto a la lucha armada de acuerdo a un análisis que consideramos ajustado a la realidad del país. Afirmar lo contrario sería adherir a tesis blanquistas: creer que una minoría decidida puede llegar al poder. Tesis que ha resultado históricamente rebatida y que en el fondo limita o margina el papel que en todo proceso de cambio le toca desempeñar a las masas populares.

5. En América Latina la lucha armada ha tenido como principal exponente la experiencia guerrillera. A partir de la Conferencia de la OLAS esta es planteada como el medio fundamental de lucha. La teoría del foco campesino se presenta como la única estrategia adecuada para la revolución dadas las condiciones de nuestro continente. No negamos que el llamado *guerrillerismo* ha tenido como mérito poner de manifiesto varias de las limitaciones del esquema político de izquierda imperante hasta entonces en América Latina. No creemos, sin embargo, que la alternativa que se nos presenta a cambio sea la acertada.

Sin desear emitir un juicio rotundo, dado que cada caso exigiría un análisis en particular, podemos afirmar que, a nuestro modo de ver, no ha dado resultados positivos en el terreno de los hechos. Para confirmarlo basta tomar en cuenta lo acontecido en nuestro continente con distintas experiencias a través de los últimos tiempos. Desde el fracaso reciente de la guerrilla boliviana, de Lebatón y de De la Puente Uceda en el Perú hasta los tropiezos en Venezuela y Colombia, pasando por las derrotas en Paraguay y los intentos incipientes en Argentina y Brasil.

Habría que agregar a esto las indudables carencias de la teoría *foquista*. En primer lugar, creemos que ella subestima la historia de la clase obrera latinoamericana. Tiende, más bien, a desconocer el papel que le ha llegado a corresponder en varios países de nuestro continente; la importancia que en

ellos ha adquirido la lucha de masas y el grado de organización logrado por el movimiento obrero.

Con frecuencia, las organizaciones sindicales son tomadas como un obstáculo para la revolución y acusadas de *economicistas*. Se pasa por alto, así, sus esfuerzos por elevar el nivel de conciencia del proletariado y orientarlo hacia una postura revolucionaria. La drasticidad que ha demostrado en tal sentido pone al descubierto un cierto *mesianismo* que no compartimos y que, sin duda, implica una muy seria limitación.

No acompañamos, tampoco, su rigurosidad, al negar valor a otras vías de acción política. Para ella, la participación electoral o parlamentaria, por ejemplo, contribuye en todos los casos a fomentar la alienación del pueblo y, en definitiva, a su neutralización. No nos satisface este excesivo dogmatismo. Una afirmación como esta, más aún cuando es tan tajante, no debe partir de una posición asumida a priori, que por otra parte no admite excepciones, sino a partir de cada circunstancia concreta. La actividad electoral o parlamentaria pueden llegar a representar un instrumento de concientización popular de valor no desechable. No vemos por qué, si la situación aconseja emplearlo habremos de descartarlo con tal de mantenernos firmes en una actitud adoptada en abstracto.

Hacer del foco guerrillero prácticamente el único camino para la revolución latinoamericana lleva a un embretamiento de similares características. La revolución en el mundo se ha dado a través de las alternativas más variadas. ¿Por qué dejar, entonces, de reconocer la pluralidad de posibilidades que se abren en ese sentido? ¿Por qué aferrarnos solo a una opción que, por otra parte, minimiza las peculiaridades de los distintos países comprometidos en la experiencia revolucionaria? Aquí encontramos otra de las limitaciones, y quizás una de las más serias, de esta estrategia.

Estas carencias que acabamos de señalar se han manifestado en el aislamiento de los grupos guerrilleros. Descendiéndose de las masas han quedado limitados a una acción política marginal. Su existencia ha contribuido, sin embargo, a fortalecer los aparatos de represión y ha servido de pretexto para reafirmar su ideología. Todo esto ha contribuido a que la causa de la revolución, que precisamente se ha buscado acelerar, se haya visto nuevamente postergada.

6. En nuestro país, se ha optado por un esquema de acción urbana. En contraposición con la tesis que aquí hemos sustentado se encuentra todo un sector de la izquierda que considera posible la lucha armada en el corto plazo. Dentro de él se destaca el Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) que en los últimos tiempos ha desarrollado una actividad sumamente intensa. Y que ha despertado en torno a sí la expectativa de variados sectores de población.

Por las conclusiones que extraíamos al referirnos a la realidad nacional es fácil deducir que no compartimos la estrategia tupamara. En primer lugar, no creemos que un grupo de tales características esté en condiciones de llevar a cabo una de las metas que consideramos más imprescindibles: concientizar a los más amplios sectores populares. La lucha clandestina impone limitaciones en este terreno que prácticamente son insalvables. No negamos que quizás esta haya sido una de las metas que dicho movimiento se ha fijado.

Así, ciertas acciones de gran repercusión, han tenido, indudablemente, esta finalidad. De denuncia de las irregularidades que tolera el sistema con el objeto de ir fomentando en el pueblo una actitud de resistencia hacia el mismo. Lo que sostenemos es que en este sentido cuenta con obstáculos difíciles de superar. Los sectores dominantes tienen en sus manos los instrumentos como para desfigurar o simplemente impedir que actos como el que mencionábamos, lleguen a conocimiento de las masas. La censura impuesta a la prensa en cuanto a la difusión de noticias relacionadas con tales grupos es un ejemplo que ilustra esta afirmación.

En segundo término, resulta difícil a nuestro modo de ver, que el MLN por los medios de lucha que emplea pueda llegar a obtener un sólido respaldo por parte de amplios sectores populares. La estrategia que se ha trazado impone métodos cada vez más agresivos en donde tienen cabida acciones de extremada gravedad, difíciles de ser asimiladas por el común de la gente. Es sumamente improbable que esta logre comprender el sentido y el alcance que los autores hubiesen querido atribuirles. El nivel de preparación y conciencia del uruguayo medio así lo hace suponer. Incluso el de aquellos que pertenecen a los sectores más postergados de nuestra sociedad. Esto sin perjuicio de que, además, podamos discrepar con la conveniencia y oportunidad de las mismas.

Estas limitaciones pueden tener sus consecuencias. Por lo pronto, en la composición del propio movimiento. De ser cierto lo que acabamos de señalar, este se verá obligado a reclutar sus integrantes en un sector restringido, proveniente sobre todo de los estratos medios. Nosotros no negamos rotundamente que la estrategia del movimiento, que sometemos a la crítica, pueda llegar a tener validez en un futuro de darse situaciones absolutamente extremas que, en los actuales momentos y de acuerdo al análisis que hemos dicho, resultan sumamente difíciles de poder prever. Pero, insistimos, el riesgo es evidente: terminar reducido a una lucha marginal, sin mayores posibilidades. Para nosotros la revolución debe ser obra de las masas populares. Un movimiento en que conjuguen distintos sectores populares. Y en el que a la clase obrera habrá de corresponderle un papel relevante. Es lógico que tal perspectiva no puede satisfacerlos.

IV. Algunas pautas para la acción

7. Pensamos que solo por una deliberada y sistemática interacción entre la lucha política y la lucha social el pueblo puede realizar un proceso de intensa politización en el que se ligen todas las reivindicaciones populares a la perspectiva del proceso revolucionario.

Es por ello que entendemos que la tarea primordial del hacer político es trabajar por la formación y consolidación de un poder popular, nacido de las batallas de la base social, ligando en una sola dirección la lucha de distintos sectores revolucionarios, en torno a sus luchas concretas, y asegurando que la conquista del poder y la toma del mismo no sea hecha solo por una elite dirigente sino la expresión de todo un pueblo en tensión y fruto del enfrentamiento en todos los planos con la clase dominante y el imperialismo.

Al efectuar esta opción, la gran tarea que tenemos que realizar es un profundo proceso integrado por la concientización y la militancia a todos los niveles. Sin crear interferencias distorsionantes, ni confundiendo los objetivos y competencias de las diversas formas que ya tiene estructurado nuestro pueblo, se debe ir recorriendo en común esa ancha franja donde se van conformando los objetivos y las políticas de cambio.

8. La derechización del Gobierno, hasta límites no conocidos en el país, ha impuesto un fenómeno de aguda polarización. Las alternativas centristas o intermedias tienden a desaparecer del panorama político nacional. La ambigüedad que hasta ahora le había caracterizado comienza a resquebrajarse. De un lado se han ido alineando los sectores de la oligarquía y políticamente afines a ella. Del otro, comienzan a nuclearse las capas populares de nuestra población. Bajo los rigores de la crisis y de la represión habrán de ir, como cabe suponer, adoptando una actitud más consistente.

El proceso recién comienza, mucho queda aún por suceder. Todavía no está lo suficientemente claro y, a menudo, sufre sobresaltos. Pero este es, indiscutiblemente, un rasgo que ya comienza a insinuarse y que en modo alguno conviene desestimar. Hace falta, sin embargo, el instrumento que permita irlo canalizando y dándole orientación. Es evidente que el esquema político actual ha perdido vigencia y requiere ser ajustado a la realidad de los hechos. Nuevas fórmulas tendrán que surgir en este terreno si es que no se quiere desaprovechar uno de los momentos más propicios de la historia política uruguaya.

Pero los nuevos reagrupamientos formales, las alianzas que puedan concretarse tampoco son suficientes. Se trata, fundamentalmente, de ir articulando una fuerte corriente popular que dé cabida a distintas capas dinámicas de nuestra sociedad. Un frente que signifique no la mera conjunción

de organizaciones o elites dirigentes, sino una verdadera integración por la base. A nuestro juicio, la revolución debe ser un proceso plural, en el que confluyen diversos sectores de nuestro pueblo. El instrumento político a construir deberá representar, precisamente, el punto de convergencia entre ellos, de forma que les sea posible colaborar unidos, cada uno desde su propia perspectiva, en la lucha por el cambio.

Que se nos entienda bien. Con esto no pretendemos restar importancia a los acuerdos políticos. Señalamos, simplemente, que ellos no pueden representar el objetivo definitivo. Es preciso reconocerles un carácter instrumental. En última instancia su verdadero papel debe consistir en hacer posible que la otra meta que señalábamos finalmente se concrete.

No deseamos, tampoco, subestimar el valor de las fuerzas políticas revolucionarias. Ellas seguirán siendo vanguardia en el proceso revolucionario. Todo intento de unidad popular habrá de darse, necesariamente, a través de las mismas. Insistimos, sin embargo, en la necesidad de que se adecúen al planteo que venimos de formular. Un partido político que busca realizar la revolución no puede prescindir del respaldo de una fuerza social más vasta, comprensiva de distintos sectores: trabajadores, campesinos, intelectuales, estudiantes.

Para ello, deberá esforzarse por ser un fiel reflejo de los intereses del movimiento popular. Su organización, su propia composición y modo de actuar deberán ser coherentes con este objetivo. Se trata no ya de poner al pueblo al servicio del partido, como ha sucedido frecuentemente, sino a la inversa: hacer de este un verdadero intérprete de las aspiraciones de aquel. La opción que proponemos impone la necesidad de superar el estilo de trabajo y la mentalidad electoralista. Obliga a adquirir desde ya el compromiso y el empuje exigidos para la conquista del poder.

No pretendemos ser dogmáticos en cuanto a los medios de acción. Por esto mismo, no descartamos la participación electoral o parlamentaria. Más aún, creemos que en la actual situación uruguaya ella puede tener su valor. Lo que es claro para nosotros es que no puede llegar a constituir un objetivo absoluto. Rechazamos la imagen de un partido que limita sus aspiraciones a intervenir en una elección, u ocupar una banca en el parlamento. Ellas serán válidas en tanto demuestren su eficacia desde el punto de vista de las metas de concientización y organización popular. Creemos que todavía lo siguen siendo. No ignoramos las limitaciones y los riesgos que se plantean en este sentido. Por lo pronto, el del aburguesamiento o la neutralización de las fuerzas políticas progresistas, riesgos que con tanta frecuencia se mencionan en determinados sectores cuando se considera el tema, aún así, nos negamos a desconocer las posibilidades que todavía puedan quedar abiertas en este terreno.

9. Deseamos articular una corriente popular con la solidez y el empuje suficientes como para que pueda proponerse la conquista del poder. El éxito que se obtenga en esta empresa deberá significar más que un salto burocrático, un cambio cualitativo del Estado, y una modificación sustancial de la Sociedad. Esto es, en definitiva, la revolución.

El frente que aquí hemos mencionado deberá contar con un programa de acción que responda a este objetivo. Dicho programa no podrá ser una simple suma de las reivindicaciones inmediatas de los distintos sectores populares. Deberá proponerse, ante todo, el logro de transformaciones realmente profundas.

La meta habrá de ser, por lo tanto, más ambiciosa. Cortar los lazos que atan la maquinaria estatal al poder capitalista y permitir que el pueblo se posea de sus instituciones. Será preciso, entonces, llevar a la práctica una estrategia que garantice una vía no capitalista de desarrollo y la organización en el futuro de una sociedad comunitaria.

No negamos que, para ello, habrá que sortear múltiples obstáculos. Ya hemos mencionado el condicionamiento geopolítico a que está sometido nuestro país. La realidad obliga a pensar que sería muy limitada la posibilidad de cambio a nivel nacional si no se da la debida conjunción entre fuerzas revolucionarias de distintos países de nuestro continente. Los procesos de revolución y de integración popular los concebimos, pues, como paralelos y de impulso recíproco.

Por otra parte, es más que improbable que la oligarquía esté dispuesta a renunciar a sus privilegios sin ofrecer resistencia. Empleará todos los recursos a su alcance para conservarlos. Habrá llegado, entonces, el momento en que el pueblo defienda sus derechos. Con las armas en la mano si es preciso. Pero dando el combate en un contexto más amplio, en el que la lucha está generalizada y habiendo forjado ya, antes del enfrentamiento decisivo, una fuerza popular lo suficientemente pujante como para que pueda triunfar sobre aquella.

» **Parte IV. Llamado a la nueva generación**

1. Situación actual de la juventud

1. ¿Cuál es la situación de la juventud en el Uruguay? Ya hemos aludido más arriba a la peculiar composición demográfica de nuestro país, en la que predominan notoriamente las edades adultas. No necesitamos, pues, entrar en detalles al respecto. Nos basta con señalar que este fenómeno ha limitado, sensiblemente, las posibilidades de participación de los sectores jóvenes en distintos niveles de la vida nacional. En una palabra, se ha traducido en un estado de verdadera marginación de nuestra juventud.

Muchos indicios permiten comprobar esto que afirmamos. Tomaremos solo un ejemplo. Los jóvenes no cuentan con mayores posibilidades de incidir en la gestión política y social del país. Para confirmarlo basta apreciar el panorama que ofrecen los así llamados partidos tradicionales. La ausencia de organizaciones juveniles estables, o, cuando estas existen, la imposibilidad casi absoluta de influir en su orientación, es algo que les es característico. A pesar de que se trata, cuanto menos formalmente, de fuerzas numéricamente importantes. El espectáculo que ellos ofrecen es, en definitiva, un fiel reflejo de lo que acontece en otros terrenos.

2. También aquí es indudable la marginación a que ha sido condenada nuestra juventud. El cuadro se ha deteriorado aún más debido al agravamiento de la crisis. Pongamos por caso la educación. El acceso a ella, un derecho nominalmente reconocido a todos, ha quedado reservado en un sector cada vez más reducido. En la enseñanza superior, por ejemplo, las capas sociales más modestas representan un porcentaje sumamente pequeño del total de la población estudiantil.

Algo parecido sucede en el campo laboral. La desocupación, secuela forzosa de la crisis, ha acentuado el problema de la escasez de fuentes de trabajo hace sumamente difícil conseguir una ocupación. Año tras año, se incorporan al mercado de trabajo nuevos postulantes que solo en casos excepcionales logran satisfacer sus aspiraciones. Muchos se ven obligados a aceptar un empleo remunerado precariamente, sin mayores garantías de estabilidad, que poco tiene que ver con la especialización que hubiesen adquirido. Otros, y no los menos, ven defraudadas, una tras otra, las esperanzas de encontrar un trabajo, por más mínimo que sea, en medio de una realidad que solo brinda escasas posibilidades. Pasan a engrosar así, la gran columna de los desocupados.

3. Este fenómeno de marginación ha tenido sus consecuencias. A causa de la falta de oportunidades ofrecidas a la juventud han llegado a configurarse hechos hasta ahora desconocidos en la vida del país. Tal es el caso, por ejemplo, del aumento de los porcentajes de emigración. Quienes emigran son jóvenes en su gran mayoría. El capital más apreciable de que pueda disponer el Uruguay: en formación, en fuerza de trabajo. Buscan en el extranjero lo que aquí les es negado.

Esto, que debe ser motivo de alarma para todos nosotros, no es más que una prueba de la situación a que nos hemos referido. Nuestra meta debe consistir en modificarla radicalmente. La juventud debe ser el centro y no un sector marginado de la vida colectiva. El nervio motor de la transformación y el progreso del país.

II. Caracteres de la nueva generación

4. La juventud ha representado siempre un papel dinámico en la sociedad. Con frecuencia, la realidad no le satisface plenamente. Se resiste aceptarla, tal como se le presenta; la cuestiona y, a menudo, procura reemplazarla por una sustancialmente distinta.

Por su propia sensibilidad hacia problemas que otras generaciones pasan fácilmente por alto, elige alternativas que le garanticen este cambio. Su inconformismo la inclina hacia una actitud de ruptura que, frecuentemente, se torna revolucionaria.

Claro está que existen excepciones. Pero aquí nos es suficiente con poner de manifiesto una tendencia que es fácil de reconocer en un amplio sector de la juventud. Cuanto menos de aquella juventud que no esquivo los problemas que se le van planteando sino que intenta darles respuesta.

5. Pero ¿cuál es la problemática de la nueva generación? Ya hemos adelantado algo en esta materia. Por lo pronto, es común que la juventud se sienta asfixiada por un régimen que le es hostil; una sociedad que, por sus fundamentos y su propia organización, le niega la posibilidad de desarrollar todas sus potencialidades.

Los jóvenes no se amoldan fácilmente a esta situación. Los gestos de protestas son frecuentes. Algunos han querido ver en ello una actitud de simple rebeldía. «Los jóvenes tienen que ser rebeldes, si no, no son jóvenes», se ha dicho reiteradamente en los últimos tiempos. Sin embargo, hay algo más en esta actitud. Ella no responde meramente a un determinismo de carácter generacional. La realidad es lo suficientemente seria como para que todo quede reducido a un enfrentamiento mecánico y, en consecuencia, pasajero.

Quizás sea este el aspecto más saliente de lo que se ha denominado como la *rebelión de los jóvenes*. Poco a poco la juventud comienza a comprender que es el sistema el que ya no sirve y que su supervivencia es perjudicial. Que es preciso entrar a cuestionar la propia sociedad en que viven y proponer un nuevo modelo de convivencia. La búsqueda de elementos ideológicos que les permitan interpretar la realidad se torna la meta fundamental. Los esquemas habituales, los dogmas y eslóganes de uso frecuente en ciertos sectores, son desechados. Resultan insuficientes para satisfacer sus inquietudes, sus ansias por obtener respuestas adecuadas.

Estamos en presencia de un fenómeno nuevo. Recién comienza a configurarse, pero ya disponemos de elementos suficientes como para comprender que tendrá un signo revolucionario.

III. El compromiso de los jóvenes

6. La juventud debe decidirse a actuar en la vida política del país con carácter permanente y como imperativo de conciencia. Al servicio de objetivos de transformación, de los cuales esté dispuesta a no apartarse. Desde una perspectiva totalizadora que solo un partido político está en condiciones de proporcionarle. En una palabra: la juventud debe comprometerse políticamente.

La revolución deberá ser, necesariamente, el norte principal de este compromiso. Creemos que los jóvenes disponen del empuje suficiente como para contribuir al cambio radical y profundo que nuestra sociedad viene requiriendo.

Para acometer con éxito esta tarea el movimiento espontáneo de protesta no es suficiente. La lucha por el cambio debe ser, ante todo, una lucha organizada. Para ello, es preciso contar con un instrumento político.

La revolución es una empresa difícil. Para realizarla se requiere una orientación estratégica que sea adecuada, y sobre todo, un marco en el que sea posible disciplinar el esfuerzo. Solo un partido político puede proporcionar estos requisitos.

Pero tampoco esto es suficiente. Es preciso que el instrumento político sea permeable al aporte innovador de la Juventud e interprete realmente sus aspiraciones. Es esta, precisamente, la posibilidad que deseamos brindar, como Juventud organizada, al resto de los jóvenes.

7. Somos conscientes de que la juventud no es un todo coherente. Dentro de ella habrá quienes no comprendan, fácilmente, estas exigencias. A ellos buscaremos convencerlos. Habrá también aquellos dispuestos a asimilarse al sistema sin ofrecer resistencia. Les interesará su conservación y desdeñarán, con seguridad, nuestro esfuerzo. Pero tenemos la certeza de que serán los menos. La gran mayoría comprenderá su responsabilidad y la asumirá tarde o temprano.

Nuestro llamado va dirigido a ellos. A lo largo de este documento hemos intentado ofrecer los lineamientos generales que, a nuestro juicio, pueden orientar su acción. No es un llamado a la comodidad sino al esfuerzo. No es un llamado destinado solo a intelectuales o activistas, sino a todos aquellos que sean capaces de comprender la necesidad de actuar y de hacerlo solidariamente. Es, en definitiva, un llamado a quienes estén dispuestos a dedicarse, sin pausas, a la tarea de construir una nueva sociedad.

» **Carta abierta a la juventud uruguaya**

Esta CARTA ABIERTA está dirigida a todos los jóvenes uruguayos; a los jóvenes estudiantes, empleados u obreros, a los jóvenes desocupados, a los marginados del campo y la ciudad... a toda la JUVENTUD.

Es un llamado que quiere ser amplio y sincero, de algunos jóvenes a todos los jóvenes.

Hace poco más de un año, el 25 de agosto de 1968, la Juventud Demócrata Cristiana se dirigía a la juventud uruguaya en un llamado solidario al compromiso y a la acción.

Desde entonces hasta acá, la situación ha cambiado, agravándose aún mucho más la penosa crisis que azota a nuestro pueblo. En la era de la bala y la granada el pueblo conoció y conoce en carne propia la violencia reaccionaria de meses y meses de medidas de seguridad, con sus cientos de presos políticos, sus torturas, sus diarios clausurados, las militarizaciones, los despidos en masa, el cercenamiento de las últimas libertades.

Palos, gases y sables recibieron cobardemente la justa protesta popular. Líber Arce, Hugo de los Santos, Susana Pintos. Tres vidas jóvenes caídas para siempre. Precio amargo que cobró con odio la reacción de los poderosos. Tres vidas jóvenes. Un mismo ejemplo.

Caídos en defensa de su libertad por la que todos los jóvenes teníamos, tenemos y tendremos siempre el ineludible deber de luchar.

Luchar por cambiar un sistema esencialmente injusto, sobre el cual es imposible levantar el nuevo Uruguay. Luchar por cortar para siempre los lazos de dependencia que nos unen al imperio y sus intereses antinacionales; para dejar de ser títeres y esclavos, para ser un país libre, en una América libre y dueña de su propio destino.

Luchar para que la juventud no abandone en masa el Uruguay, para que se quede y contribuya con su esfuerzo a la construcción de la Patria Nueva; donde se abran fuentes de trabajo para la juventud, donde se abran para todos los jóvenes las puertas de la cultura y de la técnica. Para que la juventud pueda casarse, formar una familia uruguaya.

Luchar contra la alienación, la marginación, la frustración que nos impone el sistema. Luchar por ocupar nuestro lugar activo, realizador en la comunidad de hombres libres.

Luchar para que surja en nosotros el HOMBRE NUEVO.

Por eso la Juventud Demócrata Cristiana vuelve a insistir, como en su anterior mensaje, que cree firmemente que ha llegado para el Uruguay y América Latina la hora del combate.

En esta hora de combate están de más los discursos y la demagogia.

La sangre de nuestros mártires, los pueblos explotados, el ejemplo vivo de Camilo Torres y de quienes han dado su vida por la liberación americana nos están haciendo un llamado angustioso a la acción.

A una militancia comprometida y revolucionaria

Pero la revolución que queremos hacer no es patrimonio de unos pocos. Es patrimonio del pueblo todo. Por eso requiere el esfuerzo militante de todos los jóvenes que sienten el llamado y la urgencia impostergerable de ocupar un puesto en la lucha.

Más allá de banderas y pasiones ideológicas, ha llegado la hora de estrechar filas y aunar esfuerzos por el logro del objetivo común.

Joven uruguayo: tú no puedes permanecer indiferente. Creemos que la obligación ineludible de todo joven oriental es reflexionar, hacer el esfuerzo por ubicarse y conscientemente volcarse a la lucha.

La Democracia Cristiana te invita a dar ese paso adelante.

Sabemos que nos entregamos a una lucha difícil. Pero son estas las empresas que templan a los hombres y las sociedades. Vamos a probarnos como generación. No nos asustan las dificultades. Las enfrentaremos todos juntos.

La causa de los pueblos no admite la menor demora.

José G. Artigas.

2.2. 5.º Congreso de la Juventud Demócrata Cristiana

» **Declaración**

Montevideo, 15 de marzo de 1970

El 5.º Congreso Nacional de la Juventud Demócrata Cristiana, reunido en momentos en que el país vive su hora más crítica: DENUNCIA el avance desembozado de la dictadura impuesta por la razón de la fuerza, de la oligarquía y su aliado el imperialismo, tratando de mantener un régimen capitalista opresor y ya agotado en sí mismo, avasallando las conquistas populares y las libertades públicas, culminando con el ataque a la enseñanza a la que pretenden someter al poder político. EXPRESA su solidaridad con quienes desde cárceles y cuarteles han sufrido las consecuencias brutales de la represión.

RINDE su homenaje a quienes han caído en defensa de la libertad y a quienes de una u otra manera entregan su vida a la causa de la liberación.

LLAMA a todos los jóvenes uruguayos al compromiso y a la acción, ofreciéndoles un puesto de lucha en sus filas y a todas las organizaciones populares y grupos políticos de oposición a unir sus fuerzas en un Frente Nacional y Popular antioligárquico y antimperialista, capaz de salir al paso a la dictadura.

JOVEN, ¡NO LUCHES SOLO!
Junta Nacional JDC



[Flecha, n° 26,
6 abril de 1970, p. 6.]

» 5.º Congreso de la juventud democristiana

El viernes 13 de marzo la JDC abrió, en un acto público, su 5.º Congreso Nacional. Una numerosa cantidad de jóvenes acudió a este llamado, lo que nos demuestra que indudablemente la JDC se está convirtiendo en un importante centro de atención para una buena parte de la juventud uruguaya que busca una respuesta a nivel político para sus aspiraciones.

El sábado comenzaron las actividades propias del Congreso: más de 100 congresales de todo el país, representando la casi totalidad de los departamentos y diversos sectores de nuestro país, obreros, estudiantes, etc. Esta heterogeneidad de procedencia y actividades nos permitió ahondar los puntos del temario, con un criterio amplio, nacional, máxime teniendo en cuenta que estos habían sido previamente discutidos por los plenarios militantes de cada lugar.

Así nos aseguramos una exacta óptica en el análisis de los problemas y los lineamientos de acción, al permitir la más amplia participación a todos los sectores.

Empezamos por un análisis de la realidad nacional con base en un informe que fue discutido en varias comisiones y luego en común en un plenario. Así la JDC pretende tener una interpretación del proceso nacional desde los orígenes hasta el presente, en base a un método de análisis propio. Del análisis podemos extraer algunas conclusiones básicas:

- El Uruguay crece y se conforma como *dependiente* de los centros imperialistas, que se desarrollan gracias al creciente subdesarrollo latinoamericano. Ubicamos entonces a nuestro país en el contexto geopolítico de Latinoamérica.
- Este modelo de crecimiento (¿o de involución?) se sustenta por una permanente alianza de la oligarquía agroexportadora nacional y los grupos capitalistas extranjeros. Esta oligarquía cuando ve peligrar sus bases económicas no vacila en asumir directamente el poder, como se ha dado desde la instauración del pachequismo y su gabinete de banqueros y estancieros.
- Los partidos tradicionales se estructuran como expresión de esa oligarquía nacional, que respondió en un principio a los intereses latifundistas (los blancos) o a la burguesía industrial (los colorados). Pero pronto esos límites se fueron desdibujando para conformar ahora solo una clase dominante, que hace y deshace para proteger sus intereses. Entonces las aparentes diferencias entre ellos son más emocionales que racionales en la medida que tienen un solo objetivo: no permitir que el poder político pueda servir a intereses nacionales y populares, y proteger al poder económico oligárquico.

En base a esta realidad, y barajando varias alternativas para el proceso, creemos que se ha de seguir llevando una política similar a la de estos dos últimos años, impuesta por el FMI, con o sin el consenso popular. El agotamiento del sistema y la condición de absoluta dependencia indica que seguiremos todavía soportando un gobierno de clase, que aunque tenga ligeras variantes, en esencia sustentará a la clase dominante.

Con estos elementos básicos la JDC discutió sus líneas de acción para 1970. Analizamos con detención cuales son las pautas estratégicas globales propuestas como vías de cambio para nuestro país sustentadas por otros grupos de izquierda. Consecuentemente propusimos y elaboramos la nuestra, que con sus propias características y métodos debe tener como objetivo prioritario la *concientización y organización de los sectores populares*. Esto nos exigirá una comprometida militancia a *todos los niveles*, para ir recorriendo la larga marcha de nuestro pueblo hacia su liberación.

También definimos la línea de la JDC frente a la instancia electoral, entendiéndola como un frente de combate, como un instrumento eficaz que se suma

a otros medios de lucha y que la fuerza política realmente revolucionaria no puede descuidar.

Frente a la actual coyuntura política, la JDC bregará entonces por la creación y estructuración de un *frente amplio antioligárquico, nacional y antiimperialista*.

Luego de tendidas las líneas generales se discutió y aprobó una estrategia por sectores, sea para el campo sindical, estudiantil, gremial, territorial, etc.

Delineada ya nuestra estrategia, elaboramos esquemas de organización y métodos de trabajo, instrumentos indispensables para llevar a cabo los objetivos propuestos.

Por último todos los congresales elegimos la Junta Nacional de la JDC para el año 1970. Un cambio de gente que es apenas una transferencia de responsabilidades mayores a otros compañeros, porque dado el trabajo en *equipo* que se ha venido desarrollando, el compromiso y la línea es una sola. Gracias a este trabajo conjunto la JDC ha venido conformando un núcleo grande de jóvenes con probada militancia y una sólida formación política-ideológica.

Fijados los objetivos, con los instrumentos organizativos establecidos, queda para cada militante una consigna que es la del trabajo, en todos aquellos medios que exigen nuestra presencia y nuestra acción. Tarea grande y ambiciosa, pero está presente en todos el ejemplo de Camilo: «La lucha es larga, comencemos ya».

La nueva Junta Nacional de la JDC quedó integrada por los compañeros José Luis Veiga, como secretario general, Walter Cancela y Zoa Ferreira.

Al término del Congreso, por unanimidad, se emitió la declaración adjunta.

2.3. La JDC define posiciones

[Declaración de la Comisión Nacional de la JDC, junio de 1970, publicada en *Flecha*, 13 de julio de 1970.]

La Comisión Nacional de la Juventud Demócrata Cristiana, con la presencia de delegados de todo el país, Considerando:

1. La continua escalada del Gobierno que avanza desembozadamente hacia la consolidación definitiva de una situación de dictadura clasista, oligárquica y proimperialista —impuesta por la razón de la fuerza— en defensa de un *orden establecido* que el Poder Ejecutivo es el primero en desconocer y avasallar.
2. La política represiva llevada adelante por un cuerpo policíaco militarizado, contra todo tipo de manifestación popular, sindical, estudiantil y política, en un marco de violencia sistematizada, que desconoce los más elementales derechos de las personas y las instituciones.

3. El monstruoso proyecto sobre *seguridad del Estado*, verdadera reencarnación nazi fascista en el Uruguay, apoyado en instrumentos de la dictadura de Terra y que significa el entierro definitivo de todo tipo de derechos y libertades.
4. Las arbitrarias suspensiones impuestas a los diarios *El Debate* y *El Popular* y el decreto de clausura que ha silenciado la prédica valiente del vespertino *De Frente* y otros órganos de expresión.
5. El capricho totalitario de mantener la inconstitucional intervención de los centros de enseñanza que ha merecido el más amplio rechazo de la población en general y la firme resistencia de la acción conjunta de las gremiales de profesores, estudiantes y padres, demostrando el rotundo fracaso de la política oficial.

Ante esta situación declara:

1. Que consciente del momento histórico que vive el país, reafirma con energía su irrenunciable decisión de lucha por la construcción de un verdadero movimiento popular, y para ello
2. Llama una vez más a todos los jóvenes uruguayos de la ciudad y del campo, y muy especialmente a las agrupaciones juveniles políticas, sindicales, estudiantiles, religiosas, agrarias, etcétera, a unir sus esfuerzos, más allá de banderas y pasiones ideológicas y recorrer en común el camino de la *unidad* de todas las fuerzas progresistas, consolidada en un amplio *frente nacional, popular y democrático* sobre la base de un programa antioligárquico y antiimperialista que deberá ser realidad con la urgencia que la situación histórica nos exige, a todos los que deseamos construir sobre la base de la igualdad, la justicia y la libertad, que aspiró *Artigas* para todos los orientales, *un nuevo Uruguay*.

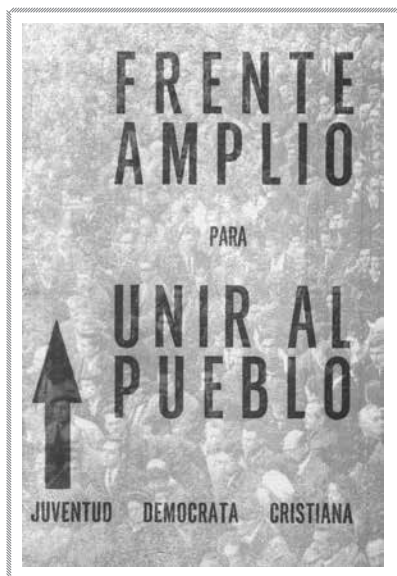
Jorge Vidal, presidente
Marta Selva, secretaria

2.4. Frente Amplio para unir al pueblo

» Introducción

Este documento que tiene en sus manos no es un libro de historia ni un tratado de economía ni de sociología.

Por el contrario, creemos que en la presente situación lo que se impone es tener una respuesta política al momento concreto que estamos viviendo en el Uruguay de 1970; no es un análisis exhaustivo de la problemática nacional.



[Documento político
de la Juventud Demócrata Cristiana,
setiembre de 1970]

Como jóvenes uruguayos, vemos nuestro futuro en la construcción de un orden más justo; como demócrata-cristianos y como políticos, este momento histórico que vive nuestro país nos exige una definición. Y nos obliga a dar una respuesta política a la juventud uruguaya.

No aceptamos que se nos imponga por la fuerza valores que ya perdieron su vigencia y queremos construir la nueva sociedad que nos asegura el

futuro a todos los uruguayos sin imperialismo y sin oligarquía, con el pueblo consciente y organizado siendo el constructor de su propio destino.

Esas son las causas que nos mueven a plantear nuestra posición. Y esas son las causas por las cuales queremos dialogar con el resto de la juventud uruguaya.

Sabemos que muchos de los puntos planteados más adelante se prestan a la polémica, y así lo deseamos. Aquí está nuestro pensamiento; y arriesgamos a escribirlo para descartar las ambigüedades y falsas interpretaciones; porque creemos que vivimos una hora de definición.

Solo de la acción y del diálogo entre los que tenemos que construir el Uruguay del futuro saldrán las soluciones correctas para el Uruguay del presente.

Juventud Demócrata Cristiana

» Capítulo I. El sistema capitalista: un sistema violento

Los hechos

En las últimas semanas hemos asistido al desarrollo de hechos que el país no conocía por el grado de violencia con que se manifestaron.

En primer lugar, cabe recordar los actos de terrorismo llevados a cabo contra miembros del cuerpo policial. En segundo lugar, los secuestros de personas como el cónsul de la dictadura brasileña, el *asesor norteamericano* de la policía y posteriormente de un investigador de AID, con el objeto manifiesto por la organización actuante, de liberar por medio del canje a sus compañeros detenidos.

Este hecho llevó a que el gobierno se resistiera a transar y se llegara al cumplimiento por parte de la organización de las advertencias realizadas para esa eventualidad.

La muerte del agente de la CIA, Dan A. Mitrione, y el mantenimiento de la situación con los otros dos secuestrados, desencadenó un aumento espectacular de la actividad policial y militar del gobierno, tendiente a reprimir y detener a todo aquel que le pareciera a los funcionarios actuantes en los procedimientos, tener relación con los «innombrables». Así fue como cayeron detenidos por la policía y difamados por la prensa al servicio de los grandes intereses económicos que dominan el país, personas como el pastor Emilio Castro, el padre Asiaín, dirigentes sindicales, estudiantes y profesores de nuestro pueblo.

Por otra parte, estos hechos desencadenaron también una campaña de prensa tendiente a «explicar» la situación de violencia por medio de la actuación en nuestro país de «grupos con ideas foráneas, apátridas y liberticidas», con objetivos maquiavélicos que se proponen destruir «las bases de nuestra nacionalidad». Por medio de esta «explicación» los grupos de grandes intereses económicos, nacionales y extranjeros (recuérdense las numerosas manifestaciones de apoyo extranjero, incluso de Brasil y EE. UU.), a través de la prensa que los representa, usaron y continúan usando la situación planteada para sus objetivos.

Como claro ejemplo de esto, tenemos el cínico pedido de apoyo al Parlamento para usar el artículo 31 de la Constitución, cuando en todo momento fue desconocido por el Poder Ejecutivo (recuérdese el levantamiento de las medidas de seguridad que este no acató). Los sectores oficialistas y colaboracionistas del Parlamento, al votarle la autorización, legalizaron en este caso, la situación de dictadura.

Con la vigencia de esas medidas extraordinarias, no se solucionaron —como era lógico— los problemas que trataban de solucionarse. Por el contrario, estas siguieron (recuérdense los baleos a los cuarteles). Y tienen perspectivas de continuar, ya que la causa está más abajo de donde la oligarquía quiere hacer creer que está.

Violencia vs. orden: falsa alternativa de la oligarquía

Se presenta al pueblo la «alternativa de definirse por la «violencia» o en contra de ella. Por el «orden» o en contra del «orden». Pero esta «alternativa», en los hechos, no es tal, pues ¿quién representa el «orden»? La respuesta que se da es que lo representan las «autoridades legalmente constituidas y los ciudadanos respetables que las sostienen», o sea, dicho en términos más exactos, «el sistema económico, político y social y la oligarquía que lo sostiene».

Veamos algunos ejemplos del «orden»:

- a) El copamiento del poder político por los grandes sectores económicos, o directamente vinculados con ellos (Peirano, Venancio Flores, Charlone).
- b) Política de fuerza para imponer la línea económica de estos sectores.
- c) Conflictos laborales duramente reprimidos (UTE, bancarios, frigoríficos, etc.).
- d) Aumento y tecnificación del aparato represivo.
- e) Claras insinuaciones golpistas del ejército al Parlamento por parte del Gral. Francese.
- f) Mantenimiento indefinido de las medidas prontas de seguridad, aplicando al amparo de estas una fuerte represión a sectores sindicales, estudiantiles y políticos.
- g) En el período 1968-1969 se llegó a la increíble cifra de 5.000 presos políticos.
- h) Censura permanente de prensa con cierre definitivo de muchos diarios.
- i) Ataques directos e indirectos a la enseñanza. Recuérdense los allanamientos a locales universitarios; intervención fracasada en Secundaria; la abultada deuda que se mantiene con todas las ramas de la enseñanza (\$ 3.000.000.000, tres mil millones).
- j) En contraste con ésto, piénsese en los 2 millones de pesos diarios que se gastan en las medidas de seguridad.
- k) Penetración del imperialismo a través de organismos internacionales: CIA, FMI, BID, CIAP, AID y de capitales privados a todos los niveles de la economía nacional.
- l) Proyecto fascista de la ley de seguridad del Estado.
- m) Política criminal de torturas.
- n) La deuda externa alcanza actualmente a u\$S 400.000.000.
- ñ) Los salarios pueden comprar hoy poco más de la mitad de lo que podían comprar hace 10 años.
- o) El Uruguay posee un territorio con el 90 % de tierra con aptitudes agropecuarias. Esto quiere decir que por cada habitante hay seis hectáreas productivas. En los hechos, esa tierra se distribuye de la siguiente manera:
 - El 12 % corresponde al 60 % de los empresarios rurales.
 - El 44 % corresponde a menos del 3 % de los empresarios rurales.
- p) El aumento de la mortalidad infantil: 42 % en 1966; el 50 % en 1967 (tendencia general).

La oligarquía, que quiere mantener esta situación, es la misma que nos informa y nos recomienda que «nos portemos bien». Veamos un ejemplo:

Jorge Peirano Facio (actual ministro de RR. EE.) cuya familia es propietaria de los bancos Popular y Mercantil, el cual opera con gran cantidad de empresas

colaterales (Fábrica Nacional de Papel, Domingo Basso S. A., etc.) directamente vinculadas al directorio del Banco. Esto sin contar las vinculaciones directas con el imperialismo (French Trust Co., Mercantil River Plate Trust Co., etc.).

Este es el «orden» del capitalismo: unos pocos poderosos señores son los dueños de la economía, del gobierno y de la prensa. Ellos quieren mantener ese «orden» aunque haya que matar, aunque haya que pagar sueldos de miseria, aunque haya que mentir por medio de la prensa para seguir manteniendo esa posición de poder.

Masificación

Ante esa violencia manifiesta del sistema que nos rige, la presentación de la falsa alternativa busca masificar al pueblo en torno a los valores que sostienen ese sistema, que de por sí es violento al permitir que una minoría explote a la mayoría. Y, a través de esa masificación, quieren también ocultarle al pueblo cuáles son los hechos y cómo son, por medio de la mentira institucionalizada; así como también dónde están las causas reales de la crisis que padece nuestra sociedad.

Como hecho en el que se manifiesta esta actitud masificadora, tenemos el «afloramiento del sentido humanitario» por parte de los representantes de las clases dominantes, ante la muerte del agente norteamericano Mitrione. Se buscó distraer la atención de nuestro país de los problemas reales, a través de una muy bien orquestada campaña de prensa, mediante la cual se buscaba tocar la fibra sentimental del pueblo.

Así fue que el Uruguay tuvo el «gracioso honor» de ser el primer país del mundo que realizó homenajes a un espía extranjero. Hubo duelo por Mitrione y no lo hubo por Líber Arce, por Susana Pintos, por Hugo de los Santos ni por Arturo Recalde; y no lo hay tampoco por todas las muertes injustas causadas por el hambre y la miseria, que no ocupan las primeras planas de la llamada «prensa grande».

La lucha armada no es ocurrencia casual de nadie. Es una respuesta que los demócrata cristianos no compartimos en la situación actual del Uruguay, contra la violencia engendrada por el sistema. Sus causas deben buscarse en los problemas estructurales que presenta el sistema económico, social y político que nos rige. Deben buscarse en la explotación del hombre por el hombre, en la falta de libertades para desarrollar la personalidad, en la dependencia con respecto al imperialismo; ahí se van a encontrar, no en las «mentes enfermas» como creen o quieren hacer creer que están.

Superación de la violencia

Habiendo llegado entonces a la constatación de que nos encontramos viviendo en una sociedad cuya organización genera la violencia, afirmamos que la su-

peración de la misma solo se logrará con la superación del *sistema capitalista dependiente*, causante de la opresión y de la explotación del hombre por el hombre.

Ahora bien, no se llegará a la superación del sistema por que exista cierto grupo de gente que así lo desee, no es un simple problema de voluntad, sino de poder lograrlo realmente, utilizando instrumentos eficaces de acuerdo a las circunstancias y por sobre todas las cosas contando con la *participación* del pueblo consciente, organizado y movilizado para la conquista de logros revolucionarios, que no quedan limitados solamente a la toma del poder que será garantizada por su número y por su fuerza, sino que además la participación popular es condición indispensable para una auténtica liberación.

El poder del capitalismo, en su expresión de clase dominante, tiene asentadas sus bases de apoyo de distintas formas en nuestra sociedad; tiene el poder ideológico-cultural en la prensa, en la radio, en la televisión, en el cine, en los sistemas educativos, en el control de las expresiones artísticas; tiene el poder político ejercido a través del dominio del aparato del Estado y sus mecanismos represivos.

Esta clase dominante nacional, se encuentra respaldada y al servicio de los que dominan el sistema capitalista internacional, los amos imperialistas, que ejercen su dominación política, económica e ideológica por su intermedio.

Frente a este panorama, distintos grupos ofrecen alternativas de lucha, y en estos días la clase dominante se ha esforzado en hacer aparecer a uno solo, el de los «innombrables», como el representante de todos los que, de una forma u otra, postulan cambios revolucionarios.

Por otra parte es común escuchar, sobre todo en medios estudiantiles, la siguiente afirmación: «estuvieron bien», un simple juicio de valor referido a una acción concreta, afirmación muchas veces hecha en base a elementos emocionales referidos al arrojo, a la entrega a la lucha, al valor militante de sus integrantes; otras veces en base a una justificación moral y no estratégica del uso de las armas como respuesta a una violencia oligárquica.

Pero el principal problema es la forma de llevar a cabo un proceso radical de cambio de las estructuras sociales, que nos conduzca a la superación del sistema capitalista, a la liberación real del hombre de su situación de explotación, opresión y alienación, para constituirlo en el hombre nuevo constructor de su propio destino. Es la construcción por lo tanto de un Estado popular que garantice el ejercicio de una *democracia de trabajadores* que permita ir conformando el socialismo comunitario, personalista y solidario, que vaya orientándose hacia el logro de la *patria grande* de América Latina. Es preciso hacer entonces un análisis, aunque en breves líneas, de uno de los posibles medios propuestos para alcanzar todos estos objetivos: la estrategia de lucha armada por su vigencia y las consecuencias que la misma ha tenido en el Uruguay.

» **Capítulo II. Estrategia de lucha armada**

Sus objetivos

El objetivo principal de la estrategia de los «innombrables» es desarrollar la lucha armada *aquí y ahora*, a partir de un grupo que no sea destruido de inmediato, que constituyendo focos urbanos la vaya presentando como única alternativa de lucha válida para enfrentar a la clase dominante y tomar el poder, transformándola en la *forma superior* de lucha, que será en definitiva excluyente de las demás, a las que se denominan *formas inferiores*.

En su esquema general de cómo debe desarrollarse el proceso se ubican las siguientes concepciones:

1. El ir «agudizando las contradicciones del régimen»; lo que significa ir golpeándolo sucesivamente, especialmente a su aparato represivo, de tal forma que se obligue al gobierno a mostrar su esencia de clase dominante, expresándose por medio de la utilización de la fuerza represiva; se intenta provocar así una dictadura clara que pierda su fachada democrática para que se enfrenten claramente los intereses de las distintas clases antagónicas.
2. «Se debe llegar al Uruguay fascista, radicalizando las luchas»; el proceso debe llegar al punto tal donde la derecha ejerza completa dominación de todas las formas de expresión política, y todo aquel izquierdista que no se pliegue a la lucha armada se transforma en «soldado tranquilo de la contrarrevolución». Esto implica que la represión se vaya descargando sobre las organizaciones populares, que no se permitan huelgas, manifestaciones, mitines, que se persiga a militantes que pretenden movilizar a las masas y que por lo tanto «no tengan otra alternativa» que dejar la lucha de masas para integrarse al grupo armado o por lo menos apoyar sus acciones. Esto también significa que la represión se dirija a neutralizar y perseguir a los grupos políticos en franca oposición.
3. «A la reacción golpe por golpe», se propone como método la escalada continua, incesante, al ataque de la derecha se debe responder con una acción de mayor envergadura y resonancia, provocando la misma reacción en el enemigo, lo que lleva a ir aumentando progresivamente la agresividad en las acciones. No caben entonces consideraciones tácticas acerca del nivel de conciencia a que han llegado las masas, su grado de combatividad y su articulación política.
4. «Sin armas no hay liberación». Se sitúa al plano militar como la principal forma de lucha, se absolutiza un recurso político extremo como es el uso de las armas, de tal manera que se lo ubica como el elemento decisivo; el

movimiento popular depende de la eficacia lograda por el combatiente. De este modo, los medios de lucha corren el riesgo de perder su carácter instrumental, e ir convirtiéndose en fines, dado que no se vislumbra la posibilidad cercana de la toma de poder.

5. «Hay que transformar la guerra contra la oligarquía en una guerra de liberación nacional generalizada». No basta entonces con que la dictadura se haya declarado abiertamente como tal, sino que es necesario que se provoque la intervención extranjera.

Al ser invadido nuestro país en apoyo de una dictadura, la lucha armada no tendría un carácter de guerra civil, sino que sería una guerra contra el invasor extranjero que mantiene a un gobierno títere.

Posibilidades y consecuencias

Las etapas que ha pasado esta organización son fundamentalmente dos:

Primera etapa: Golpes de corte propagandístico y con intenciones concientizadoras, para crear expectativa popular alrededor de sus acciones y aprovisionamiento de dinero, armas y militantes.

Segunda etapa: La cual presenciamos ahora, es de tratar de arrinconar al gobierno y comprometerlo en una definición dictatorial ante la opinión pública nacional y extranjera. Pero como militarmente el régimen se halla en posición favorable, esta etapa se caracteriza no por la creación de frentes de lucha definidos sino que ha derivado hacia el terrorismo, método que la historia ha demostrado inconducente, que provoca el rechazo de sectores que anteriormente habían mostrado adhesión a las acciones dirigidas a mostrar las corrupciones del régimen.

En esta etapa vemos que las acciones de los grupos armados no han llevado a agudizar las contradicciones sino que han provocado el efecto contrario, puesto que apreciamos una fuerte consolidación de la oligarquía adaptando las estructuras políticas e ideológicas a sus avances en la explotación económica; explotando hábilmente el rechazo popular a estos métodos aparece ante la masa como la representante del respeto y la dignidad de la persona humana; impone y extiende su ideología de dominación, fortalece su aparato represivo y aprovecha para «legalizar» su dictadura consiguiendo apoyo parlamentario. Pero lo más grave es que la represión, abierta o solapada, no solo se dirige contra las organizaciones de lucha armada, sino que la existencia de estas le sirve como justificación para descargar su peso contra las instituciones y organizaciones populares. Ejemplos de esto son la campaña de difamación contra los sacerdotes, pastores y comunidades cristianas, contra las autoridades y estudiantes universitarios, el cierre de la enseñanza secundaria, el apresamiento de dirigentes políticos y gremiales comprometidos en una lucha de masas, el acallamiento de las reivindicaciones populares por citar algunos.

La oligarquía, forzándose por presentar como único problema del país la acción violenta de estos grupos, comienza una campaña del miedo, incitada a través de la recompensa y de la delación, entorpeciendo el avance en la concientización y organización popular.

El agudizar las contradicciones ha de ser un objetivo a buscar con métodos eficaces que permitan avanzar al movimiento popular. La política se mueve siempre en el campo de lo posible y no de lo deseable. Ha de ser flexible, tiene que saber esperar y crear las circunstancias favorables, mal que les pese a los románticos de la revolución.

La propia táctica que emplean los «innombrables» los lleva a marginarse de las masas, a crear en ellas una conciencia adversa a sus acciones, que se extiende no solo en relación a los mismos, sino que también las inclina hacia el rechazo a integrarse a todas las otras organizaciones que pretenden vanguardizar un proceso de luchas sociales a partir de conflictos dados en la base real de la sociedad. Menosprecian así el papel de las organizaciones políticas de masas en el proceso revolucionario, las únicas capaces de movilizar el pueblo no solo para la conquista del poder, sino para evitar los intentos contrarrevolucionarios; lo cual se le hace imposible para una elite que no haya podido arraigarse en la conciencia del pueblo, una elite, que por su organización y estrategia tiene limitado su crecimiento, lo cual posibilita que pueda ser aislada del contacto con la masa, pudiendo ser destruida por la clase dominante.

Desde el momento que se afirma la necesaria supremacía de la lucha armada sobre las demás formas de lucha, se subordina a la clase trabajadora a esas acciones, se desconoce el papel fundamental y específico que le cabe al movimiento trabajador en su conjunto para transformarlo, en el mejor de los casos, en un mero grupo de apoyo.

Hemos visto proliferar las amenazas de muerte de presuntos grupos de derecha; no es de locos pensar que pronto comenzarán a actuar dejando el mero declaracionismo, que al igual que en otros países hermanos (Escuadrón de la Muerte en Brasil, MANO en Guatemala) han asesinado con la complicidad de la clase dominante, a militantes de todo tipo de organizaciones; sus crímenes no son entonces solo dirigidos e integrantes de la guerrilla, sino fundamentalmente a la militancia de los grupos comprometidos en la lucha política privando así al pueblo de sus posibles dirigentes.

Debemos recordar el *pacto de las dos espadas* que celebraron las dictaduras militares, argentina y brasilera, de no permitir ningún movimiento peligroso para sus intereses en Uruguay; sería suicida provocar una invasión de cualquiera de los dos colosos porque ideológicamente no existe en nuestro pueblo una fuerte conciencia nacionalista y además no contamos ni con posibilidades ni con fronteras naturales con ningún país que pueda abastecer militarmente a un movimiento armado.

El imperialismo juega en esto un papel protagónico, proveyendo de equipamiento material y técnico de represión, afianzando más su posición dominante. Vimos que EE. UU. no presionó en absoluto sobre el gobierno de Pacheco Areco para que negociara la liberación de Mitrione: significaba poco precio, uno más entre los cientos que manda morir a Vietnam, a cambio del fortalecimiento de un gobierno que favorece a sus intereses.

Debemos recordar que la única experiencia guerrillera exitosa, la cubana, se efectuó en condiciones especiales y con el respaldo de EE. UU. y que este está decidido a no permitir otra.

Si bien somos claros en denunciar la opresión y explotación ejercida por la clase dominante, tenemos la obligación, como organización política revolucionaria, de señalar los gruesos errores en que han caído aquellos, que aunque comprometidos en una lucha contra el mismo enemigo, entregando a veces lo más preciado que un hombre tiene, su vida, han embretado al movimiento popular, han servido como justificación para el fortalecimiento del aparato represivo y han puesto obstáculos al proceso de toma de conciencia y organización del pueblo explotado y oprimido.

Indudablemente creemos que los «innombrables» no han sabido ubicarse en la realidad de nuestro país, aplicando rígidos esquemas y métodos, concebidos para otras circunstancias y lugares, no han sabido interpretar la historia de nuestro país. Se han puesto, quizá voluntariamente, en un callejón sin salida como es el terrorismo, que los puede llevar a ese juego en el que la derecha siempre sale favorecida, la venganza, intercambio imparables de muertes, sacrificios inútiles.

Ya el año pasado la Juventud Demócrata Cristiana en su documento «Bases para una opción revolucionaria», luego de un extenso análisis sobre los antecedentes históricos de la lucha armada en América Latina y sobre su aplicación en el Uruguay, adelantaba algunas posibles consecuencias de la misma que ahora se confirman. Reafirmamos entonces la inviabilidad de una estrategia de lucha armada en este Uruguay de 1970 y sus derivaciones contraproducentes para un auténtico proceso revolucionario, hoy más urgente e imprescindible que nunca.

» Capítulo III. Los caminos verdaderos

El pueblo protagonista del cambio

Decíamos anteriormente que solo superando la actual organización de la sociedad, es decir, sustituyendo el sistema capitalista mismo, desaparecería la violencia en todas sus expresiones. Manifestamos también que para ello era necesario la conformación de un Estado popular, una democracia de trabajadores; objetivo último de un largo y duro proceso esencialmente revolucionario. Pero

estos caminos deben recorrerlos el pueblo; solamente su participación lúcida y consciente garantiza la autenticidad y asegura su eficiencia. Sin la presencia organizada de los sectores populares no hay revolución.

Es a la luz de estas consideraciones básicas fundamentales que debemos profundizar la realidad uruguaya.

Una minoría privilegiada controla hoy día el país entero: son los latifundistas, los banqueros y financistas, los grandes exportadores, aliados —faltaba más— a los monopolios extranjeros; suman sobre sí una inmensa cuota de poder y maneja a su gusto y placer el aparato político nacional; es la oligarquía; son los explotadores del Uruguay. Ante ella —algún día será frente a ella— se encuentra el resto de los sectores de una sociedad cada día más golpeada y sufrida, principalmente la clase trabajadora y vastos núcleos de las capas medias.

Organización popular

El Partido Demócrata Cristiano cree que la tarea primordial es la organización de las masas explotadas. El ingreso definitivo de las grandes mayorías del país al campo de la lucha y enfrentamiento al régimen; quebrará sus centros de dominio y desplazará a esas minorías del poder.

Ello se producirá como resultado de una lucha de masas constante, en etapas sucesivas y utilizando simultáneamente las más variadas formas de luchas; es la tarea de la organización popular.

Aquí no valen los apresuramientos; los que se autoproclaman vanguardia y aceleran los procedimientos se olvidan de muchas cosas; entre otras: *es imprescindible un permanente contacto con el pueblo y es fundamental que las vanguardias surjan de esa lucha de masas continua para que el pueblo les reconozca ese derecho.*

No se tiene eficacia en una acción de masas si no se toma en cuenta el nivel de su conciencia presente y, sin apartarse de él, sin quedarse atrás pero sin intentar avanzar tampoco más de lo debido, se permanece en un justo contacto con la misma.

Dentro de estas perspectivas las tareas cotidianas en la fábrica, en la oficina, en el barrio, en el lugar de estudio, asumen su verdadera dimensión; son esos enfrentamientos aparentemente pequeños lo que permiten tomar conciencia de las grandes injusticias de una sociedad opresora; es allí donde se discuten y descubren las tácticas adecuadas; es en la base social misma donde se conjugan las diversas posiciones ideológicas en pos del objetivo común: esa es la auténtica *unidad popular* de un pueblo que va adquiriendo la noción de su situación pero también de sus posibilidades.

Y cuidado con despreciar las luchas reivindicativas tachándolas de economicistas; es importante pelear por el salario, por la defensa de las conquistas

logradas a costa de muchos sacrificios anteriores; esto también le duele a la oligarquía; no hay que despreciar esas acciones que también concientizan, por prejuicios absurdos de algunos que piensan que la revolución no solo es una necesidad histórica, sino simplemente una idea moral.

Es la historia de este Uruguay que afloró en junio del 68; grandes sectores de nuestra sociedad que van comprendiendo las características de este proceso y se incorporan al mismo. Es la historia de cientos de combates sindicales y estudiantiles enfrentando siempre a la más tremenda dictadura que el país conoce.

No es hora de balances sino de luchas; pero quizás sea positivo destacar el papel que le cupo a determinados sectores de trabajadores y la transformación que los mismos experimentaron en el transcurso de su lucha.

Destacar a su vez la trascendencia de la unidad sindical; ciertamente criticamos y todavía consideramos equivocada, las valoraciones efectuadas en ciertas ocasiones por la dirección mayoritaria de la CNT. Entendemos que fueron incorrectas las actitudes y decisiones asumidas; que ellas no interpretaron fielmente los intereses y el nivel de lucha que esas masas alcanzaban por entonces. Pensamos que es preciso dinamizar en extensión y profundidad el ritmo de enfrentamiento a la oligarquía y esforzarse al máximo en el logro de condiciones para ello.

Mas sería absurdo olvidar el papel que jugó y le corresponde jugar a la CNT, como expresión auténtica de la clase trabajadora; bastaría recordar el ataque constante y cínico a los sindicatos, la persecución de sus dirigentes, la clausura de sus locales, los procedimientos bastardos del *amarillismo* en busca de resquebrajar y dividir a la central obrera. Con aciertos y errores, batallas triunfales y derrotas, hoy más que nunca es esencial fortalecer y defender a la Convención Nacional de Trabajadores.

Unidad popular

Ese es el camino entonces; incorporar a la lucha a todos los asalariados de la ciudad y el campo, obreros y empleados, pequeños productores e industriales, amas de casa y jubilados; también a los cesantes y destituidos y los miles de jóvenes que deambulan en busca de trabajo. Sin olvidar que siendo necesario el empuje de todos, será la clase trabajadora quien sustancialmente aportará y soportará lo más pesado de la lucha aunque no le corresponda la iniciativa en muchas ocasiones; y sin olvidar el generoso e insustituible dinamismo de los sectores estudiantiles en la medida que se inserten en las luchas populares.

Esa es la tarea:

Conformar y organizar un gran frente de masas que a través de una auténtica unidad popular forje el instrumento de lucha necesario para tomar el poder, desplazando del mismo a las minorías privilegiadas y sustituyéndolas por las grandes mayorías populares del Uruguay.

Pero hablamos de un combate del pueblo y con objetivos definidos porque nosotros no concebimos la toma del poder como un asunto distante para las masas, extraño de ellas. Para nosotros la verdadera toma del poder por el pueblo es la culminación natural de un proceso ascendente de organización y de lucha que, partiendo de la base social va construyendo un poder popular opuesto al poder oligarca y capaz de enfrentarse a este en todos los planos. Solo cuando el pueblo ha peleado centímetro a centímetro el poder se puede decir que es él quien verdaderamente lo conquistó; y puede garantizar que él será protagonista de la nueva sociedad.

Construcción de la fuerza política

Plantear la toma del poder obliga a reflexionar sobre la fuerza política capaz de esa tarea; fuerza política que interprete y aglutine a los sectores sociales promovidos y los conduzca a la responsabilidad del gobierno.

Aquí es necesario preguntarse: ¿existe objetivamente en el Uruguay de 1970 la fuerza política suficientemente desarrollada para realizar esa tarea? Obviamente no. Tradicionalmente la clase dominante, amén de sojuzgar al pueblo económica y socialmente ha utilizado todos los recursos a su alcance para dominarlo políticamente. Desde los recuerdos a divisas y hombres que hicieron historia y son traicionados por muchos de sus abanderados actuales, hasta la instrumentación de una brutal propaganda que solo pueden hacer los poderosos, que además controlan los diarios, radios y canales de televisión, todo es utilizado para engañar, ocultar y deformar. El resultado es la identificación del pueblo con ellos sin advertir que en definitiva sostienen a una minoría que lo está oprimiendo.

Las masas dominadas que se reconocen y luchan por sus ideales comunes, deben encontrar una gran fuerza política que canalice sus anhelos; alternativa esta a los tradicionales agrupamientos políticos; pues unos (P. Nacional y P. Colorado) son ahora en su conjunto esencialmente servidores de la oligarquía y otros (FIDEL, P. Socialista y PDC) carecen de la posibilidad aisladamente de representarlas en un futuro inmediato; esa es, guste o no guste, la realidad objetiva de nuestro Uruguay.

Esa *unidad popular* que propone la Democracia Cristiana y que surge de la base misma, debe expresarse también en un frente político si se desea verdaderamente y no verbalmente, desplazar a la oligarquía del poder.

Por eso, el *Frente* no es el fruto de una mera abstracción teórica, sino una necesidad primordial; por eso no es una proposición circunstancial sino una tarea permanente de los grupos y personas que desean realmente un proceso revolucionario para la conquista de una nueva sociedad.

Y sin duda alguna será el proceso mismo quien se encargará de descartar a los oportunistas o reformistas; será el pueblo quien desechará a aquellos que

pretendan usufructuar esto para su cosecha particular; el pueblo cada vez más lúcido y consciente de sus propias fuerzas es la garantía del futuro.

Frente Amplio: respuesta al pachequismo

Dentro de este contexto es preciso encarar las elecciones de 1971.

Sabemos de lo difícil que se presenta llegar al gobierno a través de un proceso electoral; la oligarquía representada en la dictadura nos brinda diarios ejemplos de sus intenciones; será difícil arrebatarle a esta el control del país y tememos que recurrirá a cualquier método para evitarlo.

Sabemos además de las limitaciones de unas elecciones que se efectúan otra vez al amparo de la ley de lemas: de cómo esta falsea la voluntad del votante. Pero también sabemos cómo desearían los prepotentes que nos gobiernan evitar la consulta popular. ¡Cómo muestran *sus uñas* tras los planes reeleccionistas o simples prórrogas de mandato!

Tienen a su favor el aparato del poder, los capitales de los banqueros y latifundistas, la prensa llamada *grande*, servil y mentirosa, el apoyo tremendo de los monopolios extranjeros, del imperialismo en definitiva.

Pero aun así temen que el pueblo uruguayo, que supo resistir su prepotencia, se organice y le demuestre la repulsa que han sabido merecer.

El proceso electoral permite que el pueblo discuta, reflexione, se sensibilice a la realidad política, pese a la propaganda masificadora que busca justamente lo contrario: que no piense. Aquellos sectores que han ido descubriendo las verdaderas causas de la situación actual, encuentran la oportunidad de concretar sus inquietudes mediante la adhesión a los partidos políticos que están realmente enfrentados al gobierno y al régimen. Las elecciones son ocasión también para avanzar en la imprescindible organización popular. Lejos de la Juventud Demócrata Cristiana está un afán de puro *electoralismo*; ya dijimos que la unión del pueblo hay que construirla día a día; y que solo ella derribará la oligarquía, abriendo los caminos de un nuevo Uruguay; pero sería ilógico regalar un campo de lucha. Importa que hayan elecciones; más aún, hay que arrancárselas al gobierno y la oligarquía.

Y aquí resurge la necesidad de que el Frente se exprese también electoralmente. Habrá que realizar ingentes esfuerzos, abandonar viejos esquemas, olvidar los sectarismos y los prejuicios, dejar campo abierto a la creatividad.

Los blancos y colorados han demostrado no ser solución. Carecen de la coherencia mínima que les identifique como verdaderos partidos políticos, y por lo tanto no están capacitados para gobernar. Se aglutinan en el año electoral constituyéndose en una mera cooperativa de votos que deforman absolutamente la voluntad de los electores; eso elimina indudablemente las salidas tradicionales.

Pensamos que ningún dirigente auténticamente batllista o nacionalista facilitará que las voluntades sinceras de los trabajadores o jubilados, jóvenes o pequeños productores, que concite a su alrededor, le permitan una vez más a los Gallinal o Jorge Batlle, los Pacheco o Echegoyen, es decir, a los representantes e integrantes de la oligarquía misma, seguir falseando las aspiraciones populares y fortaleciendo más aún su situación de dominación.

Tampoco pensamos que grupo alguno de la izquierda se abrogue la representación única de los sectores populares y la infalibilidad de los caminos y estrategias a recorrer en el duro y largo proceso de la liberación del Uruguay.

Podrá pensarse que esto es difícil, quizás inviable; nosotros discrepamos. El pueblo entero ha luchado contra la dictadura; sin embargo el 91% del mismo se aglutina todavía en los partidos tradicionales; en ellos existen grupos y dirigentes verdaderamente progresistas que confiamos serán capaces de comprender el momento histórico que vive el Uruguay.

Los núcleos independientes a las agrupaciones políticas y numerosos militantes que ocupan diferentes puestos de lucha en el escenario nacional, también deben entender que ha llegado la hora de asumir compromisos políticos concretos.

Nadie debe rehuir las responsabilidades y el riesgo de construir la gran fuerza política que el Uruguay reclama. Creemos firmemente que un acuerdo sobre la base de un programa común con características definidas de enfrentamiento a la oligarquía y al imperialismo, y en procura de las grandes soluciones nacionales como la reforma agraria, la nacionalización de la banca, y otras, es algo posible. *Un Frente Amplio, nacional, popular y democrático en torno a un programa de soluciones con características antioligárquicas y antiimperialistas.*

Las grandes masas populares del país sabrán reconocer en el Frente y su *programa* las soluciones y los caminos que el país exige. Un *programa* claro y valiente que llegue al fondo del mismo de los problemas y una fuerza política que actúe sin temor a las presiones de la oligarquía y los intereses extranjeros.

Un programa que establezca la planificación efectiva de la economía con participación popular que traslada de la empresa monopólica y extranjera al Estado popular el centro de las decisiones; que encare el desarrollo industrial, lleve a cabo una reforma agraria masiva, nacionalice la banca y los grandes rubros del comercio exterior, desplazando a los poderosos de los centros de poder.

Un programa que le devuelva a la enseñanza los recursos necesarios pues sin educación no hay liberación; que contemple a todos el acceso a la cultura; que ponga en manos del pueblo los medios de difusión como los diarios, las radios, la televisión y no como ahora en manos de una *rosca* que miente al pueblo diariamente.

Un programa que establezca la creación del seguro nacional de salud y elimine los negociados con la salud del pueblo; que solucione el problema habi-

tacional en la ciudad y el campo. Un programa que se acuerde de los jubilados, unifique las leyes sociales y le dé real participación a todos los trabajadores en la dirección de los organismos.

Un programa en fin que establezca las libertades públicas y reconozca los derechos sindicales. Solo en un marco de auténtica libertad de expresión será posible edificar una verdadera democracia en lo económico, político y social.

En defensa de este programa que básicamente plantea el Partido Demócrata Cristiano y en la construcción del instrumento político que permita llevarlo adelante, estamos seguros se unirán las masas populares del país. Es por último, un acto de fe en la capacidad de lucha de los orientales. Significa abandonar la imagen de un pueblo amañado y manejado, brindándole a ese pueblo la posibilidad de transformarse en el protagonista de su propia historia.

» **A la juventud uruguaya**

Ya lo dije clara y terminantemente en una oportunidad anterior; no estamos aquí para extender cobardemente el certificado de defunción de la democracia representativa del Uruguay. Usaré por el contrario, sin vacilaciones, todos los medios y toda la fuerza del poder constitucional para responder determinada y eficazmente a esta agresión lanzada contra la vida libre, respetuosa y pacífica de nuestro país. Nadie podrá desconocer honradamente nuestros esfuerzos para librar esta dura batalla dentro del marco estricto de las normas constitucionales y legales [...].

[...] proclamamos que el mantenimiento de la legalidad y la confianza y la fe en el régimen de derecho constituyen el pabellón que flamea al tope de nuestra lucha y que no arriaremos en el Uruguay.

Bla, bla, bla... bla, bla, bla...

Palabras de Pacheco Areco, presidente del Uruguay, el 25 de agosto de 1970, ¡Defender la democracia! ¡Mantener la legalidad! ¡Tener fe en el régimen de derecho!

Lo dice, bien custodiado y con voz solemne, quien ha pisoteado en tan solo tres años los derechos y conquistas de todos los uruguayos; mayor cinismo, imposible.

Son tiempos de lucha; el país vive las páginas más negras de su historia, sojuzgado por una dictadura que no vacila en hundirlo cada día más.

Una minoría de antiorientales nos venden por cuotas al extranjero y aún tienen el coraje de reunirse para conmemorar el Día de la Independencia.

¡Si Artigas se levantara!

No están solos los Pachecos; los rodean grupos oligárquicos que son en definitiva los que mandan.

Son tiempos de lucha; basta ya de muertos, presos y persecuciones. El Uruguay se divide entre pueblo y oligarquía y no como quiere el gobierno entre

pachequistas e «innombrables». Y ese pueblo sabrá ocupar su puesto de lucha.

Si queremos un nuevo orden, una nueva sociedad justa y humana, es preciso superar el desorden y el caos que está metido en las estructuras mismas de la actual organización social.

Por ello y para ello hay que hacer una *revolución*.

Creemos que esta es la tarea de todo un pueblo y en primer lugar de la *juventud*. Ella debe crear el futuro: de la juventud debe surgir el *hombre nuevo*.

Por eso son tiempos de lucha. Por eso expresamos en estas páginas nuestra posición en esta coyuntura. Ya en agosto de 1968 y en *Bases para una opción revolucionaria* en 1969, la Juventud Demócrata Cristiana analizaba la situación del país y manifestaba su opinión del proceso histórico que vivíamos. Muchas de sus posiciones, allí escritas, hoy se han visto confirmadas.

Joven uruguayo

Todos debemos ponernos en pie de lucha; nadie puede permanecer indiferente.

La responsabilidad de la tarea que enfrentamos hay que compartirla. Quien crea que es posible refugiarse en el egoísmo y la comodidad, no solo traiciona a la patria y condiciona su futura familia y porvenir, sino que busca un imposible; tarde o temprano todos deberemos responder al llamado.

La Juventud Demócrata Cristiana está firmemente dispuesta a continuar librando la dura y esperanzada batalla por la liberación del Uruguay.

Por eso te invita a luchar en ella.

Montevideo, setiembre de 1970

3. JUAN PABLO TERRA. PRESIDENTE DE LA JUNTA NACIONAL DEL PDC. EDITORIALES, ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS

3.1. Hace un año y cinco meses

[Editorial de *Flecha*, n.º 15, 10 de diciembre de 1969.]

Hace un año y cinco meses, el 23 de junio de 1968, el Partido Demócrata Cristiano lanzó un mensaje a la ciudadanía. En él hizo un examen agudo de la situación política de la República y planteó grandes interrogantes a los cuales era imperioso dar respuesta. ¿Qué ha pasado desde entonces? Cuando las semanas finales del año político van corriendo rápidamente, cerrando una etapa más de la más dura y más despótica experiencia de gobierno que ha surgido el país, cuando vamos a entrar de lleno en el año preelectoral, es imprescindible revisar qué ha ocurrido con aquellos planteos.

Después de caracterizar la crisis económica (cuyo estado actual hemos resumido en el editorial anterior), después de señalar que la política económica eludía las reformas de fondo y se entregaba a los grupos poderosos con la esperanza siempre defraudada de que estos impulsaran al país hacia la prosperidad, afirmaba el mensaje:

El hecho de que se mantenga esta política económica, y el modo y las condiciones en que se mantiene, nos obligan a reconocer que detrás de la crisis económica hay una crisis política. Y que no superaremos la crisis económica si no superamos la crisis política. Crisis de la democracia uruguaya, crisis del Parlamento, crisis del sistema electoral. Pero, sustancialmente, crisis de los partidos políticos.

El Poder Ejecutivo, cada vez más separado de las bases políticas, forma su gabinete con hombres de la banca, del gran comercio, y se muestra cada vez más fiel a su línea económica, atornillado a los organismos internacionales que son mucho más consultados, mucho más informados, y muchos más escuchados que el Parlamento.

Los grandes partidos han perdido la capacidad de representar la voluntad del votante sobre los problemas reales que se debaten, y han dejado de ser instrumentos útiles de gobierno.

Cuando se observa todo lo ocurrido a partir de ese mes de junio del 68, se puede afirmar que si esas afirmaciones no fueron proféticas (porque ya eran entonces una realidad presente), al menos este año y medio ha desplegado trágicamente las más abrumadoras evidencias de su veracidad.

El gobierno, divorciado de las bases políticas, sustituyó la Constitución y la ley, por el decreto; y el Parlamento, por medidas de seguridad. Intimidó, desacató y amenazó a un Poder Legislativo que se dobló paralizado por las contradicciones internas. La dictadura no fue apoyada o sostenida por el Partido Colorado (dividido entre el apoyo, el disgusto sumiso y la franca oposición). Fue permitida por el Partido Colorado y muy especialmente por el Partido Blanco, que no pudo sostener colectivamente una decisión, enfermo y desmoralizado por las marchas y contramarchas, las maniobras y las vacilaciones de algunos grupos (particularmente el de Echegoyen), que traicionaron y humillaron en pleno momento de combate a su partido, al Parlamento y al pueblo cuyos derechos dependían de esa defensa. En definitiva los partidos desarmaron e inmovilizaron al país, y lo entregaron inerme a la arbitrariedad del pachequismo.

¿Cómo hacer una política de desarrollo con sentido popular, cómo realizar las grandes transformaciones estructurales que afectan a los poderosos, sobre esta base? ¿Si ni siquiera hemos podido impedir que se avasallaran los derechos, que se dejara sin vigencia la legalidad, que se cerraran diarios, que se militarizara, que se llevara masivamente a prisión a miles de ciudadanos...!

Y sin embargo, concretamente, hay que reconocer que a pesar de nuestro llamado, de los artículos de políticos y periodistas lúcidos, y del reclamo de tanta gente, no se han dado pasos efectivos en ese sentido. Se ha hecho alguna acción común de protesta y de defensa contra los atropellos, especialmente en el marco del Movimiento de Defensa de las Libertades y la Soberanía. Pero el Movimiento, que ha escrito algunas de las buenas páginas en la lucha defensiva contra la dictadura, no puede ser, por su composición, el marco para la formación de un nuevo partido, ni de una coalición electoral.

Aparentemente, los grupos opositores colorados, que son los que más profundamente pueden sentir la contradicción y el desgarramiento de haber arriado sus votos para que triunfaran los que hoy gobiernan, y que por muchas razones tienen que sufrir y temer ante la idea de volver a arrimarles votos en una nueva instancia, no se deciden sin embargo a la ruptura. Algunas actitudes políticas (episodio de las acusaciones que llevaron a la renuncia del intendente Herrera, o voto de la rendición de cuentas) que estrictamente hablando nada prueban, sugieran sin embargo una inclinación a quedarse.

También del lado blanco se insiste en esfuerzos de unidad imposibles.

Pero el tiempo corre; y en algún momento, tal vez no muy fácil de precisar, los plazos se acaban.

El problema no es nuestro. Es del país, de un país que se destroza ante nuestros ojos. Por el país hemos estado abiertos al diálogo y a las soluciones, incluso a aquellas que implican riesgos y exigen sacrificios.

Creemos que al pueblo no se le puede presentar de nuevo, en un próximo período electoral, el dilema de los blancos y los colorados. En los colorados: Pacheco, la Quince y los opositores, sumando sus votos. En los blancos: Heber, el Movimiento de Rocha, Ferreira y Echegoyen, sumando también sus votos. Como si esa fuera la decisión a tomar. Como si nada hubiera pasado.

Pero sospechamos que habrá muchos que no querrán olvidar. Los que detestan los atropellos. Y los atropellados, que esta vez son miles. Y sus amigos, y sus parientes, que son muchos miles más.

Tal vez los dirigentes políticos deban contar con eso. O resignarse a perder la gente.

3.2. El segundo llamado frentista. Cuatro preguntas a Juan Pablo Terra

[Semanario *Marcha*, 12 de diciembre de 1969. En el reportaje se volcó un segundo llamado público a la constitución del Frente Amplio, usando ya ese nombre y proponiendo esta vez un esquema de programa.]

El Partido Demócrata Cristiano que usted preside mantiene una línea de tenaz oposición a la política del gobierno. Esta orientación impresa por su partido no difiere en la práctica de la que sustentan los senadores Vasconcellos, Michellini y Roballo, opositores batllistas. En esa conducta, y en filas nacionalistas, se encuentra el senador Rodríguez Camusso. ¿De esta encrucijada de la política nacional pueden surgir posiciones comunes que den lugar a un gran frente popular?

Puede, y a mi juicio debe, dar lugar a un frente común. La crisis económica y la respuesta a la crisis económica, la dictadura y la respuesta a la dictadura, son los mayores problemas políticos actuales. Y no se agotarán en una temporada ni en un período de gobierno. Ocuparán al país durante un buen número de años. ¿Cómo hemos de salir adelante si no juntamos el máximo respaldo de pueblo en apoyo de una fuerza política capaz de cumplir la tarea? Hay que desplazar del comando a la derecha política blanca y colorada, a la oligarquía económica y a los poderes extranjeros que pretenden manejarnos como cosa suya. Pero no para caer en la anarquía y en las contradicciones de los últimos períodos de gobierno, tenemos que arrancar al país de la crisis, transformándolo profundamente por cambios democráticos y en una dirección auténticamente nacional y popular. Y esto no se hace sin coordinación de programas y de acciones, y sin respaldo masivo de pueblo organizado.

Esa es la gran tarea. Si avanzamos en ese sentido, los sufrimientos y las amargas experiencias de este período pachequista no estarán perdidos. Si con-

fundimos a la gente, si pretendemos que el pueblo olvide, si a la hora de sacar y poner gobierno, permitimos de nuevo revolver y sumar votos gubernistas y opositores, votos sumisos y votos combativos, hacemos escarnio del sufrimiento de la gente y postergamos la solución de los problemas nacionales.

Mi Partido, el Partido Demócrata Cristiano, hizo un llamado público en este sentido en un mensaje del 23 de junio de 1968, cuando recién comenzaba el gobierno la etapa de su línea dura. Los hechos no hicieron más que confirmar lo que dijimos entonces. Sin embargo, no sería realista desconocer que el tiempo pasa y nada se concreta. Se agotan los recursos de la imaginación para inventar salidas blancas o coloradas, dentro del lema, que eludan u oculten la contradicción ineludible.

Alguien nos calificó una vez de ingenuos por este planteo, alegando que los grupos del mismo lema, diametralmente discrepantes en los gravísimos acontecimientos de este período, habrán sin embargo de sumar los votos al final. Yo no quiero hablar ahora de probabilidades. No soy yo quien debe en estos momentos decir si otros harán, y cómo, y cuándo, gestos de libertad, de coraje, de creación de cosas nuevas, que yo juzgo beneficiosos. Simplemente afirmo lo que me rompe los ojos, como lógica. Y no me encierro en el fatalismo de esos alcohólicos que, como creen imposible desligarse de sus costumbres arraigadas, se entercan en ellas hasta destruirse.

Eso sí, como partido nuestro camino es claro. Estamos abiertos a organizar (y hay varias fórmulas posibles) una alternativa frente al pachequismo en acuerdo con otros grupos, si podemos en la práctica coincidir en el programa y las actitudes y compartir las responsabilidades. Pero, por si otros grupos no rompen con los esquemas aprisionantes, nosotros desde ya abrimos nuestro partido como cauce a Seremos, en ese caso, el núcleo de cristalización de la fuerza nueva que el Uruguay necesita.

De concretarse esa unión partidaria, ¿qué plataforma de gobierno se le ofrecería a la ciudadanía como opción?

Yo pondría sobre la mesa, por lo menos, las siguientes orientaciones. No le digo soluciones concretas porque siempre hay varias fórmulas posibles y deben conversarse.

- 1) Restablecer la vigencia de los derechos y de las libertades, actuar por leyes y dentro de la Constitución y recuperar el Parlamento. Sé que esto no entusiasma a todos: a los pachequistas porque están cebados, a otros porque prefieren pensar en desquites. Sin embargo, lo creo indispensable. Lo actual, ya hemos probado a dónde lleva.
- 2) Establecer una política planificada de transformación estructural, y de desarrollo. Insisto: de transformación y de desarrollo, no de pura estabilización y congelación. Pero hacerlo aquí, en el Uruguay y con amplia par-

- ticipación popular (gremial y política) en la elaboración y en el control. En otras palabras: nacionalizar y democratizar la conducción del país. Mirado desde otro ángulo: acabar con el entreguismo y la dominación oligárquica.
- 3) Liquidar en la banca la influencia extranjera, y el caos y especulación privados. Poner realmente la banca en las manos del país es indispensable para acabar con el monstruoso régimen de usura actual, y para canalizar los recursos hacia fines de interés colectivo.
 - 4) Iniciar una enérgica reforma agraria que posibilite a la vez la transformación técnica y social del campo, y liquide poderes y privilegios funestos.
 - 5) Nacionalizar los grandes rubros del comercio exterior, y en particular la comercialización de los principales productos agropecuarios. Acabar así con los grupos de presión y los focos de especulación que han dañado al país, y desorientado su desarrollo.
 - 6) Provocar un fuerte impulso industrial. Implantar de una vez grandes industrias con recursos nacionales que, como la siderurgia y la pesca, hasta ahora no han salido de los discursos. Reorganizar ramas en crisis como la carne. Abrir mercados extranjeros por la integración y la complementación industrial. El Uruguay futuro será industrial o no existirá.
 - 7) Ampliar fuertemente, y con sentido popular, tres sectores sociales: la vivienda (aprovechando a fondo las posibilidades de la Ley de Viviendas), la salud (estableciendo un efectivo seguro de salud) y la educación a todos los niveles.
 - 8) Redistribuir valientemente el ingreso, aumentando los salarios reales y planificando una distribución más justa de retribuciones y pasividades. Y poner una parte creciente de la inversión en manos de los trabajadores.
 - 9) Empujar la integración. Menos de tres millones de habitantes no pueden desarrollarse aislados. Pero integrarse no es hacer un mercado libre para los *trusts* extranjeros sino un bloque de países solidarios para industrializarse, defender su comercio, su posición frente a los acreedores, sus conquistas sociales y culturales.

Todo esto, y más, es fácil de decir. Pero exige reformas profundas de la administración pública y de las mismas empresas privadas y desde luego de la seguridad social y de la legislación laboral. Por cierto no pretendo con esto agotar el contenido revolucionario de nuestro programa partidario. Ni fijar una receta para que los otros la acepten. Habría que conversar. Una etapa inmediata no es todo el futuro del país.

¿La ley de lemas puede constituir un obstáculo para realizar ese frente común?

Naturalmente que la *ley de lemas* es un obstáculo. Para eso fue pensada; cuidadosa, pacientemente y tortuosamente calculada. Para salvar la supervivencia

de los partidos *tradicionales* aunque el país reviente. Para que ganen elecciones sumando opiniones discordantes, aunque después no puedan gobernar, a la oligarquía, o a los acreedores internacionales.

Pero un obstáculo no es un impedimento insalvable. Se puede cambiar a la Constitución por plebiscito, y también se pueden usar hasta las mismas armas del adversario para derrotarlo: sublemas dentro de un lema existente, si no se quiere lanzar el lema nuevo de un nuevo partido.

En cuanto al sistema electoral, habrá que cambiarlo antes de que acabe con la democracia en el Uruguay.

Si los sectores batllistas y los blancos opositores no se aviniesen en formar ese frente, ¿buscaría usted en otros partidos de izquierda y sectores populares una base para impulsar ese tercer frente?

Yo le he contestado en relación a lo que Ud. planteó: Un frente amplio (acuerdo o partido) popular, progresista, nacionalista y democrático. En esa dimensión hay que plantear la idea.

Si usted ahora pregunta sobre un posible acuerdo bilateral entre el Partido Demócrata Cristiano de un lado, y el Partido Comunista, o el FIDEL, le contesto: no es posible.

Las diferencias son demasiado profundas para olvidarlas por una combinación oportunista que a nada llevaría. Esto no excluye que coincidamos en ciertos casos, por ejemplo al resistir la dictadura de derecha, o al defender los sindicatos o los salarios.

No somos frentistas de cualquier frente. Si la idea ambiciosa no marcha, lo que nosotros haremos será, como ya le he dicho, abrir nuestro lema a los que puedan ver en él un cauce para sus ideales y sus esperanzas.

3.3. Genio y figura

A raíz de las declaraciones al semanario *Marcha* que transcribimos en otro lugar de esta edición, el secretario general del Partido Comunista, Rodney Arismendi, nos dirigió un rudo ataque en su discurso pronunciado en el acto inaugural del congreso juvenil de su partido. Como suele ocurrir, a ese ataque inicial del secretario general siguió una orquestada campaña desde *El Popular*. Y desde la audición de Radio Nacional.

El párrafo que originó esa tormenta dice textualmente lo siguiente:

Yo le he contestado en relación a lo que Ud. planteó. Un frente amplio (acuerdo o partido) popular progresista, nacionalista y democrático. En esa dimensión hay que plantear la idea.

Si Ud. ahora pregunta sobre un posible acuerdo bilateral entre el Partido Demócrata Cristiano, de un lado, y el Partido Comunista o el FIDEL del otro, le contesto: no es posible. Las diferencias son demasiado profundas para olvidarlas por una combinación oportunista que a nada llevaría. Esto no excluye que coincidamos en ciertos casos, por ejemplo al resistir la dictadura de derecha, o al defender los sindicatos o los salarios. No somos frentistas de cualquier frente...

Todo hace suponer que esa reacción responde a motivaciones tácticas u obedece a razones más profundas que las que pueden derivar de un párrafo que, por obvio, casi podríamos decir que carece de originalidad. Que hay diferencias entre el comunismo y nosotros, ¿quién puede ignorarlo? Que una unión electoral entre el PDC y el FIDEL no cambia el panorama electoral y puede perjudicar a cada grupo, parece tan elemental que cuesta trabajo imaginarse el motivo de la sorpresa. Lo que ocurre es que el comunismo está acostumbrado a considerarse monopolizador de las causas populares y no admite la posibilidad siquiera de que pueda encararse una gran coalición popular si no es organizada por él. Y la verdad es que el PDC no tiene por qué ceder el lugar a nadie en esta materia. La posición es clara: se está dispuesto a integrar una gran fuerza popular, democrática, nacional, progresista. Pero si ello no se logra, se abren las puertas para encauzar en sus filas a todos aquellos que quieran encontrar un cauce para su lucha, su esperanza, dentro del marco de las grandes líneas de sus principios y soluciones.

Ya tendremos oportunidad de extendernos sobre este tema en los próximos meses porque nuestro partido está decidido a trabajar firmemente por lograr un cambio en la política nacional y está dispuesto para ello a seguir la estrategia que crea más adecuada sin pedir ni aceptar consejos de nadie.

Todo lo demás —la imputación de divisionismo, de servicio de la oligarquía, la interpretación falseada de la experiencia chilena, la acusación de sobreposición de murales— son muestras elocuentes de quiénes son los que realmente siembran divisiones en las fuerzas populares de nuestro país, difundiendo agravios, injurias y terrorismo verbal.

[Editorial de *Flecha*, n.º 20, diciembre de 1969, p. 3.]



3.4. Una verdad de a puño

[Editorial de *Flecha*, n.º 20, diciembre de 1969, p. 3.]

A veintitrés meses de las elecciones, todo hace pensar que el cuadro electoral se va a presentar en el próximo acto comicial con características similares a los anteriores.

Por una parte, el lema Partido Colorado agrupando a los protagonistas del actual Gobierno, junto a quienes lo respaldan y con quienes lo atacan.

Por otra parte, el lema Partido Nacional procurando formar una unidad en la que los grupos contrarios al Dr. Echegoyen superen sus discrepancias internas para formar un sublema que le dispute la supremacía electoral al veterano dirigente.

En un caso y en otro, mezclando votos de sectores conservadores y sectores renovadores; de corriente progubernistas y corrientes vocingleramente opositoras; de núcleos respetuosos de la libertad y de núcleos indiferentes a los ataques que contra ella se llevan a cabo.

Esa mezcla de votos tiene el inconveniente de hacer incierto el resultado de cada sufragio; hasta el punto que un sagaz observador de nuestra realidad política decía hace pocos años que nuestro régimen electoral había llegado hasta tal extremo en preservar el secreto del voto, que lo había hecho secreto no solo para los demás sino para el propio votante. En realidad, cada uno de los que sufraga por un partido tradicional ignora a quien servirá su voto: al candidato que quiere favorecer o justamente al contrario. Pero no solo esto, sino que luego cuando llega a ganar un sector debe gobernar si quiere tener cierto respaldo parlamentario con todos los que formen parte del mismo lema aunque piensen distinto, discrepen abiertamente con él. Lo menos que ocurre entonces es que se neutralizan las tendencias opuestas. Pero muchas veces ocurre que el partido triunfante se orienta por razones circunstanciales derivadas de la elección, más o menos fortuita, de los ministros, en tendencias distintas e incluso opuestas a todas las que se presentaron en las elecciones. La orientación actual que sigue el gobierno de Pacheco Areco, de la cual nadie tenía noticias antes de las elecciones, constituye un buen ejemplo.

Todo esto lleva al desánimo a la ciudadanía porque no ve una conexión clara o directa entre el acto de votar y la orientación del gobierno que ha elegido su voto. Gran parte del escepticismo que ha cundido en ciertos sectores de la ciudadanía y especialmente en la juventud sobre la ineficacia de la vía electoral tiene que ver con esto.

Es cierto que los partidos tradicionales tienen una extraordinaria capacidad de presentación atrayente, multiplicando las listas, los candidatos, los eslóganes, las combinaciones para ofrecerlas como cosa nueva y eficaz, a los efectos de llegar al gobierno.

Pero la triste experiencia de estos últimos años ha sido tan dura y tan esclarecedora que muchos han empezado a comprender que no pueden caer de nuevo en la trampa de los partidos tradicionales.

3.5. El diputado Terra responde al emplazamiento del Dr. Bruschera

[*Flecha*, n.º 22, enero de 1970, p. 5.]

A raíz del reportaje realizado en Marcha a Juan Pablo Terra, el Dr. Oscar Bruschera, después de comentar elogiosamente sus declaraciones, lo emplazaba a desarrollar más la idea de un frente político en relación con la posibilidad de que participara en él el FIDEL o el Partido Comunista. Transcribimos a continuación la respuesta de Terra, enviada al Dr. Bruschera. Montevideo, 29 de diciembre de 1969.

Sr. Oscar N. Bruschera

Estimado amigo:

Ausente de Montevideo, no vi en tiempo su comentario del viernes 19 al reportaje que *Marcha* me hiciera en el número anterior. Me encontré por tanto imposibilitado de contestarle inmediatamente a su cordial emplazamiento.

La verdad es que pocos tienen más derecho que Ud. a reclamar precisiones, después de los certeros análisis que ha realizado en varios artículos sobre el tema que tanto nos preocupa de la respuesta política a la crisis, a la oligarquía y al pachequismo. ¿Me excusará sin embargo que no vaya más allá de donde ya fui, en cuanto a precisiones sobre el frente que postulamos? Las razones son claras. Ni en el mensaje del 23 de junio del 68 ni en el reportaje del otro día quisimos hacer listas de invitados ni de excluidos del frente. La única lista concreta la hizo el cronista al fundamentar la pregunta. Nosotros pensamos que un llamado como ese tiene sentido si uno lo hace en la más amplia disposición de oír y de pensar en conjunto, y que eso no se facilita anunciando unilateralmente y a priori listas de invitados, preferencias o exclusiones. Excúseme por tanto que me mantenga en la tesitura inicial de la invitación.

En cuanto a mi respuesta a la última pregunta, que es la que a Ud. le preocupa, contesta a una interrogación bien precisa: «Si los sectores batllistas y los blancos opositores no se avienen a formar ese frente, ¿buscaría usted en otros partidos de izquierda y sectores populares una base para impulsar ese tercer frente?». A esa pregunta contesté diciendo que un acuerdo bilateral entre el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Comunista o el FIDEL no es posible; ni sería un sustituto del frente amplio y ambicioso que proponemos. Seguramente no van a ser las reacciones más o menos encolerizadas del lado comunista ni el consabido recurso del terrorismo verbal (acusación de divisionis-

mo, ataques absurdos al gobierno de Chile, alusión a la oligarquía, y vagas amenazas para asustar a los niños) los que borrarán las diferencias a que he aludido.

Sobre este punto me limito a repetir que ese acuerdo bilateral no es posible; y, además, que la constitución de un frente amplio no podría empezar nunca por ahí. Naturalmente, aparte de esto, habría mucho más que hablar sobre las formas y las posibilidades de unir fuerzas para la enorme obra política de liberación popular que tenemos por adelante. Pero antes de agregar más o de considerar cerrada la instancia que la reacción fascistoide del pachequismo ha abierto para la constitución de un amplio frente *popular, progresista, nacionalista, y democrático*, nosotros los que representamos un sector de pueblo y de electorado, debemos esperar para saber si tenemos en el mismo plano interlocutores con voluntad de intentar definir en común una obra audaz, difícil y ambiciosa.

Como muchos, sigo sus artículos sobre este tema angustiante de la degradación a que han sido llevadas nuestras estructuras políticas, con el más vivo interés y una amplísima coincidencia de puntos de vista.

Excúseme si para adelantar más opiniones espero oír otras respuestas políticas.

Con el afecto de siempre,

Juan Pablo Terra.

3.6. Nuevas políticas o nuevas vergüenzas

[*Flecha*, n.º 21, 7 de enero de 1970.]

El verano y las fiestas trajeron en enero de 1970 un aflojamiento de las tensiones políticas. Pero si los problemas siguen sin resolver la calma es solo un entreacto.

Las amargas experiencias de este año 1969 han concluido. La acción no ha terminado, desde luego. Las incógnitas del año que viene, y del proceso entero uruguayo, quedan suspendidas. Los protagonistas todos, vivos y en tensión.

Sin embargo, el fin del año es en esta política uruguayana enferma y atribulada, una interrupción mucho más real que aquella ilusión de entrar en el año nuevo que, según Peloduro, nos sugestionaba hasta el punto de hacernos agachar la cabeza «para no pegarnos en el dintel».

En el Uruguay la política es cíclica. Vienen el calor y las playas, se vende (no siempre) la lana primero; el trigo (esta vez muy escaso) después. En todo caso entran los dólares del turismo y alivia la situación económica. El receso parlamentario y el receso de la enseñanza disipan focos de tensión. Los problemas más agudos parecen transitoriamente resueltos. La gente, viendo todo tan plácido, se pregunta (en un exceso de optimismo), si las medidas de seguridad no van a ser levantadas. La ilusión, de por sí, es una cosa tan poderosa, aun sin hechos, que la simple pregunta parece definir una perspectiva de futuro democrático.

Es buen momento, por tanto, para balances del período que se cierra, y hasta para algunas previsiones sobre el que se abre.

No es indispensable, naturalmente, que el balance sea tan estólido como el discurso presidencial. No tiene por que ser un plomo, sin vibración de calor humano, sin referencia a la vida real. No debe pasar por alto, con un silencio absoluto, que en el país hubo miles de presos políticos, muchos de los cuales no llegaron a saber qué estúpida rutina, que torcida delación o que sórdida venganza por sus opiniones los habían enterrado en un cuartel. No debe caer en el truco sin sentido de ignorar a nuestro pueblo, ardiendo de odios y rencores: las torturas, los diarios cerrados, la televisión y la radio coaccionadas, los derechos constitucionales desconocidos, la arbitrariedad pisando el sistema jurídico, el desacato y la amenaza contra el Parlamento, la banca pasando a manos del extranjero, el monstruoso sistema de usura legalizada. Manchas tremendas en nuestra historia, que quedarán inexorablemente ligadas al año 1969, merecen al menos haber intentado una excusa.

Pero no es hoy nuestra intención corregir balances ajenos irremendables. Ni siquiera hacer el nuestro.

Simple y modestamente queremos destacar que a nuestro juicio la experiencia debe llevar a una revalorización de la política. De la política y del partido político. Pero del partido político radicalmente renovado con relación a la idea y a la realidad de los partidos que han dominado la política uruguaya.

Revalorización de la política. Efectivamente. En los últimos años varias corrientes han empujado (especialmente en la intelectualidad y en la juventud) a menospreciar la acción política pública: la acción de partido, la solidaridad militante, la organización y la orientación de las masas partidarias en la búsqueda consciente, pública, respaldada en pueblo, de ciertos objetivos para el país.

Una de esas corrientes ha sido sindicalista. Partiendo del valor y de la fuerza de los movimientos gremiales ha creído ver en las organizaciones sindicales y en sus formas de acción, las posibilidades de transformación y de lucha que no veía en los partidos políticos. Nuevas formas de una vieja idea que obsesionó a los partidarios de «la revolución por la huelga general», a los sorelianos, a los anarcosindicalistas.

Pues bien, la experiencia de este año y la del año pasado han mostrado, en el caso de una política que atacó frontalmente los salarios (el factor más motivante de las masas sindicales), cuáles son los límites de poder del sindicalismo en el ámbito de un Estado moderno. La oportunidad de participar en realizaciones políticas positivas, hubiera marcado de modo semejante los límites que se encuentran para politizar las masas sindicales. Nadie puede ignorar el peso político del sindicalismo moderno. Pero la obra política global, la toma en su mano el partido político o se frustra.

Otra corriente ha sido de *acción directa*. Ha llevado a muchos a pensar que desplazando deliberadamente el terreno de los conflictos políticos y sociales hacia la organización clandestina y hacia la violencia se abría el camino hacia los triunfos populares. Ya nos hemos ocupado del tema. La experiencia muestra cómo se fortalece el aparato represivo, cómo se corta del respaldo popular, se encierra en élites, se empantana en una violencia sin sentido.

Otros, en fin, se pulverizan buscando la influencia en centros de poder parciales. Desentendidos de la responsabilidad de conducir el proceso social y político global, se agotan en testimonios aislados, o se satisfacen con el mantenimiento de una tribuna. O se entregan a estériles y complicadas estrategias desprovistas de base real. Nadie podría desconocer que la transformación de una sociedad exige luchar en muchos campos y desde muchos centros de poder. Pero solo un partido da sentido, estrategia y eficacia de conjunto a todos esos esfuerzos.

El abandono de la política, de la organización y la militancia partidaria es el abandono de la conducción del país. Es regalar el país a los políticos prácticos, tradicionales, sin horizontes. Y regalarlo al dinero o a la oligarquía. O es un sentarse a esperar, munidos de una abrumadora y erudita crítica moderna a la democracia, al parlamentarismo y a los partidos, a que una providencia bondadosa nos deje caer sobre la cabeza un militar progresista último modelo. Que a veces, como en el caso de las ranas que pedían un rey, resulta un leño. Un tronco. Tal vez con un gorila encima.

Es evidente que las formas tradicionales de la democracia, las prácticas caducas y la concepción sofisticadamente electoralera de los partidos, no son capaces de enfrentar los problemas actuales. Es evidente también la tendencia de las derechas a dejar los cauces democráticos y a derivar las modalidades dictatoriales. Ya hemos visto que con enfoques parciales, esa evolución no se ataja.

O revalorizamos la política y los partidos, o los años por venir nos traerán sufrimientos y vergüenzas capaces de oscurecer las que este año clausurado hemos vivido.

3.7. Los lemas sirven para ganar, no para gobernar En respuesta a Alberto Heber

[*Flecha*, n.º 35, 17 de agosto de 1970.]

A medio recorrer el camino de las actuales consultas, a más de un año de las elecciones y abierto el país a todas las incertidumbres, es prematuro e inadecuado intentar un balance sobre el destino de nuestro planteo frentista. Todo

lo que puede adelantarse es que el eco de la opinión en los medios de difusión antes desinteresados por el tema, en grupos y personalidades de las más diversas alineaciones políticas, confirma la verdad medular que el partido ha puesto sobre la mesa.

Uno de esos ecos rebotó al parecer en casas blancas, allá por los pagos de Tacuarembó, y un dirigente nacionalista llegó alarmado a consultar el problema en el Directorio, el cual prudentemente sacó una declaración en que «manifiesta su total desconocimiento, y se adelanta a expresar que las soluciones electorales siempre las adoptará dentro del partido en la más estricta aplicación de los principios nacionalistas».

Nada habría de sorpresivo, pues incluso no se había hecho ningún contacto sobre este asunto con el Directorio del Partido Nacional, si al día siguiente el fogoso presidente del mismo no se hubiese lanzado a hacer por la radio algunas consideraciones que exigen una inmediata puntualización.

Puestos en vena, no haremos una sola puntualización, sino tres o cuatro.

La primera es que no debe asustarse tanto el señor Heber porque algunos dirigentes blancos pudieran conversar con nosotros sobre amplios temas vinculados al futuro del país. ¿O es más profunda la angustia en sus filas de lo que nosotros mismos calibramos? Que Pacheco le tenga miedo a la conversación, está en su ley (dicho sea sin tratarlo de legalista). Pero los que compartimos una gran ansiedad por el modo como el país se está deslizando hacia el despeñadero, mal podríamos renunciar «al divino don del lenguaje articulado», mientras podamos seguir hablando.

La segunda es más grave, aunque se refiere solo a una expresión usada al pasar. Ni Heber ni ningún partido, por más nombre de Nacional que use, tiene el monopolio del sentido nacional ni puede arrogarse el derecho de repartir diplomas de nacionalidad. Y no necesitamos ponerle preguntas embarazosas sobre si daría ese diploma a una larga lista de personas y de grupos que se han vestido a lo largo de la historia con el nombre Partido Nacional. Simplemente, de nadie aceptamos calificativo de «internacionalistas» que si lo hemos dejado correr en silencio cuando lo ha usado *Acción* (porque era un golpe bajo conscientemente usado como tal) no nos dá la gana de dejarlo correr hoy en su boca. Si algún día eso que él llama internacionalismo nos permite reconstruir y liberar a nuestro país dentro de la Gran Patria Latinoamericana, que los partidos tradicionales dejaron destruir, esa obra la haremos animados por un vivo y rebelde sentido nacional uruguayo, cuyas raíces las tenemos tan adentro como el que más y que a nadie permitiremos discutir.

Lo otro, lo de la A y la B, es menos problema. Llena está la historia del mundo de partidos que han pasado de la B a la A. Y también lo contrario. Todo está, en ese tema, en el acierto con que se esté al servicio del pueblo y a la altura de los tiempos. Simplemente hacemos lo que nos corresponde hacer.

Más largo sería explicar, porque debe entenderse muy claro, la dimensión que tiene nuestro planteo del frente amplio. Por hoy vamos a ser muy breves, pero lo haremos extensamente en otro momento.

La causa real de que nuestra proposición importe hoy es que los grandes lemas no responden más a las cuestiones vitales que comprometen el bienestar, la dignidad, la liberación, la supervivencia misma del país. El señor Heber sabe lo imposible que fue tomar decisiones para sacarlo de la crisis, apoyándose en el mosaico del Partido Nacional. Lo sabe y lo dijo. Sabe también el caos que fue el año del general Gestido, cuando pretendió gobernar apoyado en el Partido Colorado. Sabe que Pacheco Areco fijó una línea firme y definida de gobierno (lamentable, naturalmente) simplemente estableciendo una dictadura. Sabe que el Partido Nacional no se ha podido unir ni siquiera en la oposición, ni siquiera cuando les clausuraron sus propios órganos de prensa. ¿Aspira acaso, todavía, a gobernar con el Dr. Echegoyen?

¡Seamos realistas! No es nuestro problema. Es el problema de todos. El artificio de los lemas suma para ganar, pero no suma para gobernar. Si seguimos apegados a esta ficción en un país en crisis, continuaremos oscilando entre el caos y la dictadura. E iremos perdiendo todo.

Desde luego que hay mil dificultades. La ley de lemas, con toda su gravedad, es una sola de ellas. ¿Cuándo estaremos irremediablemente en la selva de los gorilas?

Es el problema de todos. Nuestro, de los colorados y blancos demócratas, y del Sr. Heber. Tenemos que empezar a articular respaldo de pueblo para una política distinta de la entrega oligárquica y extranjerizada del pachequismo. Esto no es una combinación electoral más o menos alambicada. Este es el problema postelectoral, electoral, y también, por que no decirlo preelectoral, si queremos que las elecciones mismas ocurran y tengan un sentido.

3.8. Mientras cabalgemos que nos ladren

[*Flecha*, n.º 37, 13 de octubre de 1970, p. 8.]

Se acerca la hora de las concreciones. Nos trataron de ingenuos en 1968, cuando lanzamos la propuesta frentista en el mensaje del 23 de junio. Casi no hubo diálogo cuando lo intentamos. La mayor parte de la gente pensó que podía salvar el pasado.

A este respecto es ilustrativa una conversación sostenida en aquellos primeros días tormentosos de julio del 68 con un dirigente blanco amigo. Había caído bochornosamente Acosta y Lara; hervía la indignación producida por la devaluación y por la infidencia; la inflación enloquecida incendiaba el país como

marcando el fin de un régimen frustrado. Hacía pocos días, la *nueva política*, la que habría de ser dictadura de Pacheco, se había instalado de golpe entre nosotros: el puntapié del presidente a su propio partido, al Parlamento y a la Constitución: las medidas y la congelación.

«Esto que ha empezado ahora —dijimos al dirigente blanco— es más importante y más trascendente que el golpe de Estado del 33. De esto no salimos sin una división de los partidos tradicionales. No era posible eludir más tiempo el dar alguna respuesta a la crisis. No se podía postergar más el tomar alguna de las actitudes posibles frente a la crisis. Y las respuestas a la crisis, que dividen transversalmente a los viejos partidos (como los dividió el golpe del 33), nos van a definir políticamente durante años». «¡Estás loco!», fue la respuesta, «¡no tiene nada que ver! Hay que dejar al gobierno tomar algunas medidas frente a esto, pero dentro de quince días se reúne el Partido Nacional y levanta las medidas».

Dos años de sufrimientos, de vejaciones, de humillación parlamentaria, de prisiones, de gobierno por decreto y de clausuras, dos años de prepotencia oligárquica, desplegados ante la impotencia de los partidos, ante la inexistencia del Partido Nacional, ante el desgarramiento interno del Partido Colorado, nos han dado la razón. Una enorme carga de angustia y de corrosión nacional pesa sobre los hombros de quienes no quisieron o no supieron ver. Por una ironía de la vida, varios de los turbios y nebulosos entregadores de hoy se cuentan entre los que en 1933 tomaron posiciones claras, cuando estaban menos anquilosados y tenían sus idealismos intactos.

Hoy nuestro planteo del Frente Amplio es discutido seriamente. Hemos ido a todos los grupos que resistieron el pachequismo, a los diarios, a las calles y a las plazas (ya que ahora los canales de televisión están inaccesibles) para hablar de coordinación de la oposición en una lucha por restablecer garantías y libertades, para hablar de reformas indispensables a la maquiavélica y paralizante legislación electoral; para hablar de un programa político que signifique una alternativa popular, nacional, democrática y progresista; para hablar, en fin, de una efectiva articulación de fuerzas que sustente esa política en el campo electoral y también fuera de él. Nuestro planteo sigue siendo el mismo. No hicimos exclusiones ni en el llamado ni en los contactos. Cuando fue necesario, advertimos, sí, que un acuerdo bilateral PDC-FIDEL (que había sido sugerido) no era admisible; no respondía a los fines del Frente Amplio que postulábamos; no era el camino para llegar a este, y nos desdibujaba inútilmente. En eso estamos, y en esa dirección es que progresan efectivamente los hechos. Es natural que salieran al cruce los portavoces oficiales del pachequismo y los abogados de la indecisión, de los viejos esquemas inoperantes y de las transacciones por una prórroga de vida aparente. En Artigas grupitos ultraoficialistas nos lanzan ataques a nivel de un hampa político que está haciendo sus primeros ensayos en la dirección de la película *Z*. Y en Montevideo, los diarios *Acción* y *El País* se

lanzan al ataque burdo, sin el menor respeto ni el menor interés por los hechos reales, para lanzar anatemas descabellados de macartismo barato, preludiando el terrorismo verbal que inútilmente pusieron en juego en Chile los partidarios de su admirado y actualmente desesperado Alessandri.

Todo esto, como la enorme preocupación del Titito porque no vayamos a jugar en la A, no es más que aquello de la vieja frase del Quijote: «Ladran, Sancho. Señal que cabalgamos». Y mucho más vendrá, seguramente y es bueno que habituemos los oídos a los ruidos discordantes. Entre tanto, hemos adquirido una razonable certeza de que las concreciones se aproximan. No será, seguramente, todo de golpe. Pero hay decisiones, las primeras, y por serlo, las más difíciles, que ya han madurado. Toman volumen las iniciativas convergentes con las nuestras. Los titulares aumentan el tamaño de sus tipos de letras, y a veces exageran su contenido, al compás de un interés cada vez más vivo de la opinión pública. Las primeras concreciones desencadenarán seguramente otras. En todo el país surgen los respaldos. Y, ¿qué pensaban? ¡Tiene que ser así! Porque un país haya estado muchos años impotente ante los avances de la crisis, ¿quiere decir que está fuera de la historia? ¿no es el desafío el que despierta la respuesta? Todo lo sufrido, ¿habría sido sufrido en vano?

No es hora de precipitar impaciencias. Pero sí de impulsar con confianza, y de definirse con coraje.

3.9. Esta verdad del Frente Amplio

[*Flecha*, 17 de noviembre de 1970, p. 3.]

Día a día, el Frente Amplio se materializa ante nuestros ojos. O mejor dicho el intenso trabajo del Partido y el diálogo con dirigentes de otros grupos van definiendo la fisonomía de ese Frente posible.

Algunos trazos nos parecen claros. La primera etapa de concreción se inicia cuando ciertos grupos políticos tomen decisión sobre su ruptura con los lemas tradicionales en los primeros días de diciembre. Según todas las previsiones eso ocurrirá con la 99, quizá con Rodríguez Camusso y otros. A partir de ahí, ellos y nosotros tenemos la imperiosa tarea de intentar construir una fuerza política nueva, no marxista, en torno a un programa valiente, ambicioso, rotundo, auténticamente democrático, vivamente nacional, popular y renovador. Todo hace pensar que esa tarea, difícil para quien se atara a las rutinas sin comprender la angustiosa encrucijada nacional, va a ser sin embargo fácil en lo esencial. Varios años de espontáneas coincidencias programáticas, aun separados por las barreras de lemas y disciplinas partidarias distintas, precedieron a la lucha en común contra la avalancha dictatorial y oligárquica del pachequismo. El gesto valiente y hones-

tamente consecuente de romper con sus lemas, los honra y reclama de nuestro lado un parecido coraje. El programa, para el cual el documento de soluciones aprobado por nuestra pasada Convención es un aporte, contiene diez o doce puntos, de vital importancia para definir el camino de los próximos años, que en buena parte, ya está en la calle y en el pueblo. Esta fuerza nueva, llamada a tener un enorme futuro en la política uruguaya, debe definir muy claramente su imagen en esta etapa manteniéndose nítidamente abierta a las incorporaciones. Crear esa fuerza no significa, de ningún modo, disolver en ella nuestro partido. Nuestro partido ha de mantener su identidad a pesar de que busque en la nueva fuerza una estrechísima unión política, programática y electoral. Pero el partido mismo tiene demasiado contenido ideológico, propio y de la corriente de pensamiento demócratacristiana continental, para disolverse. El mejor aporte a la nueva fuerza es el de una democracia cristiana viva y pujante, con su fecunda capacidad de crear futuro y de formar cuadros militantes. Pero crear esta nueva fuerza no significa tampoco clausurar la obra frentista ni cerrarse a nuevas formas de integración. Por el contrario, a partir de ella se abren las posibilidades de una nueva y realmente efectiva política frentista. La nueva fuerza debe estar abierta a continuar la tarea de construir un frente amplio, poniendo para la constitución del Frente sus proposiciones y su peso político. Es la segunda etapa. Un frente es una coalición de fuerzas políticas que muchas veces mantienen diferencias importantes, a veces en su filosofía, a veces en su visión de lo que ha de ser la sociedad futura. Pero el Frente es posible cuando esas fuerzas son capaces de coincidir en una serie de soluciones en un período concreto de la vida del país; cuando son capaces de articular su actuación en distintos terrenos al servicio de esos objetivos; cuando son capaces de acordar en común un programa de puntos y el respaldo a ciertas candidaturas nacionales, aunque mantengan su propia identidad, sus propagandas y sus propias representaciones parlamentarias. Debemos admitir y comprender que el Frente Amplio puede y debe incluir integraciones más estrechas, e integraciones menos estrechas, si eso responde a la realidad. Tal vez es la única forma de llegar a sumar, a pesar de toda la dispersión de opiniones y tradiciones, una nueva realidad política que sea opción de poder, que cambie el curso de la historia nacional, que haga posible respaldar grandes transformaciones en que muchos coincidimos a pesar de las diferencias ideológicas y de tradición, grandes transformaciones hasta hoy manoseadas y postergadas, grandes transformaciones por cuya ausencia se nos muere la gente de explotación y de miseria, se nos enferma y humilla el país, se nos marchita el legado que hemos de dejar a nuestros hijos.

Esa es en definitiva la justificación y la piedra de toque. Nuestra obra es para servir a la gente. Para servirla realmente, y no solo para dar nuestro testimonio. Y los partidos son para hacer esa obra. Se deben a ella. Por ella están obligados a asumir los riesgos y a librar las batallas. Ella justifica a los partidos, a los riesgos, y a las coaliciones.

Algunos piensan con aprensión si hemos de usar para ese fin la legislación de lemas que hemos denostado y luchamos por erradicar. Esa legislación define las reglas del juego que nos han puesto, y dentro de ellas debemos jugar. Seguramente operan contra nosotros y contra el país. Seguramente haremos todo lo posible para cambiarlas por otras más democráticas y más justas. Pero entretanto estamos en el Uruguay y en 1970, esas son las reglas. Podemos hacer dentro de ellas nuestra obra, o evadirnos de la vida y de nuestra responsabilidad con la gente.

La opción es muy clara.

3.10. Nuestro desafío

[Editorial de *Flecha*, n.º 40, 30 de noviembre de 1970, p. 3.]

La primera semana de diciembre será decisiva para el Frente Amplio. Los congresos de la Lista 99 del Partido Colorado y del Movimiento Blanco Popular y Progresista que dirige el senador F. Rodríguez Camusso se reunirán para definir su desvinculación con los demás sectores que se agrupan en torno a los lemas tradicionales. La Comisión Nacional del Partido Demócrata Cristiano resolverá los pasos a dar en el futuro para la concreción del Frente Amplio. Todas estas decisiones acelerarán el proceso de integración de una nueva fuerza política, verdadera alternativa de lucha y de poder, quizás la última oportunidad para una pacífica y auténtica revolución nacional.

Ya estamos viviendo las horas de tensión, angustia y esperanza que preceden a toda opción trascendente. Esta pudo parecer muy lejana el 23 de junio de 1968 cuando el Partido, desafiando a la dictadura que se instauraba con las medidas prontas de seguridad, hizo el llamado a todos los sectores de oposición para unirse y enfrentarla.

Al recordar aquella instancia, les decíamos hace unos días a los afiliados de Montevideo: «La cobardía y el conformismo de algunos, la indecisión de muchos hicieron posible el duro proceso de estos últimos años; pauperización de los trabajadores y clases pasivas; desocupación, más de cinco mil presos políticos, militarización de funcionarios públicos y privados, destituciones arbitrarias: clausuras de sindicatos, partidos políticos, diarios y de la Enseñanza Secundaria; desacato al Parlamento; en suma, avasallamiento de la Constitución y de los derechos individuales, políticos y sindicales». Y agregábamos: «Pero estas desventuras no ocurrieron en vano. En la lucha por sobreponernos a tanta arbitrariedad e injusticia, el enemigo común unió a gentes de diversas corrientes políticas que no estábamos dispuestos a tolerar la leva y el garrote».

Hoy, cuando los ya nombrados sectores políticos de la 99 y de Rodríguez Camusso provenientes de los partidos tradicionales, el Movimiento Socialista

y el Fidel han dado muestras inequívocas de su decisión de integrar el Frente Amplio, cuando en todo el país numerosos ciudadanos independientes e importantes sectores de la vida sindical y gremial vienen manifestando su calurosa adhesión a nuestra iniciativa; cuando la juventud ve alentada su esperanza con la posibilidad de esta nueva alternativa; el desafío de 1968 se revierte hacia nosotros los demócratas cristianos, se acrecienta nuestra responsabilidad y nos llega la hora de la opción definitiva.

En aquella misma oportunidad escribíamos «no se trata de una unidad popular a la chilena ni de un frente de izquierda. Es un Frente Amplio en función de los objetivos primarios derrotar a la dictadura y la oligarquía, concretar un nuevo camino de salida para el país. Se propone unir a todos aquellos que coincidan ante todo con un programa de soluciones nacionales, populares y democráticas para el Uruguay de hoy. A ningún sector se le pide que renuncie a su ideología y a su vocación de realizar en el futuro su propia concepción de la sociedad nacional. Se trata de concretar las coincidencias y la voluntad política para ascender al poder en la década y realizar los cambios indispensables que sean punto de encuentro para la mayoría de los uruguayos.

Nuestra decisión debe estar abierta a la inclusión de todos aquellos que estén dispuestos a comprometerse y luchar en esta tarea concreta. Sumar el máximo de voluntades para la misma es condición ineludible para su eficacia y viabilidad.

El PDC no llegará al Frente Amplio con las manos vacías, sino aportando su Plan de Soluciones aprobado por su última Convención Nacional, su organización, sus hombres, su lema y más allá de todo esto la decisión de realizarlo».

Esta operación carecería de validez si no se hubiera logrado la integración de sectores políticos provenientes de los partidos blanco y colorado. Con ello debían afectarse los nucleamientos políticos tradicionales, acentuar sus contradicciones internas y hacer la operación verdad de unir y separar a las distintas organizaciones políticas en función de los problemas reales del país.

Esta audaz y riesgosa operación política es la única alternativa realista y sincera para sacar al país adelante.

En la vigilia del gran alumbramiento el Partido está movilizado. Los días 1, 8 y 15 de diciembre a las 21 y 30 horas desde las ondas de Radio Sarandí llegará, a más de 400 núcleos de orientales reunidos en casas de familia y lugares de estudio y trabajo en todo el país, nuestro mensaje sobre la realidad nacional, las soluciones de fondo que proponemos y la concreción del Frente Amplio. Todos estos temas los discutiremos en dichas reuniones y en todo lugar para que no quede un solo uruguayo sin saber lo que pensamos, queremos y realizamos. En Montevideo esta movilización culminará el día 18 con la gran asamblea del Platense, un desafío más para nosotros y el país.

3.11. Dos trincheras, dos proyectos



[Editorial de *Flecha*, n.º 41, 17 de diciembre de 1970, p. 3.]

Dos proyectos fundamentales para garantizar los derechos del que trabaja se han movilizado en estos días en la Cámara de Representantes. Los dos esperan todavía su sanción definitiva. En ambos nos ha tocado jugar un papel fundamental. Por ambos asumimos la cuota correspondiente de responsabilidad y libramos con todas nuestras fuerzas la batalla.

El primero es el proyecto que modifica el régimen de despidos en la actividad privada. Lo preparamos con el Dr. Aníbal Cagnoni en el año 1967. Acumuló informes favorables de especialistas en derecho laboral y ataques de entidades patronales. Para recoger las observaciones se pidió al Dr. Héctor Hugo Barbagelata una nueva redacción que fue larga y cuidadosamente retocada.

Luego vino la lucha por su aprobación en la Comisión de Legislación del Trabajo. Todo el proceso llevó tres años. La Comisión, muy activa en todo lo que se refiere a conflictos laborales y proyectos menores, postergó muchas veces este tema, en parte por su dificultad técnica (la redacción es muy técnica), en parte, a nuestro juicio, porque en las circunstancias en que vivía el país el viento soplaba contra los trabajadores. Finalmente, hace un mes se aprobó en Comisión y, la semana pasada, en la intensa actividad de fin de año, fue sancionado sin discusión en la Cámara de Representantes. Ahora queda el Senado.

En cuanto al contenido, el proyecto llena los vacíos que permitían escamotear derechos del trabajador despedido. La inversión de la carga de la prueba, y la revaluación de la indemnización por despido son algunas de las disposiciones que corrigen el procedimiento manteniendo un criterio de equidad e impidiendo la defraudación.

En segundo lugar el proyecto hace nulos los despidos que violen los derechos sindicales y de asociación, amparados por la Constitución de la República y los convenios 87 y 98 de la OIT. En caso de despidos violatorios de esos derechos, obliga a reponer al trabajador en su puesto, salvo circunstancias en que, por resolución del juez pueda cambiarse la reposición por una indemnización extra. Por otra parte, se presume, salvo prueba en contrario, que violan esos derechos los despidos de dirigentes sindicales y los despidos en ocasión de huelga. Esto constituye un comienzo de fuero sindical.

En tercer lugar se establecen los juicios orales y rápidos en materia laboral, donde los actuales pleitos de dos o tres años hacen muy exacta la afirmación de que una justicia lenta es la peor injusticia.

En cuarto lugar se reglamenta el contrato a prueba y se resuelven situaciones laborales creadas por la venta o fusión de empresas.

En conjunto una modernización del derecho laboral en varios aspectos y el primer freno importante para la vieja corrupción de ampararse en la posibilidad de despedir sin causa, para negar los derechos sindicales y hacer persecución ideológica.

La experiencia en la Comisión de Legislación de Trabajo nos muestra que gran parte de los conflictos laborales arrancan de esta corrupción.

El otro proyecto, aprobado por la Comisión de Legislación del Trabajo y que ha pasado a sala, es el que se refiere a los funcionarios y cesantes por los decretos de medidas de seguridad.

En realidad no se refiere solo a los actuales despedidos, sino que crea un sistema de protección de los derechos en la actividad pública, de carácter permanente. También ese proyecto surgió por la iniciativa nuestra, aunque en este caso lo nuestro haya sido solamente un pedido. La historia es la siguiente. Se habían presentado algunos proyectos para resolver el problema de los destituidos por la vía de un tribunal, o por el expediente de pagarles un equivalente al sueldo. Esos proyectos eran manifiestamente inconstitucionales. Para evitar una derrota en sala pedimos que previamente se solicitara asesoramiento a los catedráticos de derecho administrativo. Vinieron los doctores Aníbal Barbagelata y Horacio Casinelli, quienes confirmaron la inconstitucionalidad. Pero en su exposición el Dr. Casinelli señaló los vacíos de la legislación uruguaya y mencionó como una solución de carácter general, ampliamente respaldada por la doctrina y acorde del espíritu de la Constitución, el instituto del amparo. Fue así que interrumpimos su exposición para solicitarle prepara un proyecto, que es el que hoy está en sala. A pesar de ser el tema altamente técnico, tuvimos la clara impresión de que por allí estaba la solución del problema actual y que aportábamos una solución importante y permanente a la legislación uruguaya. Cuando recibimos el texto comprendimos que estábamos en presencia de un gran proyecto. El extenso y aplastante informe del Dr. Alberto Real en la comisión confirmó esta intención.

Muy brevemente tendríamos que decir que actualmente una resolución administrativa (por ejemplo una destitución) se aplica desde el primer momento. Si el perjudicado la considera injusta, reclama. Generalmente no le contestan y debe dejar transcurrir 210 días para que pueda considerar que le han rechazado la reclamación. A veces tiene que hacer una segunda reclamación y esperar otros 210 días. Recién entonces puede recurrir al Tribunal de lo Contencioso Administrativo. El pleito suele durar dos o tres años. Entonces, si le dan la razón

(si fue, por ejemplo manifiestamente ilegal; si la sanción se debió, tal vez, a una monstruosa persecución), el destituido vuelve a su puesto. ¡Si entre tanto no se murió de miseria y no se lo comieron los gusanos! El Tribunal de lo Contencioso Administrativo no puede disponer que el perjudicado vuelva a vivir de nuevo los cuatro años de su vida que le han destrozado.

Si el proyecto Casinelli se aprueba, la cosa cambia sustancialmente. El juez es en definitiva el que dispondrá, según como sea el asunto, si entretanto falla la justicia, la resolución administrativa se aplica o queda en suspenso. Una flagrante injusticia no se ejecutará, ni siquiera provisionalmente. Como una consecuencia, las destituciones crudamente ilegales de este sombrío periodo pachequista quedarían suspendidas. Pero la ley es permanente, y el que aprecia es un juez.

Es cierto que algunos han salido a buscar pelillos en el proyecto. Los mismos que han tolerado las groseras injusticias del mecanismo actual, la explotación que ha hecho de sus vacíos este gobierno persecutorio, ahora objetan que es peligroso dejar tanto margen de apreciación al juez. Se autodefinen.

En cierto modo, estos dos proyectos se complementan, uno en lo privado, otro en lo público. No cambian el régimen. Pero llenan grietas de la legislación e introducen nuevas protecciones para derechos atropellados.

Hoy, la enorme, trascendental, tarea de construir el Frente Amplio, tiende a absorbernos a todos. Al ver cómo se vuelve realidad ante nuestros ojos esa gran herramienta para transformar el país, se pierde la atención sobre lo que ocurre en el ámbito legislativo.

Y sin embargo esta lucha vale la pena librarla. La guerra contra la arbitrariedad y el atropello tiene mil trincheras.

3.12. «En los comienzos del Frente»

[*Cuadernos de Marcha*, n.º 46, febrero de 1971.]

Juan Pablo Terra, arquitecto, diputado, dirigente del Partido Demócrata Cristiano, camina lentamente por su estudio, observa distraídamente los árboles a través del ventanal que está a la izquierda de su escritorio, y explica cómo concibe una salida para las angustias nacionales.

La crisis económica —señala— se manifiesta y avanza al finalizar la guerra de Corea. Durante muchos años el país no la enfrenta con una respuesta adecuada a pesar de que la crisis irrumpe espectacularmente, devora al gobierno de Luis Batlle, pone fin a ochenta años de gobierno continuo del Partido Colorado. Triunfan luego los blancos, que intentan algunas recetas: libre cambio, precios libres, comercio libre; todo un enfoque desubicado, que ni siquiera pueden aplicar. Varían, entonces, sobre la marcha, hay un intento de planificación —luego

de los estudios de la CIDE—, que tampoco lo cumplen estrictamente ya que se detienen al llegar a algunas medidas, como las referidas a los salarios.

Ya en 1966, después de trece años, era evidente que si la crisis económica nacional tenía sus propias causas —las estructuras no tocadas—, la asombrosa falta de reacción del país denunciaba una honda crisis política.

» **El colegiado y la naranja**

El primer intento de respuesta consistió en recurrir a la reforma constitucional; la culpa de la incapacidad para tomar decisiones se lanzó sobre el colegiado; a mi juicio un mecanismo infernal, en efecto, que contribuía a paralizar las medidas a tomarse. Después se comprendió que el problema no era solo del colegiado. Y se aprobó la reforma naranja que estableció un presidente con amplias potestades, prometiéndose, en base a esas facultades, una firme respuesta a la crisis. Llegó Gestido, un hombre de orden, respaldado por un Partido Colorado con mayoría en la Cámara, y gran expectativa y esperanzas de un pueblo dispuesto, inclusive, a grandes sacrificios. Al año de su gestión ya asistíamos al gobierno más caótico que haya existido en el país en todo lo que uno recuerda. En pocos meses cambió radicalmente de orientación política y económica, diluyendo la esperanza hasta sustituirla por el desconcierto.

Crejó en la posibilidad de que hombres con puntos de vista radicalmente distintos pudieran entenderse por el hecho de estar en el mismo gabinete. «De la discusión saldrá la luz», decía en tanto buscaba unir el agua y el aceite. ¿Cuál cree usted que era la causa de ese error?

En el fondo creía en el Partido Colorado y en la posibilidad de gobernar con él. Y en 1967 quedó demostrado que se trata, ya, de un partido incapaz de gobernar. Podrá administrar —dentro de las rutinas— a un país sin problemas. Pero un país conmovido por las turbulencias de una honda crisis no puede tomar decisiones, porque no tiene posibilidad de una respuesta coherente. La pretensión de un gobierno con respaldo parlamentario terminó en 1967 con una monstruosa inflación que llegó al 135 %, magnitud que demuestra —más allá del fenómeno económico— un serio desbarajuste político.

» **Diagnóstico para dos colores**

Y este diagnóstico de que el Partido Colorado no puede gobernar, sirve también para el Partido Blanco. ¿Quiere una prueba decisiva? No ha podido siquiera hacer oposición, lo que es más fácil. No ha existido oposición del Partido Nacional. Vivimos años de tropelías que no se atajan, porque el Partido Nacional no ha conseguido un funcionamiento homogéneo ni siquiera cuando clausuraron a

sus propios diarios, atropello ante el cual ni siquiera se atrevieron a levantar las medidas. Y si han perdido hasta la capacidad de adecuada reacción frente al ataque directo, ¿qué posibilidades de funcionamiento podrán tener dentro de circunstancias más difíciles?

Y esto no es un enfoque partidista. Se trata de algo más de fondo: los partidos tradicionales no están alineados en función de los problemas actuales. En otros términos: todos los problemas que se han presentado en los últimos decenios los dividen transversalmente: el golpe de 1933, la institucionalización del colegiado o su eliminación, y, en general, todas las iniciativas con alguna sustancia: el esquema general de la política económica, la política internacional, la reforma agraria, la banca, el comercio exterior. La seguridad social, todos los problemas esenciales enfrentan a colorados contra colorados y a blancos contra blancos.

Ha sucedido, además, lo que suele ocurrir con las elites cuando pierden vigencia: caen en la tentación de cubrirse con una armazón legal para intentar sobrevivir. (Recuérdese por ejemplo, lo que sucedió con la nobleza parásita antes del estallido de la Revolución francesa.) De ahí todos los artificios legales para asegurar el predominio de los partidos tradicionales.

Para mantener lo que ya no es una realidad recurren a la fuerza de la ley. Y en otro plano, para defender a los sectores del privilegio recurren a la ilegalidad, desconociendo hasta las libertades formales.

Claro. En base a la ley de lemas buscaron evitar el riesgo de destrucción de los partidos. De acuerdo con ella cada grupito podía ser una isla autónoma. Así surgió algo que resulta incomprensible para quien venga del extranjero. De acuerdo con ella cada grupo puede tener autoridades independientes, programa independiente (cuando lo tiene), línea política totalmente independiente, ir a las elecciones con listas totalmente distintas (desde presidente hasta ediles) y, sin embargo, integrar, con los demás del lema, un mismo partido.

Han descubierto la forma de considerar homogéneo, por mandato legal, el resultado de sumandos heterogéneos.

Son en realidad, cooperativas de votación. En realidad hay veinte partidos reunidos formalmente en un lema. La consecuencia es que ganan el poder pero luego no pueden gobernar. Ya hay algo notable: cuando los integrantes del tradicionalismo político analizan la crisis de los partidos dicen: «Como los grandes líderes han desaparecido, las disposiciones legales han permitido salvar a los partidos». No se dan cuenta de que los grandes líderes son, precisamente, los que unifican (dominando las fuerzas de dispersión que puedan existir en los partidos), pero que esos mecanismos legales que aseguran la posibilidad de islas autónomas impiden, precisamente, la gestación de grandes líderes; permiten los caciquitos, o reyecitos, pero no los líderes.

» **Un gabinete del gran mundo**

La consecuencia de todo esto ha sido clara. A mi juicio, ya en 1967 quedó definitivamente probado que no había forma de apoyar en los grandes partidos un gobierno democrático de base constitucional. Después vino Pacheco, que debe tener la misma convicción: dio un puntapié al Partido Colorado y organizó un gabinete de hombres de negocios, de hombres del *gran mundo*: los Peirano Facio, Serrato, Pintos Risso, Jiménez de Aréchaga, sustituyendo a los políticos colorados por *no políticos*. Y en cosas esenciales ni siquiera consultó a su partido. Recuerdo que uno de los dirigentes del propio sector de Pacheco se entrevistó —una mañana de junio de 1968— con un director de ente autónomo. El diálogo fue más o menos el siguiente:

Director: ¿El gobierno piensa tomar medidas de seguridad?

Pachequista: No. No vamos a tomar

Director: No lo felicito por su información, acaban de anunciarlas por radio.

El destacado político del partido de gobierno no tenía siquiera noticia de una decisión fundamental. Al optar por un gobierno de oligarquía, Pacheco gobernó por decreto y dejó de lado al Parlamento, al que desconoció, agravó, desacató, inaugurando este intermedio dictatorial.

Frente a esta realidad surge el planteamiento del frente. ¿En qué medida resultaría una respuesta a ella?

Vea: a Pacheco hay que reconocerle un punto de vista coherente y una política enérgica. Un reconocimiento que es toda una condena cuando se comprueba que su política es una aberración desde el punto de vista social —y yo creo que sin futuro desde el punto de vista económico—, con miles de presos, destituidos, desocupación, angustia económica, es decir, a un costo social altísimo. Hasta ha destruido tradiciones nacionales valiosísimas. Nuestra conclusión es que a esa alternativa del pachequismo hay que oponerle otra alternativa coherente, decidida, pero con un significado distinto.

» **Las líneas del Frente**

¿Cuáles serían —a su juicio— los lineamientos fundamentales de esa política a seguir?

En primer término, una política nacional —casi diría nacionalista—, en defensa del país contra la dependencia la penetración y conducción nacional por parte de capitales extranjeros. En segundo lugar, una política popular, que encare con decisión transformaciones de fondo (como la reforma agraria, o de la

banca, etc.), democrática en los procedimientos (reivindicadora de las tradiciones de libertad). Eso no lo pueden hacer ni el Partido Colorado ni el Partido Nacional.

Una opción honda, ese cambio imprescindible que el país reclama, nos dividirá entre pachequistas o partidarios de una alternativa con ese programa. Estamos convencidos de que no habrá base para un gobierno democrático si no se superan, si no se flexibilizan, los lineamientos tradicionales y se producen agrupamientos en torno a la solución a dar a los problemas reales del país. El que crea en el pachequismo debe jugarse con Pacheco, y el que crea en otra salida distinta debe hacerlo junto a ella. En esta opción el país juega su futuro. Por eso buscamos constituir el frente, que ya planteamos en un mensaje del 23 de junio de 1968, en el que insistíamos sobre esta idea que ahora se abre camino.

¿Con qué sectores han hablado?

Con el orientado por el senador Vasconcellos, con la lista 99, la 51, el sector del senador Rodríguez Camusso, Pregón (cuyo representante en el Senado es la doctora Roballo), con algunos dirigentes políticos y en representación parlamentaria, con el FIDEL, con el socialismo que se agrupa entorno a *El Oriental* (hablamos con los doctores José Pedro Cardozo y José Díaz), con el Movimiento Socialista (Eduardo Jaurena, Ángel Valdez, etc.), con el Movimiento de Rocha, es decir, tratamos de convencer a todos los sectores que se han definido en una actitud contraria a la línea de gobierno de Pacheco. También conversamos con personalidades (como el general Seregni, el doctor Quijano, etc.) y aunque las entrevistas no estén concluidas tenemos un panorama bastante completo de la situación.

¿Cuáles han sido las respuestas? ¿Hay alguna contestación oficial?

La más terminante ha sido la del Movimiento Socialista, que nos entregó una declaración escrita, que ha hecho pública y apoya en determinadas condiciones la posibilidad de un frente. Pero permítame que no le trasmita las posiciones de los grupos. Ellos sin duda lo harán. Por mi parte creo que no debo usar ni difundir las posiciones recogidas con el diálogo en los distintos sectores.

¿La perspectiva general parece favorable?

Sí, de firme esperanza.

¿Qué han planteado ustedes?

Hemos hablado de coordinar la oposición, no solo en el plano parlamentario, sino también en el de la lucha popular, para exigir libertades y garantías, rehabilitación de los grupos políticos disueltos, condiciones electorales limpias:

libertad de prensa, posibilidad de acceso a los canales de televisión. Además, buscamos una coordinación de futuro —se trata de una lucha ulterior y posterior a la elección de 1971— ya que tenemos crisis para un rato; la situación nacional no se supera, lamentablemente, en un año o dos. Los grandes dilemas que hemos planteado nos dividirán durante años y no enfrenta solo a partidos sino a sectores de pueblo.

¿No se trata simplemente de un entendimiento con vistas únicamente a elección?

No, no es exclusivamente electoral. Hay sectores que en otro tipo de luchas populares también podrían participar. Pienso, por dar un ejemplo, en la Federación Anarquista, que no participaría en la elección, pero ha crecido en la clandestinidad y tendría puntos comunes en esa lucha.

¿Se trata, en realidad, de un entendimiento con vistas a una lucha más amplia?
Lo hemos planteado así en todos los casos.

» **Las vías y el programa**

Aunque esa acción tendrá, asimismo, su planteo electoral. ¿De acuerdo con qué formas?

El problema se complica por el sistema falso de la legislación electoral. Pero las soluciones van desde la posibilidad de votar bajo un lema existente (con sublemas) a recurrir a una reforma constitucional que permita votar por un presidente sin lema (lo que facilitaría la agrupación entorno a candidatos presidenciales) hasta formas más vagas como podría ser el acuerdo o coordinación de programas.—¿Hay entendimiento entorno al contenido de un programa común? ¿Cuáles serían los puntos fundamentales?—Hay coincidencia amplia entorno a la necesidad de una reforma agraria enérgica (que actúe como un gran renovador frente a la paralización del sector agropecuario) y a otros puntos, como la necesidad de poner la banca al servicio del país (la canalización del ahorro hacia finalidades nacionales, la eliminación de los préstamos usurarios, que distorsionan el crédito y provocan una cadena de quiebras) la concentración en manos del Estado de los rubros estratégicos del comercio exterior, hoy en manos de especuladores privados y hay también acuerdo, por ejemplo, en cuanto al papel del Estado en el desarrollo industrial, ya que está probado que el desarrollo industrial privado, espontáneo, languidece. El Estado debe ser planificador, promotor y actor principal del desarrollo industrial. Hay coincidencia además, en otros puntos, como la redistribución del ingreso y la seguridad social. Parece fácil la tarea de formular un programa, con la condición de que no nos atengamos demasiado a los

detalles y a que sean programas a mediano plazo, ya que a largo plazo cada uno puede tener aspiraciones propias acerca de la sociedad futura. El plan y el acuerdo servirán para enfrentar la crisis y superar los problemas que —en caso contrario— ahogarán al país en los próximos años.

» **Claves del acuerdo**

¿Cuáles son los pasos próximos hacia la construcción del frente?

Deberán concretarse en el diálogo concreto, directo, entre los grupos políticos. El frente se podrá ambientar con manifiestos, actos, etcétera, pero deberá armarse en el diálogo directo entre los grupos políticos. No será lo que pueda surgir de un congreso o asamblea; la política es algo más complicado que eso. Tengo la impresión de que irá surgiendo por aglomeraciones sucesivas; unos pasos (que son claves) desencadenarán otros, y la integración será, así, un proceso.

Si no se producen de inmediato acuerdos con otros sectores, ¿ustedes irían a un acuerdo con el FIDEL?

Exclusivamente con un sector no iríamos al frente. Descartamos el acuerdo bilateral con el FIDEL, o cualquier solución que en sustancia fuera más o menos lo mismo.

¿Por qué?

En primer lugar porque nuestro planteo frentista es ambicioso: pretende afectar los lineamientos tradicionales; tratamos de construir un instrumento que permita, hoy, una respuesta a las necesidades nacionales. En segundo término porque una unión bilateral, más allá de las divergencias reales y que consideramos importantes, nos desdibujaría, además de no lograr el objeto que se busca.

¿Y no se les puede indicar que por ahí se empieza?

No. Si ese fuera el primer paso quizás se congelaría la posibilidad del frente y no marcharía. Los pasos decisivos deben empezar por otro lado, y tenemos firmes esperanzas de que se concretarán.

3.13. El PDC y las raíces del frente

Los precedentes, condiciones y reflexiones que han conducido a la formación del Frente forman una larga y ramificada hilación, como raíces en el pasado. Es un tema de estudio que no se presta a simplificaciones. Pero la proposición y estruc-

turación del Frente Amplio es un proceso mucho más definido y preciso, sobre el cual se puede escribir de un modo muy cierto y conciso, que evita todo el enojoso problema de modestias y sobrevaloraciones.

La proposición de formar el Frente fue formulada por la Democracia Cristiana el 23 de junio de 1968, exactamente a los diez días de instauradas las medidas prontas de seguridad que se convirtieron luego en régimen permanente. Las medidas se habían adoptado en medio de una inflación enloquecida, a raíz del clima de desastre creado en las semanas inmediatamente anteriores por el escándalo de Acosta y Lara, la devaluación y la infidencia, acumulado todo ello a la frustración del año de Gestido.

Algunos pensaron, en ese momento, que las medidas de seguridad eran un fenómeno transitorio. Para los demócratas cristianos significa la confesión definitiva de impotencia de los viejos esquemas políticos. Nos tocó en ese momento, en nombre del partido, plantearlo públicamente en un mensaje de televisión en que está lo esencial del diagnóstico:

El hecho de que se mantenga esta política económica y el modo y las condiciones en que se mantiene, nos obligan a reconocer que detrás de la crisis económica hay una crisis política. Y que no superaremos la crisis económica si no superamos la crisis política. Crisis de la democracia uruguaya, crisis del Parlamento, crisis del sistema electoral. Pero sustancialmente crisis de los partidos políticos.

Hoy todos la admiten. Basta recordar algunos hechos para comprender que esta crisis de los partidos es particularmente profunda.

Primer hecho. El Partido Colorado había criticado acerbamente ocho años esa política económica. La gente creyó votar contra ella cuando votó a los colorados. Vio con asombro todos los tanteos, las contradicciones, las marchas y las contramarchas del año pasado. Y ahora, desde noviembre ve instalarse de nuevo con decisión y firmeza la misma política que estaba antes. Esto provoca un tremendo desconcierto y una tremenda frustración. Algún diputado colorado ha llegado a gritar dolorido que era una estafa a la ciudadanía.

Segundo hecho. El Partido Colorado sostiene al gobierno, salva sus ministros en las Cámaras, vota las leyes esenciales, pero no defiende la política. El diputado Cigliutti, el senador Vasconcellos, el senador Michelini afirman posiciones diametralmente opues-



[Cuadernos de Marcha, n.º 47, marzo de 1971, p. 13.]

tas a la política del gobierno. El vicepresidente de la República hubo de encabezar hace pocos días una manifestación contra la política económica del gobierno, e hizo declaraciones a la prensa que significan la crítica más dura, más acerba a esta política. Del otro lado, si hay quienes, fuera del Partido Colorado, están acordes con los grandes lineamientos de esa política, evidentemente los votos en la Cámara no lo reflejan. Se pierden entre las oposiciones políticas de menor tamaño. Nosotros pensábamos y todo el mundo piensa que el respaldo parlamentario del gobierno debe arrancar de la convicción de los parlamentarios. Hoy vemos divorciadas convicción y voto.

Tercer hecho. El Poder Ejecutivo cada vez más separado de las bases políticas, forma sus gabinetes con hombres de la banca, del gran comercio, y se muestra cada vez más fiel a su línea económica, atornillado a los organismos internacionales que son mucho más consultados, y mucho más informados, y mucho más oídos que el Parlamento. El presidente, porque está en desacuerdo radical con personajes y dirigentes de volumen en su propio partido, o porque cree que estos no le pueden dar una base para gobernar, flota sin respaldo ni apoyo parlamentario en un ambiente de inestabilidad que hace grave daño al país.

Los grandes partidos han perdido la capacidad de representar la voluntad del votante sobre los problemas reales que se debaten, y han dejado de ser instrumentos útiles de gobierno. Y esto no es por casualidad; esto es porque desde hace años se convirtieron, al amparo de la legislación electoral, de la ley de lemas, en grandes cooperativas de votación sin autoridades comunes, sin programa común, sin ningún elemento aglutinador de fondo. Y eso ya es irreversible. La agrupación de gobierno no funciona, no por casualidad sino porque no puede dar marcha atrás en el proceso de varios años.

E inmediatamente, viene la respuesta al diagnóstico, la única posible, que es la solución frentista:

Ante eso debemos afirmar que es posible sin embargo hacer una política distinta. Pero ¿qué pasa con los que hablamos de esa política? ¿Qué ve el público de quienes sostenemos que hay que gobernar sobre bases radicalmente distintas, de los que hablamos de emprender sin demora la reforma agraria, de los que hablamos de poner en manos del Estado renglones fundamentales del comercio exterior, de los que hablamos de hacer un manejo dirigido del cambio por lo menos para los artículos fundamentales, de los que hablamos de sostener a toda costa el poder adquisitivo del salario, de los que hablamos de tantos temas coincidiendo en las expresiones? ¿Qué ve el público? Nos ve atomizados, pulverizados, repartidos entre distintos partidos, paralizados muchas veces por disciplinas partidarias, y entiende que eso no conforma una alternativa de gobierno. No forma una posibilidad real distinta.

Para nosotros es imperioso hacer esa política distinta. Incluso, decimos, hay más de una política opuesta a esta que practica el gobierno.

Proponemos la nuestra pero coincidimos parcialmente con muchos otros, y es en razón de ese hecho que hoy venimos aquí a preguntar públicamente esto que es una de

las ideas centrales de este mensaje: ¿Es o no posible en esta grave emergencia nacional unirse en torno a un programa mínimo común, sumar los esfuerzos para proponer y sostener una alternativa distinta de política?

Es decir, los que discrepamos con la línea actual, ¿somos capaces de formular un programa mínimo común y unir nuestros esfuerzos para defender y sostener la sustitución de la actual política por una distinta?

Porque si nos siguen viendo totalmente dispersos, ineficaces para sostener una política diferente, el público puede creer que no hay salida ninguna, y que seguiremos de elección en elección rotando los grandes partidos en el gobierno hasta la destrucción total. Y el país no soporta mucho tiempo más este camino.

Luego el partido llamaba a enfrentar al Ejecutivo con firmeza para provocar la disolución de las Cámaras por los artículos 147 y 148 de la Constitución y la realización de nuevas elecciones.

«No nos parece que nos podamos dar el lujo de esperar cuatro años más, deteriorándonos, para consultar al pueblo», decía el mensaje.

Esta salida, que al año siguiente estuvo a punto de concretarse cuando la censura a Peirano, apuntaba a un replanteo total de la base política, para el enfrentamiento de la crisis:

Reafirmamos la fe en esa política democrática que hace del pueblo el juez. Pero para que este fallo tenga sentido, se requiere verdad política. Y ese es otro punto fundamental. A eso llamamos. Más allá de antiguas disciplinas partidarias el que concuerde con las grandes líneas de la política actual es imperioso que sostenga al gobierno, que lo apoye en las cámaras, que se juegue y se gaste con él, y dé la cara ante el pueblo. Y que el gobierno sepa con quién cuenta y el pueblo sepa quién lo respalda. Y que los que propongan una política distinta se pongan de acuerdo en un programa mínimo común y se jueguen a fondo contra el gobierno para cambiar la política, para dar otra solución distinta. Sin pasar por esta verdad política no tiene sentido la consulta popular y no hay salida democrática.

Se dirá: ¿qué pasa entonces con los grandes partidos? Muchas grandes decisiones en el país se han tomado al margen de los cuadros de los grandes partidos. En cierto modo dividiéndolos transversalmente. En el año 1933 el golpe de Estado enfrentó blancos a blancos, y colorados a colorados. La reforma de 1942 también. El establecimiento del Colegiado del mismo modo. Y la última reforma constitucional, al alcance de la memoria de todos, fue hecha por acuerdo de grupos colorados y blancos contra blancos, colorados y otros grupos políticos. No es nuevo que hombres de distintos partidos se agrupen entorno a un problema real para darle una solución real que requiere el país, cuando el partido entero no puede dar esas soluciones.

Pero aquellas eran soluciones transitorias y este es un problema mucho más durable.

Estamos convencidos de que las soluciones a la crisis uruguaya dividirán necesariamente en forma transversal los grandes partidos porque ya no representan soluciones.

Este problema es muy durable y de gran dimensión. Hace años que giramos en torno a este perno de la crisis económica, sin poder liberarnos de él y durante mucho tiempo no nos liberaremos de él de ningún modo.

El mensaje no era una simple emisión de opinión, sino el comienzo de una operación política en que se iba a insistir pacientemente durante tres años. Copias de ese texto fueron entregadas a representantes de los grupos políticos identificados como opositores y se solicitaron entrevistas formales, algunas de las cuales se realizaron y otras no se pudieron obtener o se convirtieron en conversaciones informales.

La idea se volvió a manejar sistemáticamente en el curso de 1969, y en diciembre de ese año aprovechamos el ofrecimiento de un reportaje en *Marcha* para replantear públicamente la proposición avanzando ya más detalles, especialmente en materia de programa.

A la pregunta de si la encrucijada de la política nacional podía dar lugar a un gran frente popular, contestábamos:

Puede, y a mi juicio debe, dar lugar a un frente común. La crisis económica y la respuesta a la crisis económica, la dictadura y la respuesta a la dictadura son los mayores problemas políticos actuales. Y no se agotarán en una temporada ni en un período de gobierno. Ocuparán al país durante un buen número de años.

¿Cómo hemos de salir adelante si no juntamos el máximo respaldo de pueblo en apoyo de una fuerza política capaz de cumplir la tarea? Hay que desplazar del comando a la derecha política blanca y colorada, a la oligarquía económica y a los poderes extranjeros que pretenden manejarnos como cosa suya. Pero no para caer en la anarquía y en las contradicciones de los últimos períodos de gobierno; tenemos que arrancar al país de la crisis transformándolo profundamente por caminos democráticos y en una dirección auténticamente nacional y popular. Y esto no se hace sin coordinación de programas y de acciones, y sin respaldo masivo de pueblo organizado.

Esa es la gran tarea. Si avanzamos en ese sentido, los sufrimientos y las amargas experiencias de este período pachequista, no estarán perdidos. Si confundimos a la gente, si pretendemos que el pueblo olvide, si a la hora de sacar y poner gobierno, permitimos de nuevo revolver y sumar votos gubernistas y opositores, votos sumisos y votos combativos, hacemos escarnio del sufrimiento de la gente y postergamos la solución de los problemas nacionales.

Después de recordar el mensaje del 23 de junio agregábamos:

Alguien nos calificó una vez de ingenuos por este planteo, alegando que los grupos del mismo lema, diametralmente discrepantes en los gravísimos acontecimientos de este período, habrán sin embargo de sumar los votos al final. Yo no quiero hablar

ahora de probabilidades. No soy yo quien debe en estos momentos decir si otros harán, y cómo, y cuándo, gestos de libertad, de coraje, de creación de cosas nuevas, que yo juzgo beneficiosos. Simplemente afirmo lo que me rompe los ojos, como lógica. Y no me encierro en el fatalismo de esos alcohólicos que, como creen imposible desligarse de sus costumbres arraigadas se entercan en ellas hasta destruirse.

En cuanto a programa, proponíamos las siguientes orientaciones como base de discusión. Esta enumeración quedó con el nombre de los nueve puntos.

- 1) Restablecer la vigencia de los derechos y de las libertades, actuar por leyes y dentro de la Constitución y recuperar el Parlamento. Sé que esto no entusiasma a todos: a los pachequistas porque están cebados, a otros porque prefieren pensar en desquites. Sin embargo, lo creo indispensable. Lo actual ya hemos probado a dónde lleva.
- 2) Establecer una política planificada de transformación estructural y de desarrollo. Insisto: de transformación y de desarrollo, no de pura estabilización y congelación. Pero hacerlo aquí, en el Uruguay, y con amplia participación popular (gremial y política) en la elaboración y en el control. En otras palabras: nacionalizar y democratizar la conducción del país. Mirado desde otro ángulo: acabar con el entreguismo y la dominación oligárquica.
- 3) Liquidar en la banca, la influencia extranjera, y el caos y especulación privados. Poner realmente la banca en las manos del país es indispensable para acabar con el monstruoso régimen de usura actual, y para canalizar los recursos de interés colectivo.
- 4) Iniciar una enérgica reforma agraria que posibilite a la vez la transformación técnica y social del campo, y liquide poderes y privilegios funestos.
- 5) Nacionalizar los grandes rubros del comercio exterior, y en particular la comercialización de los principales productos agropecuarios. Acabar así con los grupos de presión y focos de especulación que han dañado al país y desorientado su desarrollo.
- 6) Provocar un fuerte impulso industrial. Implantar de una vez grandes industrias con recursos nacionales que como la siderurgia y la pesca, hasta ahora no han salido de los discursos. Reorganizar ramas en crisis, como la carne. Abrir mercados extranjeros por la integración y la complementación industrial. El Uruguay futuro será industrial o no existirá.
- 7) Ampliar fuertemente, y con sentido popular, tres sectores sociales: la vivienda (aprovechando a fondo las posibilidades de la Ley de Vivienda) la salud (estableciendo un efectivo seguro de salud) y la educación a todos los niveles.
- 8) Redistribuir valientemente el ingreso, aumentando los salarios reales y planificando una distribución más justa de retribuciones y pasividades.

- Y poner una parte creciente de la inversión en manos de los trabajadores.
- 9) Empujar la integración. Menos de tres millones de habitantes no pueden desarrollarse aislados. Pero integrarse no es hacer un mercado libre para los trusts extranjeros, sino un bloque de países solidarios para industrializarse, defender sus comercios, su posición frente a los acreedores, sus conquistas sociales y culturales.

Todo esto, y más, es fácil de decir. Pero exige reformas profundas de la administración pública y de las mismas empresas privadas, y desde luego de la seguridad social y de la legislación laboral. Por cierto no pretendo con esto agotar el contenido revolucionario de nuestro programa partidario. Ni fijar una receta para que los otros la acepten. Habría que conversar. Una etapa inmediata no es todo el futuro del país.

Este reportaje dio lugar a una polémica lateral. El periodista preguntó si en caso que los sectores blancos y colorados no se avinieran a formar el frente, buscaríamos el acuerdo con «partidos de izquierda» y «sectores populares». Como esa pregunta tenía incuestionablemente un nombre, la respuesta fue:

Yo le he contestado en relación a lo que usted planteó: un Frente Amplio (acuerdo o partido) popular, progresista, nacionalista y democrático. En esa dimensión hay que plantear la idea.

Si usted ahora pregunta sobre un posible acuerdo bilateral entre el Partido Demócrata Cristiano, de un lado, y el Partido Comunista o el fidel, del otro, le contesto: no es posible. Las diferencias son demasiado profundas para olvidarlas por una combinación oportunista que a nada llevaría. Esto no incluye que coincidamos en ciertos casos, por ejemplo, al resistir la dictadura de derecha, o al defender los sindicatos o los salarios.

No somos frentistas de cualquier frente. Si la idea ambiciosa no marcha, lo que nosotros haremos será, como ya lo he dicho, abrir nuestro lema a los que puedan ver en él un cauce para sus ideales y sus esperanzas.

La polémica posterior en la que intervino Bruschera, que venía escribiendo lúcidamente sobre el tema, permitió clarificar mejor la posición. El llamado del partido no incluía listas de invitados ni exclusiones. Pero la idea del Frente Amplio no podía ser sustituida por un acuerdo bilateral FIDEL-PDC, ni por una unión de izquierda clásica, y ni siquiera podía comenzar por ahí.

Indudablemente, más allá de la discusión sobre la pertinencia de una combinación bilateral o de una unión corriente de izquierda, quedaba expresada públicamente la posición favorable del FIDEL al planteo frentista. De los demás grupos, tampoco esta vez hubo respuesta definitiva.

En el programa de actividades de 1970 se resolvió insistir una vez más en el planteo frentista. Un programa de entrevistas oficiales con los sectores oposi-

tores, recogida con nuevo interés por la prensa, se desarrolló en los meses del invierno. Las reacciones esta vez estuvieron muy lejos del escepticismo inicial. Dos años de pachequismo dictatorial habían convencido de la dimensión y profundidad del deterioro, y mostraban al Frente como la única apertura democrática hacia el futuro.

Naturalmente las respuestas fueron de naturaleza muy variada, incluyendo la colérica reacción de Alberto Heber al decir que el PDC era un cuadrito de la B que quería formar un combinado para jugar en la A. Hoy, seguramente no tendrá dudas de que el «combinado» está jugando en la A. Pero la apertura frentista del general Seregni y la posición de los cuadros directivos de la 99 de trabajar en el sentido del abandono del lema y la formación del Frente fueron incuestionablemente los hechos que volcaron la balanza. A partir de ahí la etapa de la *proposición frentista* terminó, y comenzó la de la *estructuración del Frente Amplio*.

La Comisión Nacional del PDC del 28 de junio insiste en un llamado frentista. La Convención de julio ratifica la línea. Pero la Comisión Nacional del 3 y 4 de octubre ya autoriza concretamente a los dirigentes a estructurar con la 99 y otros grupos un primer aglutinamiento, habilitando a abrir el lema, y manteniendo la proposición original del Frente Amplio sin exclusiones. Las respuestas de otros grupos, claras en el caso del FIDEL, menos definitivas en otros casos, muestran ya las puertas abiertas.

A partir de ahí, los hechos públicos se precipitan. El 7 de octubre aparece el manifiesto de las personalidades que da lugar a la constitución del comité llamado por la gente «de los independientes». Y a fin de octubre se realiza el acto de la lista 99 en el cine Ateneo, que representa ya un pronunciamiento clamoroso.

El comité de personalidades anima, a partir de entonces, un intenso movimiento de opinión apoyado por los diarios *Ya* y *El Popular* y caracterizado por la multiplicación de mesas redondas en Montevideo y en el Interior donde todos los grupos frentistas vuelcan su apoyo y su militancia, pero que recoge también una respuesta de público muy grande y espontánea también entre la masa políticamente no comprometida. Durante un período se entrecruzan las gestiones políticas iniciales sustentadas por el PDC con las promovidas por el comité.

Los primeros días de diciembre el largo proceso se marca con un acontecimiento que ya le da carácter de irreversible. Los días 4 y 5 se realizan paralelamente el congreso de la 99 para definir el abandono del lema y la decisión de formar el Frente, y la Comisión Nacional del PDC ratificando sus posiciones y en particular que el Frente será sin exclusiones. Una vez definidas bases programáticas, mínimas pero definitivas del tipo de Frente que se quiere construir, se hará un llamado abierto y se aceptarán las incorporaciones de todos los que compartan esas bases.

El 7 del mismo mes, el Movimiento Blanco Popular y Progresista hace también abandono del lema y anuncia su incorporación al Frente.

El 18 y 19 de diciembre la asamblea del Platense y la convención rubrican la decisión definitiva del partido.

Los pasos siguientes realizados conjuntamente con la 99 conducen al último acontecimiento preparatorio: la constitución del Frente del Pueblo con su declaración de principios, y el llamado del Frente del Pueblo para la reunión del 5 de febrero en que habría de constituirse el Frente Amplio. Ese documento es un elemento clave. La definición de las características del Frente y los 12 puntos programáticos definen la tarea a cumplir y permiten que en un llamado abierto cada sector político decida por su cuenta la incorporación.

El 5 de febrero, cuando las delegaciones se reunieron en la sala del Palacio Legislativo, la etapa de estructuración preparatoria había terminado.

A partir de allí, el Frente Amplio se organizaría a sí mismo.

3.14. De la humillación al triunfo

[*Flecha*, n.º 42, 26 de marzo de 1971.]

Flecha reaparece después de un período de silencio. Ese silencio no se debió a apatía o pasividad. Por el contrario, pocos meses en la historia del partido, y pocos meses en la historia política del país han sido más fecundos y nos han visto más concentrados en una labor incansable, absorbente de todas las energías.

Hoy, la etapa fundamental del trabajo hacia adentro ha sido cumplida y debemos extender nuestras líneas partidarias para la lucha hacia afuera. *Flecha* vuelve a ser indispensable para el enlace en la lucha.

Hemos sufrido tanto estos años, soportando atropellos de todo tipo, angustiándonos con el pueblo pisoteado, humillándonos con el Parlamento vejado y traicionado, indignándonos con el país entregado, creyendo y esperando contra toda esperanza, que hoy podemos reclamar se nos excuse alguna jactancia.

¡Hemos hecho maravillas! Los equipos directivos del partido y el partido entero. Los compañeros más estrechos del Frente del Pueblo, y los compañeros todos del Frente Amplio. Lo que consideraban imposible los veteranos y experimentados especialistas, es un hecho. El Frente Amplio está ahí. Organizado. Con un programa escrito que expresa una voluntad colectiva de transformación nacional. Con sus candidatos proclamados, que son un ejemplo para el país. Con una primera explosión de pueblo en la calle capaz de despertar hasta las piedras.

De la aspiración inorgánica de las masas populares, hemos pasado a la fuerza organizada. De la protesta espontánea, al instrumento político de construcción nacional. Y todo eso sin defraudar una esperanza, sin perder la estupenda frescura de pronunciamiento popular, creciendo siempre, creciendo avasalla-

doramente en la calle y en las encuestas hasta permitirnos apuntar a las metas más ambiciosas, hasta llevar el miedo pánico al corazón de los dominadores insolentes, que se sentían antes inconmoviblemente seguros.

¡Cuántas estrategias se han hecho trizas! La estrategia del dictador que creyó imponer por la prepotencia alguna forma inicua de *orden* y de *prosperidad* material, sin tener delante otra oposición de grandes masas que el Partido Nacional, paralizado internamente por la complicidad y el miedo. No vio que en vez del orden sembraba a manos llenas la violencia, que en vez de prosperidad creaba las condiciones de una bancarrota que habría, al final, de devorarse incluso a sus consejeros y protegidos; que al golpear al pueblo, lo liberaba de los viejos moldes y de las antiguas rutinas, lo dejaba libre para reagruparse masivamente contra su opresión.

Y con esa estrategia se han hecho trizas también las de sus cómplices, laderos y nebulosos opositores. La de Jorge Batlle que creyó poder cosechar los frutos de la fuerza sin mancharse con su odiosidad. La de Echegoyen y sus colaboracionistas que creyeron poder permitir la dictadura escondiéndose en una cortina de humo para aparecer al final, en víspera de elecciones, como opositores al atropello y alternativa de sustitución. La de los opositores más combativos del Partido Nacional, que pensaron canalizar finalmente la protesta para sus propios casilleros dentro de los cuadros paralizantes del Partido Nacional, esa enorme ballena muerta que la tormenta de los últimos años ha varado en la playa.

No sabían lo que pasaba en la gente. Nosotros supimos auscultarlo; imaginar y construir la expresión política del Uruguay nuevo que quiere amanecer.

Pero la lucha es ardua y difícil. Encontramos una furiosa hostilidad que no conoce ni las normas mínimas de la legalidad, de la lealtad y del honor. La clausura de *Ya* y la disolución de su sociedad editora, destinadas a no dejarle al Frente más expresión que el diario comunista, para poder presentarlo como comunista, formarían un ejemplo suficiente, si no los hubiera a granel.

Que la satisfacción de lo hecho sirva solo para tonificarnos. Que no permita ni un descuido, ni un desmayo. El Frente Amplio es fuerte. El Frente del Pueblo es fuerte. El Partido Demócrata Cristiano es fuerte en la calle y en el Frente. Fuertes con la fuerza del apoyo popular, del tesón y de las convicciones en la lucha. Pero apenas estamos tendiendo las líneas para la gran batalla. Lo grande está por delante.

Un gran programa. Una gran fórmula de candidatos. Una inmensa respuesta de pueblo. El que guarde ociosa una sola gota de energía, no merece el país en que vive.

3.15. Discurso del 26 de marzo de 1971

[*Flecha*, n.º 43, 2 de abril de 1971.]

Pueblo uruguayo:

Nos encontramos hoy, aquí, después de atravesar un largo túnel de opresión y de vergüenza, un largo túnel de sufrimientos y atropello.

Mucho sufrimos materialmente, en estos veinte años en que el país se nos ha estado desmoronando poco a poco; en que hemos soportado el empobrecimiento, los campos improductivos, las fábricas paralizadas, la desocupación creciente, los ingresos disminuidos, las deudas que se amontonaban sobre el país, humillándolo, sometiéndolo a dictados ajenos, doblegando lo que no debía haberse doblegado nunca.

Mucho hemos sufrido. Pero no fue lo único, ni siquiera lo más importante, el sufrimiento material. Tal vez lo peor fue el sentido de impotencia. Veinte años en que no hubo una respuesta democrática a la crisis uruguaya, en que nos creíamos fatalmente prisioneros de la telaraña de la legislación de lemas, de las rutinas políticas, de los cuadros vacíos, sin programas, sin convicciones, sin querer profundo para transformar y salvar el país.

Ahora, en estos días en que estamos llenos de entusiasmo, en estos meses en que hemos aprendido a mirar hacia el futuro con esperanza, tal vez olvidamos los años en que se hablaba de un Uruguay sin futuro, en que se ponía en cuestión, ¡parece increíble!, la viabilidad de nuestro ser nacional. Nadie creía en el futuro y en las soluciones de un país paralizado políticamente por fuerzas inadecuadas, sin respuesta, sin realidad, sin pueblo. Y las instituciones democráticas funcionan cuando el Pueblo está adentro, porque sin él son solo una forma vaga, sin sentido, y paralizante.

Y un día llegó Pacheco...

Llegó este señor y echó todo por la borda, empezando por su partido, que no servía para gobernar. Echó por la borda el Parlamento, las leyes, los derechos, las tradiciones democráticas del pueblo, la voluntad de progresar, la voluntad de hacer justicia, la voluntad de ser libres.

Impuso una política de grupos minúsculos, oligárquicos. Impuso esa política pretendiendo que era estabilidad, y los hechos demostraron que era bancarrota. La impuso pretendiendo que era pacificación y los hechos demostraron que sembró la violencia como nadie lo hizo antes en el país.

Gobernó y está gobernando en guerra contra su propia patria.

Disolvió partidos políticos. Y no sabía, cuando los disolvía, que nos estaba preparando esta noche.

Clausuró diarios que tenían dignidad, y dejó algunos que mañana no dirán más que cuatro renglones de esta masa de pueblo. Pero cuando clausuraba diarios no sabía que nos estaba preparando esta noche.

Aprisionó a la gente sin juicio, la metió en la cárcel descartando las decisiones de los jueces. Torturó. Dejó el grito desgarrado en la celda de tortura, y la sangre pegajosa sobre el asfalto. Y al hacerlo no sabía que nos estaba preparando esta noche.

Desacató al Parlamento, a las leyes y a la Constitución.

Y sin embargo le digo: ¡gracias!

No por eso, sino porque nos hizo libres. No por eso, sino porque nos enseñó que ante un desafío de semejante magnitud, éramos capaces de arrancar de la tradición democrática de nuestro pueblo, la libertad y la conciencia suficientes para construir una solución política democrática, que hoy está aquí presente.

Esta noche es el primer contacto de masa. Venimos con un Frente ya organizado, con un programa que es un camino de transformación para la libertad y el progreso nacional. Venimos con candidatos, que son un lujo, a realizar la obra. Pero todavía no está completo. Mucho tendremos que hacer.

¡Esta noche es un abrazo de pueblo!

Esta noche, en realidad no es una noche: ¡porque es luminosa...!

La noche, la verdadera noche quedó atrás, en el momento en que descubrimos que éramos capaces de construirnos, solos, nuestro futuro.

3.16. ¡Si hubieran podido ocultarlo!

[*Flecha*, n.º 44, 16 de abril de 1971.]

A partir del acto del 26 todo es posible.

Un acto puede significar poco, mucho o nada. Excepto cuando es la manifestación irrefutable de algún hecho fundamental, que no había sido antes comprendido y reconocido. Cuando es un revelador. Entonces puede cambiarlo todo.

A partir del 26 de marzo, todo el mundo sabe que los esquemas se han roto, que una explosión de pueblo ha quebrado todas las barreras de contención acumuladas por más de cien años de historia bipartidista y consolidadas por una tortuosa e intencionada maraña de disposiciones jurídicas con que los avenergas de la política habían creído, de por vida y definitivamente, embargarle a la gente su libertad de pronunciarse.

Lo que parecía imposible, lo que tantos años fue imposible, ahora es un hecho.

Algunos lo presentimos en los últimos años, otros lo sintieron en los pasados meses. Para muchos el Frente era una realidad que se expandía fuera de todos los precedentes; y se llenaban de esperanza o de pánico, según los casos. Las encuestas dieron mediciones reveladoras del fenómeno. Los políticos de los grupos tradicionales reconocieron primero que era una fuerza importante, capaz de cambiar la relación de peso entre los viejos partidos, aunque considerándola minoritaria y dándole perspectivas sobre todo de futuro. Luego vieron con susto que el Frente no era una tercera fuerza, sino que la polarización se definía entre el pachequismo y el Frente. Cada vez pensaron que la expansión había alcanzado su tope. Luego, las encuestas desaparecieron de circulación y vino el pánico privado en los circulitos de dirigentes, que todavía trataban de alentarse con ilusiones, y sobre todo, de disimular ante la población.

Para inmensas multitudes se abría la esperanza, pero no existía la evidencia de la fuerza. Estaba la confusión de apreciaciones e interpretaciones, y los que «no creían» hablaban todavía con voz firme y mantenían la duda.

Solo un hecho irrefutable, inocultable, indeformable, podía liquidar todas las dudas y cerrar una etapa: los millares vibrantes, felices, reencontrados con la esperanza, del acto político más grande de la historia uruguaya.

En estos casos es que un acto lo puede cambiar todo.

Por algo hicieron el ridículo de no informar sobre el acto mismo los diarios «serios» que, se supone, cumplen la función de informar, y posibilitan que sea real el derecho sagrado de un pueblo libre a saber la verdad sobre lo que ocurre. Ridículo y, felizmente, contraproducente. No se oculta una inmensa masa humana sin precedentes, en el centro de una ciudad. ¿No lo sabían? ¡Apúntenlo en un papelito! Millares de personas comprendieron, junto con el significado aplastante del acto mismo, el papel siniestro de estos diarios «serios» en el ocultamiento y el escamoteo de los hechos.

Pero el ridículo no fue sin motivo. Era enorme el deseo de ocultar aquello. Tan enorme que actuaron estúpidamente. Un poste no ataja una inundación. La marea del comentario público rodeó el obstáculo de esos silencios intencionados y siguió adelante. Al día siguiente hasta el último habitante de la ciudad sabía que había cambiado el curso de la historia política, y todo el mundo pasó a conversar del futuro a partir de ese hecho.

Montevideo ya lo sabía. Ahora, el resto del país. ¡A despertar el Interior y a consolidar la obra! ¡El hierro se golpea en caliente!

Ahora que la gente sabe que es posible, se ha liberado una potencia humana incalculable. El mismo pueblo nos dará las armas: el apoyo cálido, la militancia sacrificada, el optimismo y la sonrisa, la contribución económica sacada incluso de ingresos modestísimos, desde donde no parecería sacarla, como se financia el regalo a la novia, como se compran las cosas muy soñadas. Lo veremos en la gira al Interior, lo veremos en la campaña financiera. Si no fallamos nosotros, no

va a fallar la gente. ¿No saben todo lo que tienen de reservas anímicas el pueblo uruguayo? Si nosotros sabemos recoger, tendremos las armas para triunfar en el enfrentamiento final de la campaña. ¿No eran así las grandes patriadas? Del galope solitario de los Treinta y Tres a las grandes movilizaciones de Sarandí e Ituzaingó, ¿qué hay sino el despertar progresivo de un pueblo ante la posibilidad de liberarse? Los que no podemos defraudar ahora, somos nosotros. ¡Y no defraudaremos! Sabemos que pedimos fuerzas al cansancio, militancia a los que ya están militando, duplicación y triplicación a los que están luchando como buenos. Pero ahora es el momento. Entre tanto, en frente de nosotros cunde el desconcierto y el pánico. Las respuestas son duras (clausuras, campañas de calumnias basadas en el monopolio de prensa) pero no inteligentes. Cuando quieren unificarse, más se empantana en divisiones que muestran la profundidad del caos en que están sumidos. Surgen proposiciones de unificación entre blancos y colorados como medio de salvarse en esta elección sumando votos; aunque, evidentemente, es al precio de mostrar que en el fondo son una sola y misma cosa: la conservación y la impotencia. Al precio de liquidar para el futuro la ilusión de la alternativa blancos-colorados. Medida gravísima, confesión de derrota, que despierta en los mismos partidos estallidos de cólera, pero que tienen una lógica profunda. No tenemos hoy el espacio para examinar las reacciones en el proceso interno de cada uno de los partidos: el caos colorado al irse perfilando un desplome del pachequismo: Ferreira arrinconado por la mayoría del desmoralizado Partido Nacional y condenado a rastrillar votos para la candidatura pachequista de Gallinal, a quien los blancos desesperados señalan como un símbolo y piden que acepte la corona. Sería interesante sin embargo hacer ese análisis y, sobre todo, mostrar como su debatirse febril documenta el pánico ante el avance frentista. El acto del 26 ha sido un mazazo que todo lo ha cambiado. Cuando decimos que el intento de ocultarlo fue ridículo, no decimos que no tuvieron buenos motivos para desear ocultarlo. Decimos, simplemente, que era, aparte de deshonesto, imposible.

3.17. Esas acusaciones no las hemos oído

[*Flecha*, n.º 45, 23 de abril de 1971, p. 3.]

No hemos estado para contestar acusaciones. No estamos para contestar acusaciones. En el espléndido combate que libramos, la actitud defensiva es la última que puede cabernos.

Pero acusaciones hay, ¡desde luego! y abundantes. Les ha atacado a todos un frenesí, un ansia de cuidar y proteger la pureza, ortodoxia y autenticidad demócratacristianas que conmueve. Y, ¡claro! sobre todo, protegerla de nosotros, los demócratacristianos.

En ese juego han entrado *El País*, *La Mañana*, *Acción* y *El Día*. Junto con cuidar la ortodoxia religiosa de la Iglesia Católica, amenazada por Mons. Parteli y Mons. Rubio, cuidan, en el terreno político, con el mismo cariño y con el mismo celo, la autenticidad democratacristiana de nuestro partido, amenazada por nosotros. ¡Si hasta *El Día* protege a la Iglesia defendiéndola de sí misma!, ¿cómo puede sorprendemos que *El País* proteja a la Democracia Cristiana, defendiéndola de los peligrosos caminos por donde la arriesgamos?

El hecho de que *El Día* haya siempre odiado a la religión y a la Iglesia hasta el extremo payasesco del *dios* con minúscula y del *señor Pacelli*, ¿puede acaso hacernos dudar de la buena intención con que ahora la tutela? ¿Se convirtieron de golpe? ¿Hicieron la primera comunión? ¿O esta solícita y angustiada preocupación de ahora es solo una nueva modalidad, cortesana y tartufa, del mismo viejo odio? Y decimos esto porque la piedad de *El Día* tal vez nos ayude a comprender la ortodoxia democratacristiana de *El País*. El mismo tipo de solicitud y de angustia. El mismo viejo odio, que fue despectivo y sobrador cuando se veían fuertes y nada temían, se ha vuelto reconcentrado y sinuoso ahora al sentir la propia fuerza disminuida, el propio dominio temblequeante, mientras nuestra fuerza, convertida en avalancha de pueblo, crece para esperanzas del Uruguay que renace.

Y de ese odio a la democracia cristiana como idea, a la autenticidad demócrata cristiana en toda su historia, surge el relieve que dan a todo artículo, reunión o renuncia, real o supuesta, de cualquiera que haya sido o no, ahora o antes, demócrata cristiano y nos ataque.

Si piensan sentarnos en el banquillo de los acusados están muy equivocados. Si quieren respuestas, que nos ataquen frontalmente por las verdaderas razones: por ser fieles a nuestro programa de transformaciones; por querer reimplantar una democracia, aún más pura, en lugar de la que ellos ayudaron a pisotear, por intentar en serio remover las injusticias estructurales que denunciamos toda la vida; por amenazar (primera vez en la historia uruguaya) sus predomios. Ahí sí. Discutiremos frontalmente.

Pero que no retuerzan demasiado la táctica. Que no monten tribunales de inquisición en defensa de ideas en que no creen, de doctrinas que detestan, de la autenticidad demócrata cristiana a la que siempre odiaron.

Contestaremos removiéndoles un poco la careta, para que se vea bien pintoresca.

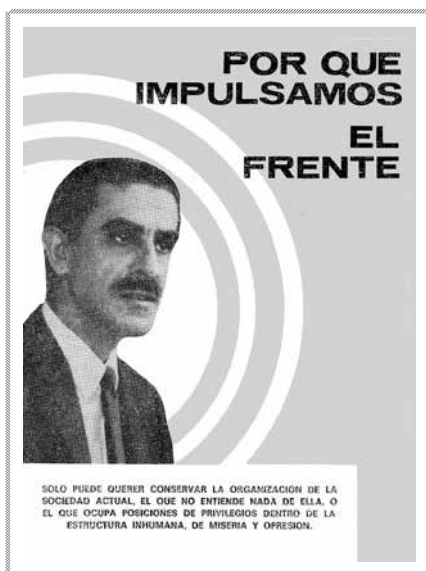
No estamos para contestar acusaciones. Somos más fieles que nunca a nuestra doctrina y a nuestro mensaje. Brilla más claramente que nunca la profunda seriedad, la verdadera y real convicción con que hablamos de nuestro programa de transformaciones. ¿O creían que tampoco nosotros hablábamos en serio, que también nosotros jugábamos frívola e irresponsablemente con los grandes temas en que se juegan las esperanzas de los sufrientes?

Han visto que no. Estamos comprometidos con todo en la liberación de los oprimidos. El Frente es el encuentro del pueblo. Su programa recoge nuestro programa. La Democracia Cristiana es más fiel que nunca a sí misma cuando está en la primera línea de la construcción de ese Uruguay futuro, que hemos definido democrático, nacional, popular y progresista.

Si nos hubiéramos cruzado de brazos ante el malón dictatorial, si nos hubiéramos sentado en la torre de marfil, si nos hubiéramos prendido a las aberraciones e injusticias del régimen existente, si hubiésemos rehuido jugarnos en la tarea de construir con el pueblo el futuro por el único camino real y posible, entonces sí mereceríamos ser juzgados.

Pero esas acusaciones no las hemos oído.

3.18. Por qué impulsamos el Frente



[Folleto, *circa* invierno de 1971.]

Solo puede querer conservar la organización de la sociedad actual el que no entiende nada de ella o el que ocupa posiciones de privilegios dentro de la estructura inhumana, de miseria y opresión.

Se nos pregunta a menudo por qué el Partido Demócrata Cristiano adhirió al Frente Amplio. Más exacto sería preguntar por qué propuso su formación y luchó tres años por el acercamiento de los sectores progresistas que lo integran; por qué contribuyó con tanta convicción a su constitución.

A estas preguntas podríamos responder:

- Porque el Uruguay necesita impostergablemente cambios de fondo y no existían fuerzas políticas capaces de realizarlo.
- Porque la salvación del país hay que buscarla por el pronunciamiento del pueblo, y para eso era necesario sumar las fuerzas de todos los que estaban dispuestos a apoyar y sostener ese programa de reformas fundamentales.

Si esto es así, los propios principios demócratas cristianos exigían al Partido que cumpliera esta tarea. En esta lucha frentista, el PDC no desaparece ni renuncia a sus convicciones, sino que se afirma y crece como fuerza demócrata cristiana y realiza lo que sus propias ideas exigen.

1. El Uruguay del futuro no se construye sin el Frente

Lentamente, esta República — que tan estimables realizaciones económicas, sociales y políticas había alcanzado— se fue hundiendo en una crisis que actualmente amenaza su propia sobrevivencia. Nuestras desgracias de hoy no se generaron súbitamente, ni tampoco solo por acción de poderes extranjeros. Estamos pagando culpas que antes cometimos y que recaen principalmente en los que tuvieron en sus manos la riqueza y el poder.

Las clases dirigentes uruguayas —los privilegiados de la economía y los que predominaron en nuestra vida política— tienen la responsabilidad de la situación que ahora sufrimos, porque utilizaron su posición para lucrar en perjuicio de las grandes mayorías. Pudieron —en la época de las vacas gordas— echar las bases de un auténtico desarrollo; en lugar de ello, dilapidaron el ingreso nacional y permitieron que potencias económicamente más fuertes nos sometieran y explotaran el trabajo de nuestros hombres.

Todo lo demás vino como consecuencia: la inflación, la burocratización, los conflictos sociales, el endeudamiento externo, la emigración de miles de orientales. Hasta llegar a las disyuntivas dramáticas que cada uno de nosotros debe actualmente afrontar y contribuir a resolver.

Los partidos tradicionales, gastados, sin ideas y sin programas, no fueron capaces, ni son capaces tampoco ahora, de emprender ni realizar la transformación. Ante los problemas de hoy, están fuera de época y no sirven. Además, dentro de ellos siempre hay representantes de los grupos privilegiados, interesados en que los cambios profundos y salvadores no se realicen.

En 1968 ya no podían ni siquiera atajar la inflación y el desquicio. Entregaron el país al señor Pacheco para que lo gobernara por medidas de seguridad, en una verdadera dictadura que multiplicó el caos y la violencia. Por este camino solo pueden prometernos un futuro sombrío, semejante a la situación que otros países latinoamericanos soportan, y de la cual les resulta muy difícil librarse.

2. El Uruguay se construirá sobre el pronunciamiento de su pueblo

La salvación están en otra dirección. Exige una reacción de la conciencia libre de los uruguayos, capaz de romper con la pasividad, la sumisión y la rutina.

El programa de grandes transformaciones salvadoras tiene que ser realizado democráticamente. Para eso hay que juntar todo el pueblo capaz de quererlas.

Juntarnos en una inmensa fuerza, convencida, creadora. Mantenerse divididos y aislados es regalarle el futuro.

El Frente Amplio es la respuesta de la conciencia uruguaya a los desafíos de la época. De una conciencia uruguaya que no entrega la soberanía nacional ni la tradición democrática ni el derecho de luchar por la justicia.

3. La formación del *Frente* tenía que contar con nosotros

El que conozca el Programa de Principios del Partido Demócrata Cristiano sabe que teníamos que estar luchando en el *Frente*.

Nuestros principios llaman a la lucha contra todo lo que mutila y esclaviza a los hombres: la miseria, la enfermedad, la privación de derechos y libertades, las desigualdades, la opresión de nación, de camarilla o de clase. Pero llaman a luchar contra las causas de fondo de estos males:

- la acumulación de riquezas y poder desmesurado en pocas manos;
- las estructuras políticas que escamotean al pueblo la decisión;
- y el imperialismo que somete y humilla.

Al volverse nuestra sociedad, en los últimos años, más clasista, más sometida al imperialismo y más defraudante de la voluntad popular, estábamos obligados a buscar soluciones heroicas para remover las actuales estructuras. Solo había una forma: reunir una inmensa masa de pueblo que ganara el poder y rompiera, de una vez por todas, el sistema bipartidista que nos tenía paralizados.

4. El PDC es una fuerza distinta y perfectamente definida dentro del Frente Amplio

Esto también surge de sus principios. Su ideología no le permite confundirse ni con los populismos que reúnen al pueblo para mejoras transitorias y no llevan a transformaciones durables y de gran aliento, ni con las corrientes marxistas, con las cuales discrepa en cuanto a la forma ideal de la sociedad futura y a los métodos para realizarla. Tiene su propio aporte que hacer. No puede, por tanto, fusionarse en una fuerza indiferenciada. Puede, en cambio, integrarse a un gran *frente*, manteniéndose distinto y fiel a sus propias convicciones.

5. El Frente Amplio responde a las convicciones de un demócrata cristiano

Primero: porque es democrático. El Frente pretende restaurar en el país la plena vigencia de las libertades, derechos y garantías constitucionales y legales, destruidos en los últimos años; perfeccionar la libertad de expresión; asegurar el

respeto a los derechos en materia de Enseñanza y de la vida religiosa y cultural; renovar una democracia política con pluralidad de partidos políticos, revivida por la participación popular. Todo eso forma uno de los capítulos fundamentales de nuestros principios: la Democracia Cristiana ha sido siempre celosa e intransigentemente demócrata. Esta bandera es su bandera.

Segundo: porque el Frente marca el comienzo de un camino para desarrollar el país, al servicio de la gente, en forma planificada, por una vía no capitalista, rompiendo los nudos principales del dominio oligárquico y las concentraciones de propiedad antisociales, y abriendo camino a la participación del pueblo.

Tercero: porque el Frente define una nítida oposición al imperialismo, rechaza la sujeción de los países en bloques al servicio de las grandes potencias, afirma la solidaridad con las naciones latinoamericanas y, en general, con los países del tercer mundo.

Cuarto: porque el Frente le permite al PDC, manteniendo su identidad y su propia personalidad como grupo político, desplegar su estrategia de la transformación social construida sobre la voluntad, libremente manifestada, del pueblo organizado. Este camino responde a la concepción demócrata cristiana de la acción política y del pluralismo.

Como dice la frase final del Programa de Principios de nuestro Partido:

«La única transformación social sólida, y que no traiciona a los hombres, es la que se construye sobre el querer organizado del pueblo entero».

Y eso, en el Uruguay de hoy, solo se logra en el Frente Amplio.

4. TOMÁS BRENA: «UNA GRAN ESPERANZA»

BRENA: el frente amplio, una gran esperanza nacional

• ¿Cuál es su opinión, sobre el Frente Amplio y sus posibilidades?

Mi opinión la expresé por tres veces en un diario, en radio y en un periódico de partido. Creo que fui de los primeros en pronunciarme en ese sentido. Expresé allí algunas razones, que ahora, después de oír muchas objeciones, tendrán un sentido más claro. Pero antes debo decirle que no tengo interés personal alguno en este planteamiento. Yo no puedo ser candidato de ningún partido hasta dentro de algunos años, por imperio del artículo 195 de la constitución nacional, que ha establecido, con justicia, una prohibición expresa para los ex-integrantes del directorio del Banco de Previsión Social. Como mucha gente espilla, a veces demasiado, es bueno prevenir sobre el desinterés total de esta opinión.

Creo que el Frente Amplio es necesario por tres razones:

1) porque la situación caótica del país reclama un gran instrumento de gobierno, producto de una gran coalición nacional;

2) porque el gobierno necesario no es de naturaleza conservadora, liberal o neoliberal, sino de radicalismo social, con reformas estructurales profundas;

3) porque al desconcertar y la decepción nacional es a cualquier desastre político, no se puede responder con el palabreo simplificador, sino con algo nuevo en forma y contenido.

• ¿Qué posibilidades le atribuye al frente?

—Creo que tiene muchísimas posibilidades, e de ganar el gobierno o de acercarse a la victoria, convirtiéndose en una gran fuerza política. El pueblo ha hecho todas las experiencias tradicionales. Ha sido gobernado por los dos partidos tradicionales, que han realizado política constructiva y política destructiva, casi al mismo tiempo, pero que ahora, en la multiplicidad de sectores y en desbarajuste ideológico, no tienen menzura. El frente aparece con un plan de gobierno, con ideales de izquierda, es decir, de radicalismo social y con la promesa sustantiva del cambio. Los victor, fuertemente visitados de la vieja política, reclaman la "otra cosa" que tras el frente.

• Se habla de fusión de partidos: ¿crea que eso es verdad?

—Le puedo decir lo que el frente no es, para luego expresarle lo que es.

El frente no es:

1) una fusión de partidos: cada uno de sus integrantes mantiene su personalidad;

2) una interpenetración de partidos: cada uno mantiene su tradición y su programa;

3) una masificación de partidos: cada uno colabora con libertad inteligente;

4) una enajenación de autoridades partidarias a un jefe o a un grupo.

Es cambio el frente es un gran convenio entre diversos partidos políticos:

1) para combatir el caos político, económico y social de la república;

2) para cumplir un programa bien determinado y programáticamente definido;

3) para realizar un cambio de las estructuras económicas actuales, que mantienen y hasta acrecen la pobreza colectiva, el subdesarrollo, que nos incluye entre las naciones proletarias, y la servidumbre al providencialismo extranjero.

• ¿Usted cree en la lealtad del compromiso, que es un hecho nuevo en el país?

—Creo. La deslealtad —todo dirigente político lo debe haber pensado— sería el fin del convenio; el fracaso de la política de coalición y el desprestigio de sus integrantes, que entonces habrían demostrado ser tan incapaces como los otros partidos, de salvar a la república de su presente desastre. Y cuando me refiero a incapacidad —es obvio manifestarlo— no aludo a personas sino a técnicas grupales.

• La crítica interesada habla de un gran beneficiario del convenio: ¿cuál es su opinión sobre eso?

—Oj la objeción. Si algún partido del frente fuera el gran beneficiario por el poderío electoral indiscutido y quisiera aprovecharse de él, fracasaría el convenio; se destruiría la coalición y se alejaría dramáticamente la posibilidad de los cambios sociales requeridos. El presunto beneficiario, que sería egoísta y desleal —estoy en el terreno hipotético— pagaría la aventura con su propio desprestigio. Y en los dirigentes de los partidos hay gente demasiado inteligente para cometer esa tontería política. Se nos dice que el frente hubiera tenido éxito, sin la intervención del Fides, o como dice la gente, del comunismo.

De mí digo que mantengo mis viejas y nuevas discrepancias con el comunismo internacion-

nal, no por razones económicas, sino por razones filosóficas y políticas.

Pero militan tres razones para justificar el Frente Amplio:

1) si desunimos las izquierdas, no hay Frente Amplio. Sería un frente encienque, sin posibilidades electorales. Y para eso sería mucho mejor no crearlo. Los disgustos de cada uno no pueden contar. La unidad es de todos los que tienen alguna voz para el futuro;

2) El comunismo es una fuerza universal con la que es menester tratar, sin renunciar por eso a las propias concepciones políticas, sociales o filosóficas. Gobierna sobre más de 1.000 millones de personas. Posee un régimen económico y social que ha tomado parte de las estructuras capitalistas, como el capitalismo toma parte de las estructuras comunistas, como bien lo ha demostrado François Perroux;

3) Durante cinco siglos hemos tratado con el capitalismo, que le dio al comunismo algunos dogmas fundamentales: el materialismo, el ateísmo, el tecnocratismos. Durante esos siglos, soportamos despotismos políticos y económicos; imperialismos diversos... el hambre de los dos tercios de la población mundial... la servidumbre de las naciones proletarias, las guerras imperiales. ¿Por qué entonces tanto temor a los contenidos "impuros"?

• ¿No le han planteado la objeción de que, como católicos, apoye ese acuerdo?

—Algunas personas sí. Pero estoy dentro de la ortodoxia. Coalición con adversarios por fines laudables —el programa restaurador—; tiempo limitado —solo no es una fusión—; y medios licitos —consulta al pueblo— y técnicas no violentas. En síntesis, tengo una gran esperanza y no creo que sea una esperanza inocente, sino creadora de otras esperanzas fecundas. Le damos al pueblo algo en qué creer, en momentos en que todo está desesperado. El dilema es clarísimo: o cambiamos las estructuras económicas y sociales, con la planificación correspondiente, o nos hundimos en el subdesarrollo y la servidumbre. Recuerdo una frase de Laski: "Los hombres que ignoran las tragedias del pasado, no pueden culpar más que a sí mismos si son causa de la tragedia del futuro". Yo no deseo ser de esos.

[Entrevista en *Cuadernos de Marcha*, n.º 46, febrero de 1971.]

¿Cuál es su opinión sobre el Frente Amplio y sus posibilidades?

Mi opinión la expresé por tres veces en un diario, en radio y en un periódico de partido. Creo que fui uno de los primeros en pronunciarme en ese sentido. Expresé allí algunas razones, que ahora, después de oír muchas objeciones, tendrán un sentido más claro. Pero antes debo decirle que no tengo interés personal alguno en este planteamiento. Yo no puedo ser candidato de ningún partido

hasta dentro de algunos años, por imperio del artículo 195 de la Constitución Nacional, que ha establecido, con justicia, una prohibición expresa para los integrantes del directorio del Banco de Previsión Social.

Como mucha gente cavila, a veces demasiado, es bueno prevenir sobre el desinterés total de esta opinión. Creo que el Frente Amplio es necesario por tres razones:

1. porque la situación caótica del país reclama un gran instrumento de gobierno, producto de una gran coalición nacional;
2. porque el gobierno necesario no es el de naturaleza conservadora, liberal o neoliberal, sino de radicalismo social, con reformas estructurales profundas;
3. porque al desconcierto y la decepción nacionales, proclives a cualquier desastre político, no se puede responder con el palabrería sempiterno, sino con algo nuevo en forma y contenido.

¿Qué posibilidades le atribuye al Frente?

Creo que tiene muchísimas posibilidades, o de ganar el gobierno o de acercarse a la victoria, convirtiéndose en una gran fuerza política. El pueblo ha hecho todas las experiencias tradicionales. Ha sido gobernado por los dos partidos tradicionales, que han realizado política constructiva y política destructiva, casi al mismo tiempo, pero que ahora en la multiplicidad de sectores y su desbarajuste ideológico, no tienen mensaje. El Frente aparece con un plan de gobierno; con ideales de izquierda, es decir, de radicalismo social y con la promesa sustantiva del cambio. Los vicios, fuertemente visibles de la vieja política, reclaman la *otra cosa* que trae el Frente.

Se habla de fusión de partidos: ¿cree que eso es verdad?

Le puedo decir lo que el Frente no es, para luego expresarle lo que es. El Frente no es:

1. una fusión de partidos: cada uno de sus integrantes mantiene su personalidad;
2. una interpenetración de partidos: cada uno mantiene su tradición y su programa;
3. una masificación de partidos: cada uno colabora con la libertad inteligente;
4. una enajenación de autoridades partidarias a un jefe o a un grupo.

En cambio, el Frente es un gran convenio entre diversos partidos políticos:

1. para combatir el caos político, económico y social de la República;
2. para cumplir un programa bien determinado y programáticamente definido;
3. para realizar un cambio de las estructuras económicas actuales, que mantienen y hasta acrecen la pobreza colectiva, el subdesarrollo, que nos incluye entre las naciones proletarias, y la servidumbre del providencialismo extranjero.

¿Ud. cree en la lealtad del compromiso que es un hecho nuevo en el país?

Creo. La deslealtad —todo dirigente político lo debe haber pensado— sería el fin del convenio, el fracaso de la política de coalición y el desprestigio de sus integrantes, que entonces habrían demostrado ser tan incapaces como los otros partidos, de salvar a la República de su presente desastre. Y cuando me refiero a la incapacidad —es obvio manifestarlo—, no aludo a personas sino a técnicas grupales.

La crítica interesada habla de un gran beneficiario del convenio; ¿cuál es su opinión sobre eso?

Oí la objeción. Si algún partido del Frente fuera el gran beneficiario por el poderío electoral indiscutido y quisiera aprovecharse de él, fracasaría el convenio; se destruiría la coalición y se alejaría dramáticamente la posibilidad de los cambios sociales requeridos. El presunto beneficiario que sería egoísta y desleal —estoy en el terreno hipotético— pagaría la aventura con su propio desprestigio. Y en los dirigentes de los partidos hay gente demasiado inteligente para cometer esa tontería política. Se nos dice que el Frente hubiera tenido éxito sin la intervención del FIDEL o, como dice la gente, del comunismo.

De mí digo que mantengo mis viejas y nuevas discrepancias con el comunismo internacional, no por razones económicas, sino por razones filosóficas y políticas.

Pero militan tres razones para justificar el Frente Amplio:

1. si desunimos las izquierdas, no hay Frente Amplio. Sería un frente enclenque, sin posibilidades electorales. Y para eso sería mucho mejor no crearlo. Los disgustos de cada uno no pueden contar. La unidad es de todos los que tienen alguna voz para el futuro;
2. el comunismo es una fuerza universal con la que es menester tratar, sin renunciar por eso a las propias concepciones políticas, sociales o filosóficas. Gobierna sobre más de mil millones de personas. Posee un régimen económico y social que ha tomado parte de las estructuras capitalistas, como el capitalismo toma parte de las estructuras comunistas, como bien lo ha demostrado François Perroux;

3. durante cinco siglos hemos tratado con el capitalismo, que le dio al comunismo algunos dogmas fundamentales: el materialismo, el ateísmo, el tecnocratismo. Durante esos siglos soportamos despotismos políticos y económicos; imperialismos diversos... el hambre de los dos tercios de la población mundial, la servidumbre de las naciones proletarias, las guerras imperiales. ¿Por qué entonces tanto temor a los contactos «impuros»?

¿No le han planteado la objeción de que, como católico, apoye este acuerdo?

Algunas personas sí. Pero estoy dentro de la ortodoxia. Coalición con adversarios por fines loables — el programa restaurador—, tiempo limitado —esto no es una fusión—, medios lícitos —consulta al pueblo— y técnicas no violentas. En síntesis, tengo una gran esperanza y no creo que sea una esperanza inocente, sino creadora de otras esperanzas fecundas. Le damos al pueblo algo en que creer, en momentos en que todo está desesperado. El dilema es clarísimo: o cambiamos las estructuras económico-sociales, con la planificación correspondiente, o nos hundimos en el subdesarrollo y la servidumbre. Recuerdo la frase de Laski: «Los hombres que ignoran las tragedias del pasado, no pueden culpar más que a sí mismos si son causa de la tragedia del futuro». Yo no deseo ser de esos.

5. OSCAR H. BRUSCHERA. ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS

5.1. ¿Qué hacer?

[Semanao *Marcha*, n.º 1422, 25 de octubre de 1968.]

La encrucijada que el país vive no es una de esas crisis accidentales y pasajeras, normales en la historia de los pueblos. Simplemente un proceso que tiene lejanas raíces, ha adquirido una dinámica tan urgente que conlleva la necesidad de comprometerse y definirse. Los corrientes artilugios con que diestros desfacedores de entuertos consiguieron, en épocas no tan pretéritas, salvaguardar la paz y reconquistar la tranquilidad cada vez que amenazaban perderse, no encuentran ahora un quicio donde apoyarse para mostrar sus reconocidas habilidades. Y aunque al fin recompongan un nuevo precario equilibrio, hay hechos que parecen ya irreversibles: los partidos no funcionan; el Parlamento no existe; las libertades públicas pueden perderse sin renunciar a una juridicidad aparente.

El elenco político tradicional, no obstante sus notorias manquedades, poseía sensibilidad para captar la faz populista que en cualquier alternativa de la problemática nacional podía ser rescatable. Acaso no pudiera sacudirse el epíteto de demagogia; pero ciertamente no le venía bien ni el de reaccionarios, ni el de atrabiliarios. Era gente que además de cabalgar dentro de un esquema que soslayaba la brutalidad y el desafuero —y sabía dejar una puerta entrea-bierta incluso cuando fruncía el ceño—, tenía oficio. Si ninguno se improvisa, mucho menos el de *administrar* pueblos, dirigir el Estado, conducir la nave por entre los arrecifes sin riesgo de estrellarla contra los escollos. Mas resulta que quienes hasta hoy han aparecido como los depositarios de la soberanía, los *representantes* del sentir popular, los que recibían — cualesquiera que fueran las artes con que se ingeniaban para obtenerlos — el respaldo de las urnas, están desplazados, silentes, acobardados y reducidos a secundario papel. En su lugar se ha aposentado un equipo de banqueros y terratenientes con su cohorte abogadil que les pergeña doctrinas y les hurga jurisprudencias para explicar que siempre fue así y que todo está en regla. Los que andan mandando— no go-

bernando, porque han corrido más de cuatro meses de estropicios y algaradas, de desplantes y soberbia y nada se ha resuelto, nada se ha avanzado y hasta la famosa congelación, presunto logro del elenco, ya hace agua por los cuatro costados — los que andan mandando, digo, no juntarían votos ni para ser ediles, lo cual no obsta a que proclamen el basamento democrático de su investidura. Y no andan tan descaminados en su invocación, solo que con ello se prueba nada más que la escasísima representatividad popular del acto formal del comicio, que la teoría ha convertido en la clave única para desentrañar legitimidades y descalificar resistencias.

Ha ocurrido que el elenco gerencial que administraba los intereses de la oligarquía, y sin atacar sus privilegios se ingeniaba para no estrangular a la gente, ha sido despedido y cuando las papas quemaron, cuando se fue cerrando el infernal círculo del estancamiento, el subdesarrollo, la inflación y la entrega, las riendas del Estado pasaron directamente a manos de la oligarquía, la que se dio a la tarea de montar un orden en su beneficio, impuesto a palos si un personaje que debe de haber sustituido a los héroes nacionales en alguna devoción oficialista.

Dicen que Julio Herrera y Obes —y va la anécdota aun a sabiendas de que al amparo del ingenio de personajes se urdieron episodios de historicidad discutible—, respondiendo a la pregunta de cómo se sentía desde el sillón presidencial, lanzó esta frase, tan memorable que si no es verdadera merecería serlo: «Como un gerente cuyo directorio está en Londres». Dejemos transcurrir tres cuartos de siglo; quitemos Londres y pongamos Washington y la frase sigue actual, aunque hay una diferencia entre el otrora y el ahora. La producción agropecuaria del Uruguay, que fue, encajaba sin fisuras en el esquema económico del Imperio británico; la geopolítica andaba a la zaga de la economía. Hoy, preciso fuera, como ya lo proclamara hace más de un siglo aquel hirsuto ministro de Rivadavia, por el contrario, nuestro sistema productivo no encuadra dentro de las necesidades de la metrópoli hegemónica de turno, y si debemos marcar el paso es solo porque la geografía nos situó en la zona de su irrestricta influencia. Cuando los ingleses se nos fueron —el despistado orgullo nacional dice que los echamos—, se nos vino abajo el andamiaje de un Estado que había sido posible porque estaba inserto dentro de una estructura de dimensión ecuménica, en donde sus condiciones existenciales tenían cómoda cabida.

¿Y después qué ocurrió? ¿Qué ha sido de nosotros, desde que nos *sacudimos* la tutela británica? Hemos ido tirando, calafateo tras calafateo; sumergidos en la añoranza de un pasado irrecuperable; manejando los desvencijados tropos antiguos; siempre temerosos y renuentes a afrontar la responsabilidad de replantearnos el país, porque el otro, la Arcadia feliz, la Suiza de América, estaba muerta. Y si hoy los *hombres de empresa*, las *fuerzas vivas*, han decidido ensuciarse las impolutas manos en el quehacer político, es porque ante la bancarrota

inminente había que salvar las estructuras en donde se asienta su liderazgo. Dicho de otro modo, el país se divide de una manera inevitable: los esfuminos de definiciones partidistas incoloras ya no sirven y hoy se está con la oligarquía o contra la oligarquía.

Me apresuro a decir que no debemos engañarnos. Esa polarización del país, en el momento presente favorece a la oligarquía. Es esta la que administra los resortes básicos de su existencia, es la que tiene poder y claridad en sus objetivos. Ciertamente que hay una desinformación interesada y que hemos asistido a una ofensiva propagandística como el país no había conocido, pero aun reconociendo la importancia de ambos factores, el hecho es que no hay respuesta popular al desborde del poder, a la arrogancia de las fuerzas regresivas, al completo sojuzgamiento a los mandatos de los intereses imperiales.

Repetimos entonces, ¿qué hacer? ¿Cuál es el camino para los que nos negamos a ser colonia? Sociólogos, economistas, estadistas pueden reseñar las soluciones y aconsejar los caminos. Acaso no sería difícil obtener un acuerdo básico sobre cuatro o cinco puntos capitales para una acción antimperialista y por lo mismo entrañablemente nacional; pero lo que no tenemos a la vista es el instrumento político para proyectar ese programa en la acción.

Por largo tiempo el tema ha andado rondando en la cabeza de los que vivimos la trágica agonía del país, el tremendo proceso de su entrega; pero los hechos nos obligan a replantearlo con urgencia. ¿Cuál es la salida política? ¿Son aun funcionales los grandes partidos históricos o alguno de ellos? ¿Sigue siendo verdad que no es viable ningún camino que los margine? Y si ese camino existe, ¿cuál es y cómo instrumentalizarlo? He ahí las preguntas que esperan respuesta. Yo me siento obligado a dar la mía.

5.2. Qué hacer? (II)

[Semanao *Marcha*, n.º 1423, 1.º de noviembre de 1968.]

En un reciente reportaje publicado por nuestro colega *Extra*, el senador Francisco Rodríguez Camusso explicitaba la presente coyuntura histórica del país, de esta forma: «No estamos en presencia de una lucha —lucha tradicional que dio nacimiento y arraigo a nuestra democracia— entre blancos y colorados, sino entre oligarquía y pueblo.» Y luego de enfatizar el carácter antinacional del entregamiento de aquella a la línea del Fondo Monetario, extraía esta conclusión de orden rigurosamente política: «Si hay blancos que no vacilan en apoyar a este gobierno, ¿cómo habríamos de abrigar escrúpulos nosotros para entendernos en la defensa de nuestro pueblo con el batllismo, sin abandonar unos ni otros sus respectivos partidos? Yo seré siempre nacionalista. Siento cada vez más de-

voción por Oribe, Saravia, Fernández Crespo y otras de las eminentes figuras del nacionalismo. ¿Cree usted que Herrera, por ejemplo, con su fino sentido de lo popular y su profundo antimperialismo, arrastraría a las masas nacionalistas tras un gobierno como el actual?».

En los mismos días, *Vanguardia*, vocero del grupo del senador doctor Amílcar Vasconcellos, puntualizaba la inutilidad de las inquisiciones en torno al aparejamiento de un instrumento político para afrontar la crisis, estableciendo con la rotundidad característica de las mejores épocas del batllismo, que este y no ningún otro era el dispositivo buscado. El congreso de delegados montevideanos de la lista 315, que se celebró este fin de semana, se clausuró el domingo con un discurso del doctor Vasconcellos rebotante de cáusticas críticas a la orientación gubernativa, al proyecto de ley sobre productividad, precios y salarios, a la persistencia de las medidas de seguridad, indicadoras de un claro propósito limitativo de las libertades públicas. El congreso aprobó por aclamación este texto: «Marcar la diferencia en forma tajante y frontal de las posiciones ideológicas y doctrinarias en lo político, económico, social, sindical del batllismo 315 con las oligarquías gobernantes del Partido Colorado, designando una comisión revisora de la ley de lemas.» Esta directa acusación al anacrónico sistema jurídico que ha disimulado el desvencijamiento de los partidos, no excluye la reiterada afirmación de que el batllismo como fuerza popular con contenido histórico tiene plena vigencia; a la fórmula del tercer partido, Vasconcellos opone, pertinazmente, la réplica de que «el batllismo es el único instrumento para superar los problemas actuales».

Ambos planteamientos responden, de una manera en cierto modo coincidente, a la perplejidad y la angustia de aquellos sectores alarmados por la arrogancia de la oligarquía, por el desfibramiento de los mecanismos controladores del poder; por la inercia de un Parlamento que se está condenando ante tirios y troyanos; por la necesidad de estructurar una respuesta coherente y con signo nacional, a la política regresiva pero aún mayoritariamente aceptada por el consenso público, que están llevando a la práctica los más prominentes representantes de la oligarquía latifundista y bancaria. Y ambas demuestran, aun en la medida en que presentan matices diferenciales, la parvedad del enfoque frente a la magnitud del problema.

Un partido es un instrumento de un quehacer; no es una reunión de devotos unidos en el culto de las veneradas figuras del pasado; un partido es una respuesta a la problemática de la hora, no un recuerdo de hazañas y leyendas. De sobra sabemos que los nuestros, y justamente por la larga trayectoria recorrida, han conocido pautas aglutinantes de orden afectivo y emocional, antes que definiciones racionales, pero es falso, históricamente falso, que hayan estado siempre huérfanos de contenido y que solo hurgando en las raíces del ancestro lograban encontrar, antes, puntos de coincidencia.

Recientemente, en un trabajo que publicamos en la colección de la *Enciclopedia Uruguaya*, pretendimos rastrear en el ciclo en el cual los partidos fueron sobre todo divisas, o sea el que se cierra con la revolución de Timoteo Aparicio en 1870 «algunas definiciones, algunas maneras de sentir y de obrar que discurren a lo largo de su trayectoria y tengan suficiente peso como factor cohesivo adicional al aglutinante de la tradición y la leyenda». Y encontramos esos puntos asaz contundentes, aunque no todos tuvieran igual entonación y claridad; aunque se dieran grupos atípicos en ambos bandos que no autorizaban a tomarlos como una verticalidad tajante.

La evolución posterior fue, en ese sentido, mucho, muchísimo más clara. Para limitarnos a un solo ejemplo, digamos que el batllismo, aunque arranque o se apoye en la estructura partidaria del viejo tronco colorado, reelaboró una doctrina, una actitud, un enfoque tan disímil al que le sirvió de antecedente, que solo por un exceso de lenguaje se les sigue considerando como dos aspectos de una misma cara. Y alguien ha dicho, creo que con razón, que lo más original, lo más proficuo, lo más constructivo del batllismo, es aquello en lo que este dejó de ser coloradismo. Se me replicará: ambos han estado militando bajo el mismo lema, se han arropado en idénticas tradiciones y se han aplicado a venerar iguales ídolos; pero esto es cierto referido a este batllismo decadente y anodino que prolonga su agónico estertor entre nosotros, pero no para aquel batllismo vital y combatiente que siguió los pasos de su fundador, se encandiló con una devoción tan auténtica por su líder que no necesitaba recurrir a tradiciones quizás heterodoxas para acuñar su propio santuario de veneraciones, su particular y propia constelación de ingredientes irracionales, su cartabón de ideologías, doctrinas, prevenciones y hasta prejuicios.

Me parece un método casi infalible para detectar entre nosotros el vigor o la decadencia, la actualidad o la obsolescencia de un instrumento partidario, averiguar en qué medida necesita recurrir a las tradiciones del pasado para concitar la unanimidad de sus acólitos. Es como un movimiento reflejo que busca una apoyatura subconsciente, cuando está baldada para construirla sobre los requerimientos del inmediato presente. Nadie que conozca la historia de las tres primeras décadas del siglo xx podría argüir que el batllismo de Batlle necesitó invocar al general Rivera o la tradición liberal de la Defensa para aglutinar el fervor de sus partidarios. Aunque colorados de diferentes matices pero unívocos en la aversión a don Pepe lo jaquearan desde posiciones diferentes, el batllismo tuvo entonces razones propias y tomadas del discurrir de su tiempo para enfrenarlos y también decisivamente para avasallarlos con el imponente aparato de su coherencia, de su disciplina, de su respaldo popular.

Hoy, en 1968, cuando el país se enfrenta a la alternativa de impedir su enajenación al extranjero, su entregamiento a la rapacidad de una oligarquía antinacional, ¿no es acaso cierto que todos los que se pregonan batllistas necesitan

remontarse a los tiempos felices de don Pepe para encontrar algún punto de coincidencia, porque difieren, y difieren radical y profundamente, sobre todos y cada uno de los problemas, sobre todas y cada una de las prioridades, sobre todas y cada una de las soluciones?

Cuando el senador Rodríguez Camusso dice que el entendimiento de los sectores progresistas de ambos partidos no puede limitarse a una conducta defensiva, sino que deberá «imponerse en el propósito de propulsar una obra de gobierno que transforme el país, que le imprima renovada vitalidad, reestructurándolo», ¿no está acaso postulando la creación de un tercer partido, de aquel que tome entre sus manos el quehacer actual, aun cuando cada uno conserve intactas las tradiciones del ayer? Porque lo que está dado como punto de coincidencia, como temática del entendimiento, no es una cuestión accidental y transitoria sino la entera problemática nacional, la dilucidación de su destino, las sendas posibles para conquistar el porvenir. ¿Qué cosa es un partido, sino una nucleación humana que pretende tener respuesta para estas vitales preguntas?

5.3. Qué hacer? (III)

[Semanario *Marcha*, n.º 1424, 8 de noviembre de 1968.]

La democracia representativa —para bien o para mal, no es el momento de discutirlo— sigue siendo para la inmensa mayoría del país una de las conquistas cimeras de su evolución institucional. Aun en este momento hondamente crítico, los puntos de la política gubernamental que provocan prevención o repulsa no son tanto su alienación, su docilidad para las recetas acuñadas por la tecnocracia proimperialista, su definido color oligárquico y como los excesos de arrogancia y de fuerza, los atropellos a las libertades públicas, el desconocimiento de los elementales principios del viejo derecho liberal. Por supuesto, en este caso, como sucede siempre, las tropelías no son gratuitas; son meras consecuencias de la cuestión que está en el cogollo del problema: una política antinacional, y por tanto, obsecuente para con los intereses del Imperio conlleva la necesaria resistencia de las corrientes progresistas. El gobierno usa la fuerza para doblegar esa resistencia.

También aceptamos que el esclarecimiento y jerarquización de ese doble aspecto del problema es necesario, porque de poco serviría defender la vigencia de los derechos individuales si se omite indagar las causas profundas por las cuales se les ataca. Todo ello no disimula la obvia verdad de que para el pensamiento popular, el Uruguay es —debe seguir siendo— un país de libertades, un país donde se respeten los fueros elementales del ser humano, porque el estilo político uruguayo es el de la democracia representativa. Este esquema podrá te-

ner sus desventajas para aquellos que sueñan con la revolución, y que por tanto no atribuyen valor al mantenimiento de las garantías formales de las democracias parlamentarias; pero innegablemente tiene también su utilidad. Abre una ancha plataforma en donde es posible aglutinar la coincidencia de corrientes dispares; suministra elementos sentimentales, tan importantes como los racionales, para enfervorizar la resistencia a la tiranía; permite enraizarla con las legendarias tradiciones nacionales.

Si esto que venimos diciendo es un hecho que puede demostrarse de una manera casi experimental, será difícil negar que a esa misma masa popular le repugna cualquier forma de violencia. Desaprueba los radicalismos y los excesos, no entiende la teoría de la *acción revolucionaria*, protesta contra cualquier forma no pacífica de expresar un pensamiento, de procesar una reforma estructural.

La conclusión es asaz importante. Si queremos manejarnos con realidades; si aspiramos estructurar una solución política para el país que tenemos y no para la mirífica Utopía de los soñadores; si queremos aglutinar una corriente de opinión que cale con suficiente arraigo en la masa como para conmover a la oligarquía; si queremos tener un partido y no un cónclave de exquisitos e impolutos doctrinarios con residencia en la estratósfera, tenemos que partir de estas bases:

- a. importa mantener la estructura de la democracia representativa;
- b. importa planificar la acción política dentro de los cauces de aquella;
- c. importa el esclarecimiento simultáneo de la trascendental gravitación del fenómeno del imperialismo en la etiología de los males nacionales.
- d. importa, por fin, agrupar a todos aquellos que coincidan en este punto central aunque tengan disímiles procedencias filosóficas, aunque difieran en el entendimiento de cuál es la ideal sociedad del futuro, siempre que concuerden en cuál es la sociedad posible hoy, liberada de la coyuntura imperial, liberada del antinacional predominio de la oligarquía nativa.

Quiero ser más explícito para evitar equívocos. Las corrientes marxistas tienen un fundamental papel que desempeñar en esta unificación de fuerzas; pero descreo de un modo absoluto, y no tengo ningún inconveniente en proclamarlo, en que pueda ser posible orquestar una acción eficaz sobre la base del predominio o la tutoría de este signo. El mundo moderno asiste desde hace casi dos décadas a una profunda revolución en la estructura y en el pensamiento de la Iglesia Católica. América toda y el Uruguay no es extraño a esta peculiaridad a pesar de su larga ajenidad al mundo circundante, a su antigua devoción por los modelos europeístas, es culturalmente mestiza, hispana y cristiana. Vale decir

la resonancia del pensamiento y de la acción de la Iglesia, los estratos sociales hasta donde llega su voz y su voluntad son de tal suerte fundamentales que solo por miopía verdaderamente suicida puede excluirse del nucleamiento buscado a las corrientes cristianas, que se mantengan ortodoxamente ceñidas a la doctrina de su Iglesia. Porque muchas veces hemos visto que se pretende recibirlas, pero a condición de que dejen de ser tales, y por supuesto, en tal caso el entendimiento es imposible a nivel multitudinario que se precisa.

El tercer punto es el de las corrientes progresistas que se aglutinan dentro de los partidos tradicionales. El convencimiento de que es imposible en nuestro medio crear un movimiento de opinión con arraigo popular fuera de las estructuras de las banderías históricas, tiene el carácter de un verdadero mito. Puede demostrarse que es una vieja falacia histórica que esos partidos hasta la década del 70 fueron sobre todo divisas, o sea nucleaciones de raíz emotiva y carismática tras la aureola avasallante del prestigio caudillesco que después del 70, cuando quisieron ascender cimas más señeras, con sustancia ideológica, tropezaron con tales dificultades que acabaron esfumándose durante el rígido gobierno personalista de Latorre; que el batllismo es en el fondo un tercer partido, injertado en el troco colorado, pero renuente a todo lo que este tradicionalmente representaba; que la dialéctica del enfrentamiento blanco-colorado se sustituyó realmente por la de batllismo y antibatllismo en el ciclo del Uruguay optimista; que incluso la quiebra del predominio colorado y la llegada del nacionalismo al poder solo fue posible cuando, con Nardone a la cabeza, fueron traídas a votar por los blancos las masas de añeja estirpe colorada del cinturón agrícola de Montevideo y Canelones.

La demostración por erudita que sea no es suficiente. Un mito clavado en la psicología colectiva tiene tanto poder sociológico como una verdad verdadera. Si el instrumento del quehacer político se escinde de la tradición histórica, si aparece como un engendro desarraigado de las esencias nacionales, no tiene posibilidades de atraer a las masas populares. Por eso decimos que ese movimiento para tener viabilidad tiene que ser nacionalista, en el amplio sentido del vocablo, o sea, tiene que arraigar en las tradiciones y en los mitos nacionales. Se precisa una corriente colorada y se precisa una corriente blanca integrándola; corrientes que no abjuren de su propio acervo de glorias y luchas, que reafirmen en la experiencia y en las afirmaciones de sus antepasados los lejanos precedentes de la tesis de hoy. Ese mismo polifacetismo de las banderías tradicionales es una ayuda; son fácilmente rescatables en el legado de uno y otro, momentos estelares en que fueron combativamente expresivos de las necesidades nacionales. Si se cuenta con un desgajamiento del tronco colorado, pero falta la réplica y el momento coetáneo, con el opuesto signo, el riesgo del fracaso me parece evidente. La fractura tiene que ser simultánea y debe explicitar que las divergencias con la dirección en el enfrentamiento de la problemática

de hoy se produce por ser puntualmente fieles a la tradición progresista popular y nacional de cada una de las grandes colectividades. O sea, reafirmando en el entendimiento de hoy la divergencia en el ayer. Sin renegar de lo que se fue; por el contrario, siéndolo más fuerte que nunca, por acendrada fidelidad y devoción a los auténticos valores transmitidos por nuestros mayores.

Si esto que hemos esbozados puede ser posible, es evidente que blancos, colorados, cristianos y marxistas, coincidentes en los dos grandes postulados de antiimperialismo y populismo antioligárquico tienen que ajustar su actitud política a una línea que es bastante diferente a la actual. Buscar los puntos de contacto y no los de fricción; postergar las discusiones y los requerimientos sobre un futuro remoto, para atender los que angustiosamente presenta el momento actual; renunciar con patriótica esperanza al efímero inmediato; aceptar con lucidez, con valor, con paciencia, la dura, penosa, prolija batalla del adoctrinamiento, de la verdad, de la esperanza.

Es esta la voz de un ciudadano independiente que lealmente entrega su pensamiento para responder a la tremenda angustia de ver cómo el país se disuelve y se entrega, sin contar con un instrumento político idóneo para expresar la resistencia de por lo menos una parte considerable de su población. Son los hombres que han demostrado la sensibilidad ante la gravedad de la hora y que tienen entre sus manos el comando de los grupos políticos los que tienen que dar los pasos decisivos. La quemante pregunta es: ¿se atreverán?

5.4. «Ya hay acuerdo en lo más especial»

[Flecha, 21 de setiembre de 1970, p. 8]

1) *Su actuación como articulista de Marcha es muy conocida; ¿a qué atribuye usted su función, y a qué se debe que no se haya comprometido con una opción política determinada?*

De donde sacó usted que yo no me haya comprometido en una opción política determinada.

En los tiempos de mi mocedad me inicié en la Agrupación Demócrata Social, que era una corriente integrante del tronco histórico del Partido Blanco, con un definido signo antiimperialista, nacionalista, influido por las concepciones marxistas sobre el problema social y sobre las correcciones de la democracia política por la justicia social. Cuando Quijano, su creador, rompió definitivamente con el Partido Nacional en su famoso editorial «A rienda corta», que apareció en *Marcha* el 22 de agosto de 1958, fui de los que no creyó entonces agotada la posibilidad histórica del Partido Nacional, donde actué por un largo lapso posterior. En 1962 participé en la frustrada tentativa de la Unión Popular, a la que consi-

deraba una alternativa de posible solución de tipo nacionalista con impronta socializante. En el fondo sigo creyendo que este es el camino y que los errores que entonces se cometieron fueron no de planteo, sino de táctica y de métodos. De allí para adelante, nunca rehuí en mi labor periodística, la temática política. Me parece que la pregunta lleva implícita la falacia de que solo hace política el que se afilia a un grupo determinado. Claro que sería mejor así, siempre que no se trate de la conquista de un mero rótulo. Muchos se declaran adheridos a una divisa porque les resulta más cómodo, más resguardo, menos expuestos a las dificultades de definición de cada minuto. No olvide, además, que las críticas a las estructuras políticas actuales comprenden también a los llamados *partidos de ideas*, que han estado marginados de la masa popular. Para poder actuar dentro de una organización no basta tener ganas, hay que encontrar aquella que exprese los requerimientos más entrañables de nuestras convicciones y en forma suficientemente eficaz para no transformarse en una academia distraída en coloquiales ejercicios. Alguna vez dije, y ahora se lo repito, que se necesita un instrumento político para el país que tenemos, no para el que nos gustaría tener.

2) *¿Por qué considera usted que nuestro país está enfrentado a un problema estructural?*

¿Acaso existe quien tenga, a ese respecto, alguna duda honesta? Tome usted, por ejemplo, un planteo tan ortodoxo como el diagnóstico de la CIDE, que está lejos de ser revolucionario, que es apenas un esquema teñidamente *desarrollista* y, sin embargo, las carencias, el agotamiento, las imposibilidades en todos los sectores —económico, social, sanitario, educativa— condujeron, sin excusas posibles, a formular lo que el contador Iglesias llamó «una propuesta de cambio». El Instituto de Economía en su importante trabajo *El proceso económico del Uruguay* públicamente reconoce que la estructura agropecuaria tradicional ya no puede sostener más al país. Somos y seguiremos siendo por largo lapso un país agropecuario, y el sector fundamental de la economía ya no ofrece en su estructura actual soluciones viables. La dificultad no está pues en la diagnosis, sino en la terapéutica: cuál es el camino y cómo ha de hacerse para recorrerlo.

3) *Ya hace algunos meses usted expuso una serie de premisas para dar una salida política a nuestro país: ¿la considera actualmente vigente?*

El primer planteo se hizo desde las columnas de *Marcha* en el año 1968; volvimos sobre el tema a fines de 1969 y comienzos del 70. Entre uno y otro esquema pueden detectarse matices, pero en lo esencial coinciden y además los considero plenamente vigentes. No creo en la viabilidad inmediata de una solución socialista, sobre todo si no se inscribe en una coyuntura internacional que le brinde respaldos cercanos y tangibles, pero creo en soluciones de tipo nacionalista y popular que podrían vertebrar grandes conglomerados de opinión

sacudidos por la crisis y englobar sectores muy influyentes y crecientemente comprometidos con la problemática de la hora, verbigracia las fuerzas sindicales, las Iglesias organizadas; la opinión independiente y la *intelligentsia* advertida sobre la desnacionalización del destino del país que la oligarquía dominante está ejecutando de prisa, jugando la carta cipaya de subsistir a expensas del socorro extranjero.

Para citarle un ejemplo concreto: el punto de partida podría ser el programa de la CNT de soluciones nacionales para la crisis. Cierta vez me preocupé de demostrar —y creo que con éxito— cómo desde orígenes diversos y, por supuesto, con matices había sobre las cosas esenciales un acuerdo tácito entre todas las fuerzas progresistas que resisten el avance del fascismo, que no descrean de la libertad, que no quieren transformar al Uruguay en una nueva estrella en la bandera del Imperio. Esto parece claro, lo que no está claro es cómo lograrlo.

4) *Concretamente, ¿a qué fuerzas usted llamaría para la concreción de su iniciativa?*

Todas las que coinciden en esas premisas fundamentales, sin absolutamente ninguna exclusión. La prevención contra las corrientes marxistas es, me parece, cosa del pasado para mentalidades lúcidas y modernas; además, sería un contrasentido histórico. Algunos se asustarán, claro, pero nunca la cobardía y el temor fueron signos distintos de la verdadera creación. Además hay que tener el coraje de trabajar para el futuro, de no alucinarse con cálculos sobre el éxito inmediato. Si se logra articular un movimiento político coherente, sólido, claro y disciplinado, los propios acontecimientos lo irán fortaleciendo hasta transformarse en un incontenible movimiento de masas. Es necesario prevenirse contra otro simplismo: aquel que excluye de la política a quienes no están comprometidos dentro de una organización partidaria. Un entendimiento de dirigentes sin arraigo en las bases arriesga quedarse en una habilidosa estrategia electoral que se agotará con el comicio. La política es arte más sutil y más profundo que la mera cacería de votos. Esto no significa desdeñar la alternativa electoral, siempre que se la entienda como una posibilidad estratégica en vista de objetivos más vastos y duraderos.

5) *¿Cuáles son en su punto de vista los grupos políticos y sociales que en una primera instancia harían realidad sus planteos?*

En parte creo haberlo contestado al responder a la pregunta anterior. Hay dos grupos políticos concretos de los que deben partir: la Democracia Cristiana y el FIDEL; pero a su vez lo vengo repitiendo hasta el hartazgo en este país remolón y apegado a las formas tradicionales: nada sólido podrá armarse si se prescinde de los grupos comprometidos con las divisas históricas. Están dadas las premisas para que en ellos se produzca la ruptura con una dirigencia que

ya no interpreta la problemática de la hora, pero sin pretender que abjuren de los que han sido, porque ellos pueden beber en la tradición fuertes elementos aglutinantes para el nuevo quehacer.

Creo fundamentalmente indicar que ese instrumento político debe estar abierto a los grupos no políticos pero *politizados* en el mejor sentido del vocablo. Quizás las trampas de la legislación electoral obstena a que esta movilización encuentre cauces electorales para expresarse. No importa. La acción política sigue al otro día del comicio. Lo importante es exclaustrarla, no recluirla en las polémicas periodísticas o en las arengas parlamentarias; hacerle ganar la calle, transformar al pueblo en el principal protagonista. Y además, que todo esto se haga disciplinadamente con un comando, con una especie de directorio plural con capacidad de iniciativa y responsabilidad en la *praxis*.

6) *¿Aceptaría usted participar si se dieran las circunstancias en la formación de esa fuerza política?*

No sería honesto urdir alternativas y dejar a otros el riesgo de ejecutarlas. La hora es de compromiso. En la medida de mis flacas fuerzas, la participación deseada o no, me está impuesta.

5.5. El programa del Frente



[Marcha, n.º 1528, 15 de enero de 1971, p. 7]

Hace ya algún tiempo —en enero de 1970—, cuando la concertación del acuerdo político de las fuerzas populares era solo una esperanzada hipótesis, escribimos sobre sus líneas programáticas posibles, rescatando los planteamientos que desde fuentes diversas y con matices diferenciales importantes, pero con identidad sobre lo esencial, se venían haciendo desde antaño.

El llamamiento del 7 de octubre, aun en la parvedad impuesta por su carácter y objetivo, avanzó postulaciones que cualquier observador de la realidad podría vislumbrar como

insoslayables en cuanto mentalidades progresistas se sentaran a elaborar en común qué cosa se podía hacer con este Uruguay desvencijado y vendido. «Un programa destinado a superar la crisis estructural que el país padece, restituirle su destino de nación independiente y reintegrar al pueblo la plenitud del ejercicio de las libertades individuales y sindicales.» La unidad para abrir «una alternativa de poder a las fuerzas populares abocadas a enfrentar la situación de dependencia, acentuada bajo el actual gobierno y por la oligarquía nacional en connivencia con el imperialismo». O sea un nucleamiento de partidos y hombres de tendencia «democrática, progresista y antiimperialista» para realizar una política de «efectiva libertad y bienestar, fundada en el esfuerzo productivo de todos los habitantes de la República».

La Democracia Cristiana, la Lista 99, el Partido Socialista, el FIDEL y el Partido Comunista tenían programas confluyentes a estos lineamientos generales. El Movimiento Blanco Popular y Progresista al separarse del lema Partido Nacional estableció bases mínimas que se han actualizado en este momento y que por eso reproducimos por separado. El movimiento sindical organizado había a su vez, desde vieja data, expresado cuáles eran las soluciones posibles para la crisis nacional.

Todos estos pronunciamientos de carácter sectorial aportaban antecedentes ineludibles en el análisis del problema y le daban una certeza y claridad que no admitía engaños o falsas interpretaciones sobre las soluciones concretas que el devenir iba a plasmar en la cartilla única y común.

El acontecimiento político de la semana pasada fue la concreción del acuerdo de la Democracia Cristiana y la Lista 99 mediante el cual articulan sus fuerzas en un nuevo nucleamiento, llamado Frente del Pueblo, con el propósito de unificar su acción, paso previo a la integración global de todas las fuerzas populares en el Frente Amplio sin exclusiones, que los mismos sectores ya anunciaran y con el carácter indicado, en su declaración conjunta del 15 de diciembre pasado.

El que en su hora llamamos *polo no marxista* del Frente Amplio comienza así a organizarse de manera efectiva, sobre las bases siguientes que extractamos del documento político aludido:

El Frente del Pueblo está abierto «a la incorporación de los grupos políticos y de las personas» que compartan sus postulados y deseen trabajar en conjunto para realizar el ulterior agrupamiento suprasectorial del Frente Amplio. Es previsible que otras corrientes ya incluidas en el proceso unitario así como las que ulteriormente puedan adoptar decisiones similares encontrarán aquí un cauce para ir dando homogeneidad y fuerza a la nueva corriente política sobre una base ideológica y, una concepción del Estado y de la problemática nacional que incorporan opiniones muy importantes no partícipes de las corrientes en que se divide la izquierda tradicional. Entendemos que el procedimiento es realista y lógico porque atiende a la existencia de un efectivo polo de opinión que no es

de filiación marxista, que tiene una definición nacionalista y popular y converge en soluciones que llamaríamos de *tipo socializante* en el enfrentamiento de los problemas económicos sociales.

La incorporación al Frente del Pueblo no implica la pérdida de identidad de las fuerzas que lo integran ni la renuncia a sus propias formas de organización o a sus propios contenidos ideológicos y programáticos. Es un entendimiento de partidos hermanados por las amplias coincidencias comprobadas en un extenso período de luchas, que les impone, por lo mismo, un acercamiento más próximo y sólido que el llamado a concretarse con las otras fuerzas del movimiento unitario.

Naturalmente la estrategia adoptada exige esquemas organizativos que plasmen en la acción política concreta la convergencia sustancial que promueve y explica el nuevo estadio que adopta el proceso. A esos efectos se crea una Mesa Coordinadora Nacional de ocho integrantes, cuatro por grupo componente; se establecerán mesas departamentales con el mismo carácter, grupos de trabajo conjunto y, aunque no está dicho, presumiblemente también organizaciones de base.

En cierto modo estas pautas están dando la tónica de cuáles serán las formas que la conjunción amplia habrá de adoptar en el próximo futuro y constituyen un aporte cierto y concreto para la tarea común.

No nos proponemos ahora desarrollar ese tema —debemos volver a la cuestión programática— pero es nuestro deber resaltar la enorme importancia del acontecimiento. El mismo señala claramente el camino de agrupamiento y cohesión indispensables para adelantar por el sendero de la unidad y el carácter federativo que habrá de adoptar necesariamente el Frente Amplio para, sin perjuicio de preservar la identidad de todos los actuales nucleamientos y los que incluso puedan formarse en adelante, vertebrar sólidas corrientes de opinión coincidentes en aspectos esenciales superando la polvareda de fraccionamientos cuya persistencia aislada dificultará la tarea reunificadora. Está dicho entonces que el paso dado impone a otros sectores un esfuerzo paralelo coadyuvante al mismo objetivo, punto sobre el que hemos de volver en alguna de las próximas notas.

El acuerdo está acompañado por una articulación o base programática de doce puntos. Que es una definición del Frente del Pueblo y es una propuesta a los otros grupos, ya que su primer acto político ha sido «realizar una formal invitación al diálogo entre todas las fuerzas que aspiran a constituir un Frente Amplio para arrancar al país de la crisis, de la dependencia externa y de la prepotencia oligárquica con el sustento de la voluntad masiva del pueblo».

El 5 de febrero habrá de realizarse el histórico encuentro de los representantes de todos los hombres y mujeres de buena voluntad del país; pero entretanto es necesario tomar el esquema pergeñado por los compañeros del Frente del

Pueblo para someterlo a un análisis exhaustivo, profundo, polémico, con limpio propósito constructivo. Por nuestra parte entendemos que los doce puntos no son cuestionables, pero que requieren ampliaciones, explicitaciones, profundizaciones y enriquecimientos. Mejor que sea así; mejor que no se trate de una propuesta exhaustiva, sino de un esbozo ya trabajado para servir de base en las deliberaciones, pero que admita un ulterior desarrollo, un afinamiento y complementación justamente con vistas a que el programa sea la resultante de la aportación de todos; sea armado por todos porque será para todos.

Entendemos que existe desde este momento un elemento muy importante para el trabajo de la base: el estudio a nivel de todas las organizaciones ya constituidas pro-Frente Amplio de la propuesta programática del Frente del Pueblo para que el análisis del mismo y el proceso de elaboración de las soluciones definitivas comunes no se desarrolle exclusivamente en el seno de las dirigencias, sino que reciba el fecundo y creador empuje de la voluntad, de la inteligencia, de la inquietud y de la imaginación populares. Es una tarea constructiva que propone una temática apasionante, pero es también un llamamiento a la aportación creadora de las masas populares que están asumiendo papel protagónico, merced a estos acontecimientos, en la actividad política nacional.

Los grupos invitantes nos han anunciado el propósito de convocar a la reunión del 5 de febrero al Comité Ejecutivo Provisorio del núcleo de ciudadanos que hizo el llamamiento del 7 de octubre y, por esta vía, la opinión independiente que tan importante papel ha tenido en la movilización en torno al Frente Amplio tendrá la oportunidad de hacerse oír. Los ciudadanos que integramos ese comité tenemos, desde luego, muchas cosas a aportar y cada uno cumpliremos con nuestro deber en tal sentido, con responsabilidad y con alegría; pero al mismo tiempo como elemento de enlace con las organizaciones que ya han comenzado a formarse en las bases, sentimos la necesidad de hacerles llegar nuestro cordial y premioso llamamiento para que se pongan a la tarea de trabajar sobre el aspecto programático a fin de elaborar sugerencias y apuntaciones que seguramente serán fecundas y creadoras y al mismo tiempo le darán al mismo un bautismo de entraña popular, necesario y vital.

Existe un párrafo en el documento que estamos glosando que implica, en el plano definitorio programático, una toma de conciencia muy significativa y profunda. Incluye al enumerar las convicciones centrales de los dos sectores firmantes, este concepto fundamental: «Su ruptura con el capitalismo como sistema de explotación y de opresión y su voluntad de transformar la economía en una democracia de trabajadores, con formas avanzadas de propiedad social y autogestión; su oposición frontal al imperialismo y a toda forma de opresión, tutelaje o dependencia externa, concretado en la voluntad de luchar por la liberación y el desarrollo de los países del Tercer Mundo y por la integración que reconstruya federativamente la patria grande latinoamericana».

Hace unos días, cuando escuchaba en el escenario del Platense la palabra de Radomiro Tomic sobre la filosofía política de la democracia cristiana, me impactó su terminante afirmación de que ese movimiento era de carácter revolucionario, porque implicaba la rotunda convicción de la imposibilidad del desarrollo de los países dependientes en el esquema económico social del capitalismo clásico o de cualesquiera de las formas del neocapitalismo moderno. O sea: los países dependientes no podrán avanzar hacia su efectiva independencia de la tutela imperial si no adoptan una conducción económica que implique el control nacionalizado de sus resortes estratégicos esenciales. La planificación sin un entendimiento de los objetivos sustanciales deviene un instrumento de perpetuación de la actual estructura injusta de la sociedad; el desarrollismo depurado de toda connotación social es una forma de afirmar la dictadura de las oligarquías plutocráticas sobre la masa popular; la integración regional sin la defensa en cada país de los fundamentos económicos de su ser independiente es una forma subrepticia de alienación a los intereses foráneos. Y es esta convicción la que el documento trasmite: imperialismo y capitalismo son dos caras del mismo fenómeno histórico; la liberación del primero en el encuadre del segundo es dialécticamente imposible; la ruptura con ambos, que el documento glosado afirma, implica por tanto un programa de tipo nacionalista y de contenido socializante que es, sin ninguna duda, por lo menos el primer paso en el positivo camino de la liberación económica del país, como partícipe de la insurgencia del Tercer Mundo y como integrante de la doliente América Latina que ya ha comenzado en otros sitios y por vías diferentes, pero emparentadas por esta convicción central, el hermoso, fecundo, pero trabajoso y difícil trabajo de labrarse su propio destino.

Este es el principio rector y sobre las consecuencias que el mismo impone se articularán las soluciones concretas. Es sin duda un hecho venturoso y muy significativo. Que nadie en el Frente Amplio tenga al respecto la menor duda.

6. DOCUMENTOS DEL FRENTE DEL PUEBLO

6.1. Por un Frente sin exclusiones

[*Cuadernos de Marcha*, n.º 46, febrero de 1971, p. 15]

El Partido Demócrata Cristiano, el Movimiento Blanco Popular y Progresista y el Movimiento Batllista «Por el Gobierno del Pueblo» Lista 99, firmantes de este documento manifiestan —de conformidad con el mandato recibido de sus órganos soberanos— su decidida voluntad de coadyuvar a la necesaria ascensión del pueblo al poder, entendiendo que solo por esta vía ha de lograr el Uruguay el grado de desarrollo, de justicia social y de paz —basada en la fraternidad humana— que las minorías gobernantes, mediante un régimen capitalista concebido para su exclusivo beneficio, no son capaces de ofrecer.

Convergen en la comunidad de tales propósitos, tres corrientes perfectamente diferenciadas en el transcurso de la historia contemporánea del Uruguay, que las circunstancias coyunturales —nacionales e internacionales— fueron, sin embargo, acercando notoriamente en el correr de los últimos tres años, lo que se traduce en una similar concepción del Uruguay, del continente y del mundo actual y futuro. Esa concepción progresista y esencialmente humanista explica la coincidencia en la acción política y parlamentaria que estas fuerzas han mostrado a lo largo de este crítico período que le ha tocado vivir al país desde octubre de 1967, y en especial, desde que en junio de 1968 vamos cayendo aceleradamente bajo las formas de un descarnado Estado policíaco.

La toma de conciencia, tanto del proceso de regresión histórica en que se hunde nuestra patria, para preservar los privilegios de una minoría, como de los caminos que debemos recorrer, las etapas a cumplir y los objetivos a alcanzar para invertir los términos de poder, colocando al pueblo en la posición de usufructuario legítimo de la riqueza nacional y de rector de su propio destino, hizo que del análisis profundo de la problemática social, económica y política cada cual desechara aquellos puntos que pudieran separarlos, para fortalecerse en aquellos en que básicamente ha de fundarse la liberación del país y en los cuales se coincide.

Las fuerzas políticas firmantes, frente a la unidad monolítica de las clases dominantes, aliadas y respaldadas por el capital monopolista extranjero, responden pues con la unidad de los grupos progresistas, nacionalistas y antiimperialistas, creando un frente político del pueblo en el que el propio pueblo debe tener el poder de decisión; y declaran públicamente su disposición de atacar en profundidad —con todas las fuerzas que así lo sientan— las causas estructurales que dan forma a la actual sociedad capitalista.

Y en consecuencia, *declaran*:

Primero: Su deseo de constituir un frente político amplio sin exclusiones, integrado por todas aquellas fuerzas que actúen en función de un programa nacionalista, progresista, antioligárquico, antiimperialista y popular.

Segundo: Su absoluta convicción de que tal frente debe tener un carácter esencialmente político, y que por lo tanto las soluciones electorales solo serán una consecuencia de esa fuerza política.

Tercero: Su firme voluntad de que el frente no sea ni pueda ser propiedad de ningún grupo o grupos, ni dirigente, ni corriente política o filosófica en particular, sino que será un auténtico Frente Amplio del Pueblo, en el que el propio pueblo debe tener el más grande poder de participación y decisión.

Cuarto: La necesidad de que el frente asuma compromiso ante la opinión pública, en cuanto a que se respetará rigurosamente el programa ofrecido a su consideración, y respecto a la cohesión y disciplina interna fiscalizada por las bases, a través de una estructura partidaria genuinamente democrática.

Quinto: Su disposición para intensificar los contactos entre las partes firmantes con el propósito de lograr la concreción del agrupamiento de todas las fuerzas populares.

6.2. Manifiesto del Frente del Pueblo

I. Constitución del Frente del Pueblo

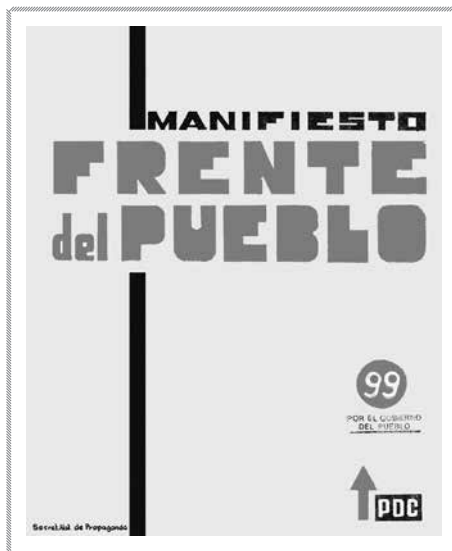
De conformidad con la orientación expresada en la declaración del 15 de diciembre último, conscientes de que la urgencia de la hora exige comenzar ya a actuar conjunta y organizadamente, el Movimiento «Por el Gobierno del Pueblo» Lista 99 y el Partido Demócrata Cristiano deciden articular sus fuerzas en un nuevo nucleamiento político bajo la designación de Frente del Pueblo, a través del cual unificarán su acción política y continuarán su lucha por la concreción del Frente Amplio.

El Frente del Pueblo tiene su origen en las amplias coincidencias constatadas a lo largo de un extenso período de luchas por los intereses populares. Estos per-

miten afirmar sus convicciones centrales; la concepción del hombre libre, responsable y solidario, sujeto de derechos que no pueden serles desconocidos a nadie y en ningún caso; su convicción democrática que hace del pueblo el dueño de su propio destino, en un Estado de derecho construido sobre el respeto a la libertad plena de expresión y organización de todas las corrientes sociales, culturales, religiosas y políticas, sin privilegios para la fuerza ni el dinero; su ruptura con el capitalismo como sistema de explotación y de opresión, y su voluntad de transformar la economía en una democracia de trabajadores, con formas avanzadas de propiedad social y autogestión; su oposición frontal al imperialismo y a toda forma de opresión, tutelaje o dependencia externa, concretado en la voluntad de luchar por la liberación y el desarrollo de los países del tercer mundo y por la integración que reconstruya federativamente la patria grande latinoamericana; su condición de fuerza popular auténticamente nacional aferrada a los mejores valores de la tradición patria; su voluntad de agotar las vías democráticas para que el pueblo a través de su lucha y de su movilización realice las grandes transformaciones.

La incorporación al Frente del Pueblo no implica la pérdida de identidad de las fuerzas que la integran ni la renuncia a sus propias formas de organización o a sus propios contenidos ideológicos o programáticos. Pero implica una disciplina común en la elaboración y en la acción. En consecuencia se procede a constituir una Mesa Coordinadora Nacional, integrada por cuatro delegados de cada organización componente. Por el mismo motivo se procederá inmediatamente a crear mesas coordinadoras departamentales y los grupos de trabajo conjunto que permitan coordinar efectivamente la acción.

El Frente del Pueblo está abierto a las incorporaciones de los grupos políticos y de las personas que compartan sus postulados y quieran trabajar desde ya conjuntamente por la constitución del Frente Amplio que el país reclama.



[Montevideo, 8 de enero de 1971.]

II. Llamado a la formación del Frente Amplio

El Frente del Pueblo, como primer acto de su vida pública, realiza una formal invitación al diálogo entre todas las fuerzas que aspiran constituir un Frente

Amplio para arrancar al país de la crisis, de la dependencia externa y de la prepotencia oligárquica, con el sustento de la voluntad masiva del pueblo, y con las siguientes características:

- a. Que sea un frente político, no una combinación electoral. Eso implica una conjunción de fuerzas políticas y de organizaciones populares, para plantear su lucha en todos los campos, sin perjuicio de las contingencias electorales inmediatas, tanto en la oposición como en el gobierno.
- b. Que sea una coalición de fuerzas, donde cada una mantenga su identidad, y no una fusión. Pero que sea una coalición organizada, con estructuras democráticas, autoridades comunes, mandato imperativo y otros mecanismos de disciplina que aseguren el cumplimiento efectivo de los compromisos asumidos.
- c. Que se comprometa a luchar, por lo menos, por la concreción de los siguientes puntos programáticos:
 1. Restitución de libertades, derechos y garantías. Funcionamiento pleno de la democracia representativa con pluralidad de partidos políticos. Libertad de expresión y prensa, sin monopolios ni exclusiones fundadas en el poder político o económico. Efectiva libertad para la vida sindical, religiosa y cultural. Libertad de enseñanza. Independencia real del Poder Judicial.
 2. Política de pacificación. Reposición de los trabajadores destituidos y reparación a los sancionados en el marco de las medidas de seguridad. Uso de la amnistía como instrumento para reintegrar a la actividad política legal a todos los sectores de la sociedad.
 3. Defensa de la soberanía nacional. Respeto a los principios de autodeterminación y no intervención. Lucha por una integración latinoamericana liberadora y por una acción conjunta para romper la dependencia y las cargas leoninas del endeudamiento.
 4. Política de transformación estructural y de desarrollo con objetivos sociales, efectivamente planificada, rechazando toda imposición de directivas económicas extranjeras.
 5. Reforma agraria que corrija en profundidad los problemas económicos y sociales derivados del latifundio y el minifundio, y del retraso técnico y el aislamiento.
 6. Vigorosa política de industrialización con fuerte participación del Estado en las industrias básicas. Impulso a la industrialización de la carne y la lana en el país, estableciendo un claro control público de ese proceso, organizando áreas dinámicas de producción nacionalizada, y eliminando toda forma de trustificación o penetración extranjera.

7. Nacionalización de la banca y de los grandes rubros del comercio exterior para sustraerlos a la usura y a la especulación, eliminar grupos de poder, nacionales y extranjeros; y poner el ahorro interno y las divisas al servicio del plan de desarrollo. La política de nacionalización no debe representar la concentración monolítica del poder, sino que debe contemplar la necesaria descentralización para permitir la participación popular en la gestión y la búsqueda del dinamismo y la eficiencia económica.
8. Reforma radical del régimen tributario, gravando fundamentalmente la riqueza y los altos ingresos.
9. Nueva y justa política de precios, salarios públicos y privados, intereses y utilidades, planeada con participación de los sectores interesados y que signifique redistribuir el ingreso para ajustarlo a la riqueza producida, a las necesidades populares y a los requerimientos de inversión.
10. Reestructuración de la seguridad social para terminar con la evasión de aportes, hacer más equitativas las cargas y atender las necesidades fundamentales sin privilegios ni postergaciones. Establecimiento del seguro nacional de salud. Transformación sustancial de las condiciones habitacionales con gran énfasis en la vivienda popular.
11. Extensión de la enseñanza, incorporándola a la tarea de transformación y desarrollo nacionales. Cumplimiento de las obligaciones económicas con ella. Respeto de la autonomía.
12. Modificación de la legislación electoral y del régimen de los partidos políticos para asegurar la participación efectiva y el control de la ciudadanía en el proceso de transformación.

Estas bases programáticas señalan las líneas mayores de una transformación nacional de sentido popular, justiciero y liberador, para la cual existe la evidencia de un respaldo excepcionalmente amplio en el pueblo.

No representan el objetivo máximo de ninguna corriente política actual, sino una plataforma común para actuar conjuntamente.

Su realización importa una política fundada en motivaciones de afirmación nacional. El desarrollo de esta conciencia en las masas permitirá soportar los sacrificios y emprender los esfuerzos requeridos por todo proceso de cambio.

Esta obra puede ser realizada en el Uruguay con la participación del pueblo integrado en una fuerza política que lucha por el poder para realizar las transformaciones por vías democráticas. El Frente Amplio debe surgir, como ha nacido en la calle, de la convicción común de que esa tarea debe ser cumplida. Si se constituye para realizarla, se convierte en la única esperanza de pacificación y en la única alternativa ante la derivación hacia la dictadura oligárquica y la violencia que ella provoca.

No sería justo este primer documento constitutivo del Frente del Pueblo si no señalara públicamente su reconocimiento al Movimiento y al Comité Ejecutivo Provisorio firmantes del Manifiesto del 7 de Octubre en razón de su importante contribución a la creación de la conciencia frentista.

A todas aquellas fuerzas políticas que concuerdan con estos lineamientos, el Frente del Pueblo los invita a la reunión a realizarse el 5 de febrero con la finalidad de ajustar las bases para la constitución del Frente Amplio.

Por el Movimiento «Por el Gobierno del Pueblo» Lista 99:

Hugo Batalla, presidente de turno
Zelmar Michelini, secretario general

Por el Partido Demócrata Cristiano:

Juan Pablo Terra, presidente
José Luis Cogorno, secretario general

7. DOCUMENTOS DEL FRENTE AMPLIO

7.1. Declaración constitutiva del Frente Amplio

[*Cuadernos de Marcha*, n.º 46, febrero de 1971, p. 25.]

El Movimiento Por el Gobierno del Pueblo, lista 99; el Partido Demócrata Cristiano; el Movimiento Blanco, Popular y Progresista; el Frente Izquierda de Liberación; el Partido Comunista; el Partido Socialista; el Partido Socialista (Movimiento Socialista); el Movimiento Herrerista lista 58; los Grupos de Acción Unificadora; el Partido Obrero Revolucionario (Trotskista); el Movimiento Revolucionario Oriental y el Comité Ejecutivo Provisorio de los ciudadanos que formularon el llamamiento del 7 de octubre próximo pasado, reunidos a invitación del Frente del Pueblo, hemos convenido en formular la siguiente declaración política que constituye el primer documento del Frente Amplio.

» El gobierno de la oligarquía

La profunda crisis estructural que el país padece desde hace décadas, su dependencia del extranjero y el predominio de una oligarquía en directa connivencia con el imperialismo, han ido creando, por un lado, hondas tensiones sociales y, por otro, un clima de preocupación colectiva sobre el destino mismo de la nacionalidad oriental. Cuando el deterioro económico desembocó en un proceso inflacionario paralizante de toda posibilidad de desarrollo, la oligarquía encontró, en el gobierno actual, un coherente intérprete político de su propia respuesta ante la crisis. Ambos pretendieron establecer un orden basado en el despotismo; atropellaron las libertades públicas y sindicales; agredieron física y materialmente a la universidad y a la enseñanza media; empobrecieron a los trabajadores al congelar realmente los salarios y nominalmente los precios; redujeron la capacidad adquisitiva de los ingresos de funcionarios y empleados, jubilados y pensionistas y vastos sectores de capas medias, asfixiaron a modes-

tos y medianos industriales, comerciantes y productores rurales; paralizaron las fuerzas productivas y desalentaron el trabajo; desmantelaron resortes vitales de la economía nacional como los bancos oficiales, el Frigorífico Nacional, los entes energéticos y los servicios de transporte. Enajenaron progresivamente —por la sumisión a las recetas del Fondo Monetario, por el endeudamiento externo, por la contratación de empréstitos lesivos, por la complicidad en la evasión criminal de divisas— la soberanía del país.

Todo ello para mantener intactos los privilegios de una minoría apátrida y parasitaria en alianza con las fuerzas regresivas del poder imperial. La República camina hacia la ignominiosa condición de una colonia de los Estados Unidos.

» **La resistencia popular**

El pueblo lúcido, su clase trabajadora y su juventud estudiantil, los creadores y difusores de la cultura, los partidos políticos progresistas enfrentaron esa conducta antinacional y antipopular defendiendo la existencia de la nación; por hacerlo sufrieron vejaciones, privaciones de libertad, destituciones, confiscaciones, proscripciones, torturas y crímenes, cercenamiento de derechos y clausura de órganos de expresión, toda una gama de atropellos que parecían relegados a la oscura peripecia de pasados tiempos. Sangre juvenil y obrera regó las calles, porque la voluntad libertaria del pueblo uruguayo, su dignidad y decoro y la creciente comprensión de las causas profundas de este desorbitado ejercicio del poder exigía una respuesta que no se amilanó ante la saña progresiva y fue forjando, en la dura experiencia de la lucha, las bases de la unidad popular.

» **Una polarización inevitable**

La coyuntura histórica conducía a una polarización entre el pueblo y la oligarquía que se hubiera cumplido de cualquier modo, ya que los trabajadores, los estudiantes y todos los sectores progresistas resistieron las imposiciones antinacionales. Pero la regresividad y violencia de la política gubernamental, sin precedentes en el correr del siglo, ofició como un acelerador en el proceso de enfrentamiento, en la conciencia colectiva de cambios urgentes y profundos, en la necesidad de instrumentar un aparato político capaz de aglutinar las fuerzas populares auténticamente nacionales para agotar las vías democráticas a fin de que el pueblo, mediante su lucha y su movilización, realizara las grandes transformaciones por las que el país entero clama.

La unidad política de las corrientes progresistas que culmina con la formación del Frente Amplio —cerrando un ciclo en la historia del país y abriendo, simultáneamente, otro de apertura y fe en el futuro— se gestó en la lucha del pueblo contra la filosofía fascizante de la fuerza. Y esa unión, por su esencia

y por su origen, por tener al pueblo como protagonista, ha permitido agrupar fraternalmente a colorados y blancos, a demócratas cristianos y marxistas, a hombres y mujeres de ideologías, concepciones religiosas y filosofías diferentes, a trabajadores, estudiantes, docentes, sacerdotes y pastores, pequeños y medianos productores, industriales y comerciantes, civiles y militares, intelectuales y artistas, en una palabra, a todos los representantes del trabajo y de la cultura, a los legítimos voceros de la entraña misma de la nacionalidad. Porque es un movimiento profundo que enraiza con las puras tradiciones del país, que recoge y venera las construcciones que vienen del fondo de la historia, y tiene, simultáneamente claros objetivos para alcanzar un porvenir venturoso, siente que su vertiente más honda la enlaza con la esclarecida, insobornable y combatiente gesta del artiguismo.

» **Las bases programáticas de la unidad**

En esta dramática circunstancia, conscientes de nuestra responsabilidad y convencidos de que ninguna fuerza política aislada sería capaz de abrir una alternativa cierta de poder al pueblo organizado, hemos entendido que constituye un imperativo de la hora concertar nuestros esfuerzos, mediante un acuerdo político, para establecer un programa destinado a superar la crisis estructural, a restituir al país su destino de nación independiente y a reintegrar al pueblo el pleno ejercicio de sus libertades, y de sus derechos individuales, políticos y sindicales. Un programa de contenido democrático y antimperialista que establezca el control y la dirección planificada y nacionalizada de los puntos claves del sistema económico para sacar al país de su estancamiento, redistribuir de modo equitativo el ingreso, aniquilar el predominio de la oligarquía de intermediarios, banqueros y latifundistas y realizar una política de efectiva libertad y bienestar, basada en el esfuerzo productivo de todos los habitantes de la República.

Expresamos nuestro hondo convencimiento de que la construcción de una sociedad justa, con sentido nacional y progresista, liberada de la tutela imperial es imposible en los esquemas de un régimen dominado por el gran capital. La ruptura con este sistema es una condición ineludible de un proceso de cambio de sus caducas estructuras y de conquista de la efectiva independencia de la nación. Ello exigirá, a su tiempo, la modificación del ordenamiento jurídico-institucional, a efectos de facilitar las imprescindibles transformaciones que procura.

Concebimos este esfuerzo nacional como parte de la lucha por la liberación y desarrollo de los pueblos del tercer mundo en general, de la cual somos solidarios, y en particular, de la que tiene por escenario a nuestra América Latina, en donde, como hace más de un siglo y medio, la insurgencia de sus pueblos, habrá de desembocar en la conquista de la segunda y definitiva emancipación.

» **Declaración y llamamiento**

Por los fundamentos expuestos, hemos re suelto:

- 1.º Constituir un frente político unitario —Frente Amplio—, mediante la conjunción de las fuerzas políticas y de la ciudadanía independiente que firman este documento, para plantear la lucha de inmediato, en todos los campos, tanto en la oposición a la actual tiranía o a quienes pretendan continuarla, como en el gobierno. *Este Frente Amplio está abierto a la incorporación de otras fuerzas políticas que alienten su misma concepción nacional progresista y democrática avanzada.*
- 2.º Contraer en este mismo acto el formal compromiso de establecer un programa común, ceñirnos a él en la lucha fraternal y solidaria colaboración, así como de actuar coordinadamente en todos los campos de la acción política, sobre la base de que atribuimos al pueblo, organizado democráticamente, el papel protagónico en el proceso histórico.
- 3.º Establecer que esta coalición de fuerzas —que no es una fusión y donde cada uno de sus partícipes mantiene su identidad— ha de estar dotada de una organización con núcleos de base y autoridades comunes, mandato imperativo y demás mecanismos de disciplina que aseguren el cumplimiento efectivo de los compromisos postulados convenidos.
- 4.º Declarar que el objetivo fundamental del Frente Amplio *es la acción política permanente y no la contienda electoral*; al mismo tiempo afrontará unido las instancias comiciales, con soluciones honestas y claras que restituyan a la ciudadanía la disposición de su destino, evitando la actual falsificación de su voluntad.

En función de estos principios y objetivos convocamos al pueblo a incorporarse al Frente Amplio y a participar activamente en la lucha y en los trabajos que emprendemos.

Montevideo, febrero 5 de 1971.

7.2. Las Bases Programáticas de la Unidad

[*Cuadernos de Marcha*, n.º 46, febrero de 1971, p. 28.]

I. Libertades, derechos y garantías

1. Plena vigencia de las libertades, derechos y garantías constitucionales y legales. Garantía de una adecuada disponibilidad de todos los medios de di-

fusión de carácter oficial y privado, sin exclusiones ni presiones de ninguna índole, especialmente del poder político o económico.

Estricta observancia de las disposiciones constitucionales que regulan la enseñanza, la vida religiosa y cultural.

Pleno respeto y desarrollo integral de los derechos y libertades sindicales.

Efectiva independencia del Poder Judicial, orgánica, funcional y presupuestaria. Creación de la policía judicial.

Con carácter prioritario:

- a. Levantamiento de las medidas prontas de seguridad.
- b. En relación con ello, restitución de los despedidos y suspendidos a sus lugares de trabajo, con todos sus derechos; reparación a los sancionados.
- c. La amnistía se usará como un instrumento que, conjuntamente con la supresión de las formas de violencia que encarna el régimen vigente, permita reintegrar a la convivencia política legal a todos los sectores de la sociedad, a efectos de facilitar el desarrollo normal de la vida política y social del país. Para la obtención de tal objetivo, comprenderá a aquellas personas incursoas en delitos políticos o conexos con ellos, cometidos con la finalidad de modificar las actuales bases políticas, económicas y sociales.
- d. Levantamiento de la intervención a la enseñanza media y restitución de la legalidad en los entes respectivos. Anulación de todas las medidas arbitrarias contra docentes y estudiantes adoptadas en el ejercicio de aquella.
- e. Restablecimiento pleno de los derechos y garantías a los periódicos, partidos y grupos políticos que fueron ilegalizados por decretos del Poder Ejecutivo.

II. Política internacional

2. Defensa de la soberanía nacional. Vigencia irrestricta de los principios de autodeterminación y no intervención.

Política exterior independiente; la actuación en los organismos internacionales se hará conforme a la defensa de este principio. Denuncia del papel pasado y presente de la OEA como instrumento del imperialismo. Lucha por una integración latinoamericana liberadora y acción conjunta para romper la dependencia política, económica, social y cultural.

Apoyo al ingreso de todos los países a la Organización de las Naciones Unidas. Relaciones con todos los países, establecidas por libre acuerdo de las partes. Solidaridad con todos los pueblos que luchan por liberarse de la

opresión colonialista, neocolonialista e imperialista, especialmente con los latinoamericanos.

Reafirmación del derecho de asilo de conformidad con los criterios doctrinarios y prácticas sostenidas tradicionalmente por la República.

Revisión y eventual denuncia de todos los tratados, convenios y resoluciones internacionales, en cuanto contraríen los principios antes definidos.

Reestructuración del servicio exterior a efectos de que sirva eficazmente a los auténticos intereses del país.

3. Conducción de la política económica internacional de la República, de acuerdo con los intereses nacionales y populares.

Rechazo de la política del Fondo Monetario Internacional y de otros organismos internacionales que actúen con similar orientación.

Denuncia de la falsa política de integración de la ALALC, que agrava el proceso de dependencia de América Latina. Revisión y transformación de la misma, a efectos de que responda a los intereses de los pueblos.

Negociar la reconversión de la deuda externa, postergando los pagos y eliminando sus condiciones leoninas, para destinar, durante el período necesario, toda la capacidad de ahorro nacional a las finalidades económicas y sociales de este programa. En caso de no obtenerse la reconversión, adopción de las medidas unilaterales necesarias para el logro de los fines enunciados.

Exigencia de reinversión de los beneficios de las empresas radicadas en el territorio nacional.

Control y restricción del envío al exterior de *royalties*, intereses y amortizaciones de deudas. Adopción de medidas que impidan la fuga de capitales.

Relaciones económicas y comerciales con todos los países del mundo.

III. Reforma de la estructura económica y social

4. Planificación nacional independiente de la economía, con objetivos sociales, a efectos de contribuir a las necesarias transformaciones estructurales y al desarrollo integral del país. En el sector privado, ella será fuertemente indicativa.

Creación de un organismo para dirigir la planificación donde participen los sindicatos obreros, los productores, los técnicos y los representantes del poder político. Colaboración de la universidad para determinar la estrategia de la planificación y del desarrollo.

La política de nacionalizaciones podrá tomar la forma de empresas estatales u otras, que contemplen la participación de los productores privados y los trabajadores, de acuerdo con la mayor ventaja de la eficiencia y del dinamismo económico.

Defensa, consolidación y desarrollo del patrimonio comercial e industrial del Estado; participación de los trabajadores en la dirección y control de los entes autónomos, servicios descentralizados y sociedades de economía mixta.

5. Reforma agraria, que promueva una transformación integral de la estructura agraria del país, de acuerdo con la planificación general. La reforma agraria erradicará el latifundio y el minifundio, sustituyéndolos por un sistema justo de tenencia y explotación de la tierra, que contribuya al desarrollo social y económico, eleve la producción y la productividad, aumente los ingresos de los productores y los trabajadores, y garantice la justicia social, de manera que la tierra constituya, para el hombre que la trabaja, la base de su estabilidad económica y de su bienestar y la garantía de su dignidad y libertad. La reforma agraria asegurará protección a la pequeña y mediana propiedad.

Con carácter prioritario:

- a. Asistencia y soluciones de radicación estable para los medianos y pequeños productores, arrendatarios y medianeros, proporcionándoles mercados, precios remuneradores, créditos, enseñanza y ayuda técnica; eliminación de la intermediación distorsionante.
 - b. Salarios y condiciones de vida y trabajo que contribuyan a llevar el progreso social al campo.
 - c. Estímulo a la formación de cooperativas ganaderas y agrícolas, otorgándoles facilidades para la construcción de instalaciones, la adquisición de maquinaria, semilla, fertilizantes y otros insumos, y para la comercialización de sus productos.
 - d. Cumplimiento de la ley que prohíbe la existencia de sociedades anónimas para la propiedad y explotación de la tierra.
6. Vigorosa política de industrialización. Mantenimiento y ampliación de las fuentes de trabajo existentes, utilizando para ello, si fuese necesario o conveniente, la nacionalización de las mismas. Participación decisiva del Estado en las industrias básicas no nacionalizadas.

Industrialización en el país, en el máximo grado posible, de las materias primas y productos agrícolas y de granja de origen nacional. De modo especial, procesamiento de la carne, la lana, la leche, el cuero y demás derivados de la ganadería, estableciendo un claro control público de este proceso y eliminando toda forma de trustificación o penetración extranjera. Nacionalización de la industria frigorífica.

Investigación y explotación intensiva de los recursos energéticos y de las riquezas minerales y marinas.

La planificación económica procurará una armónica distribución territorial de las actividades industriales, impulsando su desarrollo en el Interior de la República.

Desarrollo y coordinación del transporte de pasajeros y de carga, de acuerdo con las necesidades nacionales y locales, considerándolo un servicio de utilidad pública. Recuperación de AFE y creación de una marina mercante nacional.

7. Nacionalización de la banca, de los grandes monopolios y de los rubros esenciales del comercio exterior para sustraerlos a la usura y a la especulación, eliminar grupos de poder, nacionales y extranjeros, y poner el ahorro interno, el crédito y las divisas al servicio del desarrollo nacional.

Erradicación de la intermediación crediticia realizada por las denominadas sociedades financieras paralelas y colaterales y de cualquier otra modalidad de mercado parabancario de capital.

8. Fomento del cooperativismo como instrumento destinado a contribuir al desarrollo económico y social, tanto en la actividad agropecuaria como en la industrial y en la de consumo y servicios. Establecimiento de un régimen jurídico, fiscal y crediticio y de mecanismos de integración y control que aseguren la defensa del carácter popular y progresista del sistema y eviten las posibilidades de su desvirtuación.

9. Promoción de una política demográfica (natalidad, migración externa e interna) racionalmente planificada, que, sobre la base de la elevación de las condiciones de vida y trabajo que resultará de las medidas que se proponen, proporcione al país el contingente humano indispensable para su desarrollo, desterrando los intentos coactivos de control de la natalidad.

10. Reforma radical del régimen tributario, de modo que grave fundamentalmente la acumulación de riqueza, el capital improductivo o de bajo rendimiento, las actividades antieconómicas, los vicios sociales y los altos ingresos, y reduzca progresivamente los impuestos al consumo.

Simplificación, unidad y coherencia del régimen impositivo. Ordenamiento de la política fiscal, no solo como fuente de recursos para el Estado sino como instrumento para la conducción económica y para una más justa redistribución del ingreso.

Los bienes adquiridos con el producto del trabajo propio, así como su transferencia por el modo sucesión, serán objeto de tratamiento especial.

IV. Política social y educativa

11. Establecimiento de una nueva y justa política de salarios públicos y privados, sobre la base del principio de a igual trabajo igual remuneración y de acuerdo al costo de la vida. Esta política, así como la de precios, intereses y utilidades, se planeará con participación fundamental de los sectores involucrados y debe conducir a una justa redistribución del ingreso, de acuerdo con las necesidades populares y los requerimientos de inversión.

Con carácter prioritario:

- a. Derogación de la Ley de la Coprin.
 - b. Establecimiento efectivo del salario mínimo nacional.
12. Creación de un sistema racional de normas orientadas a asegurar al individuo el bienestar y la tranquilidad indispensable para el pleno desarrollo de su personalidad, que cubra su ciclo vital desde la gestación hasta la muerte. Extensión del sistema de seguridad social a los asalariados del Interior y al campesinado.

Con carácter prioritario, se bregará por:

- a. Cumplimiento de la disposición constitucional que impone la integración del Directorio del Banco de Previsión Social con representantes de los afiliados, activos y pasivos y de las empresas contribuyentes. Pago inmediato de las obligaciones que el Banco mantiene con sus atributarios y de las deudas que el Estado y las empresas tienen con aquel. Adopción de medidas para evitar la evasión de aportes, hacer más equitativas las cargas y atender los servicios sin privilegios indebidos ni postergaciones. Adecuación de las pasividades a los ingresos del trabajador en actividad.
 - b. Establecimiento del Seguro Nacional de Salud, que garantice atención adecuada a todo el pueblo, especialmente a los sectores modestos de la ciudad y el campo.
 - c. Transformación de las condiciones habitacionales, dando prioridad a la promoción de la vivienda popular y al fomento y desarrollo del cooperativismo de vivienda.
 - d. Creación de casas cuna y guarderías infantiles en los barrios y en las empresas privadas y públicas, en aquellos casos en que el número de mujeres que en ellas trabajan lo haga aconsejable.
13. Reforma democrática de la enseñanza que eleve su contenido humanista, científico y técnico, y responda a las necesidades que imponen las transformaciones económicas, sociales y políticas postuladas en este programa, con

especial atención a la promoción del medio rural. Adopción de mecanismos que, sobre la base de esas transformaciones, faciliten el acceso del pueblo a la enseñanza. Erradicación de toda forma de penetración imperialista en la misma.

Salvaguarda y extensión de la autonomía de los entes de enseñanza y coordinación del proceso educativo. Representación directa y mayoritaria de los docentes en los Consejos Directivos de Enseñanza Primaria, Secundaria, Universidad del Trabajo y Educación Física. Pago inmediato de las deudas del Estado y adecuada atención a las necesidades presupuestarias de la educación.

Apoyo efectivo al esfuerzo de la universidad para asumir cabalmente su papel en la investigación científica, la difusión de la cultura, la enseñanza y la asistencia a toda la población.

Defensa, consolidación y desarrollo del patrimonio cultural nacional. Estímulos materiales y morales para el desenvolvimiento de las ciencias y las artes. Participación de las masas populares en el goce y quehacer de la cultura.

Fomento y desarrollo de la educación física y la práctica colectiva de todos los deportes.

V. Política institucional

14. Funcionamiento integral de la democracia con pluralidad de partidos políticos. Consagración de una legislación electoral y un régimen de funcionamiento de los partidos, que garanticen el respeto a la voluntad del elector. Participación activa y control efectivo de la ciudadanía, ampliando la utilización de los institutos de la iniciativa popular, del plebiscito y del referéndum.
15. Ampliación y desarrollo de la autonomía administrativa, política y financiera de los municipios y organismos locales, sobre las bases generales siguientes:
 - a. Delimitación precisa de la materia municipal, para robustecer y extender sus cometidos económicos, sociales y culturales.
 - b. Institucionalización y desenvolvimiento de las comisiones vecinales y de fomento, urbanas y rurales, como órganos de gestión comunal.
 - c. Vigorización de los institutos de democracia directa, y representación de los trabajadores, productores y usuarios en los distintos servicios municipales.
 - d. Designación por sufragio popular de los miembros de las juntas locales. Las elecciones para los órganos departamentales y locales deberán efectuarse en fechas distintas a la de los comicios nacionales.
 - e. Coordinación y armonización de los regímenes tributarios.

16. Creación de los mecanismos legales que impidan toda forma de implicación entre desempeño de cargos públicos con fines de aprovechamiento personal.
17. Reforma administrativa. Efectiva aplicación de normas justas de ingreso, promoción, jerarquización y capacitación de los funcionarios públicos. Modernización de los servicios estatales.
18. Reintegración del instituto policial a las características civiles y predominantemente preventivas de sus cometidos.
19. Acentuación del carácter definitivamente nacional de las fuerzas armadas, vigorizando la continuidad de la tradición artiguista. Centrar su acción fundamentalmente, en sus cometidos específicos de defensa de la soberanía, integridad territorial, independencia y honor de la República. Integrar la acción de las fuerzas armadas en el proceso de liberación nacional y desarrollo económico, social y cultural del país.

Propender al más alto grado de perfeccionamiento profesional y ético de la institución, basado en una concepción nacional del cumplimiento de los cometidos precedentes.

Montevideo, febrero 17 de 1971.

7.3. Reglamento de Organización



[Aprobado por el Plenario Nacional del Frente Amplio en la sesión de 16 de marzo de 1971.]

» **Capítulo 1.º Normas generales**

Art. 1.º El Frente Amplio está formado por los sectores políticos que suscribieron la Declaración Constitutiva del 5 de febrero de 1971 y por los que posteriormente han adherido al mismo, incorporándose al Movimiento de acuerdo a las reglas provisionales de admisión que se han aplicado hasta el presente, y por lo tanto por los organismos de base, intermedios y de dirección de dicho sector así como los ciudadanos independientes que comparten su programa y han aceptado sus bases de acuerdo político y organización. El mismo está abierto a la incorporación de otras fuerzas políticas y ciudadanos que alienten su misma concepción nacional, progresista y democrática avanzada.

Art. 2.º Tanto sus actuales integrantes como los que ulteriormente se incorporaren gozarán de los derechos y estarán sujetos a las obligaciones previstas en el programa, el acuerdo político y esta estructura organizativa.

» **Capítulo 2.º De los órganos**

Art. 3.º Los órganos del Frente Amplio serán los siguientes:

1. Organismos de base.
2. Intermedios o de coordinación.
3. De dirección y ejecución.
4. Tribunales de conducta política.

Art. 4.º La competencia, forma de integración y reglas de decisión de cada uno de estos órganos se prevé en los capítulos respectivos.

Art. 5.º Cada uno de ellos podrá establecer libremente organismos auxiliares y dependientes que actuarán bajo su respectiva jurisdicción según lo señalen las necesidades y conveniencias del Movimiento.

» **Capítulo 3.º De los organismos de base**

Art. 6.º Los organismos de base del Frente Amplio (comités del Frente) son los que constituyen por la reunión de los adherentes al mismo de un determinado lugar.

Art. 7.º Habrá dos clases de comités del Frente: de nucleación territorial y de nucleación por centro de actividad (centro de trabajo, estudios, etc.).

Art. 8.º Son tareas de los comités del Frente:

- A. La difusión del programa del Frente Amplio.
- B. Buscar en su radio de acción la integración del mayor número de fuerzas posibles.
- C. Participar en las tareas centrales que les sean encomendadas.

D. Organizar la participación activa del comité en la tarea y objetivos inmediatos que se dé.

E. Formular recomendaciones a los organismos de coordinación y dirección del Movimiento.

Art. 9.º Los comités del Frente se constituirán en forma amplia, convocando a todos los adherentes del Frente Amplio del respectivo lugar, sin distinción alguna por su participación organizada en cualesquiera de los sectores políticos que integran el Frente o por su condición de independientes.

Art. 10. Cualquier ciudadano podrá adherir e incorporarse a los comités del Frente y participar en sus asambleas con voz y voto a condición de pertenecer al barrio o centro de actividad donde se nuclea el comité y de aceptar el programa, el acuerdo político y la disciplina interna del Frente.

Art. 11. Se llevará un registro de integrantes del comité, debidamente ordenado y actualizado, a cargo de la mesa ejecutiva del comité.

Art. 12. El órgano resolutorio del comité será la asamblea donde podrán ejercer el voto todos los adherentes que tengan diez días de inscriptos. Esta disposición rige a los treinta días de constituido cada comité.

Art. 13. La mesa ejecutiva se designará por la asamblea del comité asegurando la máxima representatividad y eficacia.

Todos los grupos políticos y también los ciudadanos independientes tendrán derecho a proponer su representación en la mesa por el integrante del comité que entiendan conveniente.

La asamblea del comité podrá, asimismo, objetar por razones fundadas la participación de un ciudadano en su mesa ejecutiva y se estará a lo que la asamblea resuelva. Si tal objeción se produjese, el cuestionado o su grupo político podrán apelar ante los organismos de coordinación y dirección superior.

Nadie podrá pertenecer a la vez a la mesa ejecutiva de dos o más comités de base, debiendo optar por uno de ellos en caso de ser electo en más de uno. La mesa ejecutiva deberá comunicar su constitución a los organismos de coordinación que corresponda.

» **Capítulo 4.º De los organismos intermedios o de coordinación**

Art. 14. Los organismos intermedios o de coordinación serán los encargados de desarrollar sectorial o territorialmente la organización del Frente Amplio efectuando la intermediación entre sus respectivos organismos de base y la Dirección Nacional del Movimiento.

Art. 15. A los organismos intermedios sectoriales, o especializados en directa coordinación con la Dirección Nacional, les compete desarrollar nacionalmente la organización del Frente Amplio por lo menos en los sectores: de Juventud y Femenino.

Art. 16. Los organismos intermedios territoriales son:

- A. Los Plenarios y Mesas Ejecutivas Departamentales.
- B. Los coordinadores zonales.

Art. 17. A los Plenarios y Mesas Ejecutivas Departamentales les compete:

- A. Planificar la acción política del Frente para el departamento.
- B. Coordinar las iniciativas de los coordinadores zonales y de los comités del Frente.
- C. Coordinar la acción de los coordinadores zonales y de los comités del Frente en su departamento.
- D. Actuar como órgano de apelación con respecto a los conflictos que se originen en el seno de los coordinadores zonales y de los comités del Frente. En caso de ser necesaria una nueva apelación el órgano correspondiente será la Dirección Nacional.

Art. 18. Los Plenarios y Mesas Ejecutivas Departamentales estarán integrados, por acuerdo político, en la forma más amplia y representativa de las realidades políticas de cada lugar.

Art. 19. Los Coordinadores Zonales son órganos consultivos y de coordinación a quienes compete:

- A. La coordinación de las tareas de los comités de la zona.
- B. Recoger y canalizar las iniciativas de los comités de la zona.

Art. 20. Los coordinadores zonales se integran con delegados representativos de la realidad política de la zona designados por los organismos departamentales y una delegación de cada comité del Frente de la zona.

Art. 21. En la medida que el desarrollo del Frente lo exija, los organismos podrán constituir, a su vez, nuevos organismos de intermediación a los efectos de:

1. La máxima eficacia en el desarrollo de sus tareas.
2. Recoger y canalizar las iniciativas de los organismos de base permitiendo una mayor y progresiva incidencia de los mismos en el desarrollo del Frente.

» Capítulo 5.^º De los órganos de dirección y de ejecución

Del plenario

Art. 22. El Plenario es el órgano de dirección política del Frente Amplio y estará integrado por:

1. Todas las organizaciones políticas, sin exclusiones, integrantes del Frente Amplio, de acuerdo a lo expresado en el artículo 1 y en las condiciones del artículo 28 o del inciso E del artículo 23.
2. Los candidatos del Frente Amplio a la Presidencia y Vicepresidencia de la República.

3. Tres ciudadanos no representantes de grupos políticos electos, los titulares y sus suplentes por acuerdo unánime de estos.

Art. 23. Es de competencia del Plenario:

- A. Aprobar los planes generales de acción política del Frente, tanto a corto como a largo plazo y trazar las directivas en el común trabajo político, tanto en la oposición como en el gobierno.
- B. Decidir sobre las enmiendas, complementaciones, desarrollo e interpretación del programa cuyas bases fueron aprobadas en la reunión del 17 de febrero de 1971, así como aprobar el Plan de Gobierno del Frente Amplio.
- C. Decidir sobre las enmiendas, complementaciones, desarrollo e interpretación del Acuerdo Político del Frente Amplio.
- D. Aprobar, modificar, sustituir o ampliar la estructura organizativa del Frente Amplio que se establece en este reglamento. Es de su incumbencia definir los órganos, su integración, competencias, relaciones recíprocas y reglas para la formación de la voluntad de cada uno de ellos.
- E. Decidir sobre la admisión de nuevos grupos políticos y establecer los requisitos y condiciones de la misma.
- F. Decidir sobre la exclusión de los grupos políticos adheridos y establecer los requisitos, procedimientos y garantías para resolverla.
- G. Determinar y proclamar los candidatos comunes del Frente Amplio a la Presidencia y Vicepresidencia de la República y a la Intendencia Municipal de Montevideo.
- H. Aprobar el Plan de Movilización Electoral del Frente.
- I. Ejercer el contralor de la gestión de la Mesa Ejecutiva y expedir las directivas que estime convenientes para la dirección política del movimiento.

Art. 24. El Plenario estará presidido en forma rotativa por los representantes de los grupos políticos adheridos.

Art. 25. El Plenario tendrá quórum para sesionar cuando se encuentren presentes la mitad más uno de los grupos políticos adheridos cuyos votos computados en la forma establecida en los artículos siguientes aseguren una mayoría no inferior a la mitad más uno del total de los votos del Plenario.

Art. 26. Como norma general se agotarán las formas de lograr acuerdo unánime en todos los temas que no sean de simple procedimiento. Dicha unanimidad será obligatoria en lo que tiene que ver con la modificación de las bases programáticas (inciso B del artículo 23) y del acuerdo político (inciso C del artículo 23) una vez que este último sea concluido. Es admisible la abstención y en ese caso la resolución será válida y obligatoria, incluso para los que no la hayan votado.

Cuando por 6 (seis) votos se califique de fundamental una cuestión en discusión en el Plenario, la misma quedará automáticamente postergada por 36 horas a los efectos de que, en dicho lapso, se busquen soluciones de acuerdo.

Vencido el plazo el Plenario volverá a reunirse. De persistir las diferencias, el asunto en cuestión se entenderá rechazado cuando existan por lo menos 13 (trece) votos de organizaciones políticas por la negativa. Se acuerda que los agrupamientos formados por la lista 99 y el Partido Demócrata Cristiano, por el Partido Comunista y el Frente Izquierda de Liberación y por el Partido Socialista, los GAU y el Movimiento Revolucionario Oriental tendrán, al solo objeto del veto, diez votos cada uno.

Esta norma es sin perjuicio de las que en este Reglamento establecen mayorías especiales.

Art. 27. Las decisiones del Plenario adoptadas dentro de sus competencias y con sujeción a los requisitos formales establecidos en este Reglamento son obligatorios para todos los grupos y ciudadanos adheridos al Frente Amplio.

Art. 28. Las votaciones del Plenario se efectuarán por delegaciones, excepto el caso de los ciudadanos independientes.

A esos efectos los partidos y grupos adheridos contarán cada uno de ellos el número de votos y delegados que a continuación se detalla:

- Movimiento Por el Gobierno del Pueblo (Lista 99): 6 votos y hasta 6 delegados
- Partido Demócrata Cristiano: 6 votos y hasta 6 delegados.
- Movimiento Blanco Popular y Progresista: 6 votos y hasta 6 delegados.
- Agrupación «Pregón»: 6 votos y hasta 6 delegados.
- Frente Izquierda de Liberación: 6 votos y hasta 6 delegados.
- Partido Comunista: 6 votos y hasta 6 delegados.
- Partido Socialista: 3 votos y hasta 3 delegados.
- Partido Socialista (Movimiento Socialista): 3 votos y hasta 3 delegados.
- Unión Popular: 3 votos y hasta 3 delegados.
- Grupos de Acción Unificadora: 2 votos y hasta 2 delegados.
- Movimiento Revolucionario Oriental: 2 votos y hasta 2 delegados.
- Movimiento de Acción Nacionalista (Lista 58): 2 votos y hasta 2 delegados.
- Partido Obrero Revolucionario (Trotskista): 2 votos y hasta 2 delegados.
- Partido Revolucionario de los Trabajadores: 1 voto y hasta 1 delegado.
- Ciudadanos no representantes de grupos políticos: 3 votos y hasta 3 delegados (artículo 22 inciso 3).
- Candidatos a Presidente y Vice: 1 voto cada uno.

Art. 29. Cada sector político podrá sustituir libremente a sus representantes en el Plenario, previa comunicación a la mesa del mismo.

Art. 30. El Plenario se reunirá ordinariamente una vez por semana y extraordinariamente en las siguientes circunstancias:

1. A citación de la Mesa Ejecutiva.
2. A pedido de cualquiera de los candidatos nacionales del Frente Amplio.

3. A pedido de tres de las organizaciones políticas del Frente Amplio que, a su vez, sumen por lo menos cuatro de los votos del Plenario según lo establecido en el artículo 28.

Los ciudadanos independientes en conjunto se considerarían como una organización a los efectos de este literal. A estos efectos no se computarán más que los votos de las organizaciones políticas.

En estos casos, el Plenario deberá ser citado por el presidente de turno dentro de las 48 horas hábiles siguientes a la recepción de la solicitud.

Art. 31. El orden del día del Plenario será confeccionado por la Mesa Ejecutiva. Los integrantes del Plenario podrán solicitar la inclusión de puntos en la misma hasta 48 horas antes de la fecha de la reunión, solicitud que no podrá ser denegada. El orden del día se comunicará a sus integrantes con no menos de 24 horas de antelación. El Plenario deliberará y resolver sobre los puntos incluidos en el orden del día.

Para tratar un asunto no incluido deberá declararse que tiene un carácter de grave y urgente, por 2/3 de votos.

De la Mesa Ejecutiva

Art. 32. Existirá una Mesa Ejecutiva encargada de llevar a la práctica las decisiones del Plenario y de adoptar todas aquellas providencias que permitan ejecutar y realizar los planes de acción, movilización y decisión del Movimiento.

Art. 33. Compete a la Mesa Ejecutiva ajustándose a las directivas emanadas del Plenario:

1. Tomar las decisiones necesarias o convenientes para ejecutar los planes de acción política del Frente, realizar las gestiones, efectuar las declaraciones, promover las movilizaciones y coordinar el funcionamiento de los diversos órganos a fin de impulsar la presencia militante y combativa del Frente en todos los aspectos de la vida política nacional, incluso la electoral.
2. Administrar los recursos de que disponga el Frente, autorizar gastos y realizar inversiones y establecer los métodos o procedimientos de obtención de los mismos.
3. Orientar o diagramar la propaganda del Frente a nivel nacional y supra-sectorial.

De todo ello dando cuenta al Plenario y estando a lo que este disponga.

Art. 34. La Mesa Ejecutiva se integrará con los siguientes miembros:

- A. El candidato a la Presidencia de la República, actuando como alterno el candidato a la vicepresidencia de la República.
- B. Un delegado de cada uno de los siguientes grupos políticos: Movimiento Por el Gobierno del Pueblo (Lista 99), Partido Demócrata Cristiano, Mo-

vimiento Blanco Popular y Progresista, Frente Izquierda de Liberación, Partido Comunista y Agrupación «Pregón».

C. Un delegado designado por el agrupamiento formado por el Partido Socialista, los GAU y el Movimiento Revolucionario Oriental que se designará por acuerdo entre los tres.

Art. 35. Los delegados por sectores políticos en la Mesa Ejecutiva tendrán tres suplentes, que los sustituirán por el régimen de suplencia automática.

Art. 36. La Mesa Ejecutiva será presidida por el candidato a la Presidencia de la República.

Art. 37. La Mesa Ejecutiva tendrá quórum para sesionar con la mitad más uno de sus integrantes.

Art. 38. La Mesa Ejecutiva sesionará regularmente, de acuerdo al reglamento de funcionamiento que ella misma se dictará, en lo que no esté previsto en estas normas.

» **Capítulo 6.º De los tribunales de conducta política**

Art. 39. Los organismos que juzgarán en su caso la conducta política de un ciudadano o de una organización política adherida al Frente Amplio serán los órganos de Dirección Nacional.

Art. 40. Se creará, no obstante, un órgano encargado de recoger, en un plazo no mayor de 15 días, toda la información pertinente y elevarla a los órganos de Dirección Nacional. En tal caso, el órgano en cuestión adjuntará a su informe los descargos del ciudadano o la organización política cuya conducta política se juzgue.

Es competencia de este órgano el asesoramiento a la Dirección Nacional en todo lo referente al cumplimiento del Acuerdo Político por parte de los ciudadanos y organizaciones políticas.

Art. 41. Este órgano estará integrado por cinco ciudadanos adherentes al Frente Amplio, que no pertenezcan a ninguna de las organizaciones políticas y conciten el acuerdo unánime de las mismas.

» **Capítulo 7.º De la modificación de estas bases**

Art. 42. La estructura organizativa propuesta en estas bases podrá ser modificada por resolución expresa del Plenario.

Disposición transitoria

Art. 43. Los ciudadanos a que hace referencia el artículo 22, inciso 3, serán los doctores Carlos Quijano, Arturo Baliñas y Oscar Bruschera.

7.4. Treinta Primeras Medidas de Gobierno

[Cuadernos de Marcha, n.º 53, setiembre de 1971, p. 75.]

He aquí las treinta primeras medidas de gobierno aprobadas por la Mesa Ejecutiva y el Plenario del Frente Amplio, y a las cuales se refirió el general Seregni, en el Palacio Peñarol el 25 de agosto de 1971.

I.

Las medidas que tomará el Frente Amplio al asumir el gobierno responden a los criterios fundamentales que conducen su política, su origen y razón de ser. No son medidas aisladas, sino que se enmarcan dentro de la estrategia general y de largo plazo que surge de las bases programáticas aprobadas el 17 de febrero de 1971, en función de reconstruir el Uruguay, salvar la honda crisis que atraviesa y abrir nuevos horizontes a la vida nacional.

Los objetivos de dichas bases tienen como sentido poner al pueblo uruguayo en las mejores condiciones para alcanzar la plenitud de su realización humana, levantando su nivel de vida y su formación cultural, obteniendo una completa participación en la sociedad uruguaya y en su gobierno. Para esto el Frente Amplio se propone potenciar al máximo la capacidad de trabajo y creación del pueblo, para superar el estancamiento económico y el escepticismo en las posiciones del país, y lograr su recuperación sobre bases de justicia social y libertad.

El eje fundamental para realizar esos propósitos es la continua participación popular en el proceso de transformaciones económicas, políticas y sociales necesarias. Desde su constitución, el Frente Amplio ha mostrado ese rasgo profundamente democrático y excepcional en la vida política actual uruguaya, y es esa participación popular la que contribuirá decisivamente a la creación del nuevo Uruguay.

Las bases programáticas señalan cuatro medidas fundamentales a adoptar, como pilares del proceso transformador:

- a. *Reforma agraria.*
- b. *Nacionalización de la banca privada.*
- c. *Nacionalización de los principales rubros del comercio exterior.*
- d. *Enérgica acción industrial del estado, incluyendo la nacionalización de la industria frigorífica.*

Elas son esenciales para iniciar el proceso de cambio social, porque enfrentan a los grandes grupos económico-financieros nacionales y extranjeros responsables de la crisis estructural del país.

II.

En la coyuntura actual, cuando el Uruguay vive un clima de violencia en todos sus niveles y una grave paralización de sus energías, de la iniciativa y de la confianza del pueblo, el Frente Amplio quiere abrir el más ancho cauce a la esperanza, una esperanza eficiente.

La puesta en marcha de su concepción atacará los problemas más urgentes, por lo que sus objetivos inmediatos son:

1. *Restablecer el estado de derecho.*
2. *Defender la soberanía nacional, y obtener la independencia económica* aplicando internamente los capitales creados por el trabajo nacional, poniéndolos al servicio del crecimiento de la producción y la mayor ocupación y evitando sus distintas formas de traslado al exterior.
3. *Iniciar el proceso de transformaciones estructurales* para alcanzar una mayor capacidad productiva y hacer irreversible el cambio social en beneficio del pueblo uruguayo.
4. *Redistribuir el ingreso* en favor de los grupos sociales más afectados por la crisis actual.
5. *Hacer efectivo el derecho al trabajo* logrando la máxima ocupación de la población en las actividades productivas.
6. *Elevar el bienestar social*, resolviendo los angustiosos problemas de la salud, la vivienda y la educación.
7. *Pacificar el país.*
8. *Sanear la administración pública* y dar participación, en ella, a los sectores populares.

III.

Para alcanzar estos objetivos el estado desempeñará un papel esencial en el proceso económico. Tendrá una directa participación en la acumulación de capital, imprescindible para el desarrollo, y en lo inmediato, para la reactivación económica del país. Para ello deberá desempeñar una gestión activa y eficiente, que se alcanzará a través de la participación directa de los trabajadores en su dirección.

Se crearán los mecanismos de planificación que determinen las formas y destinos de la inversión y que aseguren la coherencia de las políticas de precios, créditos, tributación y salarios.

IV.

En consecuencia, el Frente Amplio adoptará las siguientes primeras medidas:

Restablecimiento del Estado de derecho

1

Restableceremos el estado de derecho con el levantamiento de las medidas prontas de seguridad y la plena vigencia de las libertades, derechos y garantías constitucionales y legales.

Defensa de la soberanía nacional. Obtención de la independencia económica e iniciación del proceso de transformaciones estructurales

2

Denunciaremos las cartas de intención vigentes firmadas con el Fondo Monetario Internacional y otros acuerdos lesivos para la soberanía nacional.

Negociaremos la deuda externa, para postergar los pagos y eliminar sus condiciones abusivas. En caso de no lograrlo, adoptaremos las medidas unilaterales que correspondan.

Anularemos los contratos petroleros cuya aplicación supedita la ANCAP a los *trusts* imperialistas.

Promoveremos una política energética que permita responder a las necesidades del desarrollo, procurando la independencia del país en el abastecimiento de energía.

3

Propiciaremos relaciones diplomáticas, comerciales y culturales con todos los países, en particular con la República de Cuba, único país latinoamericano con el que están interrumpidas.

4

Intervendremos la banca privada, utilizando la legislación vigente, mientras se procesa su nacionalización. Esto asegurará una política selectiva y supervisada del crédito, que atienda las necesidades de los principales rubros de producción del agro y de la industria, pudiendo acceder al mismo los pequeños y medianos productores y comerciantes. De este modo se hará óptimo el empleo nacional de los ahorros asegurando así la efectiva erradicación de los canales bancarios y parabancarios.

Aplicaremos y extenderemos el monopolio estatal de los seguros.

5

Estableceremos el monopolio estatal de las divisas, que asegure su mejor percepción y más adecuada utilización, en beneficio de la producción y el consumo imprescindibles, restándolas completamente de los círculos especuladores e impidiendo la evasión de capitales.

6

Intervendremos, con aplicación de la legislación vigente, las empresas de exportación (industrias frigoríficas, barracas de lanas y frutos del país), como paso previo a la nacionalización del comercio exterior. Esto asegurará el ingreso del total de divisas por concepto de exportaciones, mejor defensa de los precios de estos productos, y permitirá inmediatas negociaciones con distintas áreas, tendientes a incrementar el comercio exterior sobre bases de mutuo beneficio, incluso mediante acuerdos bilaterales.

7

Iniciaremos el proceso de reforma agraria, presentando de inmediato el proyecto de ley correspondiente. Hasta su sanción utilizaremos la ley de creación del Instituto Nacional de Colonización, dando participación en su directorio a los pequeños y medianos productores, asegurando a estos el asentamiento en la tierra y con la colaboración de la Universidad de la República, brindando la asistencia técnica que procure una acción planificada en favor del productor y del país. Promoveremos en un plazo de 120 días la sanción de una ley de arrendamientos rurales que contemple la situación de arrendatarios y propietarios de condición modesta. Hasta entonces, se suspenderán los desalojos rurales. Iniciaremos un proceso de redistribución de tierras y fomentaremos la formación de cooperativas entre pequeños y medianos productores y trabajadores rurales.

Fijaremos los precios de los principales productos agropecuarios, asegurando su cumplimiento mediante el poder comprador del Estado. Aseguraremos créditos y pago al contado, atendiendo especialmente los pequeños y medianos productores.

Tomaremos medidas apropiadas para impedir el contrabando de ganado y de lanas.

Impulsaremos la creación de una flota del Estado, adquiriendo con prioridad barcos petroleros y frigoríficos. Formaremos la marina mercante nacional.

Redistribución del ingreso

Las medidas de redistribución del ingreso, además de sus objetivos sociales, propenderán a una reactivación económica a través del aumento de la demanda interna que permita el uso de la capacidad instalada y no utilizada en los distintos sectores de la producción, principalmente en la industria. Esta política contribuirá a aumentar la ocupación de la mano de obra y la producción.

Dichas medidas serán:

Aumentaremos los sueldos y salarios del sector privado, urbano y rural, y de los funcionarios públicos, para, como mínimo, restablecer el poder adquisitivo previo a la congelación de salarios, en acuerdo con las organizaciones de los trabajadores y en el marco de la planificación. Derogaremos la ley de Coprin y crearemos la Junta Nacional de Salarios. Los objetivos primordiales en materia de retribuciones serán fijar el salario mínimo nacional y establecer para todos los sectores una política salarial más justa, basada en el principio de «a igual trabajo, igual salario», para hombres, mujeres y jóvenes, y en el mejoramiento del hogar constituido y las asignaciones familiares.

Pagaremos la deuda que el Banco de Previsión Social tiene con los jubilados y pensionistas, por un régimen de cuotas a partir de abril de 1972.

Aumentaremos las jubilaciones y pensiones más reducidas, congelaremos las más elevadas, eliminaremos los regímenes de privilegio y perfeccionaremos los especiales. Promoveremos la reestructuración de la previsión social que agilite los trámites y haga posible adelantos jubilatorios, particularmente a aquellos beneficiarios con más de 60 años de edad.

Se realizará un estricto control del cumplimiento de las obligaciones de las empresas con el Banco de Previsión Social, con la aplicación de sanciones penales para las grandes patronales que retengan indebidamente los aportes de los trabajadores.

11

Ajustaremos de inmediato los mecanismos de la administración fiscal que permitan una efectiva recaudación, especialmente de los impuestos que gravan los altos ingresos y la acumulación de capital.

Iniciaremos una reforma radical del régimen tributario de modo que promueva la distribución progresiva de la renta nacional y fomente el desarrollo de las actividades productivas.

12

Aseguraremos el poder de compra de la población y el abastecimiento adecuado de los artículos de consumo popular, aplicando la ley de subsistencias, fijando y controlando precios y eliminando la intermediación parasitaria. Se constituirán inmediatamente, a estos efectos, organismos de control popular, integrados por productores y consumidores.

Hacer efectivo el derecho al trabajo

La efectividad del derecho al trabajo surgirá de la política agropecuaria, que asegure la permanencia en la tierra de los productores medianos y pequeños y de los trabajadores del campo y el aumento de la producción y la productividad, de la reactivación e intenso desarrollo de la industria, como consecuencia del aumento de la exportación y de la demanda interna, en la ejecución de un plan de obras públicas, así como de la creación de nuevas fuentes de trabajo. A esos efectos:

13

Promoveremos la plena utilización del equipo instalado de las industrias fundamentales (frigorífica, textil, del cuero, metalúrgica y otras).

Estimularemos el desarrollo de nuevas industrias, particularmente la pesquera y sus derivados. Promoveremos la prospección y la explotación, en su caso, de nuestras riquezas del subsuelo.

14

Aceleraremos la aplicación de la ley nacional de vivienda atendiendo sus aspectos de mayor interés social. Facilitaremos y estimularemos la construcción de viviendas por los vecindarios dando prioridad a los regímenes de subsidios, cooperativas de ayuda mutua y regulando el precio de los terrenos destinados a la construcción habitacional para eliminar la especulación.

Elevación del bienestar social

La elevación del nivel de bienestar social resultará de las medidas que crean fuentes de trabajo y redistribuyen el ingreso. Pero estas deben ser complementadas por otras específicas, por cuanto la tarea de liberación nacional y de desarrollo exige el concurso de todas las energías de nuestro pueblo y es necesario resolver los déficits sociales actuales en materia de salud, educación y vivienda.

15

En tanto se procesa el establecimiento del Seguro Nacional de Salud, mejoraremos la atención de la salud de la población, a través de la reorganización del Ministerio de Salud Pública y de la iniciación del proceso de coordinación de todos los recursos preventivos y asistenciales existentes en el país.

16

Instalaremos policlínicas con consultorios materno-infantiles en barrios y centros poblados, utilizando las sedes de organismos estatales y sociales o construyendo locales adecuados. Prestaremos preferente atención a la asistencia médica en el medio rural.

Racionalizaremos y mejoraremos el abastecimiento de medicamentos, abaratando su costo e impulsando su producción por organismos públicos.

17

Reintegraremos a la escuela a los niños en edad escolar que no hayan completado el ciclo.

Realizaremos una campaña de alfabetización con participación activa y voluntaria de los educadores, estudiantes y pueblo en general.

Promoveremos la sanción de las leyes orgánicas que resuelvan los problemas institucionales de la educación primaria, media y física.

Fomentaremos la educación física, creando campos deportivos en cada barrio y centro poblado y concertando convenios con las instituciones deportivas privadas, a fin de que la Comisión Nacional de Educación Física comparta la utilización de sus instalaciones.

18

Promoveremos la sanción de una ley de medios de comunicación que proteja el trabajo nacional, garantice la información objetiva, asegure la defensa

de la cultura nacional y la disponibilidad equitativa de espacio para todas las organizaciones políticas, sindicales, culturales y religiosas.

Fomentaremos y protegeremos la industria nacional del libro. Crearemos una editorial del Estado, dedicada fundamentalmente a la impresión de textos didácticos y obras de autores nacionales.

19

Aseguraremos medio litro de leche diario a cada niño. Entregaremos los rubros necesarios para asegurar a los escolares la copa de leche y otros alimentos, ropa, calzado, libros y útiles, así como primera asistencia médica y odontológica.

Reestructuraremos el Consejo del Niño en todas sus dependencias y sanearemos su administración. Combatiremos la explotación infantil.

Ubicaremos en la residencia presidencial de la Estancia Anchorena una colonia de vacaciones para niños.

20

Desarrollaremos, en acuerdo con los municipios y con activa participación popular, centros de barrio que comprendan biblioteca, salas culturales, guardería, jardín de infantes, expendios, lavadero y otros servicios.

Incrementaremos en todo el país los comedores populares a través del Instituto Nacional de Alimentación.

21

Promoveremos la sanción en un plazo de 120 días a contar de la instalación de este gobierno, de una ley de alquileres que contemple los intereses de los inquilinos y propietarios de condición modesta; hasta tanto se suspenderán los desalojos y lanzamientos. Rebajaremos los impuestos a los pequeños propietarios y estableceremos compensaciones para aquellos que resultaren perjudicados por los bajos alquileres.

22

Aseguraremos transporte eficaz a los habitantes de villas y pueblos cercanos a Montevideo. Pondremos en marcha un plan de recuperación de AFE y PLUNA que asegure servicios adecuados.

Pacificación del país

Las medidas que procuran la independencia económica, que inician las transformaciones estructurales esenciales, redistribuyen el ingreso en favor de los grupos más desposeídos y generan ocupación, como asimismo las relativas a la elevación del bienestar social y a la participación popular, son elementos fundamentales para iniciar un nuevo proceso de desarrollo que entraña la pacificación del país, pues se eliminan de esta forma las causas económico-sociales de la violencia.

Esto implica simultáneamente la adopción, de las siguientes medidas:

23

Restituiremos a sus lugares de trabajo, con todos sus derechos, a los destituidos, suspendidos y trasladados por medidas persecutorias, con reparación de las sanciones y perjuicios económicos.

24

Promoveremos la sanción de una ley de amnistía para lograr la libertad de todos los presos políticos, que permita reintegrar a la convivencia política legal a todos los sectores de la sociedad. Restituiremos la plena vigencia del derecho de asilo político.

25

Reorientaremos el instituto policial a las características civiles y predominantemente preventivas de sus cometidos, quitando a la función policial su carácter represivo de los movimientos populares. Destinaremos los medios de comunicación y transporte utilizados para la represión del pueblo al servicio de la salud, la educación y otras necesidades sociales.

Participación popular y saneamiento en la administración pública

La ejecución de todas las medidas anteriores, exige la continua participación popular en el proceso de construcción de la nueva sociedad, como asimismo la normalización de la función pública.

Aquella participación y la moralización que se señala, tomarán múltiples formas y con variados mecanismos:

26

El 1.º de marzo de 1972 designaremos el directorio del Banco de Previsión Social, incluyendo en el mismo a los delegados de las organizaciones más representativas de los jubilados y pensionistas, de los trabajadores y de los empresarios.

27

En la misma fecha designaremos los directorios de los entes autónomos y servicios descentralizados, incluyendo en ellos a representantes electos por los trabajadores de dichos organismos. Iguales criterios se aplicarán en el caso del Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal y otros organismos similares.

28

Aplicaremos una política que suprima privilegios y logre economías en la conducción del gobierno. Eliminaremos toda forma de remuneración de los cargos electivos, políticos y de confianza, que signifique una situación de privilegio.

29

Reestructuraremos el servicio exterior, tanto en lo administrativo como en la designación de los funcionarios políticos del mismo, para transformarlo en un instrumento eficaz para la defensa de los intereses políticos y económicos de la República.

30

Ninguna persona puede ser candidato del Frente Amplio sin prestar declaración jurada abierta de bienes e ingresos; un régimen similar aplicaremos en las designaciones de los funcionarios de confianza. Crearemos los mecanismos legales que impidan toda forma de implicación entre el desempeño de cargos públicos e intereses privados, así como el uso de cargos públicos con fines de aprovechamiento personal.

V.

Estas primeras medidas son un compromiso político que asume públicamente el Frente Amplio como punto de partida de su plan de gobierno y que marcan el estilo de este.

Lograrlas exigirá un esfuerzo intenso y sacrificado no solo de los gobernantes sino de todo el pueblo. Ese esfuerzo y sacrificio son el precio para que se logren los cambios estructurales capaces de asentar sólidamente la prosperidad de la nación y el bienestar de sus habitantes.

El Frente Amplio entiende que la activa participación popular, a través de los comités de base, los sindicatos y otras organizaciones, constituye la garantía de la realización del plan y del control de los gobernantes que deben ejecutarlo.

25 de agosto de 1971

8. OTROS DOCUMENTOS

8.1. Un frente nacional

[*Marcha*, n.º 1392, 23 de febrero de 1968, p. 6.]

Hace algunas semanas la Convención Nacional de Trabajadores convocó a algunas personas para considerar la situación del país. De esas conversaciones surgió la iniciativa de organizar un gran movimiento nacional, cuyas directivas generales se expusieron en un «Llamamiento a la ciudadanía».

Más tarde, el martes próximo pasado 20 de febrero, se realizó con gran asistencia de público un acto de constitución del movimiento en el Paraninfo de la Universidad. Hablaron en la ocasión José D'Elía y Vladimir Turiansky. El «Llamamiento» fue aprobado y se eligió una comisión provisoria que tendrá a su cargo la organización de las tareas previas del movimiento que, como es obvio, está abierto a todos los que compartan las ideas básicas expuestas y no tiene finalidades electorales. Integran esa comisión el rector de la Universidad, Ing. Oscar Maggiolo, los decanos Rodolfo Tálice, Saúl D. Cestau, Hermógenes Álvarez y Juan C. Sassi, los legisladores Enrique Rodríguez, Juan Pablo Terra, Sebastián Elizaire, Humberto Ciganda, Sergio Previtale, Luis Pedro Bonavita, Rodney Arismendi, José Luis Massera y Gerardo Cuestas, los doctores Carlos Quijano, Daniel Sosa Díaz, José Pedro Cardoso y Edmundo Soares Netto y los dirigentes sindicales José D'Elía, Héctor Rodríguez y Vladimir Turiansky.

Damos a continuación el texto del «Llamamiento a la ciudadanía».

Frente a la situación muy grave de la República los ciudadanos que suscriben, convocados por la CNT, consideran que tienen el deber de hacer un llamado al país con el propósito de contribuir a la recuperación del Uruguay y al mantenimiento de sus libertades esenciales.

A la zaga de la crisis económica, cuya profundidad no tiene paralelo en nuestra historia y de las tensiones que engendra y que es de temer se agraven, se ha producido un, en principio lento y luego acelerado, deterioro de derechos y libertades incorporados a la Constitución y que se creían definitivamente adqui-

ridos: el derecho de huelga, la libertad sindical, la de expresión, la de prensa, la de las personas, la de los partidos políticos cuya muerte se ordena por decreto así como también por decreto se dispone la confiscación de bienes por razones políticas y la clausura de diarios e imprentas.

Contra esos derechos y libertades se han adoptado repetidas decisiones, ora en régimen de medidas de seguridad que se amenazó con reimplantarlas tantas veces como el Ejecutivo lo creyera necesario, ora sin recurrir siquiera a esas medidas pero desenterrando y esgrimiendo normas caducas, dictadas en momentos excepcionales, sin duda derogadas, y en todo caso siempre inconstitucionales.

Esas libertades y derechos no pertenecen a los gobernantes.

Pertenecen al país, que muchos sacrificios hizo para conquistarlos muchos más hará para defenderlos. Por ese camino se marcha inevitablemente al autoritarismo.

No se combate a la crisis con medidas de fuerza. A la angustia y la pobreza con represiones. Las tensiones y los reclamos no son el origen de los males. Son la consecuencia.

El país está sumido en la miseria y también en la desesperanza. La escasa producción, el mal o injusto empleo de los recursos y el contexto internacional en que está apesado han provocado una inflación catastrófica y devastadora.

No saldremos de situación semejante con medidas monetarias, devaluaciones en cadena que solo sirven para agravar los vicios y carencias.

No saldremos con congelaciones de sueldos y salarios que harán mayor la miseria de los más y en definitiva la miseria general, porque la reducción de los consumos que derivaría acarreará, como está inequívoca y repetidamente demostrado, la reducción de la producción.

No saldremos con la ayuda del préstamo extranjero que hará más insoporable la carga de las obligaciones con el exterior. El endeudamiento conlleva la dependencia.

Solo existe una alternativa frente a los proyectos, y recetas del FMI, que el gobierno ha terminado por hacer suyos: aumentar la capacidad de producción de bienes y servicios, lo que supone una modificación sustancial de las estructuras. Básicamente, la agraria, la del comercio exterior, de la industria de la carne, la bancaria.

Todo se vincula. No desaparecerá la inflación, sin aumento de la producción. No aumentará la producción, sin aumento de la capacidad de producir. No aumentará esta capacidad, sin modificaciones estructurales.

Llamamos a todos los hombres de buena voluntad y templada fe a una acción coordinada y constante, sin descanso, que la urgencia y la importancia de la tarea no admiten, para defender las libertades y derechos esenciales que han sido en más de una ocasión vulnerados y están amenazados.

Y los llamamos también:

- Al combate contra la inflación y el subdesarrollo y por una transformación sustancial de nuestras estructuras básicas que nos permita con la mayor producción la mayor justicia social;
- A la lucha por la independencia y la soberanía nacionales, el derecho de autodeterminación y el principio de no intervención;
- A la lucha, en fin, por un país mejor y más justo.

Rector de la Universidad, ingeniero Oscar Maggiolo; vicerrector, profesor Rodolfo Tállice; decano de Medicina, doctor Hermógenes Álvarez; decano de Derecho, escribano Saúl Cestau; arquitecto Leopoldo C. Agorio; doctor Carlos Quijano; Jesualdo Sosa; Luis Gil Salguero; Daniel Vidart; Atahualpa del Cioppo; doctor Daniel Sosa Díaz; diputado Juan Pablo Terra; diputado Sebastián Elizaire; diputado Sergio Previtale; diputado Luis Pedro Bonavita, José D'Elia, presidente de la CNT; Héctor Rodríguez (siguen las firmas).

8.2. Declaración del 7 de octubre

[*Cuadernos de Marcha*, n.º 46, febrero de 1971, p. 5.]

Un grupo de ciudadanos sin militancia política activa decidió, después de dos reuniones previas, hacer el siguiente llamamiento:

Los ciudadanos que suscriben, preocupados por la grave situación que le ha creado al país la aplicación sistemática de una política cuya regresividad y violencia no ha conocido precedentes en el correr de este siglo, y ante la oportunidad de la futura instancia electoral, *declaran*:



1. Que estiman indispensable la concertación de un acuerdo sin exclusiones, entre todas las fuerzas políticas del país que se opongan a la conducta antipopular y antinacional del actual gobierno, con vistas a establecer un programa destinado a superar la crisis estructural que el país padece, restituirle su destino de nación independiente y reintegrar al pueblo la plenitud del ejercicio de las libertades individuales y sindicales.

2. Que dicho acuerdo debe estar acompañado de una adecuada coordinación que instrumente su disciplina, dirección y control para que la lucha resulte eficaz, en todos los niveles de la acción popular, a fin de hacer realidad el programa propuesto.
3. Que la concertación de tal acuerdo surge como prerequisite indispensable para enfrentar cualquier instancia electoral y solamente su existencia y el puntual acatamiento a sus bases programáticas y organizativas abrirán realmente alternativas de poder a las fuerzas populares abocadas a enfrentar la situación de dependencia, acentuada bajo el actual gobierno y por la oligarquía nacional en connivencia con el imperialismo.
4. Que expresan su solidaridad con las gestiones emprendidas para alcanzar un positivo entendimiento de todas las fuerzas populares y que es su decidida voluntad colaborar con los esfuerzos tendientes a lograr el instrumento político adecuado a ese fin.
5. Que la Ley de Lemas y el artículo 79 de la Constitución oponen a la libre expresión electoral obstáculos que es urgente que los dirigentes de las fuerzas políticas superen, si es que se desea sinceramente restituir a la ciudadanía la auténtica disposición de su destino y evitar que continúe la falsificación de su voluntad.
6. Que exhortan a la ciudadanía a suscribir esta declaración, como acto afirmativo de una voluntad unitaria y como apremiante reclamación a los directivos de los partidos de orientación democrática, progresista y antiimperialista, para que plasmen en hechos políticos concretos el deseo de las fuerzas populares de realizar una política de libertad y bienestar, fundada sobre el esfuerzo productivo de todos los habitantes de la República.

Gral. Dr. Arturo J. Baliñas, Dr. Oscar H. Bruschera, Dr. Luis Alberto Viera, Sr. Héctor Rodríguez, Sr. Germán D'Elía, Esc. Ernesto D. Guerrini, Dr. Carlos Martínez Moreno, Sra. Lil Gonella de Chouhy Terra, Sr. Eduardo Payssé González, Arq. C. A. Herrera MacLean, Dr. Carlos Quijano, Prof. Dr. Eugenio Petit Muñoz, Sr. César Aguiar Beltrán, Sr. Miguel Perillo Zás, Sr. Carlos Puchet, Sr. Nelson Pérez Barreto, Dr. Julio A. Cendán, Sr. Santiago Iruleguy, Dr. Enrique Williman Ramírez, Edil Quím. Farm. Dora Achenback, Prof. Julio Castro, Esc. Ernesto Miranda, Dr. Raúl Gadea, Sr. Carlos Gómez, Dr. Eusebio Rodríguez Gigena, Sr. Juan Carlos Sena, Sr. H. Hamilton Pintos, Prof. Reina Reyes, Sr. P. Rodríguez Biesegang, Sr. Lisandro Barceló, Sr. Miguel Muyala, Sr. Roberto Güenaga, Sr. Carlos Acosta Adomarco, Sr. Ricardo Cappeletti Vidal, Dr. Aquiles H. Delfino, Dr. E. Pérez Fernández, Cnel. César Viglietti, Cnel. Segundo Midario Fernández, periódico *Centro* (Durazno), Sr. Adolfo Caravia, Sr. Wallace A. Díaz, Sr. Lacio Scaffo, Sr. Carlos Acosta, Sr. José A. Ballestero, Dr. Ceibal

Artigas, Dr. Raúl Bustos, Sr. Luis A. Carriquiry, Sr. Carlos Arsuaga, Sr. Gustavo Coffe, Sr. Washington Fernández. (Siguen las firmas.)

7 de octubre de 1970.

8.3. Se aprobó llamado para amplio frente

[*El Popular*, 8 de octubre de 1970.]

Una trascendente declaración dirigida a todos los sectores y partidos políticos de orientación democrática, progresista y antiimperialista para la formación de un amplio frente político de unidad popular fue aprobado anoche por unanimidad en la segunda reunión de numerosas personalidades independientes. El texto del manifiesto será dado a publicidad mañana viernes y ya ayer mismo fue suscrito por todos los participantes en el trascendental evento, y en el transcurso de las próximas horas recibirá muchas más firmas.

El documento, que fue redactado por el Comité Ejecutivo provisorio que integran el Gral. Dr. Arturo Baliñas, el Dr. Oscar Bruschera, el Prof. Germán D'Elía, el Sr. Washington Fernández y el Sr. Héctor Rodríguez y por los doctores Carlos Real de Azúa y Luis A. Viera, fue puesto a consideración de la asistencia por el Gral. Baliñas, deliberándose durante dos horas, lográndose un acuerdo unánime.

En la Declaración —a la que los observadores políticos asignaban anoche mucha importancia— se formula un vibrante llamamiento a todos los sectores y partidos populares y progresistas, y a sus dirigentes, exhortándolos a la concertación de un acuerdo sin exclusiones entre todas las fuerzas políticas del país que se opongan a la política del actual gobierno. Se señala que tal acuerdo surge como una premisa indispensable para enfrentar con éxito la próxima instancia electoral, y en todos los niveles de la acción popular.

En la reunión de las personalidades —que tuvo lugar en Rincón 516— se escuchó también un informe del Dr. Bruschera sobre la información recabada ante las autoridades del PDC acerca de las gestiones cumplidas por este partido ante diversos sectores en procura de un amplio frente.

De la información obtenida surge que ya existe acuerdo del PDC y del Frente Izquierda para el amplio frente de unidad popular; que existen asimismo buenas perspectivas con grupos integrados actualmente en partidos tradicionales, entre ellos el sector de la 99, que habrá de adoptar posición definitiva en los primeros días de noviembre. Asimismo, hay entusiasta apoyo de numerosas personalidades independientes. Se acordó finalmente realizar una nueva reunión el próximo miércoles a las 20 y 30 horas en el mismo local. Las adhesiones a la Declaración se reciben en la sede de *Marcha*, Bartolomé Mitre y Rincón.

Este libro forma parte de la colección «Aportes de la democracia cristiana al proceso político uruguayo 1962-1984», dedicada a recoger, analizar y poner en valor los aportes de la democracia cristiana uruguaya durante su período de mayor desarrollo e implantación social.

Este trabajo del profesor Julio Ilha López indaga en el proceso fundacional del Frente Amplio: contexto en el que nació, razones que lo impulsaron y protagonistas que lo llevaron a cabo, con especial énfasis en el rol desempeñado por el Partido Demócrata Cristiano (PDC).

Desde la presidencia de Jorge Pacheco Areco, pasando por el llamado realizado por Juan Pablo Terra (diputado y Presidente del PDC) por radio y televisión el 23 de junio de 1968 hasta la firma de la declaración constitutiva del Frente Amplio el 5 de febrero de 1971, se rastrean hitos y actores en la construcción de la unidad de las fuerzas democráticas y progresistas del Uruguay en la búsqueda de una salida a la grave crisis económica, social y política en los duros años del pachequismo. El análisis se sustenta en una exhaustiva recopilación documental que se incluye en este libro y que comprende materiales hasta ahora inéditos.

